

# POEMAS Y CUENTOS

*(En sucesión premeditada)*

*“Maestro, hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada, pero en tu palabra echaremos las redes.” (Lc 5,5)*

Y

*Ex libris 2 (segunda redacción) de*  
HUMBERTO VELÁZQUEZ MUÑOZ

## ÍNDICE

Prólogo	003
A. ¿Quién lo hizo?. ¿Quién fue? ( <i>poema</i> )	005
B. El Ilustre Sabio ( <i> cuento</i> )	017
C. Si en los siglos de tus ojos ( <i>poema</i> )	022
D. Aforismos ( <i>poema</i> )	023
E. Un Profesor Francamente Singular ( <i>prosa</i> )	026
F. Dedicatorias ( <i>tres poemas y un cuento</i> )	028
G. Poesía ( <i>poema</i> )	032
H. Égloga Épica ( <i>poema</i> )	034
I. El Búho y el Mulo ( <i>cuento</i> )	038
J. Llegla la noche ( <i>poema</i> )	041
L. La Brisa ( <i>poema</i> )	043
M. La Disputa de los Animales ( <i>teatrillo y dos poemas</i> )	044
N. En un Lejano País ( <i>cuento</i> )	055
O. A los Hombres ( <i>poema</i> )	058
P. La Habitación ( <i>cuento</i> )	060
Ç. Creo en Ti ( <i>poema</i> )	082
R. El Jardín del Bosque ( <i>cuento</i> )	083
Ř. Mi Paz y mi Alegría ( <i>poema</i> )	127
S. Sonata de sonetos ( <i>poema en cuatro tiempos</i> )	129
T. ¡Mamá, Mímame! ( <i>poema</i> )	132
U. En lo Alto del Árbol ( <i>cuento</i> )	133
X. Buscando el Alma ( <i>poema</i> )	135
Y. Mi Medio ( <i>poema</i> )	137
Ÿ. Historia de un Rey ( <i>cuento</i> )	144
Z. Más que Hombres ( <i>poema</i> )	172
Alfabeto - Abezedario ( <i>estudio</i> )	195
Ŷ. Destinado a la Perdición ( <i>poema</i> )	199
Algunas Explicaciones	209

*“Mandó a la gente sentarse en tierra. Tomó los siete panes y los peces, dio gracias, los partió y los dio a los discípulos, y éstos a la gente”. (Mt 15,35-36)*

## PRÓLOGO

Creo necesario realizar algunas advertencias o precisiones antes de comenzar con los poemas y cuentos a los que alude el título, a pesar de que algunos extremos se complementarán algo más al final del presente libro, bajo el epígrafe de "Algunas Explicaciones".

Cada cuento o poema va encabezado o presidido por una letra y un concepto abstracto atribuido a cada una de ellas. Dicho concepto se ve transmitido a través del sonido (fonética) y del dibujo de cada letra respectiva (ideografía), lo que implica que dichos conceptos han de ser entendidos en su sentido más amplio, genérico y abstracto, al intentar parcelar la totalidad de la realidad (el absoluto), bajo un limitadísimo número de los mismos. Se aprovecha con ello, el sistema utilizado por los idiomas para "medir" la realidad a través de distintas perspectivas o visiones de la misma, expresadas en sus distintos fonemas; y en este caso concreto, de los del castellano (español de castilla), que parcela el medio en el que "somos, nos movemos y existimos" en 25 (26) perspectivas o maneras.

Así pues, cada letra representa un solo fonema funcional (un solo concepto), y cada fonema funcional (cada sonido conceptual) sólo viene representado por una letra.

La intención de la mencionada asociación letra—texto (ya sea cuento o poema), es la de conseguir una complementariedad mutua en la que cada parte ayude y sirva para ahondar y desentrañar la otra.

A su vez, una o unas citas bíblicas ponen el colofón a cada conjunto particular, aportando una tercera perspectiva de la situación que introduce una luz nueva en este conjunto que, ahora, tiene tres miembros interrelacionados.

Las distintas visiones que se puedan obtener no se excluyen entre sí, sino que siempre se amplían sin anularse, incluso las contradictorias se ven asumidas en una visión más superior, con lo que cada cual podrá encontrar en ellas todo lo que quiera o pueda; y lo mismo con los distintos planos de interpretación de los textos, que pueden desarrollarse desde lo más superficial, a lo más elevado y profundo sin excluirse unos con otros (lo que en ocasiones supone un contrapunto de gran densidad).

El orden de las letras es el alfabético (con algunas novedades), pero no sólo por este hecho circunstancial, sino porque con el mismo se consigue una línea argumental abstracta (otro plano de interpretación más). Al fin y al cabo veintiséis maneras de exponer una misma realidad, pero en una evolución que se va explicando a sí misma.

En cuanto al sonido asignado a cada letra del encabezamiento (el que aporta el concepto): cabe advertir que es el comúnmente utilizado para las mismas, con unas pequeñas variaciones, que son las que siguen: La C y la G se refieren exclusivamente al sonido que presentan ante A, O y U. La H representa al sonido virtual que evita la ligazón de los sonidos entre los que se

encuentra. La Ç (*che*) pasa a representar el primer sonido de los dos que forman el conjunto consonántico conocido por "che", mientras que ese segundo sonido vendría representado por la tradicional X (que equivaldría al conjunto "sh" del inglés). La R sólo representa al sonido suave intervocálico, mientras que la R lo hace con el fuerte. La Y sólo tiene sonido consonántico. La ÿ (*ñe*) equivale a la Ñ, pero si se escribe "nÿ". Y la ŷ (*lle*) equivale al conjunto consonántico conocido como "elle", pero si se escribe como "lÿ" (sonido que está en vías de extinción al sustituirse por Y).

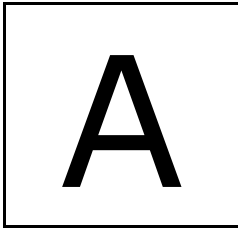
Por último, queda por advertir sobre el uso no convencional de los signos de puntuación, ya que se intenta conseguir con ello una mejor indicación de las distintas entonaciones y pausas; y también del empleo del guión tonal (—) que, precediendo siempre a una pausa gráfica (coma, punto, etc.), indica que la frase que remata no se da por concluida (circunstancia que puede apreciarse en la entonación del habla), lo que, a veces, resulta casi imprescindible para aclarar el sentido. En consecuencia, cuando no aparezca dicho guión tonal ante un signo de pausa, la entonación de la frase debe descender para indicar el final de la idea de la que se trate.

En resumen: Cada trío formado por el concepto, el relato y la cita bíblica, constituye un "a modo de" paisaje, de fotografía, en un álbum que relata unos hechos. Cada foto tiene valor en sí misma, pero todas juntas y en un orden, ayudan a conocer el desarrollo de los acontecimientos que relatan.

Corresponde a la segunda redacción de esta obra todo lo fechado con posterioridad al 12 de octubre de 1992.

(29-X-1990 / 18-I-2004)

*"Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era soledad y caos, y las tinieblas cubrían el abismo, pero el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas. (Gn 1,1-2)*



Amplitud

## ¿QUIÉN LO HIZO?. ¿QUIÉN FUE?

¿Quién será—, me pregunto—,  
cuando veo el mundo entero y leo  
entre sus escondidas notas  
y hasta en su misma presencia  
la esencia que lo penetra  
como luz que lo inunda y firma—:  
Lo hice, hecho queda.

¿Quién es éste!. ¿A quién le brota toda esta idea  
dejando su señal en todo como marca imperecedera!.

¿Quién lo hizo?. ¿Quién fue?.

¿Quién hizo el mar y sus cosas  
y las olas rumorosas  
que el viento sacude y mueve  
y que vueltas espumosas  
en la costa encuentran fin.

¿Quién—, en lo alto del cielo  
colocó las estrellas  
y en el suelo la tierra  
y en el alma el amor?. ¿Quién fue?.

Y los árboles frondosos  
que custodian los arroyos,  
y los áridos escollos  
que resisten vigorosos,  
y los alces y los osos  
y el lamento, el viento, el sol...

¿Quién hizo el aire invisible  
con sus caricias sensibles  
cuando te envuelve y se extiende  
por las cúpulas del cielo  
con ese tranquilo anhelo  
de la luz que lo azulea  
como paz que espolvorea  
en la tierra el infinito...  
¿Quién lo hizo?. ¿Quién fue?.

Y los ríos y las fuentes,  
arroyuelos y corrientes,  
aguas, lagos, charcas, mar...  
Y hasta los mismos torrentes  
que bajan enloquecidos  
cayendo por las pendientes  
y hasta saltando impacientes  
por llegarse a sosegar—.

Y las altivas montañas,  
y los valles escondidos,  
y los montes y colinas  
y las más altas cimas,  
y las simas abismales  
y las desconocidas fosas  
de los fondos abisales.  
Y las inmensas llanuras,  
y los campos y praderas,  
y las extensas riberas  
de los sistemas fluviales.  
Y la vida, y la espesura,  
y la sentida hermosura  
de todas las criaturas;  
y hasta la misma locura  
de verse metido en ellas  
como si fuego y estrellas  
se quisiese conjuntar...

¿Quién lo hizo?. ¿Quién fue?.

¿Quién puso su mano y su alma  
y hasta su misma existencia  
en medio de mi insistencia  
por saber y conocer?.

¿Quién plasmó en las estaciones  
las distintas situaciones  
del clima y la geografía  
e instauró en sus sucesiones  
las pautas de la armonía  
de los años y los días  
y los ciclos naturales?.

¿Quién lo hizo?. ¿Quién fue?.

Y los cambios animales  
de aspecto y fisiología,  
y la compleja estructura  
que encierra su biología  
de sustancias minerales  
hábilmente entretejidas  
en intrincada armadura  
de enzimas y de energía  
componentes funcionales

de las bases de la vida.

¿Y quién lo hizo así?. ¿Por qué?.

¿Qué le da esa sutileza  
de hacer de lo muerto vivo—,  
de lo inerte la viveza?.  
¿Quién lo hizo?. ¿Quién fue?.

¿Quién hizo el paso del tiempo  
con el orden de las cosas  
y evolución misteriosa  
en un devenir sin cuento?.  
¿Y el lugar en que se encuentran  
como indefinible espacio  
de nada y de todo lleno—,  
vacío y a la vez pleno  
de su perenne presencia—,  
como si quisiera—, huyendo  
de la banal apariencia—,  
hacer de su pura esencia  
objeto de su existencia?.

Y la materia que asienta  
en ese lugar sin nombre  
dando fe a quien le importe  
de aquello que la sustenta  
en el transcurso del tiempo—,  
la quietud y el movimiento.

Y siendo las tres amigas—,  
espacio—, tiempo y materia—,  
estructuras distinguibles—,  
inseparables y unidas—:  
resultan ser una cosa  
en tres cosas divididas,  
testigos indefectibles  
cada una de la otra.  
¿Y quién lo hizo así—; por qué?.

¿Dónde reside el poder  
de llegar a conocer  
al autor por ver su obra?.

¿Y quién—, con saber certero—,  
condensó las antedichas  
en ondas corpusculares—,  
cimientos estructurales  
de cuantos y de fotones—,  
de protones y neutrones—,  
y cortezas de electrones  
de átomos singulares  
y cuerpos moleculares  
con la gravedad precisa  
para formar por entero

los astros universales?.

Y el orden de los objetos  
y diversos materiales  
como si fueran cristales  
en flagrante desconcierto.

Y la historia que los lleva—,  
y la velocidad y la fuerza,  
y el valor de los conceptos  
y el conocimiento abstracto,  
y la comprensión de todo,  
y la razón suprema...  
El sumar, restar, pensar,  
y también el elucubrar...  
Jugar con la fantasía...  
Imaginar, soñar...

¿Quién sacó del mismo pozo  
lo uno como lo otro?.  
¿El frío y la razón pura—,  
y el brío de la alegría?.  
¿Lo que entra por los sentidos  
y lo que sale de dentro?.  
¿Quién lo hizo?. ¿Quién fue?.

Y el amor y el sentimiento—,  
y el brillo de la hermosura,  
y la furtiva armonía  
de música y poesía.  
Y la rigidez de hielo  
del cálculo y la medida  
que como vara de hierro  
gobierna las criaturas—,  
la lógica de la mente—,  
y los objetos sin vida.

Si todo es conocimiento—,  
de medición a fortuna—:  
¿Quién lo fundió e hizo uno  
en un mismo pensamiento?.

Diversidad y unidad,  
libertad y esclavitud,  
visiones variadas todas  
de una sola realidad.  
Trozos más grandes unos—,  
otros trozos más pequeños,  
separados o inconexos—,  
fundidos o superpuestos—,  
pero de la verdad sacan  
tanto aquéllos como éstos.

Verdad parcial o total,  
escondida o difundida,



pero cuando se confunden  
estamos en la mentira.  
Y si eso es así—: ¿por qué?  
¿Quién lo hizo?. ¿Quién fue?.

¿Quién hizo engaño cruel  
a la apariencia del mundo  
haciendo ver pura esencia  
lo que sólo es circunstancia?.

¿Quién consintió la ignorancia  
de los saberes profundos  
y mantuvo sin clemencia  
la inconsistencia y lo oculto?.

¿Quién hizo sufrir y llorar,  
y el dolor y la amargura,  
y la fatal singladura  
de bogar a la aventura  
en lugar desconocido—,  
para acabar malherido—,  
mutilado—, escarnecido—...  
en los brazos de la muerte derretido.

¿Quién lo hizo!?. ¡¿Quién fue!?.

¿Quién tasó la libertad  
y puso a tan alto precio  
el camino que la lleva  
y su final incompleto?.

¿Quién probó de esta manera  
la capacidad del hombre  
de conocer en el orbe  
su dimensión verdadera?.

¿Quién lo hizo?. ¿Quién fue?.

¿Quién—, del horror y la guerra—,  
del desgarrar de la tierra—,  
del tifón—, del sufrimiento—,  
del corrompido aliento  
del terror y el escarmiento,  
de la corrupción, del odio,  
la soledad, el oprobio—,  
y hasta del sentir lo propio—,  
hizo sarcasmo y demonio—,  
agresión y vilipendio—,  
de la humanidad entera  
subyugada al estipendio  
de este mal que la envenena—,  
(y que en curiosa advertencia  
ella venera y alienta)—:

¡¿Quién sacó del mismo pozo  
lo uno como lo otro!?.

¿Quién hizo el bien complaciente  
y el mal que lo compromete?.

¿De dónde es esta justicia  
que hace del bien y el mal  
objeto de libertad—,  
dando a cada cual lo suyo  
en el instante de optar?.  
¿Y por qué el crucificar  
la carne y hasta la vida  
para recobrarla luego—,  
plenamente trascendida.  
¿Por qué del sacrificar  
una verdad parcial  
para poderla encontrar  
en la plenitud total.  
¿Quién me incrustó esta zozobra  
de preguntar sin saber—,  
que me lleva a conocer  
al autor por ver su obra?.

¿Quién lo hizo?. ¿Quién fue?.

¿Quién me acompañó el camino  
de las cañadas oscuras—,  
de las tinieblas quebradas  
por la luz que me previno  
de los errores y honduras—,  
de los desmontes ladinos—,  
de las llanuras sin tino  
y los senderos fallidos;  
y por alejarme tanto  
de caminos transitados  
por evitar los peligros  
que impidieran el encuentro—,  
sin darme cuenta siquiera  
ni percatarme al momento—,  
huyendo del universo—,  
acabé en el mismo centro.

¡Quién hizo esto!. ¡Quién fue!.

¿Quién me enseñó sus dominios  
para que por fin supiera  
la respuesta verdadera  
a mi insistente inquerencia.  
¿Y de quién es esta ciencia  
que me penetra y penetra—,  
que me alimenta y entiendo—,  
y hasta desata mi lengua?.

¿Quién me consoló el alma  
de los lamentos llorosos,  
de los gritos lastimosos

que fluyen por las heridas  
manando como agua viva—,  
como los ríos sin calma.  
Como las penas sutiles  
de una mañana sin alba  
que por más que el sol le brille  
le quitaron la esperanza.

¿Quién me circundó de espinas  
en el tiempo y en la historia,  
en la carne y la memoria,  
como a corazón maltrecho  
sometido a las fatigas  
y a las ideas mezquinas  
de un conocimiento estrecho  
y sin amplitud de miras—;  
a la incomprensión de la gente,  
a los fríos y al relente,  
y a la soledad silente  
de un desierto indefinido.

¿iQuién construyó esta barrera  
como un abismo insondable  
que me separa del mundo  
una vez lo he conocido!.

¿iPara qué formó esta broma  
de desatarme la lengua—,  
para hablar en otro idioma  
del todo desconocido!.

¿Y quién me otorgó unas alas  
para volar donde quiera—,  
por el frío y el relente—,  
por la incomprensión de la gente—,  
por los desiertos innotos  
y los lugares remotos  
y los sitios cualesquiera—...  
Para saltar los abismos  
y atravesar las barreras  
y contemplar los atisbos  
y las briznas y las eras  
y sondear lo insondable  
y ver la unidad entera,  
y aletear rebosante  
de claridad rutilante  
en profundidades sin nombre,  
y remontar al instante  
de lo concreto a lo abstracto  
y subiendo a lo más alto  
calar en este acto  
hasta el corazón del hombre!.

¿Quién lo hizo!?. ¿Quién fue!?.

¿Quién me suspendió el alma—,  
colocándola elevada—,  
sin que tocara nada—,  
para que no tuviera  
ni siquiera  
referencia  
del lugar en que se halla  
y de esta manera viera  
la verdad de su existencia  
en su misma permanencia  
y en aquello que la llena?.

¿Quién la llenó tan plena  
de aleteante alegría  
como lámpara radiante—,  
como lucero en el día,  
y se volvió compañía—,  
fuego—, alas—, luz—, valía—,  
anhelo de ver en vuelo la esencia mía.

¿Quién lo haría?. ¿Quién?.

¿Quién con su paso ardiente  
me abrasó de tal modo  
y aniquiló del todo  
mi corazón resistente?.

¿Quién venció a este oponente  
aplastándole en su mano  
hasta fundirle inhumano  
con la mano que le hizo?.

¿Quién desgarró y le deshizo  
en etéreo sentimiento  
como si en violento grito  
recreara el infinito?.

¿Quién lo hizo?. ¿Quién fue?.

¿Quién me brindó este sosiego  
de dar sentido a mi vida  
y que en ella viera luego  
el del mundo en el que anida?.

¿Quién me dio tal solidez  
y tan férrea contextura?.

¿Quién me hizo de blandura—,  
de lo etéreo y lo flexible?.

¿Quién me dio toda su herencia  
y hasta su misma impaciencia  
que arde sin consumirme?!.

¿Quién me dio su misma sangre?!.

¿Quién me hizo de su carne?!.

¿Quién se donó en consolarme?!.  
¿Quién fue?. ¿Quién?.  
¡¿Quién?!.

Porque quiero apurarme en darle  
aquello que yo posea  
aunque sea—, al fin y al cabo—,  
devolver lo que me diera—,  
y aquel sentimiento extraño  
que arde sin consumirme  
para sumirme en el aire  
de una imitación plena  
en constante darlo todo  
y recibir por entero  
aquello que yo más quiero  
para entregarlo de nuevo.  
Y aunque nada pueda darle  
que no me diera primero—,  
entregarle quiero—, al menos—,  
lo que me dio como mío—,  
como señor y ministro  
de aquella capacidad  
de querer o no querer  
a que llaman libertad,  
y con ello darme yo  
en ese continuo abrazo  
de inexplicable entrelazo  
que confunde inseparable  
lo que se viene o se va  
en un no saber sabiendo  
lo que es del uno o del otro.

Y por si fuera poco—,  
este yugo tan ligero—,  
este extraño sentimiento—,  
se convierte en fuego lento  
que construye el universo  
de lo grande y lo pequeño,  
de lo sabido e innoto,  
y rellena hasta lo remoto  
de ojos que lo ven todo,  
de alas que lo sondean,  
de vuelos que lo hermosean...  
De ganas de oler y ver  
la esencia que lo mantiene,  
la sustancia que contiene,  
la razón que lo sostiene...

Por eso—, si nadie quiere  
dar fe de tan magna obra—,

yo seré el que la daré,  
y diré al que le interese  
cuando llegue a cada cosa—:  
Lo hizo. Yo lo sé.

Y por ello dejaré  
en cada cosa que vea—,  
una letra de mi mano—,  
una señal de mi paso—,  
para el que quiera que lea  
en el cartel que pondré—,  
escrito a fuego indeleble—:  
Lo hizo. Yo lo sé.

Y llenaré lo pequeño,  
y lo grande, y lo inmenso,  
y lo abstracto y lo concreto—,  
desde lo feo a lo hermoso—,  
de lo humilde a lo grandioso—:  
con ese solemne texto  
que figura en mi cartel  
como estribillo insistente  
para el que quiera saber—:  
¡Lo hizo. Yo lo sé!

Y cuando al verlo las gentes  
se pregunten el porqué  
y quién hizo todo aquello  
y quién lo marcó después—,  
se acuerden de la pregunta  
que me llevó a conocer  
e inquieran junto conmigo—:  
¿Quién lo hizo?. ¿Quién fue?.

Y cuando hube cesado—,  
en mi vagar peregrino—,  
de recorrer el camino  
que me llevó hasta su lado  
y aguardé silencioso,  
temeroso, recogido,  
anhelante, trascendido,  
en mi lugar preterido  
esperando la respuesta—,  
(ardoroso—,  
vuelto oídos)—:

Las estrellas de los cielos,  
el clamor del firmamento,  
el valor, el sufrimiento,  
el conocer de las cosas  
y las olas rumorosas,  
la frialdad de los hielos,  
el terror, el espanto,

el fluir de los acentos  
y los vientos doloridos,  
el amor, el pensamiento,  
el aliento trascendido,  
el corazón ardiente  
y el sentimiento herido,  
el fuego, el calor, el motivo,  
el ardor de ver el viento en las alas recogido,  
la inmensidad del mar,  
el soñar, el ver, el dar,  
el responder, el remar,  
y lo lleno y lo vacío,  
y lo profundo y subido,  
y las piedras del camino,  
y los peñascos altivos,  
y las tierras elevadas,  
y los montes y montañas,  
y las hogueras extrañas  
que dan calor a los hombres,  
y las cumbres, y las almas,  
y los sonidos lejanos,  
y los ríos y los llanos,  
y el indagar de lo humano,  
y la ciencia, y la insistencia,  
y la creencia profana,  
y la bravura que hermana  
la certeza y la paciencia  
y la sutil permanencia  
de belleza y hermosura,  
la vanidad, la amistad,  
el perdonar, el pecado,  
la fealdad, lo sublime,  
lo diminuto y gastado,  
lo que castiga y reprime,  
lo más alto, lo más bajo,  
lo musical y armonioso,  
el chirriar estridente,  
el talento, el mal, la mente,  
lo incongruente y gracioso,  
las espigas, el encuentro,  
lo refulgente y vistoso,  
cada onda, cada instante,  
cada fragmento de tiempo,  
y la vida, y la memoria,  
y el devenir de la historia,  
y el espacio y la materia,  
y el bienestar y la gloria,  
y cada mota de polvo,  
y cada hoja de árbol,  
cada mármol, cada rosa,

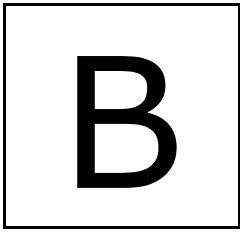
cada ave y mariposa,  
cada adjetivo y pronombre,  
cada hombre, cada vida,  
cada lamento y caída,  
cada canción escogida,  
cada nombre, cada cosa,  
cada elección y medida,  
cada idea, cada suerte,  
las ilusiones, la muerte,  
la libertad, la alegría,  
la claridad y armonía  
de los luceros y el día,  
la piedad, la fantasía,  
la bondad, la paz, la vida,  
el despertar, el sosiego,  
y los ensueños primeros  
de los albores del mundo  
y el universo postrero,  
y lo que pensarse pueda,  
y lo impensable también,  
sin que se olvide ninguno  
de plural y de unitario—,  
de lo presente o futuro—,  
del pasado—, el bien—, el hoy—,  
y todo lo hecho en conjunto  
y cada cosa en solitario—,  
fundidos en el abrazo  
del testimonio certero—,  
todos juntos asintieron  
a la voz que respondió—:

YO SOY.

*(18-IX a 2-XI-1989)*

*“Vio Dios todo lo que había hecho y he aquí que  
todo era bueno.” (Gn 1,31)*





Función

## EL ILUSTRE SABIO

Érase una vez un país tranquilo y recoleto, de gente idealista—, amable—, servicial—, con inquietud por saber y sencillez en el trato—, y en el que por ello florecían las ciencias y las artes—, y los sabios eran reconocidos y considerados; pero que—, a la vez—, poseía una cierta peculiaridad de difícil explicación.

Tal peculiaridad consistía en que—, en dicho país—, nadie sabía lo que era una mesa, ni la habían visto nunca, ni siquiera su idioma poseía tal palabra; así que—, cuando llegaron a sus oídos los rumores de la existencia de algo llamado “mesa” —, en otro país distante del suyo—, surgió una gran expectación al respecto, y se produjeron reuniones de sabios, e incluso del gobierno de la nación; tomando la determinación siguiente: Había que conocer de qué se trataba aquello denominado como mesa; para lo cual se elegiría a un sabio de entre los más renombrados del país—, y se le enviaría a que investigara sobre el particular.

Una gran curiosidad se había suscitado—, a lo largo y ancho de todo el país—, por conocer aquello que—, al parecer—, era tan corriente y cotidiano en aquel otro lugar, que desde entonces comenzaron a conocer con el nombre de “el país de la mesa”; así que cuando se produjo la elección—, todo el mundo siguió el proceso con apasionamiento; y la designación final de un sabio ilustre—, admirado por su prudencia y ponderación—, satisfizo a todos.

La llegada de este sabio ilustre al país de la mesa fue algo que quedó gravado en la mente y en el recuerdo de nuestro sabio de por vida. Era tal su ilusión, su deseo de saber—, y fue tan excepcional la acogida y las facilidades que le brindaron—, que no sólo dejó poso en su cabeza sino también en su corazón.

Nada más llegar—, le mostraron la primera mesa, y quedó admirado, escuchando con atención las explicaciones de sus interlocutores sobre la utilidad de tal objeto. Pero él—, como buen científico—, no se fiaba de las opiniones de unos y de otros, sino que observaba con detalle y anotaba todas sus observaciones: el color—, sus medidas, la estructura espacial, el material, el olor, el tacto, el sonido al percutir las distintas zonas, su uso aparente, incluso le pasó la lengua para averiguar el sabor de aquello, (ante el asombro y a la vez comprensión de quienes le circundaban); y en fin—, hizo todo lo que se le ocurrió según una pormenorizada y precisa metódica.

Después de varios días de detallado y más tranquilo estudio—, y cuando ya consideraba que conocía suficientemente bien lo que era una mesa—, y creía haber concluido su trabajo de recogida de datos—, ocurrió—: que le insistieron para que viera otra mesa, y él accedió a hacerlo.

¡Cuál fue su asombro al ver aquella segunda mesa!. Él—, que pensaba que ya lo había visto todo—: se encuentra con algo completamente dispar que prácticamente sólo tenía de común con la anterior el nombre de mesa. Distinto color, distinta estructura espacial, distintas medidas y material—... en fin..., tenía que empezar de nuevo, pero además—, ahora sabía que tenía que estudiar un gran número de mesas para poder tener un conocimiento más profundo al respecto. Al menos—, ya había aprendido que no era una cosa singular sino algo plural; que la palabra mesa se refería a “un algo” genérico. ¿Pero el que?.

Nuestro sabio ilustre pasó varios años en el país de la mesa reuniendo datos sobre el particular, y pergeñando diversas teorías sobre la misma; y cuando consideró suficiente su recogida de información—, decidió regresar a su país.

La recepción de sus conciudadanos fue apoteósica; quien la hubiera visto diría que se trataba de la llegada de un héroe de los tiempos antiguos, cuando así se les denominaba a los que conseguían victorias bélicas. Incluso se pensó en otorgarle alguna mención honorífica para esa ocasión, pero se optó por dejarlo para cuando comenzara a publicar alguno de sus trabajos.

Y por fin—, nuestro sabio ilustre pudo dedicarse a elaborar concienzudamente toda la información que había traído del país de la mesa; lo que le llevó largo tiempo, y más de una decepción; pero al final consiguió escribir su primer libro sobre el tema, al que tituló—: “Aproximaciones al concepto de mesa”; y en el que esbozaba los detalles más sobresalientes que había encontrado, y algunas teorías; entre ellas—, la que con el tiempo llegaría a ser la famosa teoría de las cuatro patas.

El éxito del libro no se hizo esperar, y tras su publicación comenzó a hablarse del mismo en los círculos intelectuales del país, y en las reuniones sociales; incluso—, poco después—, ya se hablaba de él en la calle: había pasado a ser tema de dominio público, y las gentes discutían sobre una u otra teoría, y sobre las objeciones o beneplácitos a las mismas—, como si se tratara de temas deportivos en los tiempos antiguos.

La teoría de que se trataba de un objeto de madera—, fue la que—, en principio—, tuvo más adeptos; pero poco a poco la mayoría se fue decantando por la que postulaba que el objeto se llamaba así cuando tenía cuatro patas; ya que la primera teoría tenía el inconveniente de que no todas las mesas estudiadas estaban hechas de tal material, y que estadísticamente—, el parámetro que encuadraba el tener cuatro patas era el más significativo—, y por aquel entonces el valor que se le daba a la estadística era cuasi absoluto, (ya que era hija de las matemáticas: la ciencia por excelencia, la verdad absoluta sin posibilidad de error). Incluso la posibilidad de que se trataba de un objeto que reprodujera la estructura de un paralelepípedo era una teoría sugerente.

¡Pero para poder llegar a elaborar tales conclusiones había tenido que rechazar tantas posibilidades...!. Porque mesa podía ser cualquier cosa: Desde

todo lo que fuera de un color determinado—, hasta ser una palabra que designara un objeto cualquiera sin precisar. Incluso podría no significar nada—, y cada uno designar con ese nombre lo que le gustara, y por tanto—, los significados que él pudiera encontrar serían fortuitos, circunstanciales.

Pero nuestro sabio tuvo que relegar por un tiempo estos pensamientos, porque aparecieron otros que reclamaban su atención. Algo—, que en el fondo de sí—, él había anhelado siempre; algo—, que en las profundidades de sí mismo le había impulsado a realizar su obra: El reconocimiento de su pueblo hacia su persona. Porque aquello ya se disponía a hacerse realidad.

Efectivamente, el pueblo pedía que se le distinguiera incorporándole a la élite del país, y el gobierno veía con buenos ojos otorgarle tal honor. Así que se organizó un acto de honra y exaltación ante toda la nación para convertirle en ciudadano de élite.

Nuestro sabio pasó un día absorto en no perderse el deleite de la multitud de sensaciones cambiantes que se producían, en no perder ni un detalle; pero en lo que no reparó—, fue en algo tan insignificante como que—, en aquel día—, pasó sin percatarse—, de ser un sabio ilustre—: a ser un ilustre sabio. El deseo de conocer había sucumbido ante el de ser conocido.

Transcurrieron muchos años, y nuestro ilustre sabio ya había publicado varios libros sobre el inagotable tema que nos ocupa, y era considerado por todos como la autoridad más destacada e indiscutible en el mismo; y sus libros eran estimados y valorados.

Entre estos libros—, la obra de mayor envidia y que tardó más tiempo en realizar—, fue el “Tratado de Mesología”. Un estudio exhaustivo del concepto de mesa que dejaba definitivamente fundada la ciencia que estudiaba las mesas: la mesología; y en el que se vertía todo el saber de su tiempo, ya que—, dado el concepto tan amplio del que se trataba—, en él se veían implicadas todas las ciencias, resultando un claro exponente de todos los saberes científicos del país. En definitiva—: una obra magna.

En ella describía detalladamente todas las características de las mesas estudiadas por él, clasificando y pormenorizando—, una por una—, todos los tipos de patas que se había encontrado—, y la infinidad de variantes de las mismas en cuanto a formas—, dimensiones—, materiales—; incluso describía pormenorizadamente las más abigarradas sin arredrarse ante tan monumental empeño. Y lo mismo hacía con todas las partes y características de una mesa. E igualmente de metódico y objetivo era al exponer las posibles teorías explicativas del fenómeno.

Incluso propuso una aventurada—, casi descabellada teoría—, sobre si el concepto de mesa podría estar en relación con la actitud de los que utilizaban el objeto—, y no con el objeto en sí mismo; y que quizás eso—, pudiera tener algo que ver con la función que se le adjudicaba.

Idea que había desarrollado a partir de percatarse de que había excepciones demasiado inexplicables para la teoría de las cuatro patas; ya que él mismo había visto mesas de tres patas, y de una sola pata central, incluso enormes mesas de múltiples patas; pero quizás—, su recuerdo más impresionante se produjo cuando le mostraron una piedra lisa, y en otra

ocasión una tabla colgada del techo—, y se las presentaron como mesas. ¡Eso no cabía en ninguna lógica!

Así que se le ocurrió pensar en otras posibilidades, y entonces fue cuando valoró la circunstancia de que no fuera en el objeto donde se encontrara el nombre (el concepto)—, sino en los ojos, en el capricho del que lo veía. Teoría que en principio parecía muy escandalosa—, pero que tenía perspectivas de futuro. Aunque—, si el concepto era tan relativo—: ¿cómo es que todos se ponían de acuerdo para llamar mesa a la misma cosa?.

Misterio para el que—, de momento—, no tenía explicación.

Un día, hallándose en un pequeño pueblecito—, alejado de los grandes acontecimientos del país—, y al que había ido a dar una conferencia para fomentar la inquietud de conocimiento—, y complacer a sus habitantes—, le sucedió un hecho que de haber ocurrido al principio de su carrera habría cambiado toda su vida, pero que—, desgraciadamente—, sólo podía ocurrir—, precisamente al ser su vida tal y como era.

Sucedió—, que una vez terminada la charla y cuando los asistentes ya habían formado los típicos corrillos de amistades en los que se comenta el acontecimiento—, y el conferenciante era saludado y felicitado por algunos admiradores entusiastas—, se acercó a nuestro conferenciante un niño con intención de preguntarle algo.

El ilustre sabio—, al adivinar la pretensión de éste—, decidió acceder a su demanda, porque le había llamado poderosamente la atención cómo el niño le escuchaba casi absorto durante toda la disertación, y eso no era un fenómeno muy corriente que dijéramos, y—, sobre todo—, tratándose de un tema tan específico y erudito.

En su ingenuidad—, el niño no quería preguntar otra cosa más que si mesa sólo era eso o había más; a lo que nuestro ilustre sabio—, con esa suficiencia comprensiva que dan los años y el ser el que más sabe de mesas—, apiadándose de su infantil ignorancia—, y con enorme paciencia—, le respondió que el concepto de mesa era algo muy amplio, casi inabarcable, y de muy difícil acceso; que ni siquiera él mismo—, con todos sus conocimientos y estudios—, había llegado a conocerlo completamente, así que—, menos—, alguien tan pequeño que apenas conocía unas pocas cosas del mundo, pero que aun así—, le intentaría explicar algunas cosas más.

Y de esta forma—, dejando a un lado su erudición, y con palabras elementales—, incluso vulgares—, le refirió algunas cosas más acerca de lo que era una mesa.

Cuando hubo acabado—; el niño—, con todo su inocencia y desenfado—, comentó: “¡Ah, bueno!, ¡entonces sólo es eso!: Una superficie plana elevada del suelo mediante un sistema de apoyo y sobre la que se puede realizar una actividad”.

Aquellas palabras le dejaron estupefacto. Por un momento pasaron por su mente todos sus conocimientos e investigaciones, observando perplejo como la inmensidad de su saber era metida en un hoyito: una simple definición. Lo imposible se había hecho posible y lo ilógico resultaba de una lógica aplastante.

Todo cabía ya en ello: Los distintos materiales, la variedad asombrosa en calidad y forma, el número de las patas, el color, el sabor, la resistencia... En fin... Todo estaba claro ahora.

¡Quién le hubiera dicho a él en otro tiempo que unos ojos limpios fueran a ver más que unos ojos expertos. Pero ¿qué sería de un microscopio o de un telescopio si tuvieran las lentes sucias.

Incluso una ventana se puede permitir el lujo de estar sucia sin distorsionar tanto la imagen.

Claro—, que si él hubiese oído la frase sin escucharla—, todo esto le habría pasado desapercibido, y todo seguiría igual.

Pero él había escuchado. Y ahora que realmente había querido escuchar—, que había valorado la opinión de ese niño—; en definitiva—: que había limpiado su lente para él—; ahora—, aprendía a saber mirar.

Cómo deseaba ahora haber sabido esto en sus tiempos mozos, porque su vida habría sido distinta y habría llegado mucho más lejos en su conocimiento.

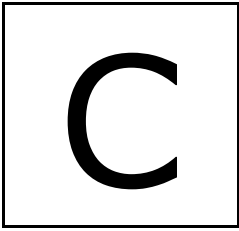
Pero claro—, en ese caso ya no habría sido su vida, sino la de ese niño al que hablaba.

Nada podía hacer. Porque precisamente por tener esa vida—, por haberla encauzado en ese sentido—, había venido a encontrarse ahora—, y no entonces—, con la respuesta.

*(XII-1985 a 31-VII-1987 y 28-II-1989)*

*“La luz de tu cuerpo son tus ojos; si tus ojos están sanos, todo tu cuerpo está iluminado; pero si están malos, tu cuerpo estará en tinieblas.” (Lc 11,34)*

*“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.” (Mt 5,8)*



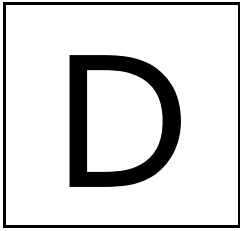
Calidad

## **SI EN LOS SIGLOS DE TUS OJOS**

Si en los siglos de tus ojos  
el mar no puede mirarse;  
si los brillos estelares  
no encuentran refugio en ellos—,  
ni el color de las praderas los enturbia;  
y si dices que sabes y conoces  
y que todo lo das por descubierto—:  
Aprende a descubrir el universo,  
porque ni sabes ni conoces,  
ni tus ojos son de otros.

(22-IX-1978)

*“Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra,  
porque, habiendo ocultado estas cosas a los sabios  
y prudentes, las revelaste a los sencillos.”  
(Lc 10,21)*



Ordenación

## **AFORISMOS**

No es importante tener  
la impresión de no valer  
para nada en este mundo;  
lo importante es no valer  
para llegar a oponer  
a la conciencia ni un punto.

No es importante sentirse solo  
ante el inmenso poder de la ciencia;  
lo importante es que sólo  
se debe seguir a la conciencia.

No es importante sentirse solo;  
lo importante es no sólo  
hacer lo que dicen todos.

No es importante que los demás te odien;  
lo importante es no odiarte tú.

No es importante ganar la vida;  
lo importante es conseguirlo  
con el alma recogida.

No es importante en grado sumo  
limpiar el cuerpo;  
lo importante de verdad  
es limpiar el alma.

No es importante el mundo,  
ni la carne, ni la vida;  
lo importante es el trasfondo  
en el que todo eso anida.

No es importante tener buenas intenciones;  
lo importante es que lleguen  
a firmes resoluciones.

No es importante el que veas seco  
cualquier campo de trigo;  
lo importante es que si quiere agua—,  
le riegues como es debido.

No es importante  
que cuando los demás den—,  
exijan algo a cambio;  
lo importante es que tú des  
sin esperar ni un halago.

No es importante el hablar;  
lo importante es el hacer,  
y si además se habla—,  
tanto a deber!.

No es importante el proclamar  
la fe con insistencia;  
lo importante es tener fe  
y obrar en consecuencia.

No es importante  
que los demás sepan que sabes  
porque tú así lo quieras;  
lo importante es que lo sepan  
sin que lo intentes siquiera.

No es importante que el saber se note siempre;  
lo importante es saber aprovecharlo.

No es importante el saber quien te ha pegado;  
lo importante es que no pegues  
al que se encuentra a tu lado.

No es importante que los demás te engañen;  
lo importante es que sus engaños  
hagan el menor posible daño.

No es importante  
que la verdad o tu verdad—, según los casos—,  
quede patente siempre y sobre todo;  
lo importante es no engañar jamás,  
y si además resplandece la verdad—,  
pues mucho mejor el modo.

No es importante que todo  
parezca maravilloso;  
lo importante es que aparezca  
la realidad a los ojos.



No es importante el conocer  
la verdad con la cabeza;  
lo importante es el poner  
el corazón en la empresa.

No es importante el destino,  
ni el presente—, ni el pasado;  
lo importante es el camino  
que lleva al lugar amado.

No es importante el ser  
según nuestros intereses;  
lo importante es poner el ser  
en la misma Voluntad Celeste.

No es importante saber  
la teoría de amar;  
lo importante es conocer  
en el otro el propio ser.

No es importante tener  
normas de vida y comportamiento;  
lo importante es adaptarlas  
a cada situación y momento.

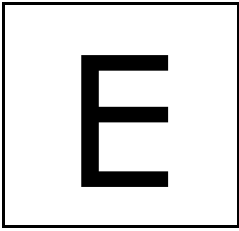
No es importante tener  
un lugar donde vivir;  
lo importante es residir  
en la misma Libertad.

No es importante tener casa grande  
y con gente cuanta quiera;  
lo importante es tener un alma grande  
y que Dios la ocupe entera.

*(27 y 28-X-1976 y 12-IV-1989)*

*“Os pregunto si es lícito hacer el bien en sábado o  
hacer el mal, salvar una vida o perderla.”  
(Lc 6,9)*

*“Por eso todo escriba versado en el reino de los  
cielos es como amo de casa, que saca de su tesoro  
lo nuevo y lo viejo.” (Mt 13,52)*



Esencia

## UN PROFESOR FRANCAMENTE SINGULAR

Entre mis profesores del Preuniversitario había uno francamente singular, el profesor de francés, conocido entre los alumnos con el nombre de "El Cristomático". El susodicho mote se debía a que recomendaba—, más bien exigía, la compra del libro titulado "Chrystomathie Française" (Cristomatía Francesa) para—, apoyándose en él—, impartir las clases. Por cierto—, y a modo de curiosidad—, es de reseñar—, que el mencionado libro fue escrito por el padre del profesor en cuestión—, y que el significado del título no lo he encontrado en los diccionarios normales—, pero debe querer decir algo así como...: selección de fragmentos de obras francesas—, (o por lo menos—, eso es lo que es).

Pues bien, dicho profesor tenía la particularidad de poseer una prominente y gran mandíbula que sobrepasaba a los maxilares—, y por tanto—, los dientes inferiores quedaban por delante de los superiores, lo cual no tiene excesiva importancia—; pero lo que ya la tiene más—, es que—, al hablar—, le chirriase la boca como si fuese una puerta; a lo que se unía el agravante de la pronunciación, que no se le entendía ni en español, y no es porque el señor fuese extranjero—, sino porque tendría alguna dificultad para la articulación correcta, (quizá porque llevase dentadura postiza).

A primera vista se podía observar su extrema delgadez, sus ojos saltones que parecían como salidos de las órbitas, su cara plagada de arrugas que daba la impresión de tener sólo la piel cubriendo el hueso; reparando seguidamente en sus largas piernas, arqueadas en su origen; y lo más curioso: en sus orejas, de un tamaño nada frecuente, enormes, planas, sin los relieves habituales, y picudas, (sí, sí, como las de los marcianos de las películas). Su cabeza—, llamativamente alargada en sentido anteroposterior o como vulgarmente se dice de delante a atrás—, (o más popularmente de "alante atrás"—), estaba enmarcada por un cerco de pelos blancos que siempre llevaba de punta—, recordando la corona de laurel de los emperadores romanos, y que delimitaba una lustrosa calva, la cual—, tenía la particularidad de que—, sobre todo al agacharse—, se vieran—, clarísimamente en ella—, abundantes venas, lo que hacía comentar socarronamente a alguno—: "¡Mira! imira!, ¡se le ven las ideas!".

Estos detalles se completaban con la observación del estrabismo de uno de los ojos, (lo que vulgarmente se diría como que era bizco de un ojo).

En cuanto a su comportamiento también tenía su singularidad: poseía una gran agilidad y estaba brincando constantemente, y cuando se encontraba parado—, oscilaba en todas direcciones y parecía tambalearse, llegando algunas veces a ser las oscilaciones de tal amplitud—, que nos mostraba la calva ya aludida. Algunas veces daba la clase mirando para otro lado de forma impertérrita; otras no sabía lo que decía—, (o éramos nosotros los que no sabíamos lo que decía—, ya que eran frases incoherentes).

Éstos—, y algunos otros detalles que un observador más fino habría anotado—, le daban la singularidad a dicho profesor. A nosotros nos dio clase durante alrededor de un mes, y no es que de él tenga mal recuerdo—, pero—... ¿a que era un profesor francamente singular.

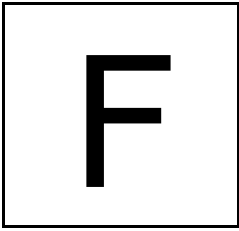
*(X-1970 y 3 a 5-IX-1976)*

*“No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará; se os volcará en el seno una buena medida, apretada, rellena, rebosante; porque con la medida que midiereis seréis medidos.” (Lc 6, 37-38)*

*“En esto conocerán todos que sois mis discípulos: en el amor que os tendréis unos a otros.” (Jn 13,35)*

*“Todo árbol que no da fruto, es cortado y arrojado al fuego. Por sus frutos, pues, los conoceréis.” (Mt 7, 19)*

*“No juzguéis según las apariencias. Juzgad con equidad.” (Jn 7,24)*



Potencialidad

## DEDICATORIAS

### **A Estrella** *(en sus dieciocho años)*

Caminando en mi soledad  
las nubes me preguntaron:

- ¡Oye!, ¿dónde vas?.
- Voy a casa de Estrella.
- ¿Y a qué vas?
- Su cumpleaños celebra.
- ¿Dijiste Estrella—, por casualidad?.
- Estrella de noviembre, de un otoño contumaz.
- ¿Del cielo?, ¿la tierra? ¿o el mar?.
- De la tierra y de España, casi "na".
- ¿Quince años?.
- Ha tenido.
- ¿Veinte?.
- Los tendrá.
- ¿Amigos?
- Muchos quizá.
- ¿Corazón?.
- Eso ya es otro cantar,  
tan grande lo tiene—,  
que se le quiere escapar,  
pero lo trata "duro",  
como malo lo quiere ocultar.
- ¿Figura?.
- Buena moza, revela su agilidad,  
ojos limpios, pelo negro, y de estatura normal.
- Pues nada—, ¡que haya felicidad!.

Y difuminándose en el cielo  
susurradamente dijeron:  
Estrella; estrella en la inmensidad.

*(12-XI-1978)*

**A Rosa**  
*(acompañando a su guitarra)*

De la cuerdas—, Señor—, de la guitarra  
una rosa de amor se ha desprendido,  
dejando su perfume entretejido  
en los sonos y canciones que desgrana.

Recuerda—, que en tus manos ha nacido  
y cual barro—, en ellas—, modelada.  
Que la hiciste y quisiste de cariño,  
que el nombre que le diste fue—: “Mi amada”.

No la dejes—, Señor—, abandonada  
a merced de los vientos y el capricho,  
al olvido de sí y de su sino  
que es vivir para siempre en tu morada.

Guárdala bien guardada en tus entrañas.

Cuídala en el mal y en el peligro.

No la libres—, Señor—, de ser tentada  
y que muestre—, de esta forma—, su sonido:  
La libertad de tus dedos transformada  
en vida de amor transfigurada.

Y manténla en la alegre santidad—. Amén.

*(26-XI-1994)*

**A Jorge**  
*(concluyendo su Liturgia de las Horas)*

La oración—, (según se dice—),  
se realiza de mil modos,  
y—, ante esto—, me sorprende—:  
¡que sólo conozco uno!

Y al mirarte en lo profundo—,  
poniendo mi ser en ello—,  
en la intención me pregunto—:  
Si no miro la apariencia  
ni su forma ni su modo...  
si el continente postergo—:  
¿qué es lo que yo valoro  
que me confirme en lo cierto?.

Y llenándome de gozo

al ver que siento contigo—,  
admirado todo yo  
al bañarme en tu presencia—,  
conmovido en mis entrañas  
cuando descanso en tu calma—,  
(...) respondo:

Pasa—, Señor—, a mi hogar  
para que cenemos juntos.

Pon tu casa en mi ciudad  
para alegrar a sus gentes.

Mira el álbum de mis fotos,  
y—, en lo escondido—, el secreto.

Te ofrezco lo que yo tengo—,  
para que llegue el momento  
en que lo mío sea tuyo  
como ya lo tuyo es mío,  
y que así—, hagas conmigo  
lo que yo ya soy contigo.

Vive en mí como Tú quieras—:  
que al reinar en lo pequeño  
renuevas el mundo entero.

Y colma de vino nuevo  
las copas de la oración  
para quien beba disfrute  
de ese nuevo corazón.

(Y—, Señor—, también te pido  
que no se conforme Jorge  
con recipientes vacíos,  
sino que Tú se los llenes  
de todo tu amor trascendido).

(17-IX-2002)

## **A Karim**

*(en el dorso de una postal con una gaviota en vuelo)*

Una gaviota—, en su vuelo—, descubrió un día a otra—, que—, con gran torpeza—, se arrastraba penosamente por el suelo, y parándose junto a ella le dijo:

—¿Qué te ocurre?. ¿Estás herida para arrastrarte así?. ¿Puedo ayudarte?.

La otra gaviota—, resignadamente—, respondió:

—Comprendo que me hagas esa pregunta, porque según cuentan mis padres—, nací tan deformado de mi huevo que nunca se ha podido reconocer en

mí lo que soy en realidad: una serpiente; y eso a pesar de todos los esfuerzos de mis parientes y conocidos por que—, tan siquiera—, aprendiera a reptar como ellos; pero... ¡ya ves!: soy el hazmerreír de todas las serpientes, y sufro más por eso—, que por el hecho de apenas poder desplazarme. ¡Lo que daría por poder reptar como todo el mundo! Esa es mi mayor ilusión.

Embargada de cariño—, la primera gaviota intervino:

—¿Te has fijado en que tienes patas y que son como las mías?. ¿Qué tienes plumas como yo?. ¿Qué también tienes alas—, y que son como las mías?. Pues si yo soy una gaviota—: tú también lo eres.

Y añadió en un tono emocionado:

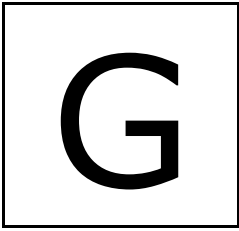
—¡Vuela!. No reptes.

(14-VIII-1996)

*“Se trae acaso la luz para ponerla debajo del celemín o de la cama? ¿No es para colocarla sobre el candelero? Porque nada hay oculto sino para ser descubierto; y nada escondido, sino para ponerse en claro.” (Mc 4,21)*

*“Porque a todo el que tiene se le dará y le sobraré; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.” (Mt 25,29)*

*“Jesús les respondió: Os lo he dicho y no lo creéis. Las obras que hago en nombre de mi Padre, lo atestiguan.” (Jn 10,25)*



Dispersión

## POESÍA

Luces que en el mar transcurren,  
tranquilas, serenas.

Sueños que en el agua rielan,  
suspendidos, impasibles.

Páginas de un alma adormecida,  
que se apagan, que se agitan.

Letras sin sentido.

Cosa indescifrable.

Cadencias, pausas, acentos;  
versos en el aire mantenidos.

Impresiones, sensaciones, ilusiones;  
espejos del brillo impenetrable.

Y suenan, y dicen—,  
y quieren decir y sonar;  
y suenan más que dicen—,  
y dicen más que suenan...

Voces de un mundo indefinido,  
insaciable, deslumbrante.

Cantos de un cielo inalcanzable,  
etéreo, misterioso.

Luz y sombra,  
blanco y negro,  
viento y calma,  
frío, calor, realidad, fantasía...  
Fuentes de gris melancolía.

Espumas sutiles,  
cortantes, penetrantes.

Silencios colmados de sonidos,  
suaves, escondidos.

Puntos ignorados.

Timbres inaudibles.

Aspectos, modos, matices;



raíces de soles encumbrados.

Colores, vapores, fulgores;  
sonidos de tiempos intangibles.

Gotas de armonía.

Briznas de alegría.

Fuego, dolor, corazón, melodía...

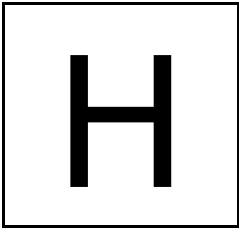
Al fin y al cabo—:

Poesía.

(9 y 15-X-1979)

*“Si el grano de trigo no es enterrado y muere, queda solo; pero si muere, da fruto en abundancia. El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna.” (Jn 12, 24-25)*

*“El que camina en tinieblas, no sabe adónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz y llegaréis a ser hijos de la luz.” (Jn 12, 35-36)*



Equidistancia

## ÉGLOGA ÉPICA

Cíclope

pétreo  
tiéndese  
áspero,  
rústico.  
Tímbrico  
líquido  
muéstrale  
árboles,  
cúmulos,  
iáguila!.

Águila

mística—,  
gélida—,  
rígida—,  
mírase  
frígida;  
icálida!;  
iplástica!;  
álzase  
mástiles,  
cúpula  
áurea  
ábrele  
góticos  
óvalos,  
lánzase;  
trázase  
pálida  
línea,  
lírico  
gráfico,  
cántico  
único.  
Máxima

cítara—,  
vívida  
góndola—,  
mécese  
cómoda.

Súbita

mácula  
trázase  
plácida,  
cándida,  
lánguida;  
ébanos  
mágicos  
míranla  
ávidos,  
águila  
mítica  
tórñase  
grávida,  
téñsanse  
músculos,  
fórmase  
máquina,  
vuélvese  
látigo,  
vértigo,  
ráfaga,  
ábrense  
cálices  
ágiles,  
férreos,  
cálida  
víctima  
muévese  
rápida,  
último,  
álgido,  
crítico  
hálito,  
ápices  
córneos  
clávanse  
trágicos,  
gráciles  
mármoles  
víranse  
cúpricos,  
mánale  
púrpura;  
brótale,

tórvida.  
Lástima—,  
tórtola.

Rúbrica

fúnebre,  
bárbaro  
ágape,  
cíclica  
práctica,  
lógica—,  
tópica—.

Tímida

pléyade—,  
frágiles  
pájaros—;  
íntimo  
pánico.

Jóvenes  
álamos—,  
sórdido  
público.  
Última  
súplica.

Árido

párrafo.

Águila blasón de naciones,  
vuelo de éxtasis místico,  
símbolo de las patrias,  
luz del mar aéreo.

Para ti—, ave—,  
un epílogo,  
imagen,  
métrico  
canto,  
fue.

*(XI-1975)*

*“Velad, pues, porque no sabéis cuando viene el dueño de la casa, si por la tarde, si a medianoche, o al canto del gallo, o de madrugada; no sea que, llegando de repente, os halle dormidos. Y lo que a vosotros digo a todos lo digo: Velad.” (Mc 13,35-37)*

*“Llegada la tarde, decís: Buen tiempo, porque se arrebola el cielo; y por la mañana: hoy tempestad, porque el cielo se nubla con arreboles oscuros. Sabéis discernir el aspecto del cielo, ¿y las señales de los tiempos no?” (Mt 16,2-3)*

*“Mirad la higuera y todos los árboles; cuando veis que brotan, conocéis por ello que está próximo el verano; así también vosotros, cuando veáis realizarse estas cosas, sabed que el reino de Dios esté cerca.” (Lc 21,29-31)*

# I

Definición

## EL BÚHO Y EL MULO

Una noche de luna clara—, un búho se encaramó en lo alto de la cerca del corral, y—, desde su atalaya—, vigilaba cuidadosamente los alrededores en busca de algún ratoncillo que le sirviera de alimento.

Un no sé qué malestar despertó al mulo y le hizo erguir la cabeza, y así—, fue como descubrió al búho; y ni corto ni perezoso le dijo—: ¿iTú que haces en mi corral!.

El búho—, extrañado del tono de voz—, le miró atentamente, y sin prisa—, replicó—: Estoy buscando mi comida de hoy. Sabrás que me alimento de ratas y ratones, y que éstos van donde hay comida fácil: graneros—, corrales—, casas—; y allí voy yo también.

—Sí ya; tú eres uno de esos holgazanes como hay tantos; esta granja está llena de ellos. Yo soy el único que se salva, el único útil, el único que trabaja por el amo, con el amo y para el amo.

Yo soy hijo de caballo inteligente y ágil;  
yo soy hijo de burra fuerte y resistente;  
yo soy su resumen, su perfección.  
Arrastro el arado  
levanto la tierra,  
tiro del carro,  
llevo la piedra,  
muevo el molino,  
muevo la noria,  
corro el camino,  
arrojo la escoria,  
cojo, recojo,  
subo, bajo  
y siempre trabajo,  
trabajo y trabajo.

¿Hay alguien mejor que yo?.

Y tú—, ¿qué haces por el amo?.

—Sabrás—, (respondió el búho—, que era muy aficionado a responder con esa palabra—), que yo no soy de esta granja y que no tengo amo, pero que al buscar mi beneficio también procuro el de tu amo, porque le libro de roedores que le estropeen la cosecha; y prueba de que es así es que él me respeta.

—¡Bah!, paparruchas. Pero sí que son de esta granja las abejas—, y ya ves—. No se preocupan para nada del amo, y además son unas holgazanas que se pasan varios meses del año durmiendo. No me digas.

Yo muevo terrones y cargo piedras, sin embargo—, ellas—, sólo unos granitos minúsculos en sus patas.

Yo—, siempre que puedo—, les intento demostrar que son unas ineptas.

¡Dime tú qué es lo que hacen? para que el amo les construya la colmena!.

—Pues mira, no sé si sabrás—, que con esos granitos fabrican una sustancia alimenticia que se llama miel—, que el amo siempre tiene en su mesa y con la que se deleita; también le dan cera, cuidan sus flores—, llevando el polen de unas a otras—, consiguiendo que se produzca la cosecha; ¿te parece poco?!; por eso el amo las aprecia.

—Nada, nada, tonterías; eso no vale nada. A ver si una abeja puede tirar del arado como yo, o arrastrar la piedra del molino como yo.

Yo consigo la harina,  
llevo el agua a la cocina,  
gracias a mí se puede sembrar  
y el amo y su familia pueden viajar;

eso entre otras cosas. Pero dime tú—, ¿iy la tortuga!?, ¿!qué hace la tortuga que tiene el amo en su casa!?. En mi vida he visto un ser tan inútil. Y lo que no entiendo es como el amo la tiene en su casa, ien su propia casa!.

—Y si él quiere ia ti qué! (contestó el búho—, algo malhumorado viendo la cerrazón del mulo). ¿No comes tú todos los días y no te falta de nada?; ¿no te cuida el amo y te atiende y se preocupa por ti—, por hacer simplemente lo que tienes que hacer?. El amo es el amo; pues si él quiere ia ti qué!.

Ella también cumple su función, distrae al amo y a sus hijos; aguanta pacientemente los juegos de éstos—, resistiéndolo todo; come los restos de la comida y algunos insectos que entran en la casa; es el animal de vida más larga y el único animal que no puede ser atacado por ningún otro; su resistencia pasiva es la mas perfecta de la Tierra.

—Bueno iy qué! (intervino el mulo—, casi riéndose de puro desprecio).

—¡Y qué! (se asombró el búho).

—Sí, iy qué!; no se puede comparar la estupidez de ese ser—, su inactividad—, conmigo.

—¡Justo!, ¡justo!, no se puede comparar (intervino nuevamente el búho); como no se puede comparar la resistencia de un elefante con la de un escarabajo: el primero apenas puede aguantar el doble de su propio peso—, mientras que—, el escarabajo—, puede soportar hasta cincuenta veces el suyo propio; como tampoco se puede comparar la fuerza de un elefante con la de una hormiga: ésta puede transportar una semilla enorme en relación a su tamaño y a su peso—, y el elefante—; cierto, puede levantar árboles, pero en menor relación con su peso.

Todos son animales; **pero son animales diferentes**. Cada uno es cada uno.

Y además, el amo no es tonto, y cuando él lo hace por algo será.

¿Estaría la tortuga en casa—, si fuera grande como tú—, tuviera tu fuerza—, tu agilidad—, fuera hija de caballo inteligente y ágil—, y de burra fuerte y resistente?

No. Estaría en tu lugar; porque ya no sería una tortuga sino un mulo.

¿Y—; acaso eres tú tan pequeño como ella para vivir en la casa—, tan paciente como ella para soportar tanto—, tan tenaz—, tan resistente—. ¿Acaso lo eres?

No. Porque si lo fueras—, tortuga serías que no mulo.

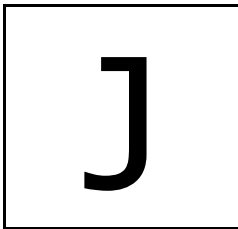
E inmediatamente—, sin mirar al mulo siquiera—, se alejó de allí mascullando—: No hay peor ciego que al que no le interesa ver.

(16-XII-1982)

*“El que tenga oídos que escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias”. (Apoc 3,6)*

*“Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque suyo es el reino de los cielos.” (Mt 5,3)*





Disgregación

## LLEGA LA NOCHE

Llega la noche oscura,  
el silbido del viento  
es llanto de amargura  
y son de sufrimiento.

Crujir la tierra se siente  
siendo sardónica risa  
que retumba en la mente  
llegando como la brisa;  
es un simún en la tierra,  
es un viento pavoroso,  
es como mágica sierra  
que corta lo más valioso,  
cómo voy yo a gritar  
con este espantoso ruido,  
cómo me van a escuchar  
si no deja su silbido.  
El suelo sigue temblando,  
yo ya no aguanto más,  
no sé ni por donde ando,  
no vi suceder jamás  
ni siquiera imaginé  
que esto pudiera ocurrir,  
es algo que yo ni sé  
que pensar ni que decir;  
con tanto movimiento  
las tumbas se van a abrir,  
y esperando un momento  
los muertos han de salir.

... ..

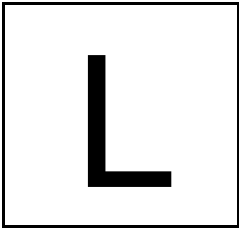
Qué pena—, qué amargura  
sentirse desamparado,  
como si en una altura  
estuviese encarcelado.  
¡Ay Dios! cómo se medita  
cuando está la vida en juego,

echando culpa maldita  
o alzando al cielo un ruego;  
si pecado tienes—, ruega,  
y pide humilde perdón,  
si no tienes—, también ruega,  
da gracias de corazón;  
yo Te pido me perdones  
mis culpas o mi pecado,  
que tengo yo mil razones  
para salir mal parado,  
esta noche está entre ellas,  
vivo no sé si saldré,  
a pesar de todas ellas  
a pesar lo intentaré,  
que cosa que yo quisiera  
ipor mi vida! que consigo,  
que no hay nadie que se entere  
porque lo que hago—, no digo.

(1970)

*“El viento sopla donde quiere; oyes su sonido,  
mas no sabes ni de dónde viene ni adónde va.  
Así ocurre con el que ha nacido del Espíritu.”  
(Jn 3,8)*

*“En verdad, en verdad te digo que nosotros  
hablamos de lo que sabemos y damos  
testimonio de lo que hemos visto, pero vosotros  
no aceptáis nuestro testimonio.” (Jn 3,11)*



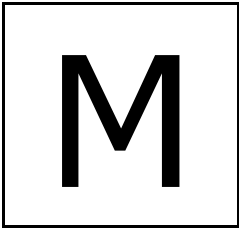
Situación

## LA BRISA

La brisa que del mar nos llega,  
lámina de papel azul,  
lamento gris del horizonte,  
lágrima de un sol que huye—,  
lamiendo la costa penetra  
la transparente aureola  
lacre volátil de la tierra;  
labrando a su paso tenue  
lábilés líneas en ella;  
lañando los suaves sonidos  
latidos del viento del mar,  
lavando de lastre el aire,  
lacerando con su manera  
la neblina de impurezas,  
lagos en él diseminados;  
la pena es que ni se sabe  
la suciedad que ella lleva.

(23 y 26-V-1976)

*“Vosotros sois la sal de la tierra;  
si la sal se desvirtúa,  
¿con qué se la salará?  
Para nada vale ya,  
sino para que arrojada fuera,  
sea pisada por los hombres.” (Mt 5,13)  
“Os aseguro que uno de vosotros me entregará.  
Muy entristecidos, comenzaron a decirle uno a uno:  
¿Acaso soy yo, Señor?” (Mt 26,21-22)*



Impulso

## LA DISPUTA DE LOS ANIMALES

*Fábula-Autosacramental  
inspirada en las fábulas de Tomás de Iriarte*

**Personajes:** Narrador, León, Jilguero, Urraca, Papagayo, Topo, Rana, Hipopótamo, Pingüino, Canario, Ruiseñor, Rata, Víbora, Águila, Zorra, Boa, Otros no especificados, y Paloma.

**NARRADOR:** *(Fuera de la escena. Visible o no visible—, según convenga o se prefiera)*

Érase que se era—,  
en un tiempo y un lugar  
en que parecen humanos  
los seres del reino animal—,  
que el León quiso—, un buen día—,  
celebrar con alegría  
la fiesta del vino y el pan,  
y a todos los animales  
convocó junto a su mesa  
a compartir su manjar,  
ya que este rey celebraba  
de esta curiosa manera  
toda su hospitalidad.

*(Se levanta el telón y se ve la fiesta del León y todos los animales)*

**LEÓN:** Estoy muy contento de que hayáis podido venir todos a mi convite, y como ya es tradicional en mi fiesta—, he elegido un maestro de ceremonias que se encargue de todo y nos amenice el festejo con su canto: En esta ocasión es el Jilguero.

*(Aplausos y vítores)*

**URRACA:** *(aparte y muy enfadada)* ¡¿Será posible semejante injusticia?! Elegir a ese patán, a ese inepto, estando yo aquí. Esto no se va a quedar así. *(al Papagayo, muy amable y meliflua)* ¡Papagayo!, ¡Papagayo! ven que quiero hablar contigo.

**PAPAGAYO:** Voy. *(se acerca)* Dime Urraca.

**URRACA:** Hace tiempo que he observado lo mucho que trabajas y tus múltiples habilidades, y me admiro de verdad en ver cómo estás en todo y lo atento que eres; cómo eres capaz de hablar con todo el mundo y a cada uno según su modo: si ellos cantan—: tú cantas, si ellos charlan—: tú charlas; todo lo imitas prodigiosamente y vales para cualquier cosa. Vuelas, andas, eres hermoso...

**PAPAGAYO:** *(le corta—, todo envanecido)* Bueno, bueno, no es para tanto Urraca. Es verdad que tengo muchas habilidades y que casi nadie sabe apreciarlas como tú lo haces ahora, con ello me demuestras que verdaderamente me aprecias y eres una buena amiga de la que me puedo fiar.

**URRACA:** *(con mal fingido disimulo y maliciosamente)* Yo también de ti, por eso quería comentarte algo que me ha parecido extraño: ¿Cómo es que el León—, viendo tus maravillosas dotes—, no te ha elegido a ti como maestro de ceremonias? No lo entiendo. Y sin embargo ha elegido a ese mequetrefe del Jilguero. *(con sorna)* ¿No has visto qué poquita cosa es y qué pequeño?, ¿qué colores más vulgares?, ¿qué torpemente camina y cómo tiene que hacerlo a saltitos? Es—, a ciencia cierta—, ridículo.

**PAPAGAYO:** *(con asombro)* Es verdad, es verdad, no había caído en ello. Ha sido todo un error esa elección.

**URRACA:** Pues aún no sabes nada, porque lo peor de todo es que ni siquiera canta bien. ¿No sabes que en vez de cantar rebuzna?.

**PAPAGAYO:** ¿Rebuzna?.

**URRACA:** Sí, sí, lo que oyes: Rebuzna. Imagínate lo que será de todos estos pobres *(señala a la concurrencia)* cuando caigan en sus manos. Tú eres el único que puede librarlos, porque eres el mejor maestro que pueden tener y el más servicial. Todos cantarán mejor si lo hacen como tú.

**PAPAGAYO:** Es verdad, es verdad, pero creo que el más sabio de los dos eres tú, porque te has dado cuenta del engaño, así que yo lucharé por ti—, y por estos pobres—, contra ese mequetrefe.

**NARRADOR:** *(Mientras el Narrador habla—, paralelamente—, en escena—, se va representando lo que relata; bien en forma mímica—, o como película acelerada, por lo que—, el Narrador—, ha de realizar las pausas oportunas para facilitar dicha escenificación)*

Y así fue cómo la Urraca convenció al Papagayo con el halago en su boca y la mentira en los labios.

Y allá que se fue contento nuestro locuaz Papagayo con la importante misión de poner en atención

a su cohorte de amigos:  
*(Siendo él tan importante—,  
¿a qué dejar a un farsante?!).*

Ante el Topo se mostró  
atento y encantador  
refiriendo con destreza  
su insuperable belleza.  
Y escuchando entusiasmado  
nuestro Topo respondía—:  
“Qué maravilla sería  
tener ojos para verte.”

A la Rana presentó  
su voz dulce y armoniosa,  
la variedad de su timbre,  
y su expresión portentosa.  
Y ésta—, admirada—, exclamaba—:  
“Quien pudiera, quien sabría  
croar con tal melodía.”

De su vuelo—, al fin—, le habló  
al Hipopótamo amigo,  
*(quien ni siquiera podía  
levantar los pies del suelo).*

Y hasta convenció al Pingüino—,  
*(que andar casi no sabía—),*  
de lo bien que él caminaba  
y de su andar postinero.

Y así ganó su prestigio.  
*(Y el descrédito el Jilguero,  
ya que siempre insinuaba  
la sustancial diferencia).*

Pero aquí cabe notar  
una actitud sospechosa:  
que tanto él—, como la Urraca—,  
no quisieran preguntar  
al León ninguna cosa  
de su elección arbitraria,  
ni que al Canario le hablaran,  
ni al Ruiseñor le dijeran,  
y que sólo se dignaran  
dedicarles su desprecio  
como pájaros afines al Jilguero.

Y así como cada cual piensa del otro  
según su mezquina y baja condición—,  
los que optaron por obrar con este modo  
fomentaron la más ruin difamación.

**RATA:**

*(que habla con unos y otros y va de grupo en grupo. Al  
Papagayo en presencia de la Urraca, con malicia y riéndose*

*siempre “ji, ji”*) Has visto. Has visto. Has visto como tropieza. Casi se cae ese estúpido “pajarico”. *(se ríe)* ¿Y el tropezón de antes?. ¿Cómo ha clavado el pico en el suelo? *(se ríen abiertamente los tres y se va)*

**PAPAGAYO:** *(a la Urraca—, entre risas)* Claro, como que he sido yo quien le ha puesto la zancadilla.

**URRACA:** ¿Sí?. *(entre risas)* Pues muy bien hecho. Así, así, para que vaya aprendiendo. *(con sonrisa malévola)* Yo he escondido los panes para que no los encuentre.

**RATA:** *(a la Víbora)* Víbora: ¿Te has fijado en el ridículo ése—, cómo tropieza?

**VÍBORA:** Pues claro, Rata, y también de si habla con unos y con otros. ¿No te has fijado en cómo habla con el Canario y el Ruiseñor?.

**RATA:** Otros que deben rebuznar como él.

**VÍBORA:** Pues yo pienso que éstos nos deben estar preparando alguna, así que tenemos que andar con mucho ojo para que no nos la jueguen.

**RATA:** ¿Tú crees?.

**VÍBORA:** Lo que yo te diga. Seguro que lo que pretenden es hacerse ellos los dueños y señores—, y manejarlo todo. ¡Imagínate lo que estarán diciendo de nosotros!

**RATA:** Pues hay que hacer algo. Esos se van a enterar. *(Se va. A un grupo)* Oíd lo que me ha dicho la Víbora: Que el pájaro asqueroso ése—, junto con el Canario y el Ruiseñor—, están tramando algo contra nosotros porque quieren hacerse los amos.

**HIPOPÓTAMO:** Ah, pues eso hay que impedírselo. A nosotros no nos la dan. Yo el día menos pensado—, como se ponga farruco el pollo ése—, le pongo la pata encima y le aplasto.

*(Risas)*

**PINGÜINO:** Lo que no entiendo—, Hipopótamo—, es que digas eso y estés ayudándole a distribuir el pan y el vino.

**RATA:** No, no. No puedes colaborar con él en nada. Lo que tenemos que hacer es boicotearle todos y hacer el vacío a los presuntuosos esos.

**Todos los del grupo:**

¡Bien!

*(Aparte, en otro lugar de la escena)*

**JILGUERO:** León, por favor, libérame de esta carga y este sufrimiento. Ya oyes lo que dicen de mí y ves las cosas que me hacen. Tú ya sabes que yo no tengo ningún interés en ser maestro de ceremonias: Pon a otro. Pon al Papagayo, como él quiere, que lo hará mejor y es más aceptado; así será mejor para todos.

- LEÓN:** Ten paciencia Jilguero. Tú sigue ahí, al pie del cañón, y no muestres lo bien que cantas hasta que yo te lo diga.  
*(En los corrillos y grupos de murmuración)*
- RATA:** *(a otro grupo)* Como veis—, tenemos que hacer algo para que “el mosquito muerta ése” se vaya de aquí.
- TOPO:** Sí, sí, en cuanto que rebuzne—, nos reímos de él a mandíbula batiente—, y le echamos. El León no podrá consentir eso y tendrá que admitir que se ha equivocado. ¡Hasta yo—, (que no puedo ver—), me he dado cuenta que me mira con desprecio!. ¿Cómo no se va a dar cuenta el León?
- NARRADOR:** Y usando a la Rata de correveidile traían embustes—, calumnias y cuentos, injurias y chismes—, con difamaciones y un montón de malas interpretaciones.  
Aunque no todos estaban absortos en tal acción—, porque el Águila Real—, usando su aguda vista—, observaba atentamente la realidad circundante—, y en absoluto creía las infamias que decían, por eso fue quien propuso realizar alguna prueba que solventara el asunto.
- ÁGUILA:** ¡Amigos!. ¡Amigos!. *(reuniendo a un grupo de difamadores y en presencia del Canario y el Ruiseñor)* ¿Por qué habláis así del Jilguero—, cuando ni siquiera le habéis oído cantar?. ¿No sería mejor oírle primero?.
- PAPAGAYO:** Pero no digas tonterías Águila, no hay más que verlo para saberlo. Además me lo ha dicho la Urraca que es mi amiga. *(OPCIONAL: <Aparte>* Porque tú me has abandonado cuando más necesitaba de tu apoyo y me ha defraudado tu falta de juicio.)
- ÁGUILA:** *(con retintín)* ¿Sí?.
- PAPAGAYO:** Sí, y mucho mejor que tú (de quien no me fío).
- RATA:** Nosotros sólo nos fiamos del Papagayo—, y sólo le queremos a él.
- PAPAGAYO:** No. También debéis fiaros de la Urraca—, que es mucho mejor que yo—, y es una buena maestra.
- ÁGUILA:** Pues si es tan buena—, que lo demuestre: Haced un coro y demostrad ahí lo buenos que sois y lo bien que cantáis, y luego oímos al Jilguero—, y comparamos objetiva y libremente. ¿Qué os parece?.
- CANARIO y RUISEÑOR:** Muy bien, muy bien. Eso, eso. Estupendo.



**URRACA:**

*(furiosa, a la vez que separa y aleja a sus partidarios de los que le quieren probar)* ¡Dudar de mí!. ¡Dudar de mí!. ¡Será posible!. *(dirigiéndose al terceto opositor)* Panda de cotorras—, comadreas—, víboras difamadoras que obráis el mal. Dios os castigará. Dios se mofa de vosotros. *(hablando a su cohorte)* No les escuchéis. Ignoradlos. Despreciadlos. Eso es lo único que merecen, porque están locos y llenos de frustraciones. No caigáis en sus embustes ni en sus artimañas cargadas de maldad.

**NARRADOR:**

Y tal cual dijo la Urraca  
hicieron sus seguidores,  
y las calumnias brotaron  
y nuevas difamaciones  
y ya nadie quedó a salvo  
de sus insidias malsanas.

Pero la Zorra—, en su astucia—,  
recelando de la Urraca—,  
en un descuido de ésta—,  
fue al Papagayo y le dijo—:  
“¡Qué bello y hermoso eres!.  
Yo alabo tu maestría,  
por eso me gustaría  
oír de tu boca un canto,  
y hasta que hicieses un coro  
para dar en las narices  
a quien duda que no puedes.”

Y ante la seducción de la gloria—,  
lleno de vanagloria—,  
el Papagayo accedió encantado.

Tarde se percató  
nuestra Urraca de la treta—,  
y ya no pudo parar  
las consecuencias de ella.  
Y al verse cogido así—,  
con sus mismas artimañas—,  
dijo entonces con desprecio—,  
hablándole al Papagayo—:  
“Yo me desentiendo ya  
de tu vida irresponsable.  
¿Quién me ha nombrado a mí  
responsable de tus actos?”

Y así fue cómo quedó—,  
ante los ojos de todos—,  
como cabeza visible—,  
nuestro amigo el Papagayo.

Ni tan siquiera la Boa  
(que según cuentan y dicen

era quien más le quería)—,  
le fue de ayuda ninguna,  
que en su actitud sigilosa—,  
tan solo le preocupaba  
darle el abrazo que mata.

Y el coro, por fin, cantó  
ante el público expectante,  
y el horror también surgió  
reflejado en sus semblantes.  
¡Qué algarabía—, qué estruendo!  
¡Qué exasperante su ruido!  
Si hasta el coro se calló  
comprendiendo su esperpento,  
(sobretudo cuando vieron  
cómo aquellos—, sus oyentes—,  
se tapaban los oídos).

Y mientras que unos a otros  
se culpaban del fracaso—,  
a una señal del León—,  
el Jilguero entonó un canto.

¡Qué gran sorpresa!. ¡Qué asombro  
que no lanzase un rebuzno  
y que un canto delicado  
apareciera de pronto!.

¡Qué estupor les invadió!.

¡Qué inesperado su encanto!.

Por eso—, tras un momento  
de reflexivo silencio—,  
alguno del coro habló  
justificando su intento.

**RANA:** *(A todos)* Lo siento, lo siento. Yo no sé cómo he podido equivocarme de esa manera. Debo haber perdido el juicio por hacer caso al Papagayo. Él es el culpable.

*(Algunos del coro asienten)*

**PAPAGAYO:** ¿Acaso es que no tenéis buen oído y no sabéis apreciar mi maestría en enseñar?. ¿Acaso habéis visto imitaciones de mayor originalidad que las mías?. *(Con desprecio)* Sois unos vulgares. No se ha hecho la miel para la boca del asno, ni des tus tesoros a los cerdos.

**CANARIO:** ¡Ay Dios mío: qué desatino!. El orgullo hace más ciegos que la propia enfermedad.

**ÁGUILA:** Urraca: ¿No eras tú amiga del Papagayo?, ¿por qué no le convences ahora?.

**URRACA:** *(al Águila)* ¿Yo?. ¿Y yo qué le voy a hacer?. Yo no puedo hacer nada por él. Eso le está bien empleado para que aprenda. Lo que tendríais que hacer es echarle de aquí.

**TOPO:** *(a todos)* Escuchad lo que os digo: El Papagayo es mi amigo, y yo le creo por serlo, así que si él dice que el Jilguero rebuzna—, pues verdad será, y lo que yo he oído será que lo habré interpretado mal.

**PINGÜINO,  
HIPOPÓTAMO,**

**RATA y OTROS:** Eso, eso, habremos oído mal.

**PINGÜINO:** *(señalando al Águila y demás)* La culpa es de esos ladinos que nos quieren engañar por la envidia que nos tienen.

**BOA:** Claro, por aquello de “quítate tú que me pongo yo—, que además soy mejor que tú”.

**Todos los  
simpatizantes  
del Papagayo:**

*(gritando y formando revuelo)* ¡Fuera!. ¡Impostores!. ¡Hipócritas!. ¡Que se vayan!. ¡Pelotas!. ¡Rastreros!. *(etc.)*

**PALOMA:** *(Aparece malherida y maltrecha—, clamando)*

¡Basta, basta, basta ya!  
de tanta animosidad,  
de envidias, odios, maldades,  
de orgullos y de rencores.  
¡Hasta cuando!. ¡Basta ya!.  
¿Acaso es que no sabéis  
que yo soy esa paloma  
mensajera de la paz?.  
Pues ved como sufro en mis carnes  
toda vuestra crueldad.

Mirad aquí mi semblante.  
Mirad también mis heridas.  
¿No tendréis ni tan siquiera  
un poquito de piedad?.

Harta estoy de vuestro halago.  
Harta de vuestra falsía,  
de la doblez y el engaño,  
de quien no tiene humildad.  
¿No sabéis que ésa es la llave  
de todo el bien y la paz?.  
¿Del saber y de la ciencia,  
de la virtud y el amar?.  
Por eso sólo el humilde  
es quien tendrá mi amistad.

Que no me busque el soberbio  
ni el engreído ni el falso,  
porque por mucho que corra  
no me alcanzará jamás.

**LEÓN:** *(Interviene súbitamente con vehemente apasionamiento)*

¡Fuera de aquí—, despiadados!,

los que obráis la iniquidad,  
el que maltrata y zahiere  
mi Palomita de Paz,  
esa luz de mis entrañas  
que yo os quise regalar.

Que no beba de mi vino.  
Que no coma de mi pan.  
Aquél que desprecie a otro—:  
que no coma mi manjar;  
porque este vino es mi sangre  
y hasta mi carne este pan,  
y en él queda reflejado  
lo que es mi hospitalidad.  
¿No se convoca por eso  
esta fiesta singular?:

Ésta es—, entonces—, mi paz.

Que se vaya de mi lado  
quien no la quiera alojar,  
que la busque por el mundo,  
que vague errante sin paz,  
sin tino y sin rumbo fijo  
tras ese perdido hogar,  
y si la alcanza que vuelva,  
que mis brazos aquí están  
abiertos al que regresa,  
pero al que regresa en paz.

Quien tiene resentimiento—:  
que no coma de mi pan.  
Quien recela de mi mesa—:  
que no coma de mi pan.  
Quien no acoge—, quien se cierra—,  
quien no da hospitalidad—:  
¿a qué se acerca a mi mesa?,  
¿a qué come de mi pan?.  
¿Acaso burlarse quiere—:  
o me pretende insultar?!

Pero el que acoge y ayuda,  
el humilde y el sencillo—:  
que venga a beber mi vino,  
que disfrute de mi pan,  
que todo lo mío es suyo  
que yo se lo quiero dar.

*(a la Paloma, acogiéndola delicadamente)*

Y ven tú aquí—, mi Paloma—,  
mensajera de mi paz,  
ven que te llene la boca,  
ven que te quiero sanar  
curándote con mis manos

con besos de amor y verdad,  
que a la vez que tú revives  
lo hace el bien que va contigo:  
mi amor y felicidad;  
y allá donde tú te encuentres  
mi mismo ser nacerá.

*(Telón)*

**NARRADOR:**

*(Muy pícaramente)*

Quien busque la paz que vea  
si le merece la pena  
alojar en sus entrañas  
esa palomita extraña:  
Ésa que Dios sólo da  
al que atesora humildad  
y que abriendo en pleno el alma  
va y le dice en confianza—:  
“Hágase Tu Voluntad”.

*(FIN)*

*(27-XI a 19-XII-1993)*

## **DECEPCIÓN**

En este papel higiénico  
hay una poesía escrita,  
para servir de consuelo,  
para limpiar la caquita,  
que todo en el mundo es  
similar a esa cosita,  
que no hay nada que la iguale  
ni nada que le compita,  
que todo a la postre es  
caquita—, caquita—, caquita.

*(5-VIII-1976)*

## **ESPERANZA**

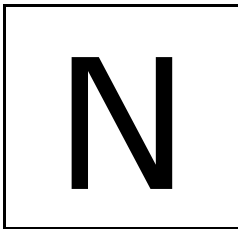
Después de un noche oscura  
siempre amanece el alba

si se alcanza la paciencia  
que te permite esperarla.

En las sombras y en la duda  
reina mejor la cizaña—,  
y habrá que esperar la siega  
para poder separarla,  
que en el reino de la luz  
todo se entiende y se aclara,  
y quien la huye declara  
la verdad de su conciencia;  
porque el sembrador que siembra  
su cizaña entreverada—,  
en la oscuridad secreta—,  
es donde muestra la cara.  
Por eso habrá que abrir paso  
a esa luz tan indiscreta—,  
para que—, entrando a raudales—,  
invada toda tu alma,  
y que en ella resplandezca  
el Dios de Paz que la emana:  
el que une y no separa,  
el que perdona y aguanta,  
el que con su amor inunda  
el alma de intención recta—,  
y que los montes allana  
y hasta los valles levanta,  
hasta que—, por fin—, consuma  
su donación más completa.

(6-1-1993 / 19-1-2004)

*“Es inevitable que haya escándalos; pero ¡ay de  
aquél por quien vengan!; mejor le sería atarle al  
cuello una piedra de moler, y arrojarlo al mar, que  
escandalizar a uno de estos pequeños.” (Lc 17,1-2)*



Incremento

## EN UN LEJANO PAÍS

En un lejano país—, donde se funden el cielo y la tierra y todo adquiere un matiz maravilloso—, vivía un viejecito cargado en sabiduría y en años; que poseía esa facultad que da el cariño de sentir la realidad de los propios pensamientos. Y se decía—: ¿Qué haré?, ¿dónde lo pondré?, ¿quién vivirá conmigo y será carne de mi carne y sangre de mi sangre?.

Y quiso pensar en unos seres semejantes a él, y les llamó animales vertebrados; y observó que aunque eran similares a él—, les faltaba algo para lograr la asimilación perfecta, la identificación completa: el cariño, del que sólo disfrutaban por igual en su presencia; y dijo—: ¡claro! sólo son iguales a mí si además también me quieren, como yo hago con ellos. Y se alegró enormemente, y parecía que le bailase el corazón, diciendo para sí—: Son carne de mi carne y sangre de mi sangre, porque todo lo mío es suyo y lo suyo mío, sin reserva alguna.

Y sucedió que un día—, algunos de los vertebrados que vivían con el viejecito pero que no habían puesto todo su cariño en él—, se dijeron—: ¿Por qué hemos de quedarnos siempre en este país—!, dejemos al viejecito y vayamos a buscar tierras mejores.

El viejecito vio—, con lágrimas en los ojos—, cómo aquellos a quienes había dado todo—, se alejaban. No habían escuchado sus ruegos, ni sus advertencias sobre lo inhóspito de los otros lugares. Y pensaba—: ¿Qué será de ellos. Y se percataba que—, precisamente al pensar en ellos porque les quería—, les hacía—, si cabe—, más reales.

Pero—, ¿cómo lo evitaría?, ¿cómo dejarles de querer?!.

Si los olvidaba les evitaba las inclemencias, pero entonces—, eso querría decir que—, realmente—, no les había querido nunca, porque olvidar por hacer un bien no es un olvido verdadero. Si no les hubiera entregado su cariño—, nada de esto habría ocurrido, así que él mismo les condenaba a vivir en la desolación de lo inhóspito; pero qué podía hacer—: eran libres. Al fin y al cabo les daba lo que ellos querían; y sólo queriéndole voluntariamente como él les quería podrían ser carne de su carne, sangre de su sangre.

Sólo cabía esperar.

Y se decía para sí—: Volverán. Volverán. Y los recibiré con los brazos abiertos.

Pasó un tiempo, y un buen día—: el viejecito vio—, con alegría inmensa—, regresar a los huídos; pero se percató de que no todos volvían. Y se apenó de verles con las marcas de la lejanía en ellos, y sintió un algo especial que le reblandecía los huesos y le nublabla la vista, y se compadeció de todos.

Les dijo: ¿No les advertisteis a los que faltan que regresabais?. Y le respondieron: Sí, pero no quisieron venir con nosotros.

¡Cómo habría deseado que fueran todos los que regresasen!.

Y miró a todos los regresados, y vio inseguridad en su decisión; y les propuso una prueba: Les daría una zona para vivir, junto a los límites del país, para que se sintieran más libres de entrar o salir; y como habían perdido la capacidad de ser animales vertebrados—, les llamó animales invertebrados, advirtiéndoles que se vertebrarían cuando decidieran ser como tales, como lo fueron en un principio.

Y al lugar le llamaron Tiempo por ser la base de la prueba.

Pero dada la proximidad de Tiempo a los otros lugares donde moraban los no regresados—, éstos se valían de ello para incitar a los invertebrados a seguirles de nuevo aprovechando su indecisión, con lo que una parte se volvió a marchar.

Y ocurrió—, pasado un tiempo—, que parte de los invertebrados huídos regresó, y el viejecito les llamó plantas, y los instaló en Tiempo junto con los invertebrados que vivían allí.

Pero como los invertebrados y las plantas resueltas a reintegrarse a su ser primitivo—, no querían ver en peligro su decisión—, acordaron colocar a los dudosos de entre ellos en las zonas limítrofes con los otros lugares. Y a estas zonas les llamaron Destierro por ser las más alejadas.

Viendo un día el viejecito—, lo alejados y lo mal que vivían los desterrados pensó—: He de hacerme como uno de ellos, sentir y vivir como ellos, ser uno más; así verán que si yo—, siendo uno de ellos—, puedo superar la prueba—: ellos también pueden; verán que no pido imposibles y les dará ánimo, porque si no lo hago nadie la superará.

Y así fue como el viejecito—, siendo viejecito—, se hizo planta, y arraigó en Destierro para admiración de todos los animales y plantas; y se corrió el rumor de que eso había ocurrido, pero nadie sabía cual era la planta del rumor.

Un buen día—, el viejecito—, satisfecho de su desarrollo, y viendo su frondosa plenitud y lo bien integrado que se encontraba entre todos los desterrados—, se dijo—: Ha llegado el momento de decirles quien soy para que lo sepan todo de mí, y comprueben cómo es posible alcanzarlo todo—, superando las dificultades.

Y sucedió—: que las otras plantas no le creyeron, y la estupefacción y la incredulidad invadió Destierro, porque se decían—: ¡¿y ésta como nosotros es el viejecito!; ¡ésta tan normal, tan vulgar e irrelevante?!. ¿Acaso no la hemos visto arraigar y crecer entre nosotros?.

Y es que en el fondo de todo ello latía una pregunta—: ¿Acaso el viejecito nos podría querer tanto como para hacer eso posible?.



Pero su inseguridad y la proximidad a los otros lugares se hacían sentir tanto—, que la ausencia de cariño les impulsaba a responder negativamente a la pregunta, y les incapacitaba para comprenderlo.

¡Cómo hubiera deseado acogerles como polluelos bajo sus alas!. ¡Cuántas veces los miró con ternura indescriptible!. Pero ellos porfiaron en su cerrazón, y para callar a aquella molesta planta—, la arrancaron.

Y dijo el viejecito—: Me han arrancado. Me han desarraigado de Destierro y hecho salir de Tiempo. Ellos han construído el camino y han labrado la piedra, haciendo lo fácil difícil, trocando lo llano en angosto, lo regalado en costoso. Han puesto un precio al camino, un peaje sin guarda. Por eso—, quien lo recorra—, se ha de mirar en esa planta arrancada, para que yo viva en él como él vive en mí, y entonces sea carne de mi carne, sangre de mi sangre, para que participe y posea mi vida como yo participo y poseo la suya.

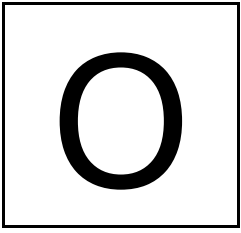
Y así fue cómo sucedió para asombro y perplejidad de todos, extendiéndose y difundiéndose la noticia por todo Tiempo.

No se sabe si las plantas que huyeron de nuevo pero regresaron se denominaron bacterias, o si las que huyeron y regresaron de entre estas últimas se trocaron en virus, o éstos en minerales, o... No se sabe.

Pero lo que sí se sabe y puede observarse al llegar a ese país—, es al viejecito, de pie, mirando en lontananza, intranquilo, esperando. Y si nos acercamos—, podremos oír como un susurro entre dientes: “Si vinieran, si vinieran hoy, aunque fueran los que huyeron al principio, si quisieran, si vinieran, si vinieran hoy”.

(19-XII-1982 / 17 a 29-IV-1987 y 28-II-1989)

*“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que lo piden?” (Lc 11,13)*



Un todo

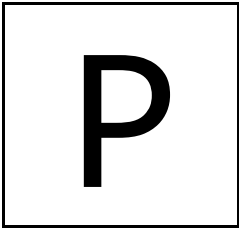
## A LOS HOMBRES

Cuando conociendo la miseria en que vivís  
no queráis a ella someteros;  
cuando la desolación invada el mundo  
y no haya un rincón sin conocerla;  
cuando sintáis que el alma os abandona  
porque no os puede soportar;  
cuando notéis que la oscuridad os envuelve  
y las tinieblas os rodean;  
cuando las tribulaciones os ahoguen  
y no os dejen respirar;  
cuando las preocupaciones os abrumen  
y os enturbien los sentidos;  
cuando vuestra libertad quede pequeña  
a los deseos que os animan;  
cuando los cielos se tiñan de rojo  
y la paz no esté entre vosotros;  
cuando no encontréis ruta ni camino  
ni lugar donde llegar;  
cuando la soledad sea la única amiga que os queda;  
cuando las espinas invisibles os lleguen al corazón;  
cuando queráis ser hombres nuevos  
y vivir la vida nueva;  
cuando el miedo os paralice y no os deje razonar;  
cuando tengáis penas, sufrimientos,  
quebrantos y maldades;  
cuando os persigan y os agravien  
y os traten sin piedad;  
cuando queráis vida y sólo os responda la muerte;  
cuando os engañen al pedir que os digan la verdad;  
cuando no tengáis ilusión ni nada que sentir;  
cuando sufráis hambre, frío o cualquier enfermedad;

cuando la esperanza esté lejos de vosotros;  
cuando la pobreza sea la reina del hogar;  
cuando la tristeza haga su albergue en vosotros;  
cuando las lágrimas goteen en el alma;  
cuando ante vosotros las puertas se os cierren;  
cuando ni la paz ni el sosiego os acompañen;  
cuando el dolor os aflija y atormente;  
cuando el odio os domine y os arrastre;  
cuando el mundo ni os entienda ni os escuche;  
cuando la angustia os agobie sin descanso;  
cuando viváis—, y viviendo—, no vivís;  
cuando el mundo os absorba y tiranice;  
cuando busquéis y esperáis encontrar;  
cuando suceda lo inverosímil;  
cuando no sepáis lo que es Amor;  
cuando el mundo se os caiga encima;  
cuando ya no sepáis que hacer—:  
Venid a Mí; ¡porque os amo!

(23-IX-1978)

*“Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.” (Mt 11,30)*



Principio

## LA HABITACIÓN

Un brusco sonido—, como un portazo—, despertó a nuestro protagonista de un plácido sueño, y una especie de sobresalto le invadió al intentar apreciar su situación, porque parecía no llegar a saber dónde se encontraba, y dada la oscuridad del lugar no hallaba a vislumbrarlo; así que—, a tientas—, comenzó a moverse lentamente palpando lo que le rodeaba. De esta forma llegó a percatarse que algo consistente se erguía ante él, y apoyándose en ello se puso en pie.

Quizá fue en ese momento cuando—, sin darse cuenta—, debió tocar algo—, o mover alguna cosa—, que hizo que un piloto luminoso se encendiera—, y que una discretísima luminosidad suavizara la oscuridad en sus proximidades.

Esto le dejó perplejo. No acertaba a encontrar en su memoria nada parecido, ni podía indagar en sus ensoñaciones porque se le acababan de olvidar, así que comenzó a despreocuparse del pasado y a mirar solamente hacia el futuro, porque una gran curiosidad se había apoderado de él haciéndole interesarse por aquello que veía y por todo lo que pudiera descubrir.

De esta manera—, y gracias a esa débil lucecita—, consiguió adivinar unas formas y unos resaltes—, que al tocarlos—, hacían encenderse nuevos pilotos que ayudaban a disipar la oscuridad reinante.

Así—, después de algunos intentos fallidos—, consiguió encender la primera luz ambiental, y pudo descubrir—, por fin—, que se encontraba ante una complicada máquina que había comenzado a ponerse en funcionamiento—, a la vez que a manifestar cierta autonomía; aunque—, en definitiva—, parecía que era él el que controlaba esa aparente autonomía al ir accionando los diversos mandos.

Ante su vista—, los distintos paneles se llenaban de caprichosas lucecitas de colores—, y las mesas y consolas parecían cobrar vida propia. ¡El espectáculo era apasionante!. Pero quizá lo que más le impresionó fue un particular momento en el que pareció que la máquina cobraba una especial autonomía—, pero para ofrecerse a él, para ponerse a su servicio; y súbitamente—, causándole un gran impacto—, se iluminó todo el lugar.

Por fin alcanzaba a ver dónde estaba; podía ver sus límites y lo que contenía. Ya podía curiosear todo aquello y aprender a utilizar la máquina adecuadamente—, investigando todo aquel material que se agolpaba en las

paredes y las llenaba por completo. Y al lugar le llamó su habitación, por ser donde él vivía.

La habitación era amplia, plagada de instrumentos a lo largo de todo su perímetro—, que aguardaban el momento de ser utilizados, pero en ella no encontró ninguna puerta ni nada que le permitiera ir a otro sitio, por lo que dedujo que no había más que aquello que veía, y en aquel momento no se preocupó de más. Además era todo tan atrayente—, que no podía sustraerse a las novedades continuas que iban apareciendo: los monitores—, el sonido cada vez más claro y envolvente—, las pantallas luminosas—...

Tenía que aprenderlo todo. Para qué estaba cada cosa—, y qué querían decir todas y cada una de ellas.

Descubrió—, después de mucho tiempo y arduo trabajo—, que todo aquel aparente galimatías no sólo estaba destinado a su entretenimiento—, sino que además le traía información de otros lugares que él no podía ver por sí mismo—, pero que suponía debían ser semejantes al suyo: de otras habitaciones.

Había pasado bastante tiempo desde que comenzara su trato con la máquina, y había averiguado muchas cosas: Que podía iluminar la habitación a su gusto—, concentrar la luz en la zona que quisiera—, interpretar las claves de los sonidos que le llegaban—, hacer lo mismo con las de las pantallas luminosas—, gobernar la máquina para que funcionara según sus deseos y aquello que más le apetecía—, y—, en fin—, que había ido enseñoreándose de ella.

También había aprendido que la máquina imponía ciertas exigencias a las que se tenía que someter, como—, por ejemplo—: los periodos en que disminuía la actividad controlable por él—, y se hacía sentir otra actividad más autónoma y que seguía unas leyes distintas, pero hasta tal punto distintas—, que no parecían conciliables; o—, por ejemplo—: el tener que estar buscando un suministro de energía para que la máquina no se parase y funcionase adecuadamente.

Estas cosas tan curiosas—, ese comportamiento tan especial de la máquina—, no acababa de entenderlo. Pero tampoco debía preocuparse mucho por hacerlo (pensaba)—, porque aún le quedaba mucho por aprender de ella y no disponía de tiempo para aburrirse.

La verdad es que—, si no hubiera sido por las necesidades de energía que tenía su máquina—, no se habría esforzado tanto en comprender toda aquella información que le llegaba por los diversos indicadores—, monitores y pantallas, y no hubiese conocido todo ese mundo ajeno que su máquina le ofrecía.

En cierto modo—, su máquina dependía del mundo ajeno, de un mundo que al mismo tiempo le daba miedo y le fascinaba, y eso le hacía sentirse incómodo porque no quería estar al servicio de algo extraño, ser esclavo de ello; ipero le interesaba tanto conocer cómo era ese mundo—!, icómo eran las otras habitaciones—!. Y además-: i¿Cómo iba a dejar que se estropease su máquina!?. i¿Qué le quedaría en su lugar!?.

Estos pensamientos—, a veces—, conseguían distraerle—, por un momento—, de la atención a la máquina, (cosa que—, hasta entonces—, nunca

le había ocurrido)—, y—, sólo por un instante—, le hacían reparar en sus manos y en algunos rasgos de su propio cuerpo, pero—, inmediatamente—, la máquina requería de su atención y todo volvía a la normalidad.

A medida que el tiempo pasaba—, nuestro protagonista se encontraba mucho más integrado con la máquina—, a la que cada vez utilizaba con más destreza. ¡Era tan entretenida!

No sólo tenía que preocuparse por las relaciones con el mundo ajeno—, sino que había tantas pequeñas dificultades a superar—, tantas pruebas de astucia y habilidad—, que aquello le absorbía por completo. Y eso—, sin olvidar los cuidados de mantenimiento que la máquina requería—, aparte del suministro energético, (que no eran pocos); y además debía estar vigilante para poder anticiparse a las posibles averías que pudieran surgir, o—, al menos—, intentar solucionarlas cuando aún eran pequeñas, porque ya alguna le había dado algún susto. Aunque la verdad es que disponía de una buena máquina, y siempre había encontrado a alguien en el mundo ajeno dispuesto a ayudarle; ya que había descubierto una cantidad abrumadora de habitaciones además de la suya—, y que cada una poseía peculiaridades diferentes que la distinguían de las otras.

Lo curioso era que—, en realidad—, conocía habitaciones y no habitantes, o—, al menos—, apenas los había visto por un instante—, sin llegar a poder observarles con detenimiento; y todo ello—, a pesar de que las habitaciones disponían de cámaras que podían enfocar hacia donde su dueño deseara.

Sí, verdaderamente era curioso. Se diría como si nadie quisiera ser visto; y a veces—, ni siquiera mostraban su habitación y sólo se oía su voz—, o se podía ver algún detallito ínfimo de la misma; pero siempre aquello que interesaba al habitante—, y sólo eso.

Ni a sus mejores amigos—, a aquellos con quienes mantenía relación no sólo por necesidades energéticas—, había llegado a conocerlos de verdad.

Entonces cayó en la cuenta—, de que él tampoco se había visto a sí mismo nunca, salvo en raras ocasiones—: y apenas sus manos y poco más; así que decidió buscar un momento en el que pudiera desentenderse de la máquina—, y aprovecharlo para enfocarse con la cámara y así lograr verse en uno de los monitores.

La oportunidad llegó poco después—, y no la dejó pasar.

Los breves instantes que mediaron hasta que su imagen apareció en el monitor—, se alargaron tanto en su deseo—, que pudo sentir el agobio de la curiosidad teñida de miedo a lo desconocido. Y miró la imagen, y quedó horrorizado, apagando inmediatamente el monitor con un movimiento cuasi automático. El impacto había sido tremendo.

No había podido soportar la contemplación de su imagen, tan distinta a lo que hubiera imaginado: Su tremenda fealdad.

Ni un solo ángulo como en las máquinas a las que estaba acostumbrado: todo eran formas asquerosamente suaves, amorfas. Todo tan otra cosa. Y sin embargo—: había tan buena integración entre él—, (esa cosa)—, y la máquina—.

Se había visto unos salientes alargados que llegaban hasta el suelo que sabía llamaban piernas, y otros que acababan en las manos (que era lo único que alguna vez había observado un poco)-, a los que llamó brazos; pero lo que más repulsión le había dado era verse la cabeza, porque en el brevísimo tiempo en el que había contemplado la imagen—, había podido reparar que tenía orejas, y eso—, según había oído decir en el mundo ajeno—, era malo, era la vergüenza de todo habitante que se preciara de serlo, y además—, no se había visto ningún cuerno: ¡cómo iba a carecer del orgullo de todo habitante de pro!?

Seguro que se había confundido y no había visto bien; él no podía ser así, no podría vivir con semejante carga, con ese íntimo horror vergonzante.

Y sin resistir más este pensamiento lo dejó para otro momento en el que tuviera más ánimos; además la máquina ya le reclamaba desde hacía tiempo.

¡Qué curioso!: hasta entonces nunca antes se había despreocupado de la máquina por tanto rato. (Aunque ese lapso de tiempo fuera realmente breve—, a pesar de su sensación contraria).

Quizás fue a partir de entonces cuando la vida para nuestro protagonista comenzó a no ser la misma, porque bien podía haber acallado esa curiosidad y haberse esforzado en olvidar el suceso—, pero no lo hizo; había tomado la determinación de no engañarse a sí mismo le costara el tiempo y el sufrimiento que le costara.

Con lo fácil que era dejar la fealdad para otros—, le había ido a tocar precisamente a él.

Quizá ahora comenzaba a entender las dificultades que encontraba para conocer a los otros habitantes. Cierto es—, que una de las máquinas que allí había—, producía una sensación especial de conocimiento al aplicar las manos sobre ella—, (y a la que el mundo ajeno daba mucha importancia por ser sumamente atrayente—), pero él había visto que no tenía nada que ver una cosa con otra, que en absoluto era el mismo conocimiento. Era otra cosa.

La verdad es que—, cuando decidió tocarse—, palpase—, para sentir como era—, el primer contacto le produjo escalofríos de asco al encontrar su consistencia blanda, en nada comparable a la tiesura y rigidez de sus máquinas; o el repelusco de sus cabellos semejante a un repeluzno interior al comprobar cómo él poseía algo que estaba prohibido por el mundo ajeno.

Todos estos descubrimientos le traían de cabeza y a nadie podía contárselos. ¡Quién le iba a creer!, ¡quién le iba a comprender si él mismo estaba escandalizado de su ser!.

Bastantes problemas tenía ya con el mundo ajeno a causa de sus cada vez más frecuentes y hasta incluso notorias ausencias en la dedicación plena a su máquina. Le habían llamado de todo—, incluso le habían acusado de no ser un digno habitante—, por preocuparse en conocerse: “¡Cómo era posible que se despreocupara del suministro energético!”.

¡Cuánto añoraba a un amigo que le supiera comprender!. Estaba tan solo.

Mucho tiempo había pasado desde que se viera por primera vez—, y frecuentara—, cada vez con más asiduidad—, esa circunstancia, lo que le había ido haciendo acostumbrarse a su imagen—, y aceptarse tal cual era, con todas

sus imperfecciones; aunque no por eso había dejado de intentar disimular u ocultar su pelo y sus orejas—, y aparentar como si poseyera un cuerno. Pero aún no estaba satisfecho. Sentía como el bullir de esa curiosidad primera que le hiciera excavar más y más—, y le llevara a la manifestación de las cosas tal y como eran.

Por eso—, sin poderlo remediar—, se había ido distanciando del mundo ajeno al intentar manifestarse tal y como era—, en ese conocimiento progresivo de sí mismo; y no es que él hiciera nada especial para ello—, sino que—, ese conocimiento—, había ido infundiendo su ser cotidiano y transformando su comportamiento en lo que era—, sin llegar a percatarse de ello; (aunque para los demás—, tal cambio—, hubiera sido notorio y le hubiera granjeado el título de “bicho raro”, lo cual era como poner un abismo de separación entre el mundo ajeno y él). Y el caso es que él—, desde que había aprendido a conocerse—, había aprendido a conocer mucho mejor a los demás, incluso más de lo que ellos pudieran suponer; pero sin embargo—, eso le había traído todo un mundo de incompreensión casi agobiante.

Detalles—, como el hablar de habitantes o habitaciones—, eran suficientes para escandalizar a quienes no hubiesen llegado a plantearse tal diferenciación. ¡Y sin embargo eran tan diferentes!

Pero a veces—, la presión del mundo ajeno era tanta—, que tenía que cerciorarse—: volviendo a contemplar su imagen a la vez que se tocaba para comprobar la blandura de su carne y sus formas sin aristas; y sentir de nuevo la vibración de su garganta a la salida de su voz, y oír el crepitar rumoroso de sus cabellos entre sus dedos. Y se decía—: “Lo tengo, lo tengo; cómo me pueden decir que no. ¿Acaso ellos pueden sentir por mí?”.

Y fue entonces—, cuando cayó en la cuenta de que había una pregunta que no se había hecho: ¿Sería eso la locura?

Sabía de otras habitaciones que habían comenzado a comportarse de forma extraña, y habían llegado a extremos tales—, que no podían ser comprendidas; y a eso le llamaban locura. ¿Y si a su habitación le pasase eso?

¿Y si su máquina estuviese averiada y distorsionara la información que emite o le llega o ambas?

Terrible pregunta, porque él—, difícilmente podría apercibirse de ello, y los del mundo ajeno tampoco sabrían diferenciar si se trataba de un comportamiento premeditado o de una avería, ya que—, generalmente—, no distinguían entre máquina y habitante—, y hablaban siempre de habitación.

Y esto le llevó—, casi inmediatamente—, a otra pregunta aún más dramática: ¿Y si todo fuera falso?. ¿Y si la máquina se lo inventara todo?.

Un escalofrío le recorrió por entero y los pelitos se le erizaron. ¡Todo podía tratarse de un gigantesco juego!, ¡de una broma de la máquina!

La duda había entrado en él creando la desconfianza, destrozando toda su relación con la máquina, abriendo un nuevo abismo, esta vez entre él y su máquina. Y entonces fue cuando descubrió—, en toda su crudeza—, que realmente estaba solo, terrible y amargamente solo, que siempre lo había estado y siempre lo estaría, y no pudo evitar que las lágrimas le chorreasen por las mejillas como un arroyo; lágrimas de dolor desgarrante, lágrimas incontenibles que le brotaban de lo más profundo de su ser y que le deshacían



llevándose su sustancia más íntima: su amigo, aquél que tanto añoraba, aquél que le comprendería, aquél en el que confiaría plenamente porque era parte de sí, como un reflejo suyo.

Desentendido de la máquina lloraba sobre sus rodillas sentado en el suelo—, cuando sintió un impulso que le hizo volver la cabeza; y fue entonces cuando descubrió el centro de la habitación.

El asombro de lo inesperado le hizo relegar de momento su dolor—, y prestar atención a aquello que por primera vez veía. Ciertamente que ya lo había visto con el rabillo del ojo alguna vez—, pero nunca de una forma tan directa, porque la máquina le había distraído siempre solicitando de él toda su atención. Así que—, vuelto de espaldas a la máquina—, contemplaba el centro de la habitación con detenimiento, pudiéndose percatar de que su habitación era bastante más grande de lo que creía—, porque la iluminación periférica no era suficiente como para llegar hasta el centro—, que permanecía a oscuras. Hizo intención de aproximarse al centro para ver que había—, pero comprobó que la oscuridad central era tal—, que resultaba impenetrable para la vista.

El abandono por tanto tiempo de la máquina y la insistencia de ésta en reclamarle—, le hicieron posponer por el momento su investigación—, hasta que llegara una ocasión más propicia, que ya se encargaría él de que fuera pronto.

Le llamaba poderosamente la atención cómo no había descubierto el centro de la habitación antes, y se preguntaba por las causas.

Siempre había mirado hacia la máquina, y la máquina ocupaba la periferia de la habitación pero no el centro, así que ése podía ser un motivo; y también quizá—, que nunca había tenido el interés de cruzar la habitación para relacionar o simultanear aspectos muy distantes de la máquina, y siempre lo iba realizando de una forma más o menos progresiva.

El gusanillo de la intriga le animaba a intentar buscar la manera de iluminar el centro de la habitación, pero después de muchos intentos se convenció de que—, usando la máquina—, era imposible, así que decidió construir él mismo—, con sus manos—, algún instrumento que produjera luz y que fuera portátil.

Así—, y sin llegar a percatarse de ello por completo—, se convirtió en imitador de iniciativas de quien hubiera construido aquella máquina; aunque—, según decían en el mundo ajeno—, eran las propias máquinas entre sí las que lo hacían—, circunstancia que nuestro protagonista nunca había tenido demasiado clara, a pesar del aluvión de argumentos que atestiguaban tal postura. (Y más ahora que dudaba de su propia máquina.)

Muchos ratos le llevó el pensar en ello sin hallar modo de solucionar su problema, hasta que—, en cierta ocasión—, al ir a manipular uno de los aparatos—, se encontró un hilo, y entonces se acordó de los otros dos que encontrara y guardara tiempo atrás en sendas ocasiones, y aunque no les dio valor en su momento—, decidió guardarlos por si acaso algún día lo tenían. ¿Habría llegado ya el momento de encontrar su utilidad?

Aún pensaba esto—, cuando recordó una de las visiones de un ciclo pasivo, de uno de aquellos periodos en los que la máquina—, de forma más autónoma—, seguía unas leyes distintas a las que gobernaban el ciclo activo.

En dicha visión—, contempló en su mano una vela encendida que daba luz a su alrededor. Y fue así como se le ocurrió la feliz idea de hacer aquello que viera en la visión: Construiría una vela. Para ello haría un cordel con los hilos que tenía y con los que pudiera encontrar—, y la cera la sacaría de la máquina (que la utilizaba en muy pequeñas cantidades para ciertas juntas).

Siguiendo su idea—, se dedicó a buscar minuciosa y pacientemente algún hilo más por toda la habitación, para lo que aprovechaba cualquier hueco existente en su atención a la máquina.

Mientras tanto pensaba—, en lo útil que le había sido la visión del ciclo pasivo y en la relación de éste con el activo. Las cosas del activo eran posibles en el pasivo, pero no al revés, porque el activo tenía unas leyes mucho más rígidas, mientras que el pasivo podía seguir esas leyes o no, podía tener cosas del mundo ajeno o referirse con toda naturalidad a un mundo desconocido; y sin embargo—, todo eso lo regía la misma máquina según su funcionamiento normal (que parecía seguir una única razón de ser). ¿No estarían en esas visiones pasivas las pistas de esa razón única?

A responder a esa pregunta no podía ayudarle demasiado el mundo ajeno—, porque eso era dado de lado al no disponer de una plena explicación satisfactoria; así que—, en eso—, también estaba solo, y tenía que averiguar cómo poder utilizar toda esa información escondida que esperaba ser descubierta.

Al fin dio por terminada su búsqueda—, habiendo encontrado cuatro nuevos hilos—, que unió a los tres que ya tenía—, y con los que comenzó a trenzar un cordel, que hubiera terminado con cierta rapidez si no fuera por las continuas interrupciones que sufría; pero ya había tenido tiempo suficiente como para acostumbrarse y aprender a soportar con resignación la carga de su máquina, las permanentes intromisiones de su máquina y del mundo ajeno—, que parecían maquiavélicamente destinadas a dificultar la realización de sus deseos de conocimiento real. Estaba tan cansado, tan harto de tener que estar esforzándose siempre para conseguir su deseo, de tener que ir siempre contra corriente... Hasta alguna vez pensó en dejar que se parara la máquina para que le dejara libre, pero inmediatamente comprendió que no podía prescindir de ella, que la necesitaba para sus propósitos, y que si no hubiera sido por ella nunca hubiera llegado a tales planteamientos ni deseos a través del conocimiento de las otras cosas y del mundo ajeno; y la verdad era que la había tomado cariño: ¡Tanto tiempo con ella!

Una vez acabado el cordel—, y con una paciencia digna de admiración—, fue recogiendo las pequeñísimas cantidades de cera que podía extraer con sus uñas de algunas juntas de su máquina, ella la reponía—, y él la sacaba de nuevo; y así un rosario interminable de veces.

Cuando juzgó que ya tenía suficiente cera—, la colocó en una zona que él sabía que desprendía calor cuando la máquina se recalentaba—, e hizo todo lo posible para que se recalentara sometiéndola a esfuerzos—, pero teniendo cuidado de evitar que llegara a averiarse. Así consiguió reblandecer la cera para que ésta impregnara el cordel y poder envolverlo con ella, con lo que dio por terminada la construcción de la vela. Pero entonces se dio cuenta de que no había previsto un detalle: ¿Cómo la haría alumbrar?.

Si no hubiera sido por ese íntimo sentimiento que le hacía seguir—, por esa esperanza irracional de algo más—, de que todo tenía que tener un sentido preciso—, se habría desesperado; pero llevaba mucho pasado como para desesperarse ahora, así que decidió esperar a que se le ocurriera una solución, tanto había esperado ya—, que un poco más no iba a ningún sitio.

Pero la espera se prolongó más de lo que hubiera deseado—, y el entusiasmo primero se desvaneció sin poderlo remediar—, hasta llegar a despreocuparse de su pequeña vela, incluso trataba de eludir la mesa en la que la había colocado, y no es que hubiera perdido su esperanza—, sino que ésta se había hecho más opaca, como más reconcentrada.

Así—, cuando menos lo esperaba—, ocurrió algo imprevisto: La máquina comenzó a funcionar anormalmente y—, de forma inusitada—, empezó a desprender chispas, una de las cuales tuvo la buena fortuna de ir a parar al cabo de la vela—: prendiéndole. Casi enseguida pareció restablecerse la normalidad—, y todo quedó como si nada hubiera pasado. Pero algo había pasado, porque la llama de la vela lucía pletórica.

Nuestro protagonista comprendió que el momento había llegado, y no sin cierto temor—, empuñó su velita y se dispuso a dirigirse hacia el centro de la habitación.

Sus primeros pasos vacilantes atestiguaban su indecisión e inseguridad en lo que iba a hacer, lo que no dejaba de asombrarle—, después de haber sentido toda aquella ilusión preparatoria; pero también reparó en que—, quizá antes—, su ilusión era más superficial, y sin embargo—, ahora—, sentía mucho más profundamente—, como un impulso más consciente—, que le hacía no arredrarse ante nada.

Y caminando muy despacio se preguntaba—: ¿Qué encontraría?. Y como una muy soterrada esperanza ilusionada le inquiría: ¿Colmaría plenamente sus deseos?.

En principio no vio nada porque parecía que aquella tenue luz no podía penetrar en la oscuridad, pero enseguida creyó adivinar una forma en el centro.

Con los ojos abiertos como platos y la respiración más o menos contenida continuó avanzando. Notó—, que a medida que se acercaba—, la luz parecía ser más potente y que se desvanecía la oscuridad, y que incluso luz nacía del mismo centro. Y su asombro crecía, y su alegría también, y su miedo se fue.

Y cuando llegó—, la luz era tan intensa—, tan buena la iluminación—, tan claro era como veía—, como nunca había visto antes, que se pasmó y admiró todo él y dijo: ¡pero si tú eres igual que yo!, tienes un cuerpo—, dos brazos—, dos piernas—, una cabeza—... y hasta tienes orejas y no tienes cuerno!. ¿Cómo es que estabas aquí escondido?, si yo te esperaba, te buscaba.

Y porque me buscaste me encontraste—, (respondió el hombre del centro de la habitación)—, yo no te podía imponer mi presencia si tú no la querías. Tú la has querido: aquí me tienes. Yo ansiaba este momento, suspiraba por él, te aguardaba.

Por fin había encontrado a su amigo, ese amigo por el que había llorado tan amargas lágrimas; nada más verlo lo supo, lo vio tan claro como esa

claridad que le rodeaba. Y le insistió—: No estés aquí escondido, ven, quédate conmigo, llena mi habitación, usa mi máquina, porque todo lo mío es tuyo.

Con una mal disimilada emoción intervino el hombre del centro de la habitación—: Y lo mío tuyo. Ve que tomo posesión de ella.

Y acercándose a la máquina recorrió la habitación pasando su mano por las mesas. Un estremecimiento conturbó toda la máquina al simple roce de su mano sin que mediara en ello ningún mando: La máquina había reconocido a quién la ideó.

Y mirando a nuestro protagonista dijo con satisfacción plena—: En verdad que esto ya era mío aunque tú no lo supieras, y sin saberlo me has dado todo lo que tenías, por eso tu nombre es hombre porque como tal has obrado, y cada cual tiene el nombre que su comportamiento le da.

Y añadió—: Ven ahora a conocer lo que es tuyo. (Y cogiéndole de la mano se encaminó de nuevo al centro de la habitación).

El contacto de su mano era cálido y blando como el de nuestro protagonista, por lo que éste pensó en la similitud tan extraordinaria que había entre los dos—, como si fuera una imagen viva de sí mismo, y entonces se acordó de cuando lloró por la pérdida de su amigo—, cómo sintió como si parte de su sustancia se le fuera por sus lágrimas, esa sustancia que era su amigo, ¿y no serían esas lágrimas vueltas hombre las que ahora eran su amigo?, ¿habría sido esa su invocación?. ¡Pero aquél era el constructor—... ¿y si hubiera sido al revés?.

Aquel pensamiento le dejó cautivado, maravillado ante la dimensión de su amigo, y le preguntó—: ¿Tú has llorado por mí?.

Sí, (le respondió), y mis lágrimas fueron rojas. Las derramé por ti, sólo por ti; pero también lo hice en exclusiva por todos y cada uno de los habitantes, porque yo soy el constructor de todos y cada uno.

Habían avanzado unos pasos cuando se pararon, y dijo el hombre del centro de la habitación—: Vuélvete y mira tu habitación.

Y se volvió, y creyó estar sufriendo una alucinación que le llenaba de angustia, por lo que miró a su amigo con ojos asustados en demanda de auxilio, pero al ver la paz de éste—, y el ánimo que le daba su expresión—, se tranquilizó, y pudo mirar con más sosiego lo que tanto le asustaba: Su habitación ya no era cóncava sino convexa, y su máquina llenaba por completo las paredes—, circundando la especie de gran columna que éstas formaban. Ahora entendía la oscuridad impenetrable del centro de la habitación y cómo no podía iluminarla con la máquina, y sentía como si se le abriera la mente y se le transformasen los ojos, porque empezaba a entender tantas cosas!.

Por eso tenía piernas: para poderse desplazar libremente y llegar donde la máquina no podía—, al estar fija a la tierra... Por eso tenía brazos: para alcanzar y actuar en las cosas, para tocarse a sí mismo y ver donde sus ojos no llegaban, para hacer y sostener la vela que le llevó hasta su amigo... Por eso tenía cabeza: para pensar estas cosas y darle sentido a todo... Por eso tenía pelo: para dejarlo brotar de su cabeza y que puedan manifestarse sobre ella sus ilusiones e inquietudes.

En fin... todo aparecía ahora tan distinto—, y a la vez tan claro, tan preciso...

Pero su amigo interrumpió estos pensamientos al decir—: Ven, sígueme, que aún te quedan más cosas por conocer.

Y se adentraron un poco más en el centro de la habitación.

Y su amigo le dijo—: Mira a tu alrededor.

Y miró primero a su máquina—, y vio—, que la gran columna a la que rodeaba—, no era sino una simple columna, una más de las que había en el lugar, un lugar lleno de columnas que se esparcían con holgura en derredor suyo. Y pudo ver—, que junto a cada columna—, había un habitante que miraba atentamente a la máquina que la circundaba.

¡Por fin podía ver a los habitantes tal como eran!, verlos cara a cara. Y se alegró tanto—, que correteaba por el lugar—, curioseándolo todo—, ante la desenfadada sonrisa de su amigo—, al que miraba de vez en cuando con complicidad.

Estaba entusiasmado observando a los habitantes, viendo sus manos, sus brazos, su cabeza... Fijándose maliciosamente en sus orejas y en su falta de cuerno como si quisiera decirles—: ¿No erais vosotros los que decíais que los habitantes tenían cuerno y carecían de orejas?.

Aunque sí notó que no todos tenían el mismo pelo, y vio que en algunos—, era tan corto—, que casi parecía no existir, y eso era algo que no conseguía entender bien; porque—: si todos tenían pelo—! ¿cómo es que unos lo tenían más corto que otros?.

En estos pensamientos se hallaba—, cuando se quedó sorprendido al haber logrado reconocer—, en uno de los habitantes—, a un amigo suyo; y quiso llamar su atención: "Podré hablar directamente con él" (pensaba), pero por más que gesticuló, llamó y gritó—, este amigo no volvió la cabeza, permaneciendo absorto en el jugueteo con su máquina.

El hombre del centro de la habitación—, que mientras tanto se había acercado a él—, le aclaró—: Ni aunque te pusieras junto a su máquina y modificaras sus mandos te vería si no desea verte, porque dirá—: "La máquina se ha averiado y funciona anormalmente", o si le tocaras y le zarandearas diría—: "La máquina da descargas". Es su deseo el único que puede hacer cambiar la situación.

Y añadió—: Cuando decida conocer la verdad empezará a descubrirse a sí mismo, y apreciará que no tiene cuerno (iel orgullo de todo habitante!), y que—, sin embargo—, posee orejas para su vergüenza, y aprenderá a valerse de ellas para saber con precisión de donde viene el sonido, con lo que podrá orientar su entendimiento hacia el que viene del centro de la habitación, como te ocurrió a ti.

En cuanto a los distintos largos de pelo que has visto—, (prosiguió)—, dependen del grado de represión de los ideales, de sus pensamientos elevados. Los que lo tienen tan corto que apenas se ve—, son los que han sucumbido a la prohibición que impone el mundo ajeno.

Y tú no podrías hacer que las cosas fueran de otra manera—? (intervino nuestro protagonista intentando buscar una solución—). No podrías hacer que te conocieran directamente sin tantas complicaciones—?.

Sí y no (respondió su amigo). Sí—, porque no tendría más que construir una máquina con su apariencia pero que respondiera a mis órdenes; y no—, porque entonces tendría una máquina y no un habitante, y yo a las máquinas las realizo con mis manos, pero a los habitantes los hago con mis lágrimas, por eso son blandos y cálidos como yo, o ¿acaso no has visto y vivido todo ello en ti.

Y tras un breve silencio—, continuó—: La libertad ha de descubrirse a través de su uso. O ¿qué crees que son todas estas columnas sino el medio para que aprendan a usarla!. Por eso cada uno alcanza el grado de libertad que desea: Que se conforma con mirar todo el día a una pantalla o poner las manos en la máquina simuladora de conocimiento—!, pues ya lo tiene; que sólo le preocupa las relaciones con su máquina o con el mundo ajeno—!, pues ya lo tiene; que es a mí a quien quiere—!, pues aquí me tiene. Pero—, ¿quién podrá evitar que yo les recuerde constantemente la plenitud de su libertad?. ¿Acaso no he llorado (y lágrimas rojas) por ellos?.

Nuestro protagonista callaba atónito, perplejo ante la vehemencia y ternura de las palabras de su amigo; y al fin y al cabo—, ¿qué podría responder.

Ahora entendía la blandura de su ser al ver la profunda ternura de su amigo, y la solidez interna que le mantenía erguido; comprendía la ausencia de aristas y sus formas suaves, y su falta de cuerno y la expresión de su ser.

Estaba sobrecogido ante la magnitud de su amigo, y se felicitaba de tenerlo como tal, preguntándose—: ¿Cómo es posible que alguien pueda despreciarle y conformarse con menos?.

Y comentó casi entre dientes—: Si no fuera por el mundo ajeno...

Su amigo aseveró—: Sí, eso es lo que parece; pero podrás comprobar que eso es sólo apariencia. Ven que te lo muestre.

Se encaminaron hacia la máquina de nuestro protagonista—, y llegando—, el hombre del centro de la habitación presionó uno de los paneles que se hundió en la pared, permitiendo el acceso a un pasadizo angosto que—, enseguida—, se abría a un lugar que presentaba una iluminación intensa pero opaca. Se alejaron un poco de su máquina—, y pudo observar cómo ya no podía distinguirla, porque—, por el otro lado—, su apariencia era totalmente distinta: Vio que era algo cerrado y sin resquicios, y de un aspecto que le recordaba a su propia imagen según la viera en el monitor.

Y dijo el hombre del centro de la habitación—: Mira a tu alrededor.

Y vio el aspecto de las herméticas habitaciones que se erguían como monstruos multiformes de semblante espeluznante, y temeroso miró a su amigo en busca de su presencia confortable y de su seguridad de ser, pensando—: ¿Quién podrá resistir esta visión sin la presencia de su amigo.

Cierto que estaba más acostumbrado a esa visión de las habitaciones que a la de los habitantes—, pero nunca la había contemplado de una forma tan

cruda y descarnada a través de su máquina; nunca había observado su aspecto tan amenazador.

Su amigo le tranquilizó: No tengas miedo, porque todo es apariencia. Observa las fachadas con detenimiento.

Y vio en las cabezas un flamante y puntiagudo cuerno—, que exhibían con ostentación—, y con el que golpeaban y punzaban a las otras fachadas, sobre todo a las que poseían una menor testuz. Reparó en que sus brazos largos y escurridos acababan en unas amplias garras que poseían unos descomunales pulpejos, y que todo ello lo movían constantemente con extraordinaria agilidad.

También observó que tenían unos grandes ojos muy abiertos que miraban todo fijamente. Y dijo a su amigo—: ¿No sería mejor que nos ocultáramos?, no sea que nos vean y nos agarren—?.

Éste—, con una sonrisa amplia y despreocupada le precisó—: No has mirado con atención. Sus ojos grandes y abiertos para abarcar más—, para comprender—, están tan llenos de legañas que no pueden ver nada, y sus dedos—, con esos imponentes pulpejos para poder tocar y palpar—, para conocer—, tienen unas uñas tan largas y curvadas que les resulta imposible apoyarlos sobre nada. Ve que no tienen orejas y no pueden dirigir su entendimiento con precisión; y que incluso sus aparatosos labios—, dispuestos para sentir lo que va a pasar a su interior—, a ser de su posesión—, caen sobre esos dientes puntiagudos que se proyectan hacia afuera e impiden casi por completo que se rocen con lo que entra.

Y añadió—: Tócalos.

Nuestro protagonista se acercó a una fachada—, puso sus dedos sobre su cuerpo anfractuoso—, plagado de vértices y aristas—, y pudo percibir la frialdad que emanaba de ella, la tiesura de su superficie y la rigidez de su estructura.

Así—, continuaron deambulando por el lugar contemplando la multitud de fachadas que lo ocupaban, con lo que tuvo oportunidad de percatarse de la enorme variedad de aspectos de las mismas y de su diversidad de formas—, actitudes y movimientos. Observó—, que cada una tenía un tamaño distinto de ojos—, de cabeza—, de cuerno—, de labios—... y que había hasta quien tenía aspecto semejante a un habitante—, y que incluso—, era cálido al tacto; y que las más horripilantes se movían enormemente (aunque en realidad apenas se desplazasen)—, mientras que cuanto más parecidas a un habitante—, sus movimientos eran menores y más pausados, pero que—, a pesar de su aparente quietud—, eran las que realmente más se desplazaban. Y comentó—: ¡Qué inmensa variedad de monstruos!

A lo que su amigo replicó—: Tú lo has dicho: Una inmensa variedad de monstruos; todos distintos—, pero todos monstruos, todos iguales en su horrible monstruosidad.

Compara estas fachadas con los habitantes que viste (continuó), y observa cómo cuanto más se parece la fachada a su habitante—, el conocimiento que éste tiene de su propio ser es mayor, ya que—, en caso contrario—, tal parecido no hubiese podido llevarse a cabo; y no sólo el conocimiento de su propio ser—, sino la aceptación del mismo aún a pesar del

mundo ajeno—, que entonces puede golpearle y punzarle con su cuerno sin peligro de una réplica, aún a pesar de la pérdida aparente de movilidad que le hace más vulnerable. Aunque—, como habrás podido comprobar—, todo en este lugar es apariencia, incluso la misma luz que lo ilumina, que parece iluminar y poner en claro las cosas—, pero no lo hace; que los que se mueven mucho—, realmente apenas se desplazan—, y viceversa; que la gran diversidad de fachadas va en función del sometimiento al mundo ajeno y del apego esclavo a la máquina, y que cuanto mayor libertad disfrute el habitante—, menos encaja en el mundo ajeno—, y las fachadas se van haciendo más iguales al irse asemejando a su habitante. Curiosamente—, los que tienen un menor grado de libertad—, son los que (aparentemente) más la manifiestan.

Pues toda esa apariencia—, (añadió)—, toda esa no concordancia entre el ser propio del habitante y su fachada—, eso es la mentira; y la concordancia—, el parecer lo que se es—, la verdad. Y tú estás aprendiendo por propia experiencia—, que el que conoce la verdad también conoce la mentira, mientras que el que sólo conoce la mentira no puede conocer la verdad—, ya que toma a la mentira por verdad. Ve pues—, que la mentira nada puede contra la verdad, no son comparables; por eso—, no te fíes de la apariencia y no temerás nada.

Nuestro protagonista—, oyendo aquellas palabras—, sintió como si estuviera en el lugar de cada uno de los habitantes encerrados en aquellas fachadas que veía—, y percibiera los pensamientos que tendría cada uno ante su máquina, de forma que coincidiesen con las características de su fachada respectiva. Y fue entonces cuando comprendió el ser profundo de cada habitante, porque pudo conocer las otras perspectivas sin haber abandonado la propia. Y sintió tal compasión—, que le enturbió la vista y le humedeció las mejillas, y le hiciera apreciar la carne que le conformaba y daba blandura a su ser.

Su amigo—, que le miraba gozoso contemplando su reacción—, le dijo—: Ahora estás más cerca de mí porque sientes como yo siento y puedes ver por mis ojos. Pero aún no lo has visto todo: Alza la vista.

Y miró a lo alto—, y creyó ver a lo lejos una forma inexpugnable que se elevaba hasta perderse en la bruma, y preguntó—: ¿Qué es?.

Lo verás por ti mismo (respondió su amigo)—, vamos hacia allá ahora—, y podrás subir por ello.

¿Pero si es inexpugnable! (se extrañó nuestro protagonista), (y añadió suspiradamente)—: ¡Y está tan lejos!.

No te fíes de la apariencia (le insistió su amigo con cierto tonillo cantarín aleccionador), recuerda donde estás. Anda, ven—, y volvamos al centro de la habitación.

Desandando lo andado llegaron de nuevo al bosque de columnas y dijo entonces su amigo—: Mira ahora a lo alto.

Y vio—, con nítida claridad—, una señorial montaña que dominaba todo el lugar, y sintió ganas de ir hacia ella y subir a lo más alto de su majestuosa cumbre.



Su amigo le adelantó con expresión de pícaro complacencia—, como quien se ha reservado lo mejor para el final—: En ella vas a conocer a alguien.

Se encaminaron hacia la montaña a través del bosque de columnas. Nuestro protagonista pudo entonces comprobar que era de mayores dimensiones de lo que él había supuesto, ya que no había llegado a entrar en su imaginación que tanto espacio y tanta columna fueran a caber en ese lugar, en lo que él sentía como el centro de su habitación, y miraba a derecha y a izquierda—, a medida que caminaban—, observándolo todo, fijándose en las expresiones y actitudes de los habitantes y la relación con su columna respectiva, incluso se detenía algo en su marcha cuando veía a algún habitante que mantenía una relación más distante con su máquina y parecía que giraba algo su cabeza hacia el centro de la habitación; pero lo que más le llenó de asombro—, fue cuando observó a un habitante—, vuelto de espaldas a la máquina—, que les saludó al pasar. Estuvo a punto de preguntar a su amigo sobre ello—, pero enseguida cayó en la cuenta de que debía tratarse de un hombre como él que ya conocía a su amigo y había visitado el centro de la habitación, lo que le hizo pensar que—, si ya había estado como él—, en el centro de la habitación—: ¿cómo es que había vuelto junto a la máquina!. Aunque esta pregunta—, decidió no formulársela—, por el momento—, a su amigo; quizás lo comprendería más adelante.

Por fin llegaron a la base de la montaña, y antes de comenzar la ascensión por su ladera—, le advirtió su amigo—: Pisa con cuidado y procura no perder de vista el bosque de columnas.

Tal recomendación extrañó a nuestro protagonista, porque para poder pisar con cuidado tenía que estar fijándose donde ponía el pie y estar atento a la ruta que seguían—, ¿de dónde iba a sacar la ocasión de mirar atrás—!; y si el suelo era tan peligroso como para hacerle esa advertencia—, ¿cómo le pedía también que atendiera a otra cosa exponiéndole a ese riesgo!. Pero era su amigo, el suyo, de su propia sustancia, y no le iba a pedir imposibles, así que optó por fiarse plenamente de él e intentar lo que éste le proponía.

Así comenzaron el ascenso por un repecho suave que progresivamente se iba empinando más y más, llegando en algunas ocasiones hasta el extremo de tener que apoyar las manos para no perder el equilibrio; pero—, a pesar de las dificultades—, procuraba mirar a todas partes: a donde pisaba—, hacia adelante—, hacia los lados—, y también hacia atrás, hacia abajo, al bosque de columnas, que—, a la vez que se alejaba—, se agrandaba ante su vista. Entonces comprendió por qué no podía perderse el espectáculo impresionante de contemplar el panorama y ver su evolución, su empequeñecimiento y agrandamiento simultáneos. Pero pudo reparar en un detalle que le resultó extraño y que excitó su curiosidad, ya que le pareció como si las columnas estuvieran huecas por dentro al observar el extremo superior de las mismas; así que comenzó a prestar especial atención a ese detalle—, y aprovechaba los tramos de menor pendiente para precisar más tal circunstancia, de esta forma pudo comprobar la certeza de su observación, sobre todo—, cuando pudo ver surgir del centro de la misma—, una luz opaca que reconoció enseguida: se trataba de la luz perteneciente al mundo ajeno; inmediatamente se dio cuenta de que iba a poder ver ambas zonas simultáneamente en cuanto que subiera un trecho más en la montaña.

Al fin llegaron a un pequeño rellano que preludiaba una zona escarpada—, y decidieron descansar un momento para recobrar nuevas fuerzas con que atacar ese tramo, a la vez que poder contemplar un poco el panorama desde allí.

Una impresionante monumentalidad se extendía a sus pies ofreciéndose a la vista y perdiéndose en la lejanía. El centro de la habitación manifestaba su amplitud—, y parecía englobar al mundo ajeno que se mostraba imbricado en él como alimento dispuesto para ser deglutido. Podía distinguirse—, con una claridad inusitada—, a cada habitante con su máquina y su fachada, y las acciones y movimientos de cada uno; y hasta la luz opaca propia del mundo ajeno—, era distinguible como un aura que rodeaba a la fachada. Podía observar a todos los habitantes, a los próximos y a los lejanos, a los conocidos y desconocidos, liberados o esclavizados. Y dijo a su amigo—: Es impresionante, puedo verlo todo con claridad como si lo dominara.

Pues más lo dominarás cuando lleguemos arriba, (puntualizó su amigo que apenas había hablado en todo el trayecto), porque aún no lo has visto todo y tienes que ampliar tu capacidad de asombro.

Dando por concluído el breve reposo—, iniciaron la escalada de la zona escarpada—, para lo que no tuvieron más remedio que valerse de las manos, y aunque el acceso no era difícil—, sí tenían que realizar un esfuerzo considerable, lo que les hacía avanzar despacio pero—, al mismo tiempo—, ganar altura rápidamente.

Nuestro protagonista—, a pesar de la particular atención que requería ese momento de la ascensión—, procuraba buscar en cuanto podía—, ocasión para mirar atrás, hacia abajo; y se admiraba de no sentir vértigo—, al apreciar la seguridad del lugar donde pisaba y la firmeza de donde se agarraba; aunque había veces que tenía la sensación de que la montaña se moviese, como si un suspiro de vida animara el suelo. Ciertamente que esa sensación ya la había percibido varias veces—, y durante unos instantes—, a lo largo de todo el ascenso, y que pensó que eran cosas suyas—, pero ahora—, al prestar más atención—, se había hecho más notoria, y cuando se producía—, entonces sí que sentía vértigo y se agarraba con más fuerza y retiraba su vista del paisaje, de la extensa superficie que se expandía desde la base de la montaña y a la que comenzaba a llamar valle.

Quizá—, (pensaba)—, esos momentos de vértigo estuvieran favorecidos por la evolución que iba observando en el valle, que parecía cambiar por momentos ante sus atónitos ojos. El ver cómo el centro de la habitación se tragaba al mundo ajeno—, y como una burbuja dentro de otra—, el habitante incorporaba a su interior su máquina y su fachada con aura incluida—, le sobrecogía bastante y le asombraba; porque—, entonces—, podía ver al habitante encerrado en su fachada—, y ésta—, a su vez—, en el habitante, sin que una cosa dificultase la visión de la otra.

También cayó en la cuenta—, de que el hecho de encontrarse cada vez a más altura—, no sólo no le había hecho perder la visión de detalle que antes tenía—, sino que ésta se había ampliado enormemente, como si sus ojos cada vez pudieran abarcar más, y entonces se acordó de las recomendaciones que le hiciera su amigo al comenzar la ascensión: "Pisa con cuidado y procura no perder de vista el bosque de columnas", y de cómo él había decidido estar

pendiente de todo mirando a todas partes: ¿Y no sería todo aquello una preparación para acostumbrarle a lo que le estaba sucediendo?. Y mientras que pensaba todo esto—, su asombro se engrandecía hasta el punto de desbordarle—, pero sin llegar a hacerlo, como si cada vez se dilatara su ser y cupiera más, y se admiraba todo él de la sabiduría de su amigo, de su delicadeza, de su profundidad, de todo aquello que sólo se podía definir con una palabra grande y solemne, entrañable y mágica: de que era bueno; una bondad humilde y sólida que lo penetraba todo, y que por eso sólo se percibía a medida que se le trataba, cuanto más se le conocía, de ahí que la apariencia del mundo ajeno la ocultara y la manipulara tan fácilmente. ¡Pobres habitantes! (se lamentaba en su pensamiento), si pudieran conocerle, si quisieran conocerle le querrían como él le quería; y se preguntaba cómo podría quitar las legañas de sus ojos para que pudieran ver su terrible fachada, y cómo haría para que volvieran la cabeza hacia el centro de la habitación, porque a través de su amigo había aprendido a quererles; sí, a quererles, a aceptar con su voluntad y sin coacción alguna la presencia de ellos en su vida, en su habitación, en su ser; sí, su amigo le había enseñado a quererles, justo ahora que no les necesitaba, que podía vivir sin ellos porque ya tenía a su amigo, justo ahora—, los quería por sí mismos y deseaba profundamente que conocieran a su amigo.

Un nuevo fenómeno vino a interrumpir estos pensamientos. Un viento de intemporalidad le invadió empapándole como a una esponja y exclamó sin pensar—: ¡Pero si el tiempo no es nada!

Su amigo volvió la cabeza y le miró con una leve sonrisa, pero no hizo ningún comentario, porque conocía perfectamente lo que estaba ocurriendo.

Parecía increíble a nuestro protagonista la situación que le embargaba, como una cercanía a lo que le rodeaba, a los acontecimientos y a las situaciones, como una actualidad permanente, como quien ve las cosas distantes en un solo golpe de vista o quien oye sonidos distintos en un solo acorde. Tal cercanía le hacía valorar la distancia temporal como lo que no existe y se trataba simplemente de un orden en el espacio. Así pudo ver—, en el valle—, a cada habitante completo con sus tres partes—, moverse y actuar como ya lo hacían cada fachada y cada habitante interno ante su máquina.

Observaba cómo el habitante interno manejaba su máquina que actuaba sobre su fachada y le daba su apariencia y su actividad, y cómo esta última condicionaba el aspecto—, la actitud y la actividad del habitante externo a través de su aura. Incluso le pareció verse a sí mismo en un determinado lugar del valle.

De asombro en asombro—, de sorpresa en sorpresa—, iba descubriendo y conociendo el centro de la habitación, centro—, que a su vez—, incluía el mundo ajeno como parte de una misma cosa, como la unidad de aquella montaña y su valle. Y pensó en darle un nombre único para todo, y valoró el llamarle dominio al poder abarcarlo todo con su vista, pero se le ocurrió otro nombre parecido que se usaba en el mundo ajeno: el de reino. Y entonces se acordó de lo que le dijera su amigo cuando se dirigían a la montaña: de que en ella iba a conocer a alguien, y miró más atentamente a su alrededor sin distinguir a nadie distinto de ellos dos, ni tampoco lo había visto a lo largo de todo el ascenso, así que le preguntó a su amigo (una vez dado el último

impulso que le hacía superar la zona escarpada y le abría el camino a la cumbre)—: ¿No decías que en esta montaña iba a conocer a alguien?, pues como no esté en el mismo vértice—, yo no le he visto.

Su amigo—, con la misma sonrisa pícaro con que se lo anunciara—, le respondió—: Cuánto has tardado en preguntármelo, un poco más y no me dejas sorprenderte al decirte que a quien vas a conocer lo estás pisando.

Nuestro protagonista—, con un movimiento rápido y ojos de susto—, miró a sus pies, y los vio apoyados sobre el suelo sin mediar nada, y se quedó pensativo unos instantes mientras se abrían sus ojos en una mezcla de asombro y de espanto.

¡A la montaña! (exclamó—, empezando a comprender las pequeñas tremulaciones que había sentido durante su escalada).

¿Por qué te crees que dije—: pisa con cuidado? (replicó su amigo con expresión de cariñosa astucia, y explicó)—:

Vas a conocer a la reina de la montaña en cuanto coronemos la cumbre; porque todo en el reino está vivo y la montaña es una parte de ella, precisamente la que le da la realeza, ya que al ponerse bajo los pies sostiene a quien se apoya en ella—, y así—, permite el ascenso a lo alto del lugar donde habita, por eso es reina—: por ser esclava, porque reinar es servir. (Y añadió)—: Prosigamos el camino—, que ya nos queda poco, porque no creo que ahora te sientas cansado?.

Efectivamente, no se encontraba cansado, y casi podía decir que con más vigor si cabe, como si todo el esfuerzo realizado repercutiera ahora en su beneficio y lo recobraría con creces. Miró atrás y desanduvo el camino con la vista, y le pareció más sencillo de lo que él había supuesto. Contempló el valle y vio a los habitantes externos con su contenido—, desplazarse sobre su superficie, estar parados o inertes, aproximarse o separarse, y vio una función concreta en cada cosa y que todo tenía un sentido, que para los habitantes internos podía ser desconocido—, pero que para él quedaba claro desde esa altura.

Siguió caminando junto a su amigo mientras reflexionaba todas estas cosas—, a la vez que observaba que la aguda pendiente se suavizaba a medida que se aproximaban a la cima—, para pronunciarse mucho en su derredor, y sobre ella—, en lo alto—, en pie—, divisó a la mujer.

Ella—, cuando les vio cerca—, se colocó un manto con el que se cubrió la cabeza y les aguardó sin retirar la mirada—, y con una reconocible alegría en su expresión.

Al fin llegaron y subieron hasta ella, y nuestro protagonista pudo verla cara a cara, y se vio reflejado en sus ojos, (ojos que en ambos comenzaron a empañarse), y le pareció como si—, viéndola—, viera a su amigo, como si—, a su través—, le conociera más plenamente, como si viera con más nitidez su belleza, su ternura, su cariño, y tantas cosas en las que no había reparado; al igual que—, en su amigo—, encontraba con más claridad el apoyo, la amistad, la sabiduría, la fortaleza y todas esas cosas que la reina le brindaba. Ella le mostraba a su amigo—, y su amigo—, hacía resplandecer su belleza y su ser en ella.

Nunca había estado tan atónito, tan absorto, tan estupefacto y tan maravillado a la vez; tan hirviente de alegría que le destruía dispersándole—, y tan reconcentrado en la paz del equilibrio pleno de su ser.

No fueron necesarias las palabras. ¡Todo era tan evidente!

Al fin—, nuestro protagonista susurró—: Éste es mi hogar. Éste es el final del camino.

Y el principio, (apostilló su amigo en un tono enigmático).

Entonces—, la reina—, habló y dijo—: “Aún te queda algo más por conocer”. Y descubriéndose la cabeza se quitó el manto.

Nuestro protagonista pudo ver entonces lo que ocultaba el manto: Una abundante cabellera que caía graciosamente hasta el suelo—, se amontonaba—, y se fundía con él.

Estaba viendo cómo lo que se iniciaba en la cabeza de la reina daba vida e infundía estructura a la montaña y a todo el reino. Así ejercía su realeza.

Su amigo le explicó: ¿Recuerdas que cuando llegábamos la has visto cubrirse la cabeza con el manto!, pues te voy a decir por qué lo ha hecho:

Ya has visto que es—, a través de su cabello—, como ejerce la realeza, una realeza que es servicio, sumisión; por eso—, al cubrirse la cabeza e impedir verlo a quien la mira—, le está recordando tal sometimiento, como si dijera—: “soy reina, pero ante ti como si no lo fuera; todo me está sometido—, pero ante ti me someto y te sirvo”. Ve pues—, que esa es su mejor corona y ninguna otra puede igualársele, porque ése es precisamente el signo de su imperio, lo que le da su majestad. Observa también—, que cuanto más intenta hacer que no se note—, más lo manifiesta, ya que el cubrirse ha resultado ser como el ponerse la corona—, y al descubrirse para ampliar tu conocimiento—, ha mostrado precisamente lo que quería ocultar para no condicionarte en el trato. Esa es su libertad y su esclavitud, porque la libertad no es otra cosa que ser esclavo de la voluntad propia, que ser esclavo de uno mismo, pero según donde pongas tu voluntad—, según donde pongas ese uno mismo—, así será tu libertad. Ve la de ella a que altura la ha puesto. Observa la montaña que han formado sus cabellos bajo sus propios pies. Mira el valle. Contempla el reino.

Hasta entonces nuestro protagonista—, embelesado ante tan radiante sencillez—, no había reparado en el panorama que desde allí se divisaba. Miró—, y quedó fascinado: Un reino digno de tal reina.

Por primera vez veía en todas sus proporciones el reino—, que se expandía hasta el confín en derredor suyo. La solemne majestad del paisaje le sobrecogía, le trascendía su indescriptible belleza, su vitalidad plena, la sublime exuberancia de su diversidad armoniosa. Todo lo que él conocía estaba allí, todo se divisaba con precisión y nítida claridad, incluso—, en lo que nunca se había fijado—, reparaba ahora su vista al manifestarse abiertamente; y hasta la visión parcial del confín se completaba en el confín opuesto, aunque era tal la sensación de cercanía—, de proximidad—, que le parecía que con sólo alargar la mano podría tocar lo que quisiera, y comentó—: Ya no sólo es mi habitación, es mi hogar; es tan mío, tan yo mismo que me parece que hasta podría tocarlo con la mano si quisiera.

Y le dijo su amigo—: Recuerda donde estás, aquí las cosas parecen lo que son; si te parece que puedes tocarlo—, es que puedes, si lo sientes como tu hogar—, es que es tu hogar, si crees que es hasta tú mismo—, es que eres tú mismo, o ¿no te acuerdas que te dije que lo mío era tuyo. Yo no me he reservado nada como tú tampoco lo hiciste conmigo. ¿No has creído ver en el reino el ser propio de la mujer?, ¿no lo has visto digno de tal reina?, pues es que lo mío es suyo y lo suyo mío, igual que contigo. Yo siempre soy el mismo y no me reservo nada: doy todo lo que tengo, hasta mi ser más íntimo, ¿o no te acuerdas de lo que hablamos sobre las lágrimas—, y lágrimas rojas; pues aquí lo tienes hecho plenitud: Un solo reino, un solo tiempo, un solo lugar al que puedes llegar con sólo alargar la mano—, porque yo soy uno; así que no te dejes llevar por la apariencia del mundo ajeno, porque eso sólo ocurre en él, y **sólo** a los que estén imbuidos en él, ya que no son capaces de valorar el sentido de la misma—, al no tener nada con qué comparar. Lo que para nosotros es una verdad parcial—, y por tanto verdad—, para ellos es una verdad completa, y eso es—, precisamente—, la mentira, el parecer lo que no es; pero ¿cómo serían libres si no!... Cada uno tendrá lo que quiera tener.

Y añadió—: Nosotros vemos la perfección desde aquí, que todo es bueno, pero ellos no lo ven.

Si lo vieran, si lo vieran, (pensaba nuestro protagonista)—, valorarían las cosas como son y no como parecen; aunque también comprendía que algunos preferían quedarse con la apariencia de las cosas aun a pesar de conocer algo del centro de la habitación. Si pudiera les explicaría y les diría y les mostraría a su amigo, ¡pero qué iba a hacer él, tan pequeño!. Entonces se acordó de la compasión que sintió por ellos cuando visitó el mundo ajeno; pero no llegó a acabar de utilizar su memoria porque delante de él—, en el valle—, podía verse a sí mismo en tales circunstancias, y pudo seguir su andadura y los hechos que le condujeron hasta la cumbre, pero entonces se encontró con algo que le impedía la visión, con la mano de la reina que tapaba justamente la zona que quería ver—, y de la que sólo llegaba a atisbar algunas briznas a través de las hendiduras de entre sus dedos.

La reina le explicó—: He tapado tu futuro para que no se vea condicionada tu libertad por lo que veas, y los atisbos que se han escapado de entre los dedos—, es lo único que puede ayudarte sin llegar a condicionarla.

Se había conseguido ver realizando eso que acababa de desear-, pero sin llegar a percibir el modo ni la manera ni otro dato más preciso que le indicara como llevarlo a cabo.

Y le preguntó a su amigo—: ¿No podrías tú explicarles estas cosas de alguna manera—, sin que se vieran coaccionados?. ¿No podrías influir en el mundo ajeno (que es lo único que miran) para que aprendan a mirar al centro de la habitación?.

Te vas acercando—, (respondió su amigo con satisfacción)—; casi—, casi—, lo tocas. A ver—, piensa un poco cómo podría llevarse a cabo.

Nuestro protagonista comenzó a plantearse la situación como si de él dependiera la solución—, dejando escapar entre dientes las conclusiones a las que iba llegando: Desde el centro de la habitación no puede ser porque no miran, y por más que lo intenté no lo hicieron; desde el interior del mundo

ajeno—... tampoco, porque no nos vieron ni nos sintieron cuando estuvimos (idichosas legañas!); y aunque se las limpiara—, eso duraría sólo un momento—, porque como depende de la máquina—; mientras que su habitante no las dirige correctamente...

Se quedó estático un instante y se le iluminó la cara: había encontrado la solución más idónea; y mirando a su amigo con la alegría en el semblante—, le dijo—: ¡Ya lo tengo!. A través de una máquina. Es lo único que miran, sólo atienden a la información que le suministra la máquina.

Y añadió—: Puedes usar una máquina como un habitante más y mostrarte a través de ella como eres y contarles cómo es el reino para que se vuelvan hacia el centro de la habitación. ¡Puedes usar mi máquina!: es tuya.

¡Bravo!, ¡premio para el caballero! (exclamó su amigo con desenfadada ironía y plenamente satisfecho con la respuesta). Ha sido un acierto completo. Pero... ¿no podrías hacerlo tú en mi lugar?.

¡Yo! (casi gritó espantado nuestro protagonista—, viendo que le caía un lío del que no se iba a poder librar). Yo, de ninguna manera. No es a mí al que tienen que ver, yo aquí no pinto nada, yo *no* quiero que me vean a mí sino a ti. ¿No comprendes (pormenorizó angustiado) que por más que yo les diga y les explique de ti y del reino—, y que por mucho que me esconda—, están tan obcecados—, tan cortos de vista—, que me van a ver a mí?.

Su amigo—, con una mirada profunda que le inundó por entero y le penetró hasta lo más íntimo de su pensamiento y de su ser—, le dijo—: Y porque me quieres—, quieres que los demás me conozcan: ¿Acaso no puedo querer para ti lo mismo?.

No pudo articular ni palabra. Estaba acorralado, cogido en su propio lazo. Entonces comprendía la situación de la reina con su manto, cómo se cubría para ocultar su realeza y al hacerlo precisamente se coronaba; el mismo truco de la libertad y la esclavitud, el mismo de todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío. Una treta muy sabia (pensaba), si no fuera porque se apiadaba de su amigo al verle tan bueno—, a él no le pillaban en otra. Y el caso era—, que si la situación hubiera sido al revés—, él hubiera obrado igual que su amigo—, y le habría dicho las mismas palabras—, porque le quería... Estaba claro: estaba perdido; no tenía escapatoria. ¡Qué lazo era aquél que hacía posibles tales cosas!?

Y dijo su amigo con emoción conmovedora—: Diles que les aguardo en el centro de su habitación, que aprendan a apreciar la apariencia y la mentira, que hasta su poder es también apariencia, que sólo tiene el poder que ellos quieran darle, el que ellos dejen de sí; que vuelvan la cabeza, que el reino entero les espera, que es para ellos. No te importe suplicarles porque yo también lo hago y lo hago porque quiero, porque miro por ellos y vivo con ellos aunque no me miren. Explícales lo que conoces y has visto.

Nuestro protagonista—, algo turbado viendo la profundísima emoción de su amigo—, comentó cabizbajo—: Va a ser muy difícil; ya me tenían por bicho raro—, así que ahora—... No me van a hacer ni caso. Dirán que todo son imaginaciones mías.

Lo sé, (intervino su amigo), pero repara en que imaginar es jugar con los conocimientos, y el que tiene juguetes juega con ellos—; o ¿acaso alguien puede jugar con lo que no tiene.

Nuestro protagonista entendía bien las razones de su amigo, pero comprendía a la vez—, que el mundo ajeno no percibiría esas sutilezas; claro—, que en cierto modo eso era también un consuelo-, porque así verían a su amigo a su través—, y no se percatarían de él, sobre todo si se esforzaba en encubrirlo como lo había visto hacer a la reina de la montaña.

Miró su máquina—, y—, alargando la mano—, la tocó por un momento, y—, volviéndose hacia la reina y su amigo—, les dijo—: Soy incapaz de volver, es como si mi razón—, viendo que es bueno-, lo quisiera, pero el resto se quedara aquí negándose a salir del lugar en que vive.

Y así es (contestó la reina). ¿No es tuyo el reino?, pues vayas donde vayas en lo tuyo estás, puedes hacer lo que quieras. ¿Acaso no te has visto a ti mismo en él?, pues ésa es precisamente tu permanencia. Aquí estás y estás en todo. No tienes raíces en nada especial y concreto porque aquí están tus raíces y por tanto en todo. Todo es tuyo y por eso—, nada lo es en particular. Ya no es necesario que escales de nuevo la montaña para llegar aquí, porque—, en tu casa—, puedes hacer lo que quieras, y observa que he dicho “quieras”—, palabra que implica voluntad y cariño—, y no “desees” que no implica ni lo uno ni lo otro. Ve—, pues—, tranquilamente, porque vuelves sin volver; en cierto modo—, tú mismo puedes ver que ya no eres el mismo que cuando saliste de tu habitación.

Y añadió—: Diles que no tengan miedo, que suban por mí sin temor porque éste es su hogar; que les espero.

Y apostilló su amigo—: Anda, ve—, que aún tienes que derramar lágrimas rojas, para que también mis intenciones sean tuyas—, como ya lo son las tuyas mías.

Así—, dando un pequeño salto—, nuestro protagonista se encontró de nuevo ante los mandos de su máquina. Con una amplia mirada recorrió su habitación, sus paneles—, sus monitores—, sus mesas—... y se volvió a mirar el centro de la habitación, y lo vio iluminado, radiante—... Una sonrisa de felicidad le alumbró el rostro, y dando un fuerte suspiro—, se giró de nuevo hacia la máquina comenzando su actividad.

Realmente no era el mismo, y todo por haber encontrado a un amigo: su amigo: nuestro amigo.

*(Idea y esbozo: 6-II-1983)*  
*(Redacción: 8-III a 4-IV-1989 / Revisión: 21-I-2004)*



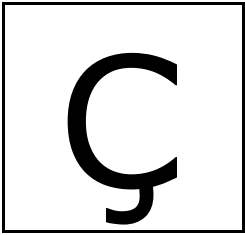
*“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.” (Mt 5,5-7)*

*“Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.” (Mt 5,4)*

*“No será aparatosa la llegada del reino de Dios. Ni dirán: Hela aquí o allí, porque el reino de Dios está dentro de vosotros.” (Lc 17,20-21)*

*“—Pues nosotros, dejándolo todo, te seguimos. (...)*

*—Os aseguro que nadie deja casa, mujer, hermanos, padres o hijos por causa del reino de Dios, que no reciba mucho más en este siglo y la vida eterna en el futuro.” (Lc 18,28-30)*



Uniformidad

## CREO EN TI

No creo en ti, Señor, por las palabras que me dicen,  
ni creo en ti por las explicaciones que me dan,  
ni por la vida que tuviste,  
ni por tu muerte de cruz,  
ni por las cosas que dijiste,  
ni por tu resurrección.

Creo en ti porque te siento sin sentirte,  
porque te veo sin verte,  
porque te oigo sin oírte,  
porque te respiro, te huelo, te percibo,  
porque me sale del alma,  
porque es mi esencia,  
porque si no creyera  
¿dónde guardaría el amor que me das.

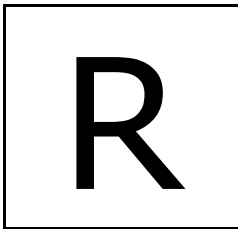
Creo en ti porque espero el gran día.  
Creo en ti porque espero mi vida;  
porque cuando pienso en ti me conmueve la alegría;  
porque cuando pienso en ti mi alma te suspira.

Creo en ti porque sé tu debilidad,  
porque me aprovecho de ella,  
porque por ella te vales de mí.

Creo en ti porque te siento,  
creo en ti porque te vivo,  
creo en ti porque te anhelo,  
creo en ti, Señor, porque te quiero.

(15-XI-1982)

*“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis;  
llamad, y se os abrirá. Porque todo el que  
pide recibe, y el que busca halla, y al que  
llama se le abre.” (Mt 7,7-8)*



Realización

## EL JARDÍN DEL BOSQUE

### — El Bosque —

Una mañana veraniega—, de esas que aún se respira frescura antes de que el sol caiga de plano haciendo trabajoso el caminar—, un grupo de amigos—, con sus mochilas a cuestas—, va desgranando gozoso los senderos en busca de esa actividad desacostumbrada para ellos que es pasar un tiempo en el campo, junto a la naturaleza; aunque esa circunstancia sea—, a la vez—, una disculpa para—, sin contravenir las costumbres al uso—, poder convivir y conocerse mejor. Pero esa razón profunda y fundamental no es reconocida conscientemente por ninguno de ellos en toda su plenitud, ya que—, socialmente—, no es algo bien visto, y podría tener muchas otras interpretaciones además de la pura—, simple y sencilla.

La vista del bosque—, ya cercano—, les hace relajar un poco el paso al comprobar que van a poder entrar en su sombra antes de que el sol apriete, (momento de alivio que es agradecido por alguna de las componentes femeninas—, que ya se iba encontrando algo cansada por el agobio de una marcha un tanto apremiante).

Una mayor alegría podía sentirse en el ambiente y en la expresión de sus rostros ante la proximidad de su primer objetivo, de ese bosque—, tan cargado de vida—, como la que emanaba de esa juventud plena de iniciativas y buenos propósitos que les constituía. Un bosque precioso, fresco, acogedor, y a la vez misterioso y desconocido, lleno de sorpresas y de cosas por descubrir. Un laberinto de vida a la altura de sus ansias de búsqueda y conocimiento de la naturaleza y de ellos mismos. De conocer—, desentrañando—, todo lo que es otro: los demás amigos, los demás seres vivos, las demás cosas; y muy, muy en el fondo—, el conocimiento de cada uno de ellos a través de los otros—, como quien se mira en un espejo. Pero para conocer y desentrañar—, hay que internarse y observar desde dentro hasta lo más íntimo y guardado—, sin olvidar lo que se ha visto desde fuera, para—, así—, poder poner cada cosa en su lugar, para—, en definitiva—, llegar a comprender; por eso todos contemplan en su extensión la vista de ese bosque que se aproxima, de su masa arbórea, de su situación, de sus árboles más cercanos...; porque cuando ya estén en él—: los árboles les impedirán ver el bosque.

El número creciente de pájaros—, y la mayor presencia de sus cantos—, les da la bienvenida a los arrabales de esa ciudad en la que—, con paso firme—, empiezan a adentrarse.

¿Qué les deparará el destino?. ¿Colmará plenamente sus deseos?. Preguntas que se desvanecen como por ensalmo ante su ilusión despreocupada que—, de momento—, no quiere ahondar en profundidades e incertidumbres.

Después de caminar un rato entre ese sol y sombra constante, de ir contemplándolo todo como quien aparenta no dar importancia a nada pero que no pierde detalle—, y de alegrar la marcha con sus cantos—, nuestros jóvenes decidieron hacer un alto en el camino para reponer fuerzas—, hincando el diente a algunas de las vituallas que transportaban.

El momento fue aprovechado para la algazara—, y para contar algunos chistes—, mientras se compartía la comida y se descansaba. Todo parecía salir según los planes previstos y los deseos de cada uno.

Pero cuando estaban acabando de recoger y se disponían a reemprender la marcha—, algo con lo que no contaban vino a turbar su alegría. La luminosidad ambiental comenzó a decrecer—, oscureciendo con rapidez, y al poco—, un estruendo no lejano daba certeza a sus sospechas: Se avecinaba una tormenta. Una de las imprevisibles tormentas de verano. Y una reacción visceral de buscar protección frente a la lluvia—, comenzó soterradamente a adueñarse de ellos; a impulsarles a una huída frente a la situación, a escapar para no mojarse y verse empapados de lluvia e indefensos frente a los elementos, por lo que apretaron el paso—, encaminándose hacia las zonas más tupidas del bosque, siempre oteando las posibles rocas o peñascos que les pudieran servir de abrigo.

Las primeras gotas comenzaron a golpear contra las hojas—, produciendo un suave rumor que puso en alerta a nuestros jóvenes sobre la inminencia del chaparrón, con lo que apuraron aún más su paso hasta casi correr, sobre todo al percibir las gotas que—, de cuando en cuando—, mojaban su piel.

De repente—, un resplandor penetró la arboleda desapareciendo de igual manera, y casi de inmediato—, un salvaje estampido pareció romper el cielo. Un grito casi unánime de la práctica totalidad de las jóvenes—, y un sobresalto espantado—, recorrió todo el grupo, haciéndoles perder el control y comenzar una carrera sin rumbo y sin sentido. La tormenta estaba encima.

La lluvia torrencial no se hizo esperar, y el rumor comenzó a aumentar hasta parecerse al golpear de las baquetas sobre los aros de las cajas y tambores en un trémolo frenético; y como un golpear lejano de timbales—, marcaba el embravecimiento de la tormenta.

Los jóvenes—, en su huida irreflexiva—, parecían haber olvidado el objetivo de su carrera y ya no prestaban atención a buscar lugares donde guarecerse, quizás porque—, como quien huye de su propio miedo—, vagaban en un mundo de oscuridades—, mal definido—, y desconocido—, y al que los relámpagos esporádicos aún hacían más fantasmagórico.

Llovía tan copiosamente que no tardaron en estar completamente empapados, lo que le llevó a recapacitar a alguno—, y aminorando la marcha—, dijo en fuerte voz—: ¿Qué hacemos corriendo como espantados?, si

ya estamos calados hasta los huesos. Ya no podemos mojarnos más de lo que estamos.

La verdad de estas palabras surtió un efecto inmediato, y progresivamente se fueron deteniendo—, uno a uno—, hasta pararse por completo. Una sonrisa afloró a sus semblantes y comenzaron a gastar bromas y a hacer chistes con respecto a la situación. Habían vencido su primera angustia al asumir la circunstancia como algo irremediable. Volvieron a reagruparse—, quizás para sentir más cercana la mutua compañía—, y continuaron andando, ahora pausadamente—, por entre los árboles—, sin pararse a pensar adonde se dirigían, solamente atentos al agua que les chorreaba por sus mejillas y por sus cuerpos—, y al especial sonido del caer de la lluvia en el bosque, aderezado por algún que otro trueno como contrapunto de grandiosidad y de poder.

No pasó mucho tiempo sin que la tormenta comenzara a apaciguarse y casi se fuera como había venido. La lluvia cesó—, y la luz solar volvió a iluminar el lugar sin tener que atravesar ningún nubarrón para conseguirlo. Todo volvió a la normalidad como si nada hubiera ocurrido—, y ya comenzaban a aparecer los vapores que los rayos solares arrancaban a la humedad ambiental. Entonces fue cuando—, alguno de los jóvenes—, cayó en la cuenta de que—, realmente—, no sabían hacia donde se dirigían, y transmitió su duda a los demás.

Sus compañeros quedaron tan sorprendidos que se pararon en seco. Ninguno había reparado en tal extremo hasta entonces.

Otearon el bosque en derredor para tratar de orientarse—, pero no encontraron nada que les sirviera de guía, de punto de referencia. ¡Todo era tan parecido!. Así llegaron a la terrible deducción de que se habían perdido, lo que les llenó de angustia, (e incluso—, la reacción de alguno bordeó la histeria), pero el sosiego de los más juiciosos consiguió animar a los más abrumados para no desesperarse e intentar seguir una dirección única—, que fuera cual fuere—, acabaría por sacarles del bosque.

Observaron atentamente las cortezas de los troncos de varios árboles—, y con ello consiguieron averiguar—, aproximadamente—, dónde se encontraba el norte, con lo que optaron por tomar la dirección sur que sería la más fácil de seguir, ya que siempre tendrían la cara norte de los troncos—, de frente.

Pasó un buen rato sin que pudieran observar una sensible variación en el escueto paisaje que rodeaba su caminar, y el nerviosismo parecía comenzar a hacer acto de presencia otra vez, por eso—, cuando creyeron adivinar una mayor holgura entre los árboles que divisaban por delante—, empezaron a caminar más deprisa hasta casi correr, con lo que llegaron a lo que resultó ser un claro en el bosque; pero un claro muy especial, porque cuando atravesaron el límite y pudieron contemplarlo—, se dieron cuenta que no era un fenómeno accidental, sino que se trataba de un jardín.

### — El Jardín —

Era un majestuoso jardín que les dejó impresionados.

¡Qué contraste! entre el aparente desorden y descuido del bosque que atravesaban—, y el orden esmerado y el cuidado con lo que todo estaba dispuesto en el jardín. Nada parecía haberse dejado a la aleatoriedad, y aun lo que pudiera parecerlo—, tras una observación más atenta—, mostraba la premeditación de tal apariencia. El césped, los senderos, los arbustos, los árboles, las piedras y rocas, y hasta cada pequeña chinita parecía tener su lugar—, y una función que cumplir—, dentro de la maravillosa armonía que les asombraba. El conjunto de colores, la fragancia, el canturreo de los pajarillos, la abundancia de flores que—, a pesar del verano—, el sol no había podido agostar y se erguían como si ni siquiera hubieran tenido noticias del chaparrón que había caído sobre el bosque, el juego de la luz y las sombras, el susurro de algún reguero... Todo estaba dispuesto para ser acogedor y entrañable, familiar. Pero a la vez—: itan cargado de misterio!.

¡Cómo explicar la presencia de ese amplio jardín en el corazón del bosque!. ¡¿Cuál era su intención, su sentido!?. ¡¿Qué representarían aquellas estatuas que lo decoraban!?. Porque todos estaban admirados de la belleza que les rodeaba—, y de la perfección de tallado de las estatuas—, que semejaban seres humanos vueltos piedra y colocados sobre un pedestal.

Realmente era curioso encontrarse un jardín en pleno bosque, y además un jardín tan especial; pero más lo era todavía la existencia de esas estatuas desperdigadas por él. Quizás por eso—, casi instintivamente—, todos buscaron algún palacete o construcción habitada que—, al menos—, justificase la presencia de todo aquello, pero no lo vieron; sólo aquel templete era la única muestra de edificación del lugar. Un señorial templete con una estatua en su centro.

Los jóvenes—, una vez lo hubieron observado todo de cerca—, (no sin cierta cautela)—, se reunieron en el templete para dirimir su situación. El tiempo parecía haber volado—, y la tarde ya se acercaba a su fin y había que decidir qué hacer.

Estaban tan cansados por lo azaroso del día—, y aturdidos ante las circunstancias que les envolvían—, que no eran capaces de pensar con viveza ni con un cierto ingenio, así que decidieron pasar allí la noche—, y esperarían a la mañana siguiente a que se les ocurriese alguna feliz idea. Comieron algo de lo que se había salvado de la lluvia—, y aguardaron en el templete la inminente llegada de la noche.

Mientras la noche se enseñoorea del bosque—, los jóvenes se acomodan en el templete y comentan los hechos del día y las confusas sensaciones que les invaden, sobre todo al percatarse de que la oscuridad nocturna no ha conseguido adueñarse del jardín, porque una discreta iluminación—, difusa e imprecisa—, le domina. Intriga—, que aunque resulta ser poderosa—, no puede impedir que sus párpados se vayan cerrando y el sueño caiga sobre ellos; aunque tal circunstancia no sea aplicable a uno de los jóvenes, que desde que llegaron al templete—, se comportaba de un modo anómalo. Había quedado tan deslumbrado por la singular belleza de la joven representada por la estatua del centro del templete—, que no sólo pasó un buen rato absorto en su contemplación—, sino que se transformó en pensativo y meditabundo como si hubiera recibido un fuerte impacto.

Era tal la atracción que la joven de la estatua ejercía sobre él—, que apenas había probado bocado, y ahora se encontraba ensimismado en sus pensamientos y sin tiempo para dedicárselo al sueño, ni atención para apreciar la curiosa iluminación que reinaba en el jardín. Por eso tampoco pudo darse cuenta de que un fenómeno completamente inexplicable comenzaba a suceder.

Porque—, como un espíritu de vida—, había invadido a las estatuas, y éstas—, empezaron a moverse; pero esa vida no se limitaba al movimiento, sino que la piedra que les constituía daba paso a los vestidos, a la carne, a la humanidad toda, y por fin—, a la persona cuya imagen guardaba la piedra. Lo muerto y petrificado revivía ante aquel intangible soplo—, como en una renovación absoluta que abarcara hasta las más profundas raíces, ¡y era tan superior lo nuevo a lo viejo!; ¡todo tan distinto sin dejar de ser lo que era!

Por fin la joven descendió del pedestal—, siendo seguida por los demás revividos que se fueron aproximando al templete de una forma ceremonial, casi majestuosa.

Pero el joven—, sentado en el suelo—, con la vista fija—, no se percataba de nada—, absorto en sus pensamientos, en sus ensueños vitales cargados de altruismo y buenas intenciones, en sus fantasías imposibles de iluso que quiere ver más allá de la piedra. Ni siquiera se apercibió de cómo la joven se había acercado a él y le contemplaba con una sonrisa entrañable.

Fue entonces cuando comenzó a extenderse por el lugar como un humo sonoro que—, progresivamente—, iba inundando e impregnándolo todo de voces conjuntadas. Estos difuminados cánticos fueron los que consiguieron sacar al joven de su ensimismamiento—, atraído por la música que le acariciaba los oídos, y tardó unos instantes en integrar en su mente lo que veía y cobrar consciencia de lo ocurrido, porque reconoció en los revividos a las estatuas del jardín—, y vio los pedestales vacíos, y llevado por un impulso interior—, giró la cabeza—, y pudo ver a la joven del templete junto a él, pero con la mirada viva, llena de afecto; con las manos extendidas hacia él—, invitándole a una danza al compás de aquella música que ya... lo llena todo.

El joven—, atónito—, fue incapaz de hacer ningún gesto, bien a pesar de la profunda atracción que la joven ejercía sobre él, y ella—, con sencilla amabilidad—, respetando la actitud de éste—, se volvió hacia los otros revividos—, y saliendo del templete—, inició su baile con ellos. Un baile lleno de frescura, de sencillez, de elegancia, como cuando la alegría juguetea en la serenidad del corazón.

Cuando el joven consiguió salir de su estupor, contempló con agrado lo que se ofrecía a su vista y a sus sentimientos, y quiso hacer partícipes a sus amigos de lo que ocurría, pero se encontró con que todos estaban dormidos, y en un sueño tan profundo—, que aunque les zarandeó no consiguió despertarles, y se volvió—, apenado—, a mirar a la joven; ésta—, se acercó de nuevo a él—, y tendiéndole la mano—, le arrastró delicadamente al baile. Y como en un galanteo íntimo de dos melodías que se entrelazan para conocerse mejor dentro de la inmaterialidad de la música—, los dos jóvenes danzaron—, junto con los revividos—, por un buen rato.

¡Qué curioso era aquel baile que conseguía ir limando poco a poco las reticencias y las barreras que impedían a cada uno mostrarse tal cual era!. Porque como quien ya no usa palabras porque se ha puesto a sí mismo en el

empeño de la comunicación—, se ha hecho lenguaje vivo—, así parecía que todo se abriera a la espontaneidad en ese baile; por eso—, el joven—, ante esa confianza que sentía—, no tardó en confesarle a la joven sus sentimientos: cómo había encontrado en ella todo lo que él no tenía—, y que por eso—, quería tenerlo: conservarlo para siempre: y no quería perderla; que él había encontrado su jardín de paz en ella—, y que ya no sabría vivir si le faltara.

La joven—, que había escuchado pacientemente las explicaciones del joven sin pronunciar ni palabra—, pero con el íntimo anhelo de quien lo esperaba ardientemente y parece brillarle la mirada—, invitó a éste a pasear por el jardín mientras iba a explicarle el porqué de todo aquello.

Y tras una inspiración profunda—, comenzó a decirle—, que la historia que le iba a relatar era un tanto tortuosa—, y que—, quizá—, su sentido último no lo entendería ahora—, pero que confiaba en que lo comprendería más adelante.

Todo empezó cuando—, viviendo ella felizmente con su padre—, el ser que le había dado la vida—: su propio padre—, quiso un día infausto—, acosarla e intentar abusar de ella.

Sí, así de crudo era el asunto. ¡Cómo podía pensar ella—, en su circunstancia de hija—, que su padre actuaría de esa manera!. ¡Cómo podría pensar que fuera él quien quisiera someterla a sus caprichos: prostituyéndola!. ¡Si la había educado para la libertad—, ¿cómo es que la quería relegar a la esclavitud!?.

Y por los hechos fue como descubrió que—, aquél—, no era su auténtico padre—, sino un suplantador que se aprovechó de su aparente orfandad para intentar ser como su padre y hacerla a su semejanza, pero también semejante en su ruindad y en su intención torcida—, lo que acabó por delatarlo. Por eso—, ella—, huyó de él y se defendió como pudo, y en su lucha—, ambos cayeron por un barranco y murieron. Aunque entonces descubrió que murieron sólo a la apariencia, y que a su falso padre—, tras quitarle la apariencia—, no le quedó nada salvo la falsedad, mientras que a ella le quedó su amor auténtico, aquél que había sabido encontrar a su padre a través de la falsedad—, y el que había tenido y conservado hacia ese suplantador—, al que había llamado padre tantas veces; por eso rogó y suplicó hasta con vehemencia—, para que quedara en algo auténtico aquel falsario al que también quería. Y así fue como le fue concedido el permanecer—, vuelta piedra—, en aquel jardín—, hasta que alguien—, que le profesara un amor tan puro—, fuera capaz de superar las pruebas necesarias para conseguir—, para su falso padre—, la autenticidad suficiente que le permitiera no disolverse en la nada. Pero además—, con un desprendimiento tal—, que lo habría de hacer sabiendo—, que una vez conseguido—, ella desaparecería para siempre.

El joven—, abrumado por tan truculenta historia—, no supo que decir, y aguardó unos momentos—, pensativo y cabizbajo—, antes de articular ninguna palabra.

Pasaban ante sí—, en un rápido análisis—, sus sentimientos e intenciones hacia la joven, hacia sus amigos, hacia él mismo; lo que él había decidido ser y vivir, sus inquietudes, sus ilusiones, sus esperanzas. ¿Estaba dispuesto ahora—, a pringarse en algo desconocido?, ¿a mojarse hasta los huesos en ello?. ¡Cuántas cosas en contra y qué pocas a favor!.



Pero aquella joven ya vivía en el centro de su corazón, no podía arrancarla sin arrancarse a sí mismo: Había encontrado en ella todo un mundo nuevo que le fascinaba y que—, incluso—, le daba una tarea que hacer en la que sentirse útil, un lugar en el que encontrarse a sí mismo. Además—, seguro que el “desaparecer para siempre” era sólo una añagaza para darle más altruismo al asunto, pero que luego—, en el momento final—, se quedaría con él como deseaba.

El joven—, entreabriendo los labios en un hilo de voz—, le preguntó entonces—: “Tú crees que yo voy a poder hacerlo?”.

“Si no lo creyera no estaría hablando contigo” (respondió la joven, y añadió—, con una expresión en el rostro que no dejaba lugar a dudas—): “Estoy segura de tu triunfo”.

Él—, al contemplar tanta confianza que ni él mismo tenía para sí—, se vio materialmente lanzado a aceptar la proposición, y simplemente suspiró—: “Bien, lo haré”. (Aunque realmente no sabía muy bien donde me metía).

Entonces el joven quiso saber el como y el cuando de las pruebas—, pero ella le replicó que no podía explicarle en qué consistían—, ya que—, la libre autenticidad del corazón—, era condición imprescindible para la correcta superación de las misas, aunque sí le podía dar algún consejo aplicable a todas ellas y a cualquier momento de su vida: que debía procurar siempre—, encontrar la mejor solución posible para cada situación, o al menos—, su mejor actitud hacia ella, y en consecuencia—, no debería dañar a ninguno de los vivientes que se encontrara. Y le instó a que no se preocupase—, que no estaría solo, porque podría contar con una breve ayuda de aquellos revividos que—, con ella—, aguardaban en el jardín; que podría llamar a cada uno de ellos cuando lo creyera oportuno, pero que—, tras intervenir una vez—, desaparecerían y ya no podrían ayudarle más, así que debía ser muy parco y cuidadoso en demandar su ayuda. Y tras un instante de silencio—, añadió resignada—: “Y el momento de partir—... es ahora”.

Y como si estas palabras fueran una señal convenida para que todo comenzara a suceder—, algunos de los revividos se dispusieron para producir un fenómeno insólito: abrir un hueco en la noche. Y como quien—, con una fina cuchilla hiende una tela en dos—, y permite formar un óvalo al separar las dos partes con sus manos—; así—, los revividos—, con sus manos—, abrieron una oquedad en la oscuridad de la noche—, a través de la cual penetraba una intensa luz, pero de tal potencia—, que impedía ver nada del interior, o mejor dicho—, de lo que había al otro lado.

El joven entendió enseguida—, que era por ese hueco que sostenían abierto los revividos—, por donde debía marcharse, y con una mirada de despedida recorrió el jardín, pero se detuvo en sus amigos, de cuya presencia parecía haberse olvidado hasta ese momento, y corrió hacia ellos para intentarles despertar nuevamente; pero como la vez anterior—, tampoco consiguió sacarles de su sueño. La joven le explicó que no despertarían hasta que fracasara o concluyera victorioso las pruebas, pero que no se preocupara por ellos—, que estaban a su cuidado; que tuviera ánimo y no perdiera la esperanza en ningún momento, porque ella confiaba en él.

Él—, miró a la joven profundamente—, pero no dijo nada, y se volvió a mirar a los revividos con la misma intención de despedida; y acto seguido—, se introdujo por el hueco.

### — Luz y Sombras —

El otro lado del hueco resultó ser todo luz, una luz que le deslumbraba sin herirle los ojos y que—, por tanto—, le impedía ver el lugar y lo que en él pudiera haber, y con ello—, al haber perdido el contraste—, no podía distinguir el hueco, que había desaparecido ante sus ojos en el mismo momento de atravesarlo, lo que ya hacía imposible el retorno. Debía caminar sin saber donde—, pero como los ciegos—, a tientas. ¡De qué le valdría tanta luz que resultaba cegarle!?

Nunca se le hubiera ocurrido pensar que aquella situación pudiera ser tan angustiada, porque viendo y mirando no veía, y esforzándose—, no conseguía saber qué hacer: si pararse... si seguir andando... Porque el tiempo pasaba y no ocurría nada, y eso le llenaba de ansiedad. Y hasta pensó en llamar a algún revivido para que le ayudara... ¿pero en qué!, ¡si no sabía!

Y el tiempo transcurría y todo seguía igual, inmutable, silencioso, sin una solución para su deseo, para aquello por lo que estaba allí. Su ansiedad había alcanzado un punto tal que deseaba gritar desesperado, moverse con movimientos inútiles dejándose llevar por un impulso visceral, compulsivo, incontrolado, de pánico íntimo: Estaba cayendo en la histeria, y no podía dejarse llevar por ella; tenía que recobrar la cordura, ser dueño de su voluntad. ¡Qué prueba tan dura!

Este último pensamiento le hizo recapacitar un momento: "Prueba", ésa era la cuestión y no se había dado cuenta. La "prueba" consistía en eso, en valorar su paciencia, la que había estado a punto de perder. Tenía que serenarse, ser paciente, no perder la confianza en lo que le había dicho la joven aunque él no lo viera.

Y apenas había comenzado a asimilar estas reflexiones—, cuando un hecho vino a trastocar la imperturbabilidad reinante, y fue—, que el joven creyó adivinar una sombra de apariencia humana que se movía entre la luz. Este hecho le puso en alerta y le alejó momentáneamente de sus preocupaciones. Pensó que si la seguía—, aquella sombra podría sacarle de la situación en que se encontraba o—, al menos—, le ayudaría a discernir sobre la misma, así que—, en un instante—, tomó la decisión de seguirla adonde fuera—, y lo puso en práctica.

A duras penas conseguía seguirla, pero no podía alcanzarla, porque para llegar a hacerlo tendría que caminar más rápido que ella y—, eso—, era muy difícil de lograr—, al hallarse en un medio desconocido.

No había recorrido mucho trecho—, cuando vio otra sombra, esta vez más clara—, que se desplazaba en otra dirección. ¿A cuál seguiría?. Vaciló durante un momento—, y optó por la segunda, ya que podía distinguirla mejor sin tener que esforzarse tanto en adivinar su presencia—, y eso le daba una mayor soltura de movimientos.

Pero no tuvo que esperar mucho rato para que una nueva incertidumbre se le presentara, porque una tercera sombra—, aún más nítida—, hizo su aparición; y moviéndose—, a su vez—, en otra dirección. ¿Qué opción tomaría ahora?.

Pero la duda creada en este ocasión la solventó más rápidamente al usar el mismo criterio que en la anterior, es decir—, seguiría a la más patente.

Y mientras la seguía comenzó a pensar sobre el sentido de todo aquello y el porqué seguía a una sombra—, y además de una forma tan voluble, porque había cambiado de objetivo en tres ocasiones sin una razón consistente para hacerlo; pero detuvo un momento este pensamiento al percatarse de la presencia de una definida sombra humana que sugería un nuevo rumbo, y—, eso—, ya le desconcertó por completo. ¿A qué le conducía seguir a una sombra u otra?, ¿para qué tener que estar cambiando de dirección?.

Las dudas sobre su actitud le asediaban a la par que surgían más y más sombras que se movían y pululaban en diversas direcciones. Él—, mientras tanto—, se había quedado parado decidiendo qué hacer—, e intentando penetrar el sentido último de esa situación tan desconcertante. ¡Todo parecía tan absurdo! Pero se decía—, que todo aquello tendría que tener una salida aunque él—, en un principio—, no pudiera llegar a penetrarla, que de alguna manera se tendría que solucionar—... y de repente—, un haz de luz violácea marcó un círculo de dicha luz en el suelo ante la sorpresa del joven.

Él—, antes de acercarse al haz—, que no se hallaba demasiado distante de donde se encontraba—, observó detenidamente el comportamiento de las sombras que atravesaban el lugar y deambulaban por él—, con la intención de ver en qué les afectaba, pero ellas parecían no inmutarse por lo sucedido; sólo reparó en que ninguna de las sombras atravesaba el haz, (aunque eso—, bien pudiera ser una casualidad debida a que ninguna de ellas tuviera que encontrarse con él en su trayecto).

Así—, comenzó a andar pausadamente hacia el haz, pero a medida que se iba aproximando a él—, notó que las sombras empezaban a amontonarse y a interponerse en su camino, y lo que—, en principio—, parecía una intención casi accidental—, se convirtió en el principal propósito de todas las sombras, que a modo de defensas guardando la portería—, custodiaban el haz e intentaban disuadir al joven en su aproximación al mismo, y le hacían ademanes para que siguiera a una u otra—, con la intención de alejarle de allí.

Tanto interés repentino hacia su persona por parte de las sombras—, que hasta entonces le habían ignorado por completo—, hizo sospechar al joven—, casi de inmediato—, de la intención disuasoria de las mismas, y deducir—, en consecuencia—, que lo que debía hacer era conseguir entrar en el haz para poder escapar de sus influjos; y aunque no sabía que haría o que sucedería una vez dentro—, lo que sí tenía claro era que debía esforzarse por entrar en el haz.

Rodeó todo el perímetro del círculo marcado por el haz—, sin conseguir encontrar un punto débil que le permitiera poder romper la barrera formada por las sombras e introducirse en él. Éstas—, hasta lo empujaban a veces para que no se acercara demasiado, pero él—, en ningún momento actuaba así con ellas—, porque pensaba que no debía hacerlo de esa forma—, y—, además—,

se acordaba de las recomendaciones de la joven: Debía tener paciencia y astucia.

Decidió por fin concentrar su atención en las sombras—, y dedicarse solamente a las que estaban en un sector del perímetro, con lo que—, en cierto modo—, les seguía el juego y se despreocupaba del haz—, pero a la vez—, conseguía que otras zonas quedasen más desprotegidas—, al estar centrado el interés de las sombras en ese punto. Así aprendió a ir llevando a las sombras hacia donde él quería—, mientras que parecía seguirlas incorrectamente, ya que—, éstas—, modificaban su dirección cuando intentaban atraerle de nuevo hacia sí—, al observar que se equivocaba.

Cuando ya parecía que las sombras estaban logrando su objetivo de alejar al joven de su interés hacia el haz—, y él se había separado un poco del mismo—, siguiendo a una de ellas hasta—, incluso—, desplazarse a otra zona del perímetro distante de la que él había elegido como centro de su atención—, un brusco repente del joven—, que pilló desprevenidas a las sombras—, le llevó a abalanzarse sobre el haz en un agilísimo movimiento que le hizo introducirse en él sin que ellas pudieran impedirselo: ¡Por fin estaba envuelto en luz violeta!

Las sombras se arremolinaron en torno al haz—, pero ni siquiera lo rozaron, y gesticulaban ostentosamente furiosas por su fracaso. El joven contempló con alivio la impotencia de las sombras para penetrar en su fanal de luz violeta, y comenzó a deambular por su interior en busca de alguna pista que le indicara cual era el paso siguiente a realizar; de esta forma descubrió—, que si se encaminaba en un determinado sentido—, ¡pero sólo en ése!—, el haz se desplazaba con él, pero que si lo hacía equivocadamente—, corría el riesgo de salirse del haz y caer en poder de las sombras—, que aguardaban con avidez tal error; así que con parsimonia pero sin pausa—, fue desplazándose siguiendo la ruta que le marcaba el haz. Una ruta difícil de seguir porque el haz sólo se movía cuando el joven se aproximaba al límite del mismo—, con lo que debía estar muy atento para no salirse—, si elegía una dirección o un sentido equivocados.

Súbitamente un haz azulado definió un círculo azul en el suelo a cierta distancia del violeta, y las sombras se apresuraron entonces a interponerse en el trayecto entre los dos círculos—, como quien sabe que ya no hay equivocación posible en la ruta y trata de evitar la fusión a la desesperada; pero el haz violeta se iba abriendo paso entre ellas—, como la quilla hiende las aguas—, hasta llegar a entrar en contacto con el haz azul.

El joven—, mientras iba avanzando—, observaba cómo los colores se fundían en un morado oscuro—, a la vez que los círculos del suelo se superponían; (un color oscuro y definido frente a aquella claridad reinante, lo concreto frente a lo difuso). Todo esto lo pensaba mientras que se consumaba la unión de los dos haces—, al igual que dos miradas—, dos pensamientos o dos mundos—, se funden en un tercero; y cuando se hubo completado—, el joven se colocó en el centro para lograr una percepción más plena, pero en el mismo instante de hacerlo—, desapareció súbitamente toda la iluminación del lugar quedando sumido en la más profunda oscuridad, aunque atravesada por la persistente presencia del haz azul.

Había quedado solo, bañado por aquella luz azul—, frente a la oscuridad circundante—, y con una pregunta que le acosaba: “¿y ahora qué?!. Pero pudo apreciar—, que aquella pregunta iba a tener una pronta respuesta, porque los límites del haz comenzaron a desaparecer y la luz azul a expandirse y dispersarse por entre la oscuridad—, hasta—, lentamente—, irse llenando de matices, de contrastes, de claroscuros...; desde el azul más oscuro—, hasta el más dorado y rutilante: el del rielar del agua en el fondo del mar.

### — Fondo Marino —

Así reconoció que se hallaba en el fondo del mar—, a una profundidad que aún permitía la llegada de los rayos solares que lo llenaban de vida. Podía distinguir con claridad—, dentro de ese tinte azulado que lo llenaba todo—, las rocas próximas y las oquedades que éstas formaban, la arena del fondo sobre la que se encontraba, los corales con su aspecto arbóreo—, situados sobre las rocas, los demás seres vivos que la poblaban, la suave oscilación de las algas que danzaban plácidamente en un vaivén armonioso que conseguía perfundir el lugar de una sensación agradable y placentera, y la apariencia humanada de todo lo vivo que allí había; todo aquello le dejaba asombrado y maravillado—, al poder vivir una situación tan fantástica y a la vez tan real, tan palpable.

Mientras el joven contemplaba y pensaba estas cosas—, las algas—, que hasta entonces danzaban en presencia de su princesa—, se percataron de la llegada del visitante, y prosiguiendo su danza—, se fueron acercando pausadamente hacia él—, hasta rodearle con su amigable danzar—, en una sugestiva invitación a acompañarlas. De esta forma—, danzando en su derredor—, fueron rompiendo la posible desconfianza del joven, y en un paulatino aproximarse a él—, en un casi imperceptible acercamiento progresivo—, llegaron a aprisionarle entre ellas—, hasta atenazarle por completo, con lo que sin darse cuenta—, acabó atrapado por ellas.

Una vez sujeto—, fue llevado—, ya sin tanta ceremonia—, ante la princesa de las algas que le esperaba curiosa.

Ella—, le observó atentamente como quien escruta un oráculo—, antes de decidir qué hacer, y le gustó lo que veía, su apariencia, su semblante, su aspecto; era algo digno de tenerse, de poseerse. Y el caso... que suyo ya era—, porque estaba bajo su poder—, pero quizás quería algo más que eso, algo más de lo que veía; quería—, además—, su libertad: que estuviera a su servicio—, pero por propia voluntad de él; así que—, para lograrlo—, no le quedaba otro remedio que convencerle, que seducirle con artimañas; con lo que—, tras esta reflexión casi inconsciente—, inició su estrategia seductora. Primero le habló—, con suavidad meliflua e insinuante—, sobre la admiración que le producía su presencia y lo contenta que estaba con su llegada, pero como el joven parecía ser inmune a ello—, al no creerse que él valiera gran cosa como para producir tal reacción en la princesa—, pensando que era ella la que le miraba con buenos ojos y nada más—, no tuvo más remedio que esmerarse en sus insinuaciones y empezar a ser más directa. Así comenzó—, cada vez con palabras más claras y dejando menor lugar al equívoco—, a ofrecerse físicamente al joven—, que—, simultáneamente—, iba comprendiendo las intenciones que ella iba dejando ver: y se sintió complacido, pero pensaba en

la discordancia existente entre esa aparente facilidad que le ofrecía la princesa—, y la falta de libertad que sufría, y eso le hacía dudar y sospechar propósitos oscuros en la situación que padecía, y por eso no se fiaba. Pero la princesa—, obcecada en vencer la resistencia del joven—, no cejaba en su intención seductora y utilizaba todas las armas a su alcance para conseguir su propósito: los gestos, las actuaciones, las posturas, la expresión de su cara, los ademanes...; sin embargo—, él—, a pesar de lo agradable que le parecía—, no podía por menos que comparar la circunstancia—, y a la princesa—, con la joven. Era tan distinto todo... y—, la joven—, le había calado tan hondo..., de una forma que quizás no sabía describir—, pero que le llenaba; mientras que la situación con la princesa resultaba itan! vacía; tan dulce por fuera pero muerta por dentro—, que no le producía sino añoranza de ese otro sentimiento que la joven le despertaba; por eso no se dejó llevar por el camino que le marcaban las circunstancias, (como hubiera sido lo más fácil)—, sino que se resistía reiteradamente pero con habilidad—, en un negando sin negar—, como quien parece entender pero no entiende, (actitud esta que conseguía poner interiormente frenética a la princesa—, que no veía que lo que ella quería transmitir fuese correctamente comprendido por el joven).

Así las cosas—, la princesa decidió dar un último paso en su progresión y llegar al contacto físico—, para intentar hacer resurgir en el joven sus pasiones más bajas, pero que debían brotar como idea de él—, para que realmente pusiera su voluntad en ellas y se le sometiera libremente; de otra forma su intento habría fallado.

Ella—, entonces—, se acercó al joven hasta casi rozarle—, mientras que—, delicadamente—, le acariciaba un hombro y el tórax—, murmurando suavemente cerca de su oído sus seductoras insinuaciones. El joven se estremeció ante tal cercanía que rozaba levemente su cuerpo y le hacía perder la serenidad hasta desear cruzar—, por propia iniciativa—, esa pequeña distancia simbólica que les separaba. Pero a pesar de que esa idea le ofuscaba la mente—, era capaz de darse cuenta—: que esa pequeña distancia era—, solamente—, una apariencia; que la distancia era enorme porque—, en realidad—, no conocía nada de la princesa y—, además—, estaba impedido para hacerlo porque se encontraba obligado hasta por la misma ofuscación que le embargaba, y si daba ese paso—, se vería ya—, totalmente incapacitado para apreciar esa distancia real, porque se habría metido de lleno en la negrura de la apariencia.

La princesa—, sintiendo la reticencia del joven y adivinando su lucha interior—, queriendo precipitar los acontecimientos—, deslizó su mejilla por la de él—, sin que éste rehuyera; pero aún así—, no logró que él acabara por decidirse a dar el paso definitivo, por lo que—, dejándose llevar de su propia rabia y yendo contra su propio propósito—: le besó.

En ese instante—, una de las algas se aproximó rápidamente a la princesa para advertirle—, que el príncipe—, su esposo—, estaba llegando al lugar; con lo que—, ésta—, despreocupándose del joven—, ordenó a las algas que lo ocultaran y alejaran de allí por el momento, y adoptó una actitud de disimulo—, como si allí no pasara nada fuera de lo normal.

El príncipe—, que había visto lo suficiente como para percatarse de lo ocurrido—, se acercó—, aparentando no estar enterado. Ella le recibió muy

afectuosamente, y mediante zalamerías—, trataba de sonsacarle—, por si hubiera visto algo que no convenía—, estar preparada e idear alguna argucia; pero él—, parecía aceptar tranquilamente todas las zalamerías con la mayor naturalidad, con lo que—, ella—, quedó confiada y persuadida de la total ignorancia de su esposo—, y bajó la guardia; y fue entonces—, cuando ya no lo esperaba—, cuando una tremenda bofetada la tiró por el suelo. El príncipe descargó su rabia increpándola airado, pero ella—, iracunda—, con una mirada llena de odio que le perforaba—, dio la orden a unos corales aliados para que le detuvieran y atenazaran con sus fuertes brazos, lo que hicieron tan inmediatamente—, que el príncipe se vio atrapado sin apenas tiempo para reaccionar.

La princesa de las algas—, entonces—, se regodeó ufana ante su esposo—, restregándole su victoria; porque esa humillación que había sufrido era la peor que alguien hubiera podido inferirle, ya que—, su orgullo—, era lo más importante de su existencia.

Acto seguido—, mandó traer de nuevo al joven ante sí—, para que viera su poder—, en un intento desesperado por atraerle hacia ella: por conquistarle dominándolo; y le dijo—, que había encontrado en él a la persona idónea para compartir con ella su poder, su gloria y sus riquezas, y que todo sería de él—, si él quería cogerlo; que sólo tenía que ocupar el lugar del príncipe, y para ello—, lo único que tendría que hacer era demostrarlo—, quitándole de en medio, es decir—, matándole; que con sólo ese gesto suyo—, todo quedaría claro. Pero el joven—, viendo ya con claridad la intención de la princesa—, (que se había descubierto a sí misma en su propio afán por conseguir sus deseos)—, no se dejó persuadir por ella—, y se negó en rotundo a participar en su despotismo sometiéndose a sus caprichos.

La princesa—, repleta de orgullo y de poder—, aseveró—, que si no lo hacía por las buenas lo haría por las malas, y mandó que lo encerraran en una burbuja y la fijaran allí mismo, porque no le dejaría libre hasta que no cumpliera sus deseos. El joven—, una vez encerrado en la burbuja—, vio cómo construyeron una cárcel de coral—, en la que metieron al príncipe—, para que lo tuviera a la vista de continuo y se acordara de la condición impuesta—, si quería librarse de esa hermética burbuja que le aislaba de todo; pero él—, no sabía qué iba a ser de su vida, ni de su misión, ni sabía cómo solventar todo aquello sin claudicar ante la princesa. Pensaba—, que si había salido de una forma misteriosa de la prueba anterior—, también saldría de ésta; pero el como no lo sabía, ni siquiera el cuando, y eso le hacía sumergirse hasta el fondo en un mar de dudas—, ahogándose en ellas por falta de aire para respirar, (al igual que él se encontraba en aquel fondo, y ahora—, con ese pequeño hálito del aire de la burbuja). Pero tenía que confiar en la joven; ella le tendría que ayudar de alguna manera, porque se reconocía incapaz de salir de allí; ni siquiera sabía cómo ella podía haber confiado en él, en su inutilidad—, para semejante misión. Y entonces fue cuando se acordó de los revividos. ¡Ésa era la ayuda!

Esperó un momento de descuido de las algas—, confiadas en la imposibilidad de escapatoria del joven—, para invocar la presencia de los revividos que desprendieran la burbuja del fondo, y así lo hicieron en un instante—, desapareciendo a continuación.

Las algas se percataron casi inmediatamente de lo ocurrido, pero cuando quisieron reaccionar—, la burbuja ya se elevaba con rapidez—, y sus intentos por detenerla resultaron baldíos.

La luz de la superficie cada vez se hacía más patente como la esperanza cuando llega, por eso—, el joven—, se encontraba alborozado de haber podido escapar de las confusas profundidades marinas, pero aún conservaba la incertidumbre del qué vendría después: ¿Y si al salir a la superficie y romperse la burbuja—, se quedase en pleno mar—, a la merced de los elementos y seres, incluso de las mismas algas de las que huía?

Y llegó a la superficie, a plena luz del día, pero la burbuja no se rompió, sino que—, saliendo del agua—, remontó el aire y los cielos—, ante los ojos atónitos del joven que contemplaba el impresionante espectáculo que se le ofrecía—, llegando hasta las nubes, comenzando a atravesar la que se encontraba a su paso; pero curiosamente—, al introducirse en su nebulosa—, ésta—, retuvo a la burbuja—, hasta detenerla por completo—, en el momento que afloraba por el otro lado. La caricia de un suave viento que soplabá-, fue suficiente en ese momento como para romper la burbuja, y el joven quedó sobre la nube.

### — Los Vientos —

El joven pudo reparar entonces—, en que tres doncellas de sedosas vestiduras y largos cabellos ondeando al viento—, flotaban por el lugar; y nada más verle llegar—, se acercaron hasta él para saludarle afectuosamente; y se alegraban tanto de su llegada—, que el joven quedó algo turbado ante sus manifestaciones, (que él juzgaba exageradas para tratarse de alguien a quien acababan de conocer). Pero ellas no podían disimular su alegría—, y se fueron—, por unos instantes—, para avisar a otras doncellas de los vientos de la llegada al lugar de un forastero (como ellas decían).

En breves momentos se congregó allí un nutrido grupo de doncellas de los vientos que irradiaban sin disimulos su etérea alegría hecha belleza, felicitándose entre sí por la buena noticia recibida.

El joven—, sin poder aguantar la intriga que le producía tal comportamiento—, se atrevió a preguntarles sobre el mismo.

Ellas le respondieron—, que su contento se debía a que esperaban que llegara hasta allí un forastero que—, precisamente por serlo—, pudiera corregir de su error al viento del este, que no quería escuchar las razones de los otros vientos—, pretextando que él era el único con razones para soplar; que su dirección y sentido eran lo único útil y válido entre todas las direcciones y sentidos—, defendiendo su postura con multitud de argumentos que lo atestiguaban (según su criterio); y que—, por todo ello—, había encerrado a los otros vientos que no querían soplar como él—, hasta conseguir convencerlos de que cambiaran de actitud—, y lo hicieran según su criterio. Por eso—, ellas—, esperaban del joven que consiguiera la solución del conflicto.

¿Cómo podría él ayudar en algo a aquellas doncellas y a los vientos?. ¿Qué razones podría dar que no las hubieran dado ya los otros vientos?. Si—, por no tener—, no tenía nada—, ni siquiera soluciones!.



Así que—, como ya iba siendo habitual—, decidió esperar a ver qué le deparaban las circunstancias.

Pero no tuvo que esperar mucho—, porque el viento del este apareció por allí acompañado de algunos de los otros vientos, pero sólo de aquellos que habían consentido en hacer lo que él quería: en soplar como él. Y preguntó enseguida sobre el forastero—, que según decía el rumor tan rápidamente extendido—, había llegado a sus dominios.

Las doncellas entonces—, presentaron al joven al viento del este; y mediante gestos y señas disimuladas—, y casi empujándole materialmente—, le instaron a que comenzara su misión.

El joven—, mientras saludaba al viento del este—, observó la reciedumbre, musculatura y buena planta de dicho viento—, como un factor más en su contra; como quien mira una sólida muralla sin encontrar un resquicio por el que colarse en su interior. ¿Qué diría que realmente fuese efectivo para convencerle?. Tras un momento de vacilación—, el joven comentó que—, desde que había llegado al lugar—, le había llamado la atención que siempre soplaban el viento en la misma dirección—, sin variar ni un momento lo más mínimo, y que—, además—, le parecía que era—, casualmente—, viento del este. Pero el viento del este—, adivinando sus intenciones—, no le dejó proseguir e intervino para decir—, que—, como él era el mejor—, era el único con derecho a hacerlo, y—, por eso—, todos debían obrar como él; aunque ese asunto era algo propio de los vientos—, y por lo tanto—, a él—, (refiriéndose al joven)—, no le concernía en absoluto, así que era mucho mejor que no se metiera en lo que no le importaba.

Esta salida tan cortante por parte del viento del este advirtió al joven de lo espinoso del tema y de la gran susceptibilidad desarrollada por este viento frente al mismo, por lo que—, pensó—, un simple detalle sería más fácilmente captado—, y más efectivo—, que si llevara a cabo un abordaje frontal del asunto. La propia muralla—, esa barrera defensiva—, era—, pues—, su punto débil: ese resquicio que quería encontrar.

Por otro lado—, el viento del este—, que no quería sentir oposición ni aún en la intención de un forastero—, vino a decidir atraerle hacia su causa—, y para ello—, agasajarle celebrando su llegada. Así—, anunciando dicho motivo de congratulación—, pidió a las doncellas que danzaran en su honor, con lo que—, acto seguido—, unas cuantas se elevaron majestuosamente entre las nubes—, que comenzaban a dejar en penumbra el lugar—, e iniciaron su coreografía aérea con el acompañamiento de las restantes, todas ellas mecidas por el viento—, que hacía ondear sus vestiduras—, y esparcía sus cabellos—, cual ilusiones anhelantes en un océano de fantasía; y como un tenue resplandor—: una sutil fosforescencia las envolvía y las hacía destacar aún más en la penumbra que—, de vez en cuando—, conseguían atravesar rayos de luz solar que lograban penetrar entre las nubes.

Ante un espectáculo tan etéreo y sugerente—, el joven quedó maravillado; se podía decir que estaba embobado en su contemplación, circunstancia que colmaba plenamente los deseos del viento del este que le observaba a hurtadillas.

Cuando—, un poco antes de acabar la danza—, desapareció la penumbra—, y la claridad se enseñoreaba de nuevo del lugar—: el viento del

este—, (que ya estaba completamente convencido de su triunfo frente al joven—, y de haberle captado para su causa—): se confió en su recelo y decidió rematar su labor mostrando al joven—, en prueba de amistad y conciliación—, el mayor tesoro de los vientos, el orgullo de todos ellos, el rosal de los vientos. Así—, una vez concluída la danza—, hizo pública su decisión de mostrar el rosal de los vientos, lo que fue acogido con gran alborozo por todos los presentes. Aquel día debía ser considerado como un gran día de fiesta, porque para los vientos—, el mostrar el rosal era como mostrar el corazón: lo más íntimo y delicado; por eso—, se dirigieron todos hacia el lugar—, no sin un cierto aire ceremonial cargado de solemnidad—, que remarcaba la importancia del acontecimiento.

De esta forma—, llegaron ante un acúmulo nuboso—, en nada diferente al resto de dicha materia—, salvo por su ubicación que lo destacaba especialmente—, y lo rodearon colocándose en torno suyo. Y cogiéndose de las manos—, soplaron muy delicadamente—, todos a una—, hacia el acúmulo.

El joven—, que lo miraba todo con asombrada expectación—, vio cómo se disolvía el acúmulo nuboso—, frente al casi imperceptible soplo de los presentes—, dejando ver lo que contenía en su interior dándole soporte: un precioso rosal—, cuajado de rosas de los vientos—, que heroseaba ante la luz solar.

El viento del este se acercó y cortó una rosa, y dirigiéndose hacia el joven—, le entregó la rosa de los vientos en prueba de su amistad.

Esa muestra de generosidad dejó abrumado al joven—, comprendiendo lo que tal gesto suponía: Le entregaban una rosa—, con un viento en cada pétalo—, como muestra y signo de su unidad en la diversidad, esa unidad que tanto ponderaba el viento del este y que había impuesto a todos los vientos para conseguirla.

Y contemplando la rosa—, fue descubriendo cómo había un pétalo para cada viento, y cómo eso le daba su hermosura y le confería su identidad. ¿Qué sería de la rosa sin sus pétalos!, y de los pétalos sin la rosa. Y ese pensamiento fue el que le dio la idea para hacer ver tal circunstancia al viento del este.

Miró a todos y vio la expectación ilusionada de los rostros, la satisfacción de quien ofrece lo que tiene—, y la esperanza del que aguarda una muestra de agrado y agradecimiento en recompensa; por eso dudó llevar a cabo lo que había pensado hacer, porque—, seguramente—, al principio—, no lo iban a entender y se iban a sentir ofendidos, dolidos en lo más íntimo. Tal circunstancia contribuyó—, sin que el joven lo pretendiera—, a aumentar la expectación (ante la demora que se producía en la respuesta que todos aguardaban).

Por fin—, el joven—, comenzó—, sin atreverse a mirarlos a la cara—, a arrancar—, pausadamente—, uno a uno—, dejándolos caer—, los pétalos de la rosa que tenía entre sus manos.

La primitiva expresión expectante de los presentes—, fue transformándose—, sucesivamente—, a medida que contemplaban los hechos—, en asombro, estupor, sorpresa—, para acabar siendo de indignación—, al cerciorarse de la realidad que veían sus ojos y del desprecio

que ello suponía hacia toda la acogida ofrecida a aquel forastero. Pero quizá—, la mayor indignación—, era la del viento del este que soplaba intensamente, casi en vendaval; que viendo que el joven ya se había detenido en el deshojamiento de la rosa dejando un solo pétalo sin arrancar—, le inquiere de forma apremiante y amenazadora a que explique su comportamiento. El joven—, entonces—, levantando los ojos—, y no sin cierto miedo a no ser comprendido—, respondió sencillamente—, a la vez que mostraba la rosa deshojada—, que ése era el resultado de quitar todos los vientos a la rosa y dejar tan solo el del este, y que así quedaría pues—, si sólo soplaba el viento del este.

Todos quedaron estupefactos al caer en la cuenta de la intención del joven.

El gesto era tan gráfico—, que hasta el mismo viento del este pudo verse reflejado en él—, y observar claramente su error que confundía unidad con uniformidad.

Un sentimiento especial—, lleno de afecto y gratitud—, transformó la primitiva indignación en el sentir de los presentes—, como un viento interno que pasa y renueva; y el viento del este—, con una gran amargura fruto del arrepentimiento—, reconoció públicamente su error y su intención de liberar a los demás vientos encerrados; lo que hizo de inmediato.

Y el suave viento reinante cesó cuando fueron liberados los demás vientos, que llegaron al lugar exultantes de gozo—, y felicitando al joven por su intervención; y en prueba de su agradecimiento—, le obsequiaron con otra rosa de los vientos, advirtiéndole que le sería de utilidad ulteriormente.

El joven—, colocándose la rosa en su cinturón—, recordó a los presentes que él debía continuar su camino porque tenía una misión que cumplir; entonces—, todos soplaron en dirección a él—, y una ráfaga de viento le elevó por los aires y le arrastró de allí.

Suspendido en el aire por la fuerza del viento—, fue descendiendo de las nubes y aproximándose a la tierra, a un lugar que parecía emitir reflejos y destellos—, tanto más evidentes cuanto más se acercaba, y que parecía relumbrar en un ascua de irisaciones que refulgían bajo el sol de mediodía. Así—, cuando iba cayendo con suavidad al suelo—, pudo descubrir que se trataba de una esplendorosa ciudad de cristal.

### — La Ciudad de Cristal —

El viento que lo traía cesó nada más depositarlo en tierra, en el medio de la ciudad, entre las construcciones de cristales tallados—, que fulguraban entre irisaciones y vivos colores cambiantes—, y el reflejo de la luz solar.

El joven quedó maravillado ante aquel despliegue de luz y color que todo lo adornaba, y de contemplar a tanta gente deambulando por allí, que—, incluso—, parecían multitudes al reflejarse en los cristales y espejos, (a través de los cuales también podía ver a bastante gente de los interiores).

Era tal la animación que observaba—, que hasta le pareció apetecible meterse en aquel trasiego constante; sólo una cosa le extrañó: que ni siquiera

hubieran reparado en su presencia, y ya no por él mismo—, que era uno más—, sino por su singular llegada, que—, al menos—, (él pensaba)—, tendría que haber llamado la atención de alguien. Pero quizás fuera que—, para ellos—, tal circunstancia no resultaba chocante; así que optó por no darle mayor importancia, aunque—, a medida que pasaba el tiempo—, comenzó a percibir un “algo raro en el ambiente” que le desasosegaba: Aquello parecía muy normal—, y sin embargo—, él—, cada vez se encontraba como más reticente y alerta.

Pero como no podía explicar dicha sensación—, decidió dejarla a un lado por el momento—, e intentar averiguar qué lugar era aquél en donde se encontraba; así que su acción más inmediata fue preguntar a alguno de los transeúntes más cercanos, pero se topó con la más absoluta indiferencia hacia su persona. Nadie le prestaba atención, ni se paraba a oír sus palabras, ni siquiera le miraban al darse por enterados de su presencia. Simplemente—: le ignoraban.

Y lo más curioso de todo—, es que no sólo le ignoraban a él—, sino que se ignoraban los unos a los otros, como si cada uno viviese para sí—, encerrado en su pensamiento y en su soledad. Por eso pensó—, que si gritaba y gesticulaba y hacía alguna cosa desacostumbrada—, podría hacer salir a algunos desu autismo—, que le pudieran prestar atención e informarle de lo que quería saber; pero—, por más que lo intentó—: todo fue inútil, llegando hasta pensar—, que quizá—, los transeúntes que veía—, no fueran personas sino máquinas, autómatas; o al menos—, por su comportamiento—, así lo parecían. De todas formas—, él perseveró en sus intentos un rato más—, por si conseguía encontrar a alguien que reaccionara ante los mismos.

Pero no pudo hacerlo mucho tiempo más—, porque le prendieron por sorpresa unos guardianes—, que lo llevaron detenido, obrando con él con la misma indiferencia que hasta entonces venía recibiendo—, y además sin respuesta alguna a sus porqués.

El joven estaba atónito ante la actitud que encontraba en aquellas gentes. No alcanzaba a comprender del todo cómo se podía llegar hasta ese extremo de ignorar a las personas, a los otros; pero sus dudas se disiparon bastante—, cuando le llevaron ante el consejo encargado de dirimir estos asuntos, porque fue acusado por los guardianes de haber quebrantado la sagrada ley de “no molestar a los demás”.

Él—, confiado en que—, por fin—, había llegado al lugar idóneo para ser escuchado—: intentó dar sus razones y alegar en su defensa para justificar su actitud, pero el comité responsable de imponer justicia para tales violaciones de la ley—, igualmente indiferente—, le ignoró—, como quien decide sobre un objeto inanimado. Y así—, sin comerlo ni beberlo—, se vio condenado a castigo ejemplar con luz roja en segundo grado, (y eso—, por ser la primera vez que quebrantaba la sagrada ley).

¡No daba crédito a su situación!: Por no quebrantar “no se qué ley”—, la gente vivía aislada en sí misma comportándose como autómatas. Habían construido un mundo tan medido, tan rígido, tan encorsetado—, que no les dejaba vivir y les transformaba en máquinas. Y el caso era—, que seguramente lo que pretendían era mejorar la convivencia—, pero lo habían exagerado tanto—, lo habían sacado tan fuera de lugar—, que lo que habían obtenido era

un esperpento: ser esclavos de la ley. Habían ahogado la vida convirtiéndola en una apariencia.

Estaba escandalizado viendo cómo todo respondía a un preciso ritual predeterminado, sintiendo esa frialdad de las cosas muertas que aparentan vida pero están gélidas.

Los comportamientos, los procedimientos, la sentencia... Todo preestablecido e inflexible. Todo realizado con ceremonia, con tiesura, ritualizado...

Por eso no se sorprendió mucho cuando todo el ceremonial del castigo se inició, siendo llevado a la plaza pública, al centro del lugar—, para que pudiera ser visto por todos, ya que se trataba de un castigo ejemplar y debía servir de lección a todos los transeúntes.

Aún así—, no pudo por menos que llamar su atención—, cómo—, al paso del cortejo que anunciaba el evento—, los transeúntes dejaban su trasiego y las gentes se asomaban para contemplarle.

Parecían estar programados para solamente responder ante algunos determinados estímulos, todos ellos rituales.

Ya en el lugar elegido—, los guardianes colocaron al joven frente a una máquina que habían sacado de un local próximo—, y anunciaron ante la gente que se agolpaba para contemplar el espectáculo—, el motivo de la condena: El haber quebrantado la sagrada ley de "no molestar a los demás", y—, acto seguido—, iniciaron una danza ceremonial—, propia de la ocasión—, en la que se expresaba la gran transgresión que se había producido y cómo se debía obrar para no caer en tal situación.

Nada más concluir la danza—, la máquina emitió un haz de luz roja que cubrió al joven tirándole por el suelo entre convulsiones.

Al cortar el haz las convulsiones cesaron y el joven quedó inerte, los guardianes devolvieron el aparato productor del haz a su lugar—, y después se fueron; y también las gentes volvieron a sus quehaceres, mientras el joven quedaba olvidado en el suelo.

Apenas podía moverse a consecuencia del magullamiento general y el intenso dolor sufrido. Nunca hubiera sospechado que el castigo llegara a ser de tal intensidad; por eso se había dejado conducir confiadamente sin mostrar una especial prevención. ¿Qué haría ahora?

Poco a poco el joven se fue reponiendo—, en esa recuperación progresiva de las condiciones físicas que se ve favorecida por el tiempo y el reposo.

Ya incorporado y casi totalmente restablecido—, mientras la gente continuaba con su trasiego a su alrededor—, vio cómo—, a un anciano que pasaba por allí—, se le caían al suelo unos objetos que transportaba; el joven—, instintivamente—, le ayudó a recogerlos, aunque se encontró con el rechazo del anciano que trataba de evitarlo, y se quedó sorprendido por un momento, pero—, inmediatamente—, cayó en la cuenta de que eso que hacía también era una violación de la ley; pero... ¿cómo iba a negarse a sí mismo—, a lo que él era—, para someterse a una ley inflexible y absurda?, a una ley alienante?. Así que—, él—, perseveró en su actitud—, venciendo la resistencia del anciano, comprobando cómo—, en el fondo de sus ojos—, le mostraba agradecimiento.

Pero apenas habían acabado de recoger—, cuando ya estaban allí los guardianes para prenderlos, y aunque esta vez no se dejó tan fácilmente—, sino que—, tanto él como el anciano—, intentaron escapar—, a pesar de su oposición—, fueron apresados.

Y cuando eran conducidos para ser juzgados por el comité—, el anciano—, disimuladamente—, consiguió entregar al joven una llave—, a la vez que le indicaba con un gesto la puerta que abría—, en el momento que pasaban por su proximidad.

El comité—, de nuevo—, sin escucharlos—, condenó al anciano a la ejecución, ya que la sagrada ley de “no molestar” imponía la máxima pena a todo anciano que comenzara a transgredirla, ya que—, estaba comprobado—, cuando se transgredía por primera vez en esa edad—, era señal de que—, a partir de entonces—, se iba a convertir en una costumbre, y eso no se podía permitir. Por eso—, también los niños—, eran separados de su madre nada más nacer y educados en las leyes aisladamente, e incluso eran arrancados del vientre de sus madres a la más mínima molestia de éstas.

Por eso—, el joven—, sentía asco e indignación frente a tamaña aberración—, a medida que se iba enterando, y a la vez—, una enorme compasión y pena cuando se llevaron al anciano de allí.

Él fue condenado a castigo ejemplar con luz roja en primer grado—, y advertido que—, a la próxima violación—, sería ejecutado.

Mientras le conducían de nuevo a la plaza y se repetía el cortejo y la proclamación y la nueva danza ceremonial—, (en esta ocasión remarcando la calidad de reincidente y las consecuencias que eso podía acarrearle)—, el joven pensaba cómo conseguiría escaparse de allí—, despertando—, a la vez—, a aquella gente de su letargo, de su ciega esclavitud; aunque había observado que—, en el fondo—, tenían aquello que ellos mismos habían elegido: la propia ley era su castigo, su cárcel. So pretexto de una supuesta seguridad—, de una ficticia felicidad—, se veían transformados en autómatas cuasi mecánicos—, privados de todas las características propias de la vida, de su ser propio. ¡Qué escándalo para sus ojos y para su corazón!. No sabía qué hacer por ellos, porque estaban tan encerrados en sí mismos que ya no podían salir por sí solos de su autismo si no sufrían una brusca impresión, algo traumático que les obligara a despertar. Y entonces fue cuando se le ocurrió la idea: el dolor los despertaría, su propio dolor.

Así que—, cuando ya se disponía a entrar en funcionamiento el haz—, el joven llamó a los revividos—, que sujetaron a los guardianes—, mientras él corrió hacia la máquina productora del haz para intentar detenerla, no sin antes—, recorrer con una brevísima ráfaga a toda la multitud concentrada para contemplar el espectáculo.

El efecto del haz sobre la gente produjo una conmoción—, que consiguió abrir su atención al medio que les rodeaba—, descubriéndose unos a otros, pero—, para ese momento—, ya habían desaparecido los revividos—, y los demás guardianes—, libres de nuevo—, perseguían al joven entre la gente, con lo que se organizó un tremendo alboroto.

A duras penas—, el joven consiguió llegar a la puerta que le indicara el anciano cuando le entregó la llave—, y la abrió con la misma, logrando cerrarla tras de sí—, cuando ya los guardianes le daban alcance.

Un silencio sobrevino nada más cerrar la puerta—, que le inspiró cierta tranquilidad, por lo que pudo dedicarse a observar el lugar en el que había entrado; pero como la iluminación del mismo era apenas perceptible y no podía hacerse una idea clara de donde se hallaba—, decidió adentrarse más—, para ver más de cerca los objetos; pero al intentar avanzar—, el joven no vio un discreto pero patente hilo luminoso que—, a poca altura sobre el suelo—, se cruzaba en su camino... y lo interrumpió al atravesarlo. Y de esta forma fue—, cómo puso en marcha—, sin saberlo—, el mecanismo que movía dos enormes paneles verticales—, que comenzaron a abrirse lentamente dejando ver lo que ocultaban: el espacio estelar.

Así descubrió—, a través de ese ventanal—, que se encontraba en una gigantesca nave especial.

### — La Nave Espacial —

Podía ver un panorama majestuoso, en el que el primer plano lo ocupaba un planeta próximo y el fondo aparecía cuajado de estrellas de diversas magnitudes, y en un plano intermedio se vislumbraba otro planeta lejano, y—, como dando movimiento al conjunto—, una nave—, que parecía haber salido del planeta cercano—, se aproximaba rápidamente.

En principio—, el joven—, permaneció absorto contemplando el panorama, pero en cuanto se aperció de que la otra nave se había detenido junto a la que él estaba—, buscó un lugar para ocultarse (tenía una amarga experiencia en la ciudad de cristal—, y no se fiaba); y así lo hizo, pero de tal manera—, que si tenía cuidado—, podía ver el lugar sin ser visto.

Al poco—, las personas que ocupaban la otra nave y que al incorporarse a la primera habían pasado a ella—, llegaron a la gran sala—, (que se había iluminado prudencialmente instantes antes), y se dedicaron a preparar los instrumentos de navegación allí situados para iniciar la marcha; y como el encontrar los paneles abiertos no les llamó especialmente la atención—, el joven dedujo que—, quizás—, era normal que se abrieran automáticamente (al igual que la iluminación) antes de que entraran los viajeros, con lo que respiró tranquilo.

La nave comenzó a desplazarse, emprendiendo un rumbo entre los astros desconocido para el joven. ¿A dónde irán?. ¿A qué se dedicarán?.

La respuesta a esa última pregunta pronto iba a encontrarla, sólo tenía que observarles con atención—, y—, por sus quehaceres—, la averiguaría. Para la otra tendría que aguardar más.

Desde su escondrijo vio cómo los viajeros utilizaban sus máquinas—, no sólo para controlar la nave—, sino para otros menesteres—, que después de mucho observar—, llegó a la conclusión de que se trataba de estudios científicos muy sofisticados. Los vio estar atentos, observar con detalle, cavilar, reflexionar, buscar perseverantemente, permanecer afanados en su labor, cotejar sus hallazgos, comentar y discutir a veces, ensimismarse en

otras, e—, incluso—, desesperarse por no encontrar lo que buscaban. Vio también—, a aquellos aparatos producto de su inventiva—, responder—, no sólo a una manipulación física—, sino ante estados de especial concentración por parte del viajero que trabajaba con ellos. Así dedujo que poseían—, además—, unas singulares dotes mentales que anidaban en una inteligencia superdotada.

De igual forma pudo comprobar que trabajaban individualmente y en común, y que—, en ello—, seguían una intención conjunta y unos criterios compartidos. ¡Su superioridad intelectual y organizativa era envidiable!

Pero también observó algo que vino a empañar—, enturbiando progresivamente—, esa primera impresión idílica cargada de admiración que él había obtenido: La sensación—, cada vez más fuerte—, de que tal superioridad era vivida por los viajeros como una máxima absoluta, como una patente de corso que les daba derecho a todo: ¡Hasta apresar a las personas de otros mundos para experimentar con ellas!. Porque había visto además—, la existencia de una importante labor de mantenimiento de seres vivos en la nave—, y que ésta era asumida por sus realizadores con un cierto desprecio; con el desprecio de quien usa algo o se vale de algo como un mero objeto: (¡Ante un fin tan sagrado como era el saber—, ¿qué importan los medios!?)

No pasó mucho tiempo más para que viera confirmadas sus cada vez más intensas y acuciantes sospechas:

Unos viajeros llevaron hasta el lugar a uno de los prisioneros que estaban encerrados en la nave—, entre gritos y resistencia física por parte de éste, pero sin que lograra zafarse de la fuerza que le dominaba. Por esa reacción del prisionero—, el joven dedujo que nada bueno le iba a ocurrir y que—, muy probablemente—, sus minutos estaban contados.

No se equivocó, porque tras ser fijado a uno de los aparatos e iniciar un experimento de investigación cerebral—, (no exento de penoso sufrimiento para el prisionero)—, éste murió sin haber podido resistir la prueba. Y sin más miramientos—, los viajeros cogieron su cuerpo y lo arrojaron de allí por un conducto—, como quien se desprende del residuo incómodo que ya no es útil.

¡Qué frialdad!—, pensaba el joven—, que no sabía qué hacer para intentar evitar tal circunstancia ayudando a los prisioneros.

En lugar de sentimientos debían tener un témpano, (se admiraba indignado), porque su aparente perfección no era sino una deformidad: su misma imperfección.

¡Qué decepción!. Tanto viajar y tanto estudiar para no servirles de nada. No habían sabido sacar provecho de todo ello: ¡Realmente eran unos ignorantes!. Viajando siempre por el aséptico espacio estelar encerrados en su nave—, contemplándose a sí mismos—, sin bajar a la tierra de los planetas donde se recrea la vida para empaparse de ella: como quien lo ve todo desde una escafandra.

Todos estos pensamientos aumentaban la indignación del joven, lo que llegaba a ofuscarle la mente no dejándole buscar reflexivamente una solución; así que decidió tomarse el asunto con más calma y perder algo de tiempo en observar aún más las acciones de los viajeros y esperar el momento oportuno. (¡Qué bien había hecho en no fiarse y ocultarse para observar y poder actuar



en consecuencia!). Y de esta forma averiguó dónde se encontraban los prisioneros y cómo se manejaban algunas de las puertas, para lo que tuvo que salir y volver con sigilo de su escondrijo varias veces.

Por fin le llegó una ocasión propicia cuando vio—, que los viajeros que se encontraban allí—, dejaban solo el lugar al encaminarse hacia otras dependencias. Entonces—, saliendo de donde estaba—, clausuró las puertas de las estancias donde habían entrado—, y se dirigió rápidamente a liberar a los prisioneros.

Éstos—, una vez fuera—, viéndose libres—, decidieron—, entre gran algarabía—, vengarse de los viajeros acabando con ellos; aunque el joven trataba de disuadirlos haciéndoles ver que—, entonces—, estarían actuando igual que sus opresores, que no habría diferencia entre unos y otros; pero ellos—, persistiendo en su opinión—, no le escucharon: ansiosos por llevar a cabo su justicia.

Y ocurrió—: que no lograron realizar casi ni el intento, porque alertados los viajeros que se hallaban en otras zonas de la nave—, se precipitaron velozmente en la gran sala—, reduciendo con bastante facilidad a los prisioneros escapados, y con ellos—, al joven.

Habían luchado con sus mismas armas, y en eso—, estaba claro—, que las de los viajeros eran más poderosas, por eso—, el joven—, intuía cómo iba a acabar todo. Era de lógica.

Una vez apresados—, los viajeros liberaron a sus demás compañeros encerrados—, y todos juntos decidieron—: dar un escarmiento a los prisioneros (que sirviera de lección)—, a la vez que averiguar cómo tal fuga había sido posible; y fue así como cayeron en la cuenta de la presencia del joven entre ellos.

Él—, mientras tanto—, buscaba una posible solución para el conflicto—, y pensaba en alguna manera de conseguir contener el poder de los viajeros y hacerles recapacitar, pero no se le ocurría nada—, y veía que—, con sus fuerzas—, nada podría hacer. ¡Si al menos contara con ayuda...!. Y entonces fue cuando se acordó de la joven y de los revividos.

¡Ese cariño era su arma secreta, su fuerza!, porque—, gracias a él—, podía hacer acudir a los revividos, ¿y con qué armas lucharían los viajeros contra ellos?. Porque ellos tenían el arma más poderosa, la que hacía posibles cosas tales como—, precisamente—, ésa en la que él se encontraba metido y que—, para los viajeros—, resultaría inconcebible. ¡Ellos usarían esa fuerza en su ayuda—, y a su través-, en la de todos!.

Y cuando el joven ya había sido descubierto y separado de los otros para someterle allí mismo a un interrogatorio con sus máquinas—, a modo de investigación y lección ejemplificadora—, un nutrido grupo de revividos hizo su aparición—, súbitamente.

Los viajeros—, viéndose sorprendidos por la repentina aparición—, intentaron detenerles y neutralizar su presencia usando todo su poder intelectual y mental, pero—, en toda su ciencia—, no sabían nada de cariño—, con lo que se encontraron indefensos ante él, comprobando que toda su técnica e inventos resultaban inútiles, porque éstos actuaban en otros campos,

y ni siquiera su mente llegaba a dominarlos—, porque no sabían cómo hacerlo; así hasta su fuerza física se desvanecía con sólo el hecho de intentarlo!.

Una expresión de terror se apoderó de los viajeros—, sintiéndose ya víctimas propiciatorias de esos poderosos extraños. Se veían a sí mismos como a sus prisioneros con respecto a ellos, en su lugar. Por primera vez sentían y veían por los ojos de sus prisioneros. ¡Quién los salvaría ahora de su inminente condición?!

Los prisioneros—, a su vez—, sentían una cierta esperanza, porque—, peor de lo que estaban ya no iban a estar—, y quizás—, hasta podrían mejorar—, pero—, al menos—, los viajeros iban a degustar el sabor de la derrota y la esclavitud.

Pero los revividos—, simplemente—, se aproximaron a los viajeros—, y con sincero afecto—, sencillamente—, les estrecharon las manos, haciendo lo mismo con los prisioneros.

Este extraño proceder dejó sumidos en un profundo desconcierto tanto a unos como a otros. No llegaban a comprender el motivo de su gesto, por lo que tuvieron que esforzarse en ponerse en el pellejo de los revividos para penetrar su pensamiento y poder entenderles.

Los viajeros—, esta vez—, emplearon correctamente su ciencia para investigar el origen de ese excepcional comportamiento—, obteniendo la adecuada recompensa: el conocimiento de algo nuevo que modificaba toda su sabiduría—, ampliándola. Todo adquiriría un sentido nuevo ahora—, dejando al descubierto sus errores: su pequeñez (ellos que creían que su saber era el máximo!).

Por su parte—, los prisioneros—, veían materializada la advertencia que el joven les hiciera. La victoria era mayor sin la venganza porque—, con ella—, se perdía una parte, pero—, sin ella—, se ganaba todo, hasta el mismo enemigo que se recobraba como amigo.

Se respiraba tal ambiente fraternal—, que la desaparición de los revividos casi no se notó.

Todos se volvieron hacia el joven—, comprendiendo que él había sido el responsable de aquel profundo cambio—, y quisieron agradecerle de algún modo su intervención, pero él—, repuso—, que el mejor pago era que le facilitaran la manera de poder seguir cumpliendo con su misión; una misión de la que sólo sabía unas pocas cosas, y una de ellas era—, que debía seguir buscando algo—, que no sabía muy bien lo que era—, pero que suponía lo reconocería en el instante que lo lograra, y que—, mientras tanto—, debía seguir un camino desconocido sorteando sus dificultades.

Los viajeros decidieron transportarle—, mediante un haz luminoso—, al planeta al que se habían ido aproximando y cuya imagen ocupaba pletórica el centro del ventanal. Pero aquel planeta no era uno desconocido para el joven, sino que—, viendo su reflejo azulado y sus océanos y continentes—, reconoció en él a La Tierra, a su propio planeta; así que se colocó—, ilusionado con la intuición de un próximo final—, en el punto que le indicaron los viajeros, e inmediatamente—, un fogonazo luminoso le hizo desaparecer de la nave.

El transportador—, mediante un nuevo fogonazo—, le depositó en un lugar oscuro—, en el que—, en el primer instante—, no podía distinguirse otra cosa

más que la negra oscuridad; pero—, de inmediato—, comenzaron a surgir luces y sonidos simultáneos—, de breve duración—, que—, poco a poco—, en una progresión paulatina—, iban entremezclándose en un amplio muestrario de colores, intensidades, duraciones y campos abarcados por la luz—, con su simultánea traducción a sonido—, en frecuencia, intensidad, duración y timbre; conformando un contrapunto de luces primero—, y luego también iluminaciones—, que convertían el lugar en un espectáculo de música y luz—, que sólo podía dejar absorto al joven—, maravillado ante tanto despliegue de magnificencia que le envolvía, llegándole a abrumar la sensación de poder que presentía tras ese fenómeno.

De esta forma—, las grandes iluminaciones—, le hicieron descubrir que se encontraba en una gran cueva.

### — La Cueva del Mago —

Estaba impresionado ante la contundencia y solidez de la música—, y la poderosa sugestión del espectáculo—, que le cautivaba—, hasta el extremo—, de hacerle sentir pequeñito y como dominado por él, por esa fuerza que le invitaba a someterse—, lleno de admiración ante ella—, si quería participar de su magnificencia.

Quizás—, por eso—, no prestó demasiada atención en principio—, a los extraños habitantes de la cueva—, que se movían al compás de música y luz, pero pasado el impacto inicial—, comenzó a reparar en ellos—, integrándolos en el conjunto. Así—, pudo observar—, una vez sosegado el espectáculo de bienvenida—, y cuando ya la iluminación mantenida permitía ver los detalles de la gran cueva—, que sus habitantes parecían esperarle—, y—, que aquello—, no era sino una ceremonia de acogida un tanto especial.

La verdad es—, que toda aquella situación le inspiraba un sentimiento de atracción y extrañeza simultáneas; todo tenía un matiz—, en su aparente normalidad—, de cosa curiosa, especial, extraña, incalificable en una primera impresión; como si en la comodidad de encontrarse sobre un montón de colchones—, sintiera la molestia de un garbanzo bajo ellos. No podía definir lo que era.

De entre los habitantes—, un misterioso personaje—, que destacaba de los demás al estar situado en un lugar relevante—, se presentó al joven como el mago dueño del lugar, hacedor de prodigios y sortilegios cual no había otro, y—, hasta tal punto—, que lo que estaba viendo no era nada comparado con lo que iba a conocer a continuación, ya que—, por fin—, se iba a desvelar para él el sentido de todas esas pruebas y vivencias que venía soportando, porque ya había llegado al final: Allí se acababa todo.

Y señalando a una zona de la cueva—, ésta se iluminó intensamente mostrando a la joven que danzaba despreocupadamente. El joven—, al verla—, se alegró sobremanera y corrió hacia ella, pero cuando llegó a la zona iluminada—, una barrera invisible le cortó el paso—, chocando violentamente con ella—, y cayendo al suelo.

Una risa mordaz inundó la cueva—, hiriendo el sentimiento del joven—, con más dolor—, que el que le había producido el golpe con la barrera, porque

las risotadas de los habitantes le quemaban el alma—, al mostrarle el íntimo desprecio que ellos sentían hacia él.

El joven hizo un esfuerzo por recuperarse—, intentando ignorar el dolor y desentenderse—, en lo posible—, del que le producían los habitantes. Consiguió ponerse en pie—, y—, a tientas—, localizó la barrera con la que había topado, iniciando entonces una palpación exhaustiva de la misma—, para buscar algún posible resquicio que le permitiera atravesarla—, o—, a la joven—, salir de su encierro; porque pensaba—, que consiguiendo eso—, habría logrado la liberación—, y por tanto—, la conclusión de todo. Pero por más que buscó y palpó no pudo encontrar ningún resquicio, con lo que aumentaba progresivamente su ansiedad que se transformaba en angustia, aún agravada—, por la percepción constante de ser motivo de divertimento y de burla por parte de los habitantes, que satirizaban la situación en todo lo que podían.

Él les hubiera gritado e increpado, pero no tenía tiempo ni podía distraerse en ello, porque eso podía ser—, precisamente—, un modo de disuasión; pero cuando reparó en que la joven no mostraba la reacción que él hubiera esperado—, y le miraba con burlona indiferencia—, hizo crisis su planteamiento y se quedó quieto, como envarado, sin saber qué hacer ni qué ocurría ni por qué: completamente desconcertado.

Por fin gritó—, pidiendo a todos una explicación: que alguien le aclarara la situación.

Entonces—, intervino el mago, (que había esperado pacientemente a que tal estado de desesperación se produjera)—, y en un tono de autosuficiencia le dijo—:

“Ves cual es mi poder:

Yo he sido el que ha urdido toda tu aventura desde el principio, porque he visto que eres muy ingenuo y que crees en cosas imposibles; por eso he querido demostrarte cuál es tu error al confiar en las buenas intenciones y en la limpieza de corazón.

Desengáñate. No hay pureza ni amor que salve a nadie. Ni buenas acciones que lo consigan: No esperes lo imposible. Es inútil.

Has sido la víctima propiciatoria de nuestra chanza. Ahí tienes a la joven—, que se ha burlado de ti—, haciéndote pasar por pruebas absurdas basadas en una falsa esperanza.

Has caído en tu propio sinsentido.”

El ánimo del joven había ido cayendo en un profundo pozo—, a medida que escuchaba las palabras del mago. Nunca había sentido tanta negrura a su alrededor como en ese momento, porque ya no era una oscuridad externa como la que encontró cuando llegó a la cueva—, sino que—, ahora—, era interna, en su propia alma. En su desolación—, el joven—, no atinaba a coordinar sus pensamientos para hallar la manera de salir de ese pozo. Le habían quitado todas sus ilusiones y esperanzas de un golpe—, y eso le había dejado como vacío, sin sentido a su vida, sin fuerzas para vivir; por eso no tenía ni fuerzas para llorar su desconsuelo, y sin embargo—, allá en lo profundo—, sentía como una luz perviviente que le hacía tirar hacia adelante y buscar una salida.

Por fin—, consiguió centrarse un poco—, y cotejar las palabras del mago con su vivencia personal y los acontecimientos que habían sucedido.

Si todo era un engaño—, una trampa—: ¿Por qué tanto interés y esfuerzo en demostrárselo si los buenos propósitos no servían para nada?

Todo sería mentira, pero sus sentimientos e intenciones eran lo único cierto, porque de ellos tenía una experiencia directa, sin intermediarios. Él no podría hablar por los otros—, pero sí podía hacerlo por él mismo, así que—, si los demás le negaban el absoluto—, él pasaría a convertirse en absoluto; si los sentimientos e intenciones de los demás eran falsos—, los suyos eran auténticos, y si los de los otros no salvaban—, los suyos sí; y lo había ido comprendiendo a medida que iba superando las pruebas—, y con ello—, encontrando el sentido de su vida.

Estos pensamientos le fueron abriendo—, poco a poco—, la puerta a la esperanza de poder encontrar una salida que le sacara de aquella negra oscuridad en la que se encontraba metido—, cual cueva de ladrones en la que le habían robado todo, con lo que se fue reponiendo de su desolación primera.

Mientras tanto—, los habitantes—, que bailaban despreocupadamente para mostrar al joven su desinterés hacia sus problemas y decepciones—, se acercaron hasta él y le arrastraron al baile—, con el deseo de incorporarle a sus intenciones y forma de vivir.

El joven baila con ellos, aprovechando tal circunstancia—, para poder ir observando con detalle la cueva; gracias a lo cual—, pudo descubrir una roca que obturaba—, e intentaba disimular—, un pasadizo. ¿Sería esa la salida que anhelaba?

Y mientras bailaba—, continuaba con sus reflexiones que—, cada vez—, le conducían más y más cerca de la salida de esa situación.

Pensaba en la decepción tan profunda que le había producido la joven—, y en cómo había podido engañarle de esa manera tan cruel, pero—, a la vez—, se daba cuenta de que—, en ella—, sólo había podido reconocer su apariencia; porque no era la que él guardaba en su corazón. Su corazón guardaría una imagen irreal, pero ésa era—, precisamente—, la que había conseguido embarcarle en su aventura—, y que se mostrara a sí mismo la verdad de su ser, y si una cosa irreal había conseguido algo tan real—: ¿Dónde estaba entonces su irrealidad?

Y si lo auténtico eran sus intenciones y sentimientos—, eso confería autenticidad a lo relacionado con ellos, dando realidad a aquello supuestamente irreal, porque—, si el mago abogaba por la falsedad—, todo lo que este personaje hiciera tendría que ver con ella—, y si todo era un engaño—, aquella joven también lo era.

Entonces cayó en la cuenta—, que el engaño—, no consistía en lo que el mago le había revelado—, sino en las propias palabras del mago y en los hechos de la cueva. ¡Esa era la prueba que tenía que superar!. ¡Era una prueba más y no la conclusión!. ¡Una durísima prueba!.

El alcanzar estas conclusiones le había otorgado una capacidad e independencia de juicio tal—, que le habían convertido en el garante de sus propias decisiones.

¡Debía salir de allí cuanto antes!, y—, para ello—, habría de mover con sus manos la roca que ocluía la salida. (Esa salida escondida para que no pudiera ser vista).

Así que—, en cuanto tuvo ocasión de zafarse de la atención de los habitantes—, ya confiados en la sumisión de éste a sus propósitos—, se acercó a la roca—, y llamó a los revividos para que le ayudaran a moverla con rapidez, pero sólo apareció uno, el último que le quedaba. Ya no podría llamar a ninguno más.

Intentaron mover la roca, pero—, para los dos—, resultaba una tarea ardua—, y precisaba de un tiempo que no iban a tener, porque—, en cuanto vieron los habitantes la presencia del revivido—, y cómo intentaban mover la roca—, se abalanzaron hacia ellos para impedirselo.

El joven—, que se imaginaba tal reacción—, cavilaba mientras tanto—, cómo la podría solventar; y cuando la vio materializarse—, no habiendo llegado a ninguna decisión satisfactoria—, se creyó perdido, y pensaba en su desesperación—, que si tuviera la fuerza de los vientos—, con un soplo—, impediría que los habitantes se les acercasen. Y entonces—, se acordó de la rosa de los vientos que llevaba en la cintura y de la advertencia que sobre su utilidad le hicieran en su momento. Y retomando la rosa—, la arrojó al suelo ante los habitantes, desencadenándose tal vendaval que les cortó el paso, manteniéndolos apartados mientras—, los dos—, continuaban con su tarea de mover la roca para abrir la ansiada salida.

Una vez abierta—, y en el momento de introducirse en ella—, el joven lanzó una última mirada a la joven, y la vio difuminarse desvaneciéndose en la nada, comprendiendo en ese momento—, que la imagen que veía—, era—, simplemente—, una proyección de su imaginación pero manejada por el mago.

Pero esto último lo fue pensando cuando ya había iniciado el camino que le marcaba el pasadizo—, y recorría su ruta sinuosa y generalmente empinada que le conducía a la superficie; y lo hacía apresuradamente, huyendo del agobio que—, para él—, había supuesto la cueva; incluso hiriéndose—, al atravesar las zonas más angostas del mismo, porque—, aunque la oscuridad reinaba en él—, una cierta penumbra le ayudaba a reconocer las formas de las paredes y el suelo—, permitiéndole alguna agilidad en el desplazamiento.

Por fin—, vio aumentar progresivamente la luminosidad—, lo que le auguraba la cercanía de la superficie—, y avivó la marcha, abocando a un paraje tan impresionante—, tan maravilloso—, con un contraste tal con el lugar del que venía—, que se quedó encantado, como envuelto en un remanso de paz.

La vegetación—, llena de contrastes—, constituía el marco de color en el que las hadas y las ninfas vertían su júbilo.

### — Hadas y ninfas —

Se las veía alegres, danzarinas, llenando con su vitalidad el paraje, aquella composición de la naturaleza que servía de preludio a un bosque.

Se podían oír los gorjeos de los pajarillos—, y el rumor de las fuentes y los arroyos que surgían por doquier, incluso—, las joviales risas de las hadas y las ninfas—, adornaban el lugar con su sano desenfado.

Una sensación de paz, de sosiego, invadió al joven haciéndole pensar en si no sería aquél el final de su camino, el destino de su aventura; porque la contemplación del paisaje iera tan refrescante!. El adentrarse en él dejándose envolver iera tan agradable!.

Y mientras paseaba muy plácidamente—, embriagado por esas pequeñas sensaciones que tanto le satisfacían—, y se llenaba de su fragancia—, unas hadas y ninfas descubrieron al joven admirando el lugar—, y se regocijaron al verle, corriendo a agasajarle—, a la vez que avisaban a las otras para que acudieran.

El joven fue sorprendido por la calurosa acogida, y sin poderlo evitar—, fue conducido—, casi en volandas y en olor de multitud—, a un lugar preferencial para ser agasajado debidamente.

Las ninfas y las hadas parecían desvivirse en atenciones, y unas hadas—, haciendo aparecer unos manjares—, se los ofrecieron al joven, y—, éste—, los aceptó abrumado ante tanta cordialidad. Realmente no sabía qué hacer ni como comportarse para corresponder adecuadamente a su amabilidad.

Le parecía un sueño estar rodeado de tanta belleza, de sensaciones tan placenteras, de aire tan limpio. Era un goce para los sentidos y para la mente (cansada de tanto ajetreo como llevaba hasta entonces), pero—, mientras comía los apetitosos manjares para llenarse de vigor—, y descansaba de sus fatigas en ese acogedor ambiente—, su espíritu no parecía encontrarse del todo satisfecho y no dejaba de recordarle que debía cumplir una misión.

Cierto que no sabía en qué consistía—, pero seguro que—, después de tan duras pruebas y de la profunda desolación de la última—, tendría que tener una recompensa, un momento de descanso que le sirviera de alivio, y quizás—, ése que vivía—, sería el premio final; pero la verdad era que—, hasta el momento—, sólo había recibido recompensa para él mismo, para su propio disfrute, pero nada que poderle ofrecer a la joven, y él—, eso—, lo hacía por la joven, no por su propio beneficio, porque para eso no se hubiera embarcado en semejante aventura; así que comenzó a pensar en que quizás—, aquello—, no fuera el final, o—, al menos—, debía buscar algo más que él comprendiera era su destino último.

Sin embargo no podía dejar de admirar aquella delicadeza de hadas y ninfas que le contemplaban aguardando el más mínimo de sus deseos para complacerle—, mientras otras danzaban en su honor; aunque—, a la vez—, se ratificaba—, casi a su pesar—, en que aquello estaba dedicado—, exclusivamente—, a su disfrute personal; y a la joven—: no la podía olvidar. Estaba empezando a darse cuenta de que no podía cambiar a la joven por todo aquello. Y el caso es—, que parecía una locura absurda el quedarse con algo tan fútil en vez de con la realidad palpable de aquel paraje—, pero el hecho de haber tenido que pasar tantas dificultades para llegar allí—, le había ido produciendo un cambio en su propio ser—, en su constitución más íntima—, que sin dejar de ser lo que era—, ya no era el mismo.

Sentía como una ampliación de su interior en la que cabía la joven y todo lo que le concernía—, de forma que también era suyo propio; por eso—, si no quería arrancarse una parte de sí—: tenía que proseguir la búsqueda.

De esta manera fue—, cómo el joven—, una vez acabó de comer—, anunció su partida para continuar su misión—, no sin antes agradecer encarecidamente a hadas y ninfas sus desvelos y atenciones.

Al oír estas palabras—, todas sin excepción—, mudaron su semblante que apareció triste y melancólico, lo que—, casi de inmediato—, movió la compasión del joven—, que dudó en su resolución y tuvo que replantearla de nuevo.

En cierto modo—, aquella situación le recordaba a la vivida con la princesa de las algas, porque no se veía él tan importante como para que—, ninfas y hadas—, que vivían felices sin su presencia—, le fueran a colocar ahora—, de repente—, en el centro de su atención poniendo en sus manos su felicidad. Todavía—, al revés—, tendría explicación—, pero—, aún así—, él ya había optado, y lo había hecho por una ilusión no por una realidad (aunque esa ilusión fuese—, a la vez—, muy real—, pero no algo tan inmediato como esa vivencia actual).

Era muy tentador poder alargar la mano y poder coger todo aquello cuanto quisiera, pero al hacerlo—, no conseguiría llegar a la meta que se había propuesto y perdería a la joven, y con ella—, una parte tan importante de sí—: que se perdería a sí mismo por entero. Así que lo que pudiera hacer—, en ese caso—, para su exclusivo, propio e inmediato beneficio—, de una forma casi instantánea—, iba a convertirse en su peor enemigo—, causándole un daño irreparable. Estaba claro: debía seguir su camino renunciando a las cercanas satisfacciones que le retenían.

Por eso—, se disculpó ante ellas—, ratificándose en su decisión. Y ellas—, al comprobar la firmeza de su planteamiento—, en un solo pensamiento—, comenzaron a intentar debilitar su postura y convencerle de lo contrario.

Le rogaron que se quedase en atención a ellas, que le necesitaban, que en unos momentos se había convertido en fundamental para sus vidas llenándolas de sentido, porque—, así—, ya tenían a alguien a quien honrar y ofrecer sus prodigios y consuelos; y que—, además—, mirase por él mismo—, porque allí no le faltaría de nada—, y sería complacido por ellas hasta en sus deseos más mínimos. Y le suplicaron casi con lágrimas. Y le insistieron en el bien que suponía para ellas y en el beneficio propio que obtendría.

Tantos sólidos argumentos hacían mella en la voluntad del joven—, que los valoraba y sopesaba prudentemente. Se sentía protagonista absoluto, eje y centro de la situación, y los continuos halagos le embargaban y le encumbraban—, sintiéndose importante como—, hasta ese momento—, no había sentido. Pero pensaba también—, que todo aquello parecía un fuego de artificio, muy bonito de momento pero que—, apagándose enseguida—, no quedaría nada. Y—, si reflexionaba con profundidad—, descubría que la misión que llevaba era aún más importante, de una dimensión completamente superior, lo que le hacía entrar—, cada vez más decididamente—, en el convencimiento de que su situación actual no era sino una prueba más de las que—, hasta el momento—, venía soportando.



Así que se mantuvo en su decisión primera (aun conservando sus dudas) e hizo ademán de iniciar su marcha.

Al verlo—, hadas y ninfas cambiaron de táctica—, pasando a otra mucho más sutil—, de disuasión indirecta; y dejando el tema de conversación—, se entregaron a una danza a la que arrastraron al joven para intentar distraerle de sus pensamientos e intenciones.

Y—, en cierto modo—, lo consiguieron; pero su impulso interior era aún más fuerte y mantenía un estado de alerta que le hacía estar vigilante—, observando las diversas actitudes de las ninfas y las hadas, por eso pudo darse cuenta—, que cuando intentaba alejarse de ellas—, lo envolvían hasta rodearle—, conduciéndole entreveradamente a donde ellas querían. Así—, acabó por descubrir que su intención era complacerle en todos sus deseos pero no dejarle marchar.

Una vez acabada la danza—, y sin apenas darle tiempo para respirar—, las ninfas le llevaron a conocer sus dominios: las fuentes, los arroyos, las frondas y el bosque, las lagunas, los verdes prados...; mientras—, las hadas—, colocaban su nota mágica en todo ello: los reflejos de la luz, la fragancia circundante, los colores placenteros, el ambiente embriagador, los sonidos, la ilusión, y el ímpetu de los surtidores acuosos de fuentes de mágico aspecto que adornaban el lugar...

Tanta belleza le anonadaba, pero sin saber muy bien por qué—, no hacía más que recordarle a la joven, y con ella—, el motivo de su estancia en el paraje: su misión. ¡Debía seguir sin más demoras!.

Era curioso cómo todas las pruebas anteriores parecían concentrarse en ésta—, en una sutil síntesis, pero ya había aprendido que—, para poder zafarse de ellas—, lo mejor era utilizar las armas que empleaban contra él—, reflejándolas como en un espejo—, para que cada uno cayese en su propio cepo. En eso consistía la astucia.

Por eso—, en cuanto que tuvo ocasión—, comentó con expresión de admiración—, que en aquel lugar de ensueño quedaría espectacular un baile en el que interviniesen absolutamente todas las hadas y ninfas en un alarde de magia y fantasía, y que—, a él—, le encantaría contemplarlo.

La respuesta a tal invitación no se hizo esperar, y todas comenzaron un extraordinario baile en el que todo el paraje se brindaba a su servicio: los sonidos, la frescura, el color, los surtidores..., y hasta el día y la noche le rendían pleitesía.

Tal despliegue de esplendor requirió la atención completa de hadas y ninfas que acabaron por no prestársela al joven que lo contemplaba.

Y así—, discretamente—, el joven se fue alejando—, internándose en el bosque. Cuando hadas y ninfas advirtieran su ausencia—, él ya estaría lejos.

Y como hiciera cuando se perdieron en el bosque—, volvió a fijarse en los troncos para procurar mantener una dirección constante que le permitiera alejarse más y más del lugar del que venía.

Mientras caminaba—, no dejaba de pensar en la joven y en las ganas que tenía de encontrar por fin una solución. Eran demasiadas pruebas y estaba cansado, ¡y aún no sabía las que le podían quedar!.

El camino se le hacía eterno, vagando por un bosque desconocido sin encontrar ningún posible destino. Si no fuera por lo ya recorrido desde que saliera del jardín—, hasta podía estar tentado de abandonar; pero después de siete pruebas ¿cómo podía dejarlo sin haber conseguido nada?.

Recordaba su principio, cuando estaba perdido por el bosque, y le parecía que su situación actual era un volver a empezar: ¡¿De qué le habrían servido sus fatigas!?.

Quizás no volvería a ver nunca más a la joven, la habría perdido para siempre como él estaba perdido en un bosque de incertidumbre. Y sin embargo—: ¡la añoraba tanto!—, que le parecía sentir su presencia junto a él, la inminencia de un encuentro; pero tal sensación no se hacía realidad, y—, aun al contrario—, se alejaba disolviéndose en la nada, entre los árboles.

Pero aunque todo volviera al principio y la joven no le correspondiera y se olvidara de él, aunque le hubiese utilizado sin más—, una cosa sí que no le podían quitar, porque ahora la joven vivía! en el centro de su corazón, y esa fusión ya no se podía separar, había superado en ella el punto sin retorno y ya no había vuelta atrás posible. Pero de todas formas—, ¡ojalá! también la conservase fuera.

Pensando estas cosas—, no llegó a reparar en que había alcanzado un claro del bosque, (pero de unas características especiales).

El joven miró a su alrededor al percibir un cambio en el ambiente que le envolvía, y con una sorpresa creciente sintió la familiaridad del lugar: ¡Él ya había estado allí, lo conocía!; y ávidamente rebuscó con la vista los detalles más sobresalientes que le reafirmaran en su apreciación; así descubrió unos pedestales vacíos colocados en aquel jardín tan evocador, y como un grito de victoria brotó de su misma carne ahogándose en su garganta.

### — Triunfo y Despedida —

Corrió pletórico de gozo—, embargado por la emoción—, hacia el templo, pero no vio a nadie en él ni en el jardín. Sólo se encontró—, sobre el pedestal que ocupara la joven—, dos objetos que llamaron su atención.

Comprendiendo que había llegado al final de las pruebas—, se acercó hasta el centro del templo, junto al pedestal—, para recoger—, con cierto aire ceremonial y trascendente—, los objetos que sobre él estaban.

Cogió primero la vara de azucenas, y—, al tenerla entre sus manos—, contempló la calidad de objeto vivo que la constituía. Cómo era parte de un ser vivo, de una planta, pero que—, a pesar de haber sido cortada—, conservaba toda su viveza, su frescura, su flexibilidad, su rectitud, sus flores de un blanco puro, y la muerte no reinaba sobre ella.

Y—, alzando la vista—, vio a la joven que acababa de aparecer.

Pocas veces en una mirada se pueden decir tantas cosas como las que se dijeron en tan breve momento, pero con ese lenguaje tan íntimo que no necesita palabras y que sólo puede verse consumado por acciones; por eso—, el joven—, sin dejar de mirarla—, extendió pausadamente sus manos hacia ella

ofreciéndole la vara de azucenas: Con ella iba todo lo que él tenía, todo su amor puro, toda su recta intención...

La joven la aceptó con emoción conociendo su contenido, su significado pleno; y—, en ello—, puso su cariño, su entrega, su amor puro. Y el joven comprendió su gesto.

Tras unos instantes—, él volvió su mirada hacia el otro objeto que quedaba sobre el pedestal—, y vio que era una superficie de cristal de forma triangular, de tal suerte que sus tres lados eran de la misma longitud, y la cogió con sus manos, y la retuvo entre ellas, y la miró intentando averiguar su significado.

Y observó que podía ver a su través, pero con tanta claridad—, que si no prestaba la suficiente atención—, dejaba de ver la superficie cristalina—, para ver—, simplemente—, lo que había al otro lado—, sin reparar en ese punto intermedio a través del cual veía. Y le pareció curioso que algo tan evidente pudiera pasar desapercibido, ignorado.

Conocía el principio, (su lado del cristal). Veía el fin, (el otro lado). Pero—, el medio que los unía y les daba sentido—, podía pasarle desapercibido si no pensaba en él. Y la luz pasaba a su través, estaba mediatizada por el área triangular—, sin que—, aparentemente—, se notara en nada; pero la verdad era—, que según fuese aquella superficie cristalina—, así sería la imagen del otro lado.

Mientras que pensaba esto—, casi de repente—, la superficie triangular se volvió opaca convirtiéndose en ventana a un mundo desconocido. Y pudo ver a dos hombres que dialogaban entre sí, y que—, sin dejar de hacerlo—, miraron al joven en testimonio de aceptación y conocimiento de la presencia de éste ante ellos—, metiéndole en su conversación.

Y les oyó decir:

— Cierto que es difícil, pero si hubiesen tenido una intención recta hubieran aprendido a mirar como éste lo hace ahora.

— Tienes razón, (añadió el otro), que han sido ellos los que lo han convertido en algo arduo e inalcanzable, poniendo tantas barreras—, que es como si se hubiesen cegado a propósito.

— Bueno, vamos a presentarnos (dijo el primero), que el pobre está aquí asombrado—, mirándonos—, sin saber de qué se trata: Yo soy "uno".

— Y yo—: "el otro" (intervino el segundo con claro desenfado y en un tono familiar que al joven le hacía sentirse como en su casa. Y prosiguió—:)

Pero si te da igual—, yo también puedo decir—: Yo soy "uno".

— Y ahora yo—: soy "el otro", (añadió el primero). ¿A que te da igual?.

— Y sin embargo—, (repuso el otro)—, siempre tiene que haber alguien de los dos que sea "uno" para que el otro sea "otro". Los nombres son relativos, y el uno siempre implica al otro.

— Pero además—, (intervino el primero)—, yo puedo decir—: yo soy "uno" y todo lo que es uno.

— Y yo añadir—: yo soy "otro", "el otro", y todo lo que es otro. Yo me distingo de quien ha dicho "yo soy uno" precisamente siendo "otro". Y—, en

cierto modo—, se puede decir que procedo de él al ser yo también uno, concretamente—: “el otro”, en singular.

— Pero la cosa no acaba ahí, (señaló de nuevo el primero), porque el asunto tiene truco. Observa.

(El joven vio entonces cómo desaparecía uno de los hombres surgiendo otro en su lugar, que dijo—:)

— Y yo soy el tercero en discordia, el más difícil de ver, porque soy el motivo y la razón de los otros dos; aunque tú—, ahora—, me puedes ver porque también soy “uno” y soy “el otro”. Ve que estamos dos ante ti, el uno y el otro. ¿Quién es quién?.

— Que complicado parece, y—, sin embargo—, es tan sencillo... (apostilló el otro). Fíjate ahora.

(Y desapareciendo el que hablaba—, ocupó su lugar el que había desaparecido primero. Y dijo—:)

— ¡Más difícil todavía!. ¿Quién es quién ahora?. Porque el que estaba en este lugar ha pasado a ser el tercero en discordia, el motivo y la razón de ser de nosotros dos, porque tú nos ves gracias a él.

— Cómo nos podrías ver si no, (añadió el otro), porque él está mirando desde tus ojos.

— Se podría decir que es el que hace la fotografía, (agregó divertidamente el primero). Y sin fotografía no hay ni uno ni otro.

— Esa relación mutua entre nosotros dos es el tercero, (prosiguió el otro), pero como habrás observado—, el tercero puede ser cualquiera de los tres, todo depende del lugar que ocupe en cada momento. Por eso—, cada uno de nosotros—, somos a la vez “el uno”, “el otro” y “el que nos une”, porque lo que es de uno es de los tres.

— Y además—, no se te olvide—, (continuó el otro)—, el que es “uno” puede decir que es “todo lo que es uno”, el que es “otro” es “todo lo que es otro”, y “el que nos une” es también “todo lo que une”.

(De improviso—, uno de los hombres se vio sustituido por el que faltaba—, que intervino de inmediato).

— Me teníais ahí reprimido sin poder hablar—, sólo pendiente de poner mis palabras en vuestra boca, mi aspecto en el vuestro. Ahora—, que le toque a otro dar testimonio de nosotros dos, de ponernos sus palabras, de darnos su aspecto. (Y dirigiéndose al joven añadió—:) Has visto como las gastamos por aquí. Hasta nos peleamos por mostrarnos los unos a los otros, porque—, al que no ves—, es justo al que ves, porque los dos que ves—, estamos volcados a él y no hacemos otra cosa más que manifestarle.

— Así desde “el uno”—, (prosiguió el otro)—, ves al “otro” y al “que une”, desde “el otro” ves al “uno” y al “que une”, y desde “el que une” ves al “uno” y al “otro”. Y todo es—, a la vez—, “uno”, “otro” y “unidad”.

— Por eso—, (interrumpió el primero)—, nosotros somos distinguibles pero inseparables: Somos uno, y el que ha visto a uno ha visto a los otros dos, y si ignora a alguno nos ignora a los tres.

— Pues como iba diciendo—, antes de que aquí el amigo me interrumpiera: ¿Qué tendría que ver el uno con el otro si no fuera por el que une?.

Aún más te digo: que no habría ni uno ni otro, porque los propios nombres están en razón del que une.

La presencia del "otro" ya implica un "uno" con el que compararle y una "comparación", una relación que los une y los hace posibles. O la presencia de un "uno" no tiene sentido sin un "otro" y sin una relación que los "une" e identifica.

— Vaya lío ¿no? (repuso el otro). Y—, sin embargo—, es lo más sencillo y evidente que puedas encontrarte nunca. Es pura simplicidad. Sólo tienes que ponerte en nuestro pellejo—, así como lo estás haciendo en estos momentos.

(El joven escuchaba y miraba todo con un grado de asombro que—, hasta entonces—, nunca había experimentado. Sabía que se encontraba ante algo importantísimo, insólito, ante una pieza clave de trascendencia inimaginable, pero no llegaba a comprender su relevancia, su sentido; como quien se encuentra ante un tesoro y no sabe en qué consiste su valor: por qué es precisamente un tesoro. Parecía algo tan normal..., incluso intrascendente. Discurría todo con tanta sencillez... Pero aún con esa impresión—, él se esforzaba en no perderse ni un detalle).

Una nueva permuta se produjo en sus interlocutores para que interviniera el aparentemente ausente:

— Ves—, has girado de plano, de ángulo de visión—, y ahora me puedes ver. Pues así es todo en tu vida.

No se te olvide nunca que detrás de tus ojos hay siempre uno de nosotros que es el que te permite que veas a los otros dos. Él es el camino que lleva del uno al otro, del principio al fin, y los tres somos igual de importantes porque somos uno, por eso—, el camino—, vale tanto como el principio y el fin. Ve—, pues—, que el fin no justifica los medios, no los da de lado; como tampoco lo hacen—, fin y medios—, con el principio, y viceversa.

(Al escuchar estas palabras—, el joven—, pensó en él y en la joven como "lo que es uno" y "lo que es otro", y en el camino recorrido en su aventura—, como la vía de unión; y cómo—, todo ello—, parecía sintetizarse en aquel triángulo que tenía entre sus manos; pero—, al mismo tiempo—, intuía en su interior que esa explicación se quedaba corta frente al significado último. ¡Tenía la solución ante sí y no sabía verla!).

— Pero aún te queda por ver algo más cuando concluyas tu misión, cuando entregues el área cristalina a la joven (apostilló el otro hombre). Hazlo.

Y—, alargando las manos—, el joven le ofreció su tesoro, pero con esa donación completa de quien no se reserva nada.

Ella lo acogió entre sus manos como si recibiese a un niño que acabara de ver la luz de la vida—, y lo acercó amorosamente hacia sí.

En ese momento—, el joven—, observó cómo—, por primera vez—, podía ver a los tres hombres simultáneamente. Y uno de ellos dijo:

— Ahora puedes vernos a los tres en plenitud. ¿Quién mira entonces por tus ojos?. Piensa.

Pero él no acertaba a comprenderlo. Miraba—, y veía a la joven que sostenía el triángulo de cristal con sus manos—, mientras—, además—, en una de ellas—, lo hacía con la vara de azucenas; y veía—, en esa ventana equilátera—, la imagen de los tres hombres que—, siendo distintos entre sí—, constituían un todo único e inseparable; y quería relacionar la situación—, dando un sentido a lo que veía y a cómo había ocurrido—, pero le faltaba algo.

En ese instante—, la superficie cristalina pasó a convertirse en un espejo en el que se vio reflejado a sí mismo.

¡Eso era lo que le faltaba!, no sabía bien como integrarlo todo—, pero en su imagen en el triángulo y en su relación con la joven estaba el detalle final. ¡Todo estaba allí!.

Pero un hecho vino a distraer la atención del joven—, alejándole de estos pensamientos, porque acababan de aparecer en el jardín cuatro vivientes que se acercaron a la joven con intención de recoger los objetos que ésta tenía en sus manos.

Ella—, explicó al joven que ahora debía llevar a término su parte—, entregando—, a su vez—, su tesoro—, el que él había conseguido para ella—, a los vivientes, a esos seres de aspecto humanado que parecían resumir en ellos el ser de toda la naturaleza, de lo concreto y de lo abstracto, de lo tangible e intangible. (Y el joven los miraba con la impresión de estar viendo plasmadas esas cuatro visiones o perspectivas que el triángulo le había enseñado).

Cuando los vivientes hubieron recibido los objetos del triunfo de manos de la joven—, la superficie cristalina recobró su aspecto primitivo—, volviéndose transparente y límpida, casi imperceptible; y arrojándolos en derredor—, los vivientes desaparecieron de allí—, llevándoselos consigo. Y así quedaron los dos jóvenes solos.

El joven—, alegre por ver concluida con éxito la prueba—, miraba a la joven—, ilusionado, porque llegaba el momento de estar con ella con tranquilidad, de poder hablar, de estar juntos, de conocerse mejor, de compartir lo que eran por tiempo indefinido. Y así se lo dijo a la joven—, aguardando una respuesta equivalente por parte de ella.

Pero se llevó una sorpresa, porque ella—, con una actitud de entrañable melancolía—, le recordó la condición que le anunciara al comenzar las pruebas: que una vez concluidas—, desaparecería para siempre.

Un escalofrío recorrió sus entrañas y—, por un momento—, se quedó helado, pero no quiso creerla prefiriendo pensar que bromeaba, y retomó su ilusión, (aunque no con la misma fuerza anterior); y reprochándole su falta de delicadeza por jugar así con sus sentimientos—, la instó a que no bromeara con él en esas cosas—, y le respondiera con la misma seriedad y profundidad con la que él hablaba y actuaba.

Ella—, mirándole con amor—, abrió su corazón al joven manifestándole sus sentimientos: Ella había quedado unida para siempre al joven con una deuda de gratitud que ahora no le podía pagar como él quería—, pero que se la pagaría de otra manera que él no entendía ahora—, pero que ya comprendería a su tiempo.

Él—, que empezaba a vislumbrar la verdad de sus palabras y de la advertencia aquella que le hiciera antes de comenzar las pruebas—, intentó convencerla de su error—, argumentando en su contra en una angustia creciente. (“¡No!, ¡no podía ser eso!, ¡no podía ser!”).

Pero la joven repuso—, dramáticamente—, vuelta sentimiento: “¿Qué sabes tú si mi cariño es más grande y por eso—, precisamente—, debo desaparecer de tu presencia?”.

(¡No podía ser!. ¡No podía ser!. A tantas cosas había renunciado, tantas dificultades vencidas—, para—, ahora—, tener también que renunciar a la joven; a su misma alma que se iría con ella.

¡Ése era el premio!, ¡la recompensa!).

Destrozado, embargado del desengaño—, el joven lloraba desconsoladamente. (¡Qué más querrían de él!. No bastaba ya con sus manos, con sus brazos, con sus piernas, con su cabeza... Ahora también su alma, ¡su misma alma!. ¡No le quedaba nada!, ¡ni siquiera estaba vacío! porque el continente ya lo había dado primero y ahora perdía también el contenido).

La joven—, como quien guarda un último as en la manga—, parecía llevar la situación con más resignación, no obstante—, compartía la lamentación del joven, y fundidos en un abrazo que intentaba perpetuar los últimos instantes—, sellaban con el agua de sus ojos la despedida.

¿Quién podría separar ahora lo que era de cada alma?, porque aquel abrazo no era más que un simple símbolo externo—, y sin otro valor más que ése—, de lo que había ocurrido con lo interno.

Era curioso observar—, cómo lo que se veía—, era sólo un pálido reflejo de lo que no se veía, que lo que parecía factible—, quedaba ampliamente superado por lo aparentemente imposible.

Pero el momento tocó su fin—, y la joven se fue separando lentamente del abrazo—, comenzando a alejarse.

Él hubiera gritado ¡socorro!, pero ¿quién le iba a oír?, ¿quién evitaría aquel imponderable?.

No podía hacer nada para evitarlo, no dependía de él. Él—, solamente—, podría haberse quedado con su parte—, para así evitar que la joven se llevara todo dejándole sin nada—, pero no quiso cuando podía, y—, ahora—, que ya no podía—, tampoco quería: Él había obrado limpiamente, y lo que había dado—, lo había dado porque quería, sin condiciones.

¡Quién hubiera supuesto que todo fuera a acabar así!. Él lo había dado: pero le habían robado. Le habían quitado el dominio de lo dado. ¿Y ahora qué le quedaba?: Sólo la confusión.

La niebla se había ido adueñando del lugar—, y la joven se iba—, poco a poco—, perdiendo en ella.

Él—, que se había dejado caer de rodillas—, apenas la veía ya, entre la niebla húmeda de sus ojos y la de fuera (que cada vez era más abundante y espesa).

¡Qué jargarreta!: Salir de la cueva del mago para acabar de peor manera.

¡Cuánto mejor sería que no la hubiera conocido nunca!. Aunque eso—, (reconocía en su interior)—, lo decía con la boca pequeña, llevado por la ofuscación del momento, porque—, en el fondo—, en el fondo—, no renunciaba a ello, y si pudiera volver al principio—, lo aceptaría de nuevo.

¡Qué absurdo!, ¡qué sin sentido!: No querer queriendo. Estaba amordazado, atado, tirado en un rincón...

Y ya—, sin divisar a la joven—, (desaparecida entre la densa niebla)—, el joven—, tirado en el suelo—, empapado en la amargura que manaba por sus ojos—, deshecho—, quedaba sumido en su angustia inextinguible, en una lenta agonía sin fin.

### — La Mañana —

La mañana de un día claro y despejado comenzó a despuntar por el bosque, y los canturreos de los pajarillos hicieron su aparición en él.

El bosque se desperezaba entre bostezos como si todo él hubiera dormido un sueño irreal.

Todo recobraba su alegría y su ser, su sonido habitual, su olor, su ambiente, su viveza; y la luz le invadía embrujándole de gozo, colándose entre sus resquicios, jugueteando con sus reflejos. Y como el aire puro que relumbra los corazones—, así dejaba su presencia por todo él—, hasta en sus más umbrosos escondrijos.

Así llegó el día hasta aquel claro del bosque en el que se encontraban los jóvenes que se perdieron cuando la tormenta el día anterior, y los sorprendió dormidos, recostados en el suelo en múltiples posturas.

Por fin—, uno de ellos fue despertado por ese ambiente mañanero, se percató del lugar en que se hallaban—, y recordando lo sucedido el día anterior—, decidió despertar a los demás para poder replantear una vez más su situación.

Unos a otros fueron ayudándose a salir del sueño y recobrar la realidad de esa luminosa mañana.

Todos estaban allí sin faltar ninguno, y todos también comenzaron a acordarse de los acontecimientos vividos el día pasado: Cómo les sorprendió la tormenta, cómo corrieron para evitar mojarse sin conseguirlo y—, con ello—, se perdieron en la espesura, cómo intentaron orientarse y—, así—, llegaron a un claro del bosque—, y cómo—, en ese claro—, había un jardín maravilloso decorado con estatuas y—, también—, con un templete. Pero... por más que miraron a su alrededor no vieron ningún jardín, ni estatuas, ni templete... Todos lo recordaban con claridad, pero allí no había nada, sólo un simple claro en el bosque; uno más.

Observaron con detalle el claro y consiguieron identificarle con el que ellos vieran el día anterior, pero por más que intentaron encontrar algún resto de la posible presencia de un jardín en aquel lugar—, no lo hallaron. Incluso palparon el suelo sin ningún resultado satisfactorio.

Todo era normal, sin ningún rasgo sobresaliente que pudiera llamar la atención. Todo acorde con el resto del bosque.



El lugar era tan real—, y todo era tan lógico—, que aunque el día anterior también les había parecido muy real, ahora—, esa vivencia pasada—, parecía transformarse en una broma de la memoria, porque la memoria ya entraba en el campo de lo irreal. ¡Además—, era tan ilógica la presencia de un jardín en aquel bosque!.

Lo raro era que todos hubieran sufrido la misma alucinación y que recordasen con detalle las mismas cosas hasta que se durmieron; pero aquello tendría que tener una explicación—, porque no era lógico, y además—, si lo aceptaban como lógico—, ¿a qué les conduciría tal supuesto?.

No, era más fácil y más tranquilizador buscar argumentos que negasen el jardín—, que otros que lo reafirmasen.

Así—, fueron pensando en una posible alucinación colectiva—, quizás favorecida por el cansancio y la angustia de hallarse perdidos—, que asociada al disturbio magnético que toda tormenta trae consigo—, y a que alguno podría haber contado alguna historia fantástica—, habría llevado a todos a imaginarse cosas inexistentes, y cuyos detalles se iban transmitiendo unos a otros en un contagio alucinatorio. (Pero la verdad era—, que—, en el fondo—, nadie recordaba tal contagio ni la historia fantástica sobre la que fue construida la alucinación).

Entonces—, uno de los jóvenes—, que hasta ese momento apenas había hablado absorto en pensamientos desconocidos para el resto—, decidió contar a los demás la experiencia vivida por él durante esa noche pasada.

Y refirió cómo había hablado con la joven y aceptado las condiciones que ella le propuso; y relató sucintamente las diversas pruebas que había tenido que pasar hasta llegar a la superación de las mismas y obtener algo trascendental—, pero cuyo significado último no había conseguido averiguar, y cómo—, después—, ella le había dejado hundido en la desesperación hasta dormirse agotado—, y despertar—, junto con los demás—, en esas circunstancias que estaban viviendo.

Sus amigos—, absortos al principio en la historia—, a medida que la escuchaban se afianzaban más y más en sus suposiciones de alucinación colectiva, que—, en el joven—, por ser especialmente imaginativo—, habría derivado en un abigarrado sueño plagado de exuberantes ensoñaciones de pura fantasía. No había en ella un punto lógico por donde cogerla.

Por eso—, cada vez iban teniendo una mayor sensación de irrealidad sobre lo ocurrido el día anterior—, en una cada vez más vaga y lejana memoria de los hechos. Y—, en parecidos términos—, expusieron su opinión sobre el relato del joven; cada uno haciendo hincapié en lo que más le había llamado la atención—, y subrayando lo imposible e ilógico del suceso.

Pero el joven insistía en su percepción real de lo acaecido—, y argumentaba—, siempre desde un punto de vista subjetivo (porque no tenía otro)—, sobre la autenticidad de lo acontecido y sobre sus posibles explicaciones.

Los otros no pudieron por menos que tomárselo a risa—, ante tan inconsistentes e ingenuas razones que rayaban la estupidez, y pensaron si no se trataría de una broma urdida por él para tomarles el pelo; por lo que le acusaron de tener unos sueños muy divertidos y una imaginación muy prolífica

y prolija, pero—, que no la usara para burlarse de ellos—, que ya eran mayorcitos como para creerse tanta niñería. Y se rieron a gusto—, haciendo chistes de la situación y lo relatado por el joven.

Éste—, viendo la reacción de sus amigos—, tuvo que recapacitar sobre sus pensamientos, porque realmente no hablaba de broma, y sentía bien hondamente lo que decía.

Cierto que resultaba del todo absurdo para el punto de vista de quien no hubiera vivido tales circunstancias—; pero él las había vivido, lo había sentido y las había experimentado: no podía opinar igual. Sin embargo—, la duda le asaltaba al no encontrar ningún asidero objetivo a que agarrarse.

Efectivamente—, podría tratarse de una pura fantasía, de un sueño; pero si la fantasía y el sueño no eran nada—, ¿cómo es que algo que no era nada podía devenir en algo?. ¿Cómo es que lo que era nada había podido causar en él tal impacto y transmutación de su persona?. Porque él había cambiado, era otro muy superior, se había engrandecido; y según la lógica que ellos usaban—, no podía haber efecto sin causa, no podía nacer algo de la nada; luego—, ese sueño—, esa fantasía—, era algo; algo—, con tal fuerza—, que había sido capaz de modificarle por entero: Lo subjetivo se había vuelto objetivo, porque en su interior tales diferencias habían desaparecido.

Podía también suponer—, que su cambio era el que había motivado la fantasía y no al revés—: pero—, en ese caso—, estaría en las mismas circunstancias—, porque la fantasía—, al volverse el centro de su atención—, se habría convertido en algo objetivo, en una manifestación de su cambio...

Una solución esperanzada se abría paso en su interior cobrando forma; y en un gesto instintivo fijó su mirada en el suelo:

Como una luz interior le iluminó el rostro, porque en el suelo descubrió algo que reconoció enseguida: una vara de azucenas.

Una alegría—, que brotaba de lo más profundo de su ser—, le arrasaba por dentro rompiendo con violencia todas las barreras que encontraba a su paso—, y se expandía sobrepasándole. ¡En su vida había sentido nada igual!

Y agachándose hasta el suelo—, cogió la vara—, y como ardiendo en fuego abrasador—, la estrujó contra su pecho en un intento de fundirla consigo mismo.

Exultaba de gozo sumido en esa alegría indescriptible y explosiva que le embargaba. No había quedado nada en pie que no fuera asolado por ella. No había sosiego mayor que no fuera ocupado por ella—, ni soporte más grande que el que él había encontrado en ella: ¡Pisaba tierra firme!.

Sus amigos—, que se habían percatado de su reacción—, estaban atónitos sin llegar a comprender lo que ocurría. No sabían cómo encuadrar el comportamiento del joven—, que aparecía ante ellos—: radiante—, trascendido—, abrazado a una vara de azucenas. Pero a nadie se le ocurrió preguntarse ¿qué hacía una fresca vara de azucenas—, tirada en un claro del bosque.

Le veían tranquilo, pero—, a la vez—, como fuera de sí. Parecía centrado y juicioso, pero había algo que se les escapaba y les impedía llegar a su interior y comprender su actitud. Por eso—, comenzaron a pensar si no se estaría

volviendo loco, que quizás el sueño le habría trastornado más de lo que ellos suponían.

El joven—, que en un principio actuaba como si nadie pudiera ver su reacción—, como si estuviera solo y ausente—, acabó por insinuar a los demás sus sentimientos—, y en una casi monótona letanía repetía—: “Lo entiendo”. “Lo entiendo”. “Ahora lo entiendo todo”. “Todo está claro”. “Todo tiene sentido”...

Y clavando la vara de azucenas en el suelo—, instó a sus amigos a proseguir el camino hasta salir del bosque, porque el final—, la salida—, estaba cerca.

Ellos—, que veían el anómalo comportamiento—, y escuchaban al joven decir que era un ser nuevo, renovado hasta la raíz—, se convencían más y más de la súbita locura que se había adueñado de él; y—, no sin un cierto miedo y escondida envidia—, optaron por seguir sus recomendaciones poniéndose en marcha. (¿Qué sería de él?).

Y dejando el claro e internándose en el bosque—, no tardaron mucho en encontrar sus postrimerías—, saliendo a campo abierto.

### — Final —

El final de sus angustias había llegado, porque el paisaje les informó del lugar donde se encontraban: Ya no estaban perdidos. Aunque—, para los otros—, el joven continuase perdido, pero perdido en un mundo irreal, en su fantasía, lo que se podía descubrir a través de su comportamiento un tanto anormal: singular.

Quizás hubieran pensado de otra manera—, si al salir del claro—, se hubieran vuelto a mirar la vara de azucenas clavada en el suelo, porque la habrían visto entonces resplandecer, y hacerlo hasta transformarse lentamente en un ascua de luz; una luz tan singular—, que les hubiera permitido penetrar el pensamiento del joven que bullía de entusiasmo.

Porque en él había hecho crisis todo lo que hasta el inicio de su aventura sentía, e incluso lo que había creído aprender en ella—, había quedado sobrepasado en un instante.

Ahora miraba todo con ojos nuevos y el mundo ya no era igual, porque lo incomprensible se había vuelto comprensible y lo inaccesible cercano, íntimo. Todo tenía su lugar como en un paisaje; todo su relación. Y con ello había recuperado a la joven—, haciendo buenas las palabras que ella le dijera en su despedida. La había recuperado de una forma muy superior, pero que solamente podía descubrir—, al enfrentar la visión que él tenía antes de su aventura (la que llamaban real)—, con la encontrada en la misma, (la supuestamente ficticia); porque había descubierto que ellos dos eran una sola carne—, pero con cuatro ojos: los de ella y los suyos, su visión del mundo y la suya, la de todo lo que era otro y la suya propia de todo lo que es uno. Él veía por sus ojos y ella por los de él sin solución de continuidad en una presencia permanente.

Había encontrado la sustancia de sus mismos ojos, el cristal a través del cual veía, aquel triángulo maravilloso que daba sentido a todo, que todo lo explicaba y lo llenaba de vida.

Era como si todo lo grande y lo pequeño, lo real y lo irreal, lo claro y lo escondido—, desfilase ante su vista en el centro de su corazón, como si—, en una cascada de consecuencias—, todo pasase a formar una unidad sólida y compacta, armoniosa y multiforme, viva e inmutable.

¡Cómo no iba a saltar de gozo!?

¡Cuál no serían sus raíces entonces!?

Había ahondado tanto en lo mudable—, que de puro mudable—, todo resultaba ser perenne porque había llegado a lo inmutable. (Por la vía del corazón alcanzaba la cabeza—, para que luego ésta confirmase al corazón y a todo el cuerpo).

Había aprendido también a darle profundidad a todas las cosas, por aparentemente banales que fuesen, leyendo en ellas en muy distintos planos y niveles de interpretación; porque—, si un simple triángulo de cristal podía significar tantísimo—, si todo era imagen suya—, todas las cosas también poseerían esa riqueza de contenido que él tenía. ¿Quién—, pudiendo hacer una cosa repleta—, la iba a hacer vacía?. Luego—, cada uno cogería de la tarta la porción de contenido que quisiera.

Y él quería quedarse con toda la tarta, con todo el sentido pleno de las cosas; y no sólo quería deseando—, sino también amando: con toda la plenitud de la palabra querer, como quería a la joven: con voluntad y libertad. Y según había visto y había sentido hacer “al que une”—, así hacía ahora con todo lo que le rodeaba y con él mismo: uniendo las cosas diversas en una sola, relacionando lo uno con lo otro. Y como había apreciado en la joven—, ella condensaba en sí a los tres hombres que eran uno—, por eso buscaba y encontraba en los demás esa plenitud; y—, a la vez—, esa plenitud era él mismo—, según había visto reflejado en el triángulo.

¡Era tal la densidad de contenido—!, que parecía que pesase hasta hundirlo todo, y sin embargo—, el espacio en que cabía era de tal magnitud—, que resultaba ser más ligero que esa alegría que sentía.

Se sentía como si hubiese encontrado su casa, buscada y añorada durante tanto tiempo; y—, en ella—, sus vivencias—, venían a constituir una sola vivencia, su alma una sola alma, su ser un solo ser.

Y—, sin embargo—, su vida ya no era suya porque se la había entregado a la joven, su alma ya no era suya porque se le había escapado con ella, su ser ya no era suyo porque pertenecía a la joven. Aunque—, curiosamente—, a pesar de haberse aniquilado en la entrega—, no sólo no había perdido nada—, sino que se había enriquecido hasta el estallido, y todo—, porque la joven—, (todo lo que era otro)—, había obrado de igual manera con él, y por eso eran carne de una misma carne—, sangre de una misma sangre.

¡Quién le hubiera dicho a él en otro tiempo—, que ahora iba a entender todo tan bien!. Su lugar en el mundo, el lugar del mundo en él, y la integración de ambas cosas en una sola.

¡Estaba lleno, rebosante!. ¡Pisaba tierra firme, segura!.

Y pensar que la superación de unas simples pruebas le había llevado a eso... (Unas pruebas duras, pero que—, una vez pasadas—, resultaban tan enriquecedoras y fundamentales...!).

Veía su ascensión en ellas y comprendía ahora todo el significado que encerraban: muchísimo mayor que el que él hubiera podido pensar: Cómo había entrado en la profundidad del amor sin sentirlo, y—, sin darse cuenta—, había encontrado la base del saber, la piedra fundamental que sostenía y daba sentido a todo; ésa que los demás rechazaban y que era motivo de escándalo—, pero que—, a él—, le había transformado todo el mundo—, convirtiéndolo en un tesoro, en oro puro. Sí, el amor todo lo rescataba, lo hacía todo nuevo, puro; como si fuera creado de nuevo.

Había aprendido un lenguaje con el que podía entenderlo todo, y con él—, cobraba consciencia de que—, ahora precisamente—, era rico, iriquísimo!. Pero a la vez pensaba—: ¿Querría alguien compartir su riqueza?. Porque ansiaba que los demás también la vieran y la tuvieran; y quería—: porque los quería. ¿Cómo no iba a querer a los que eran él mismo—, según había experimentado y aprendido?.

Él no podía darles ni oro ni plata, ni nada valioso en apariencia ante sus ojos, pero podía darles un tesoro muy superior a todo ello, algo que penetraba el conocimiento y el trasfondo de las cosas, pero de tal manera—, que el oro, la plata y todo lo demás resultaban como migajas a su lado; y—, aun así—, esas migajas también iban incluidas en el tesoro.

Y con él—, podía mostrarles además—, su experiencia: el camino a recorrer—, para que les fuera más fácil. No podía recorrerlo por ellos—, pero—, al menos—, les daría las pistas necesarias para reconocer las distintas etapas y las señales de la ruta correcta.

Aunque también les diría—, que tras alcanzar la plenitud del triunfo—, dicha circunstancia no se podía apreciar ni darle su justo valor—, si no se volcaba hacia afuera en una plenitud abierta que incluía todo, y que ése era el motivo de la aparente separación; porque si se cerraba—, si se hacía excluyente y mezquina—: desaparecía, y era como volver al principio: a cuando nada de lo antedicho había ocurrido. Era como perderlo todo. Aunque bien mirado—, sólo podía perderlo todo quien realmente nunca lo hubiera tenido por completo, quien no llevara una recta intención, y con ello—, no habría sufrido esa renovación completa que él había experimentado.

Tenía tanto que decirles, tanto que darles...

Pero... ¿querrían escucharle?.

¿Atenderían al leve susurro de su presencia—, o preferirían las grandes manifestaciones de los hechos de su mundo—?.

No sabía. Pero la verdad es—: que ansiaba que llegara el día en que pudiera unir—, también fuera—, las dos visiones de ese mundo que le rodeaba; en el que se aboliera—, también fuera—, ese "siempre" que la joven le había puesto como meta, como obstáculo; cuando llegue por fin el momento en que todos sean uno como él y ella ya lo eran, y así recuperase—, también fuera—, la presencia de la joven.

Y veía en su interior el universo que bullía de gozo, y a la gente y a las cosas, y sentía el latir de la vida, y rebosaba en su paz...

Pero... ¿quién sabría reconocer un susurro en medio de la tempestad?. ¿Quién reparará en la simple sencillez?.

Pero él tenía su confianza plena, su sentir ardiente, su esperanza llena, y aguantaría con tesón—, a pesar de las dificultades—, hasta que todo alcanzara su cumplimiento.

*(Argumento: 11-IV a 2-XII-1977)*

*(Redacción: 13-II-1990 a 28-V-1990)*

*(Revisión: 22 a 25-I-2004)*

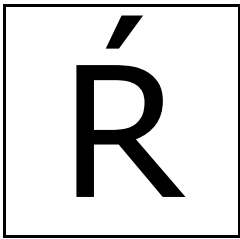
*“Bienaventurados los pacificadores porque ellos serán llamados hijos de Dios.” (Mt 5,9)*

*“Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocéis, conoceréis a mi Padre. Desde ahora lo conocéis y lo habéis visto.” (Jn 14,6-7)*

*“¡Felices los ojos que ven lo que veis!. Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que veis, y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron.” (Lc 10,23-24)*

*“Fuego vine a echar sobre la tierra; ¡y cuanto deseo que ya arda!.” (Lc 12, 49)*

*“Y habiendo desenrollado el volumen—, halló el lugar en que estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió; me envió a evangelizar a los pobres, a predicar a los cautivos la liberación, a los ciegos la recuperación de la vista, a libertar a los oprimidos, a promulgar un año de gracia del Señor.” (Lc 4,17-19)*



Actividad

## MI PAZ Y MI ALEGRÍA

Mi paz es azul, mi alegría amarilla.  
Mi paz es el cielo—, es el mar—, es la calma,  
es el aire que se respira en el campo,  
y mi alegría el sol—, el fuego—, volcán,  
huracán que domina y asciende a lo alto.

Mi paz es azul, mi alegría amarilla.  
Mi paz es tranquila—, suave—, serena,  
espacio infinito—, silencio absoluto,  
y mi alegría violencia—, potencia—, pasión,  
explosión que se expande incesante y sin término alguno.

Mi paz es azul, mi alegría amarilla.  
Y son una y se juntan e imbrican,  
y son una, coetáneas—, inseparables,  
y son una, alimento y fuente de vida.

Mi paz es ternura—, sosiego—, quietud,  
y mi alegría arrebató—, movimiento—, alud,  
y me abraso en mi calma,  
y mi tranquilidad me arde,  
y las lágrimas discurren por mi rostro.

Mi paz es azul—, contemplación—, armonía,  
y mi alegría amarilla—, adoración—, melodía,  
y es ímpetu y fuerza,  
y es reposo y grandeza,  
y mi paz es amor,  
y mi alegría es amor,  
y mi alegría no tiene fronteras,  
y mi paz no tiene fronteras,  
y mi paz es la inmensidad,  
y de mi alegría la inmensidad,  
y se extiende rauda—, imparable—, violentísima,  
y mi paz es azul y mi alegría amarilla,  
y mi alegría es brillante—, cegadora—, deslumbrante,  
y brota del alma,  
y es espíritu,  
y abarca los infinitos,

y es amor.  
Y mi paz es vuelo—, compañía—, elevación,  
y el silencio es infinito,  
y el amor es infinito.  
Y gritos de gloria desgarran mi inteligencia.  
Y en mi inmovilidad me pregunto—:  
¿será amor?, ¿habrá tan siquiera un poquito de amor?.

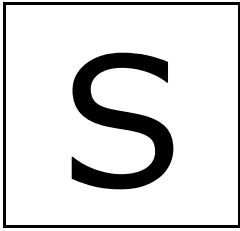
Y mi paz es azul y mi alegría amarilla,  
y mi paz es amor,  
y mi alegría es amor,  
y ese amor que lo es todo—,  
y ese amor que todo lo puede—,  
y ese amor que quisiera ser—, de verdad—, amor—,  
ese amor que quizá sea tan solo  
un reflejo perdido del Suyo—,  
ese amor—; mi amor—; es Dios.

Y las horas se hacen días—,  
y los minutos semanas—,  
y los segundos eternidades—,  
y esperando—, y esperando—,  
y siempre agonizando—.  
Y para consolarme digo:  
¿Qué derecho tienes tú  
a abandonar este mundo?,  
¿qué has hecho más que otros  
para dejarlo primero?,  
¿qué privilegios posees  
para librarte de él?.  
Pues si no tienes nada—,  
aguanta a que llegue el día  
en que nazcas a la vida;  
pero a pesar de todo—,  
con tales ansias espero—,  
que muero por que no muero—,  
y muriendo—, aún no muero.

(8-IV-1979)

*“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón,  
con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con  
toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo.”  
(Lc 10,27)(Dt 6,5)(Lv 19,18)*





Colección

## **SONATA DE SONETOS**

**— INIZIO —**

En ti confío, Señor de mi vida.  
Por ti suspiro y aguardo el consuelo  
cuando te miro elevado en el cielo  
dando tu alivio de amor sin medida.

Ansias tengo—, aunque te des por comida—,  
(como fuego en el que asienta mi anhelo)  
de poder corresponder desde el suelo  
a tu ejemplo que congrega y convida.

Más espero de unidad consumada.

Más te ruego que tu paz sea mi río.

Más aún quiero—, de verdad—, mi morada  
llena de ti—, sin doblez ni extravío.  
Sin apariencias ni velos ni nada  
que distorsione tu ser en el mío.

*(28-XII-2003)*

— ADAGIO —

Siento nostalgia de ti a cada instante  
cuando te miro y no puedo verte—,  
y aun bañándome en tu ser—: no tenerte,  
como si el aire no fuera embriagante  
del perfume que exhala tu semblante  
o la gloria que imprime el conocerte—,  
cual barrera que impidiera—, por inerte—,  
abrir paso a tu gracia desbordante.

Bien quisiera que fuera ya el momento  
en que la placidez de tu mirada  
inundara—, sin más impedimento—,  
el escondido altar de mi morada  
donde aguarda—, filial—, el firmamento  
su libertad querida y añorada.

*(30-XII-2003 y 1-I-2004)*

— SCHERZO —

¿Es posible estar alegre sin tu aliento?  
¿Verse lleno y ni siquiera sentirlo?  
¿Radiante, rebosante al admitirlo—,  
pero falto de algún algo—... o ciento?

Embargado de paz y en movimiento.  
Imbuído del gozo de vivirlo.  
(¡Desvarío con tan solo presentirlo!)  
y—, sin embargo parece—... que miento.

¿Qué será lo que anima mi esperanza  
haciéndome llegar sin ver la meta?

¿Qué puede ser consuelo en la tardanza  
que regala sin dar cosa concreta?

¿Qué retiene a los aires de bonanza  
sin dejar orientarse a mi veleta?

*(1 a 3-I-2004)*

— FINALE —

Pues, Señor, si estando ciego te veo—,  
es que Tú planeaste la incidencia,  
y eres Tú el que alienta mi insistencia  
de buscarte en la luz dando un rodeo.

Jugando en paradojas al toreo  
eres Tú quien me educa en la prudencia,  
eres Tú el que frena mi impaciencia  
ejerciendo conmigo el pastoreo.

Eres Tú mi alegría y Tú la vía.  
Eres Tú mi querencia y mi albedrío.  
Eres Tú mi destino en la porfía,  
mi paz, mi amor, mi ausencia de vacío,  
mi noche iluminada y claro día...:  
y es que—, en ti—, mi Señor—, en ti confío.

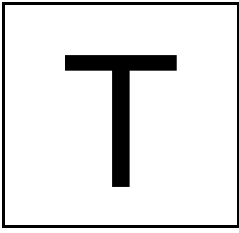
(2 y 3-1-2004)

*“Así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, pero miembros los unos de los otros.” (Rm 12,5)*

*“Cada uno según el don que haya recibido, ayúdaos recíprocamente, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios.” (1Pe 4,10)*

*“Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad los leprosos, arrojad a los demonios: gratis los recibisteis, dadlo gratis.” (Mt 10,8)*

*“Amad los unos a los otros como yo os he amado.” (Jn. 15,12)*



Valoración

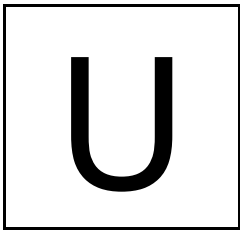
## **¡MAMÁ MÍMAME!**

    Mi mamá—, mema me mima;  
    mímame mamá, mímame,  
    mima mi memo mimo,  
    mima mi mimo memo,  
    momia mema, mimo memo;  
    mami—, mami—, mima—,  
    mema mima mi mimo memo,  
    mima mema mi memo mimo,  
    mami mima—, muy mema—, muy mema—,  
    mi memo mimo momia mema mimo memo.  
    ¡Mímame mami!, ¡imímame!

(8-9-X-1976)

*“Os aseguro que quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él.” (Mc 10,15)*

*“Así, pues, el que se humillare como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos.” (Mt 18,4)*



Indefinición

## EN LO ALTO DEL ÁRBOL

En lo alto del árbol un pajarillo preguntaba a su mamá: Mamá—, ¿qué es entrega?; y ella—, con la comida que le traía aún en el pico—, le respondía: No sé, hijo, no sé.

El pajarillo se dijo: Le preguntaré al señor búho que es muy sabio:

Señor búho—, ¿qué es entrega?; y éste—, afanado entre sus libros—, con su voz opaca y bonachona dijo—: No sé, hijo, no sé; pero—, si quieres—, te explico el teorema de Pitágoras—, o cómo luce el sol.

¡Qué buena idea!, se lo preguntaría al sol, ése sí que lo sabría; así que—, mientras se bañaba en sus tibios rayos—, le dijo—: Hermano sol—, ¿qué es entrega?; y éste—, tras quedarse pensativo un momento—, respondió: No sé que es eso, no sé.

Muy preocupado se hallaba el pajarillo porque nadie acertaba a darle respuesta a su pregunta—, cuando se fijó en una abeja que recogía el polen de una flor:

Señora abeja—, ¿me puede decir qué es entrega?. La abeja—, con aire de despistada—, decía—: No sé, tengo que llevar comida a mi colmena y esas cosas no las sé.

Y volviéndose algo enfadado—, exclamó: ¡Hermano arroyuelo!, idime tú qué es entrega?!; y el arroyuelo—, sin detenerse en su prisa por llegar al mar—, murmuraba: No sé, no sé, yo siempre tengo prisa, itengo tanto que hacer!.

Aún no se había apagado la voz del arroyuelo—, cuando comenzó a soplar un suave viento que balanceaba armoniosamente las ramas de los árboles y las despojaba de sus semillas y hojas secas. El pajarillo—, con cierta suficiencia—, interpeló:

¡A que tampoco tú sabes lo que es entrega!. ¿Entrega?, (exclamó asombrado el viento), he recorrido el mundo entero y nunca he oído hablar de semejante cosa.

Ante esa respuesta—, el pajarillo—, cabizbajo—, se acomodó en el nido. Ya caía la noche y era hora de dormir.

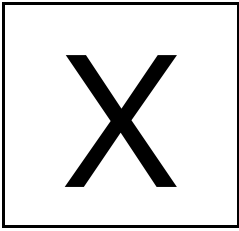
Las estrellas comenzaron a salpicar el cielo; y fijándose en una pequeñita y tenue—, comentó—: Ves—, nadie me ha sabido explicar que es entrega, y ahora ya no podré saberlo nunca.

Y la estrella—, con esa sonrisa de estrella que parece hiciera cosquillas en el corazón—, le consoló: Mira—, mejor que no lo sepas; la entrega es una cosa que mejor se hace cuanto menos se sabe lo que es. Es la sinceridad de tu vida.

Pero estas últimas palabras—, el pajarillo ya no las oyó; soñaba con viajar al cielo y conocer todas las cosas y saber más que el búho—, más que el sol—, más que el viento—.

(2-11-1982)

*“Nadie se oculta si quiere manifestarse. Ya que tú haces tales obras, manifiéstate al mundo. ¡Ni siquiera sus hermanos creían en él! Jesús les dijo: Mi tiempo aún no ha llegado, mientras que para vosotros todo momento es bueno.” (Jn 7,4-6)*



Cohesión

## BUSCANDO EL ALMA

¡Devuélvemela! (grité),  
harto ya de buscar tanto.

¿Dónde está?! (vociferé)  
que no la puedo encontrar.

¿Dónde la pusiste?, di,  
que no puedo esperar más,  
y si la escondiste dime  
en el lugar en que está.

Te la di pero no es tuya,  
la cogiste sin llamar,  
la perdiste, la escondiste  
y a mí ¿qué me quedará?.

Te abrí de mi casa la puerta  
como amigo al que todo se da  
y de ella robaste hasta el alma,  
ni siquiera dejaste el solar.

Ya no tengo nada mío  
ni el yo mismo que se fue,  
por eso busco mi alma  
¿dónde la encontraré?;  
y si buscando la encuentro—,  
¿recuperarla podré?,  
si la rompiste en pedazos  
y la esparciste en tu ser,  
y si encontrara los trozos  
¿la podré recomponer?,  
si son en el aire el polvo  
sujetos a tu merced,  
si son en el viento el aire,  
ni los reconoceré;  
por eso, Señor, te pido  
que me devuelvas el ser,  
tú fuiste el que lo cogiste—,  
tú lo has de devolver.

Devuélveme ese yo mismo  
que con el alma se fue,  
porque si ni el yo me queda—,  
entonces—, yo que seré.

Tú mira bien que pobreza—,  
el pobre de todos ser,  
que por no tener no tenga  
ni el poderme conocer.  
(Y—, sin embargo—, parece—,  
y es curioso el parecer—,  
que sin tener nada—: tenga—,  
y aun sin pedirlo—: también).

Comprende, Señor, mi duda—,  
que por no saber no sé—,  
que cuando diga yo mismo  
¿a quién me referiré?.

Cierto es que te lo di  
sin pedirte nada a cambio.

Cierto que no esperé  
recompensas ni regalos.  
Que te lo di porque quise,  
porque lo vi conveniente.  
Por eso, Señor, escucha—,  
observando atentamente:  
si te lo di y lo cogiste  
sin dejarme nada a cambio—,  
cuando quiera darte algo  
¿de dónde lo sacaré?.

Devuélveme el alma al menos  
para dártela de nuevo,  
porque si el yo me arrebatas  
¿qué te podré dar más ya?.

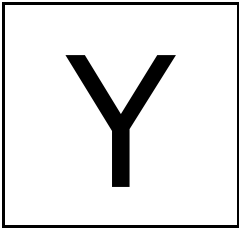
Por eso, Señor, escucha—,  
y vuelve a poner en sí  
el yo aquel que te di.

Aunque pensándolo bien—:  
si—... ¡oh Señor!, ¿y si Tú—,  
conmigo hiciste lo mismo—,  
cuando yo diga—: Tú mismo—,  
¿de quién Señor hablaré!?

(28 y 30-XII-1985)

*“Si alguno me ama, guardará mi palabra y  
mi Padre lo amará, vendremos a él y en él  
haremos nuestra morada.” (Jn 14,23)*





Condensación

## MI MEDIO

Mi medio en el que vivo, en el que soy, en el que existo.  
Mi casa en la que habito, en la que estoy, en la que siento.  
Mi estancia, mi lugar, mi tiempo,  
mi alma, mi querer, mi aliento,  
mi vida entera,  
mi luz primera,  
mi bien,  
mi son,  
mi paz;  
el más escondido pensamiento,  
el universo inmenso,  
el transcurrir lo eterno,  
el mundo que me rodea hasta el mismo sentimiento,  
lo que veo al mirar—, ya sea fuera como dentro—,  
eso que siempre es el mismo centro—:  
eso es mi medio.

Mi medio diáfano y lleno,  
mi lugar tranquilo y complejo,  
mi realidad, mi sueño,  
mi ventanal, mi templo,  
lo que anhelo, lo que quiero—,  
lo que me inunda y trasciende—,  
porque todo de mí procede  
como el agua que al mar se vuelve  
en ese darse mutuamente  
que me recrea y me envuelve.

Y así—, mi medio—,  
tanto interno como externo—,  
adquiere solamente su sentido  
en el preciso instante  
en el que sólo yo lo miro.  
Por eso—, si me faltara—,  
yo ya no sería nada  
al encontrarme perdido  
en un mirar sin destino.

Él hace de mí su capricho

y dispone así como quiere—,  
imponiendo a diestro y siniestro—,  
sus reglas—, medidas y leyes;  
pero—, a la vez—, también se somete  
a mi autoridad y dictamen,  
a mis deseos y reglas,  
a mi albedrío y examen,  
siendo así—, para mí—:  
tal cual yo lo quiera y lo vea.

Y en esta relativización plena  
que alcanza sus últimas consecuencias—,  
se llega hasta el Absoluto—,  
y al absoluto escondido  
en todo lo relativo.  
Porque—, tanto mi medio externo como mi medio interno—,  
constituyen un solo medio,  
una sola cosa,  
un solo reino.  
Porque todo lo impuesto desde fuera—,  
es dentro donde adquiere su sentido,  
porque todo lo que llega por la fuerza—,  
allí se acepta y brota renacido,  
donde la vida adquiere su viveza,  
donde el sentir se vuelve sentimiento  
y la forma demuestra consistencia,  
donde el orden queda establecido  
y la verdad se hace verdadera,  
donde se une lo uno con lo otro  
y surge una unidad nueva,  
donde pienso—, luego existo—,  
y el medio existe conmigo,  
donde todo se vuelve neutro—,  
y ni los aparatos detectan  
precisamente por serlo,  
llamándolo subjetivo—,  
como haciéndolo de menos—,  
por parte de quien no encuentra  
porque no busca lo neutro.

Pues ese medio, mi medio,  
que como reflejo incesante  
de dos espejos unidos  
por la simple y pura imagen  
de lo que se halla en su centro—,  
es—, a su vez—, uno y trino—,  
a imagen de quien lo hizo;  
y como le ocurre siempre  
a todo autor que se precie  
por el simple hecho de serlo—,  
pues su obra también le explica

y le muestra como por dentro—,  
a los ojos del que mira  
con interés ese centro,  
ya que a ningún autor  
le niega su propia obra—,  
sino más bien le confirma—,  
reflejando su persona.

Así pues—, este reflejo  
que llega hasta mi yo mismo—,  
constituyendo mi medio  
en fuera—, dentro y “enmedio”—;  
o haciendo mi pensamiento  
uno—, otro e indistinto—;  
y que lo infiltra todo  
hasta el punto más extremo—,  
como la imagen reiterante  
de esos espejos enfrentados  
en una imitación constante—:  
manifiesta su estructura  
cerrada sobre sí misma—,  
parcelada e infinita—,  
como escala que sube y baja—,  
y de siete alturas formada  
por las siete propiedades  
de su base trinitaria,  
que—, como el árbol de la vida  
que se divide en sus ramas—,  
va reuniendo tres en uno  
y saltando—, así—, de grado—,  
los recorre por completo—,  
para comenzar de nuevo;  
quedando—, por fin—, plasmado  
ese curioso aspecto—,  
que de raíces y ramas  
conforma una sola cosa—,  
para obtener—, de esta forma—,  
la autogeneración deseada.  
Y mostrada ya la existencia  
se salta a la distinción  
que es el segundo escalón  
de la escala mencionada,  
ya que el distinguir se impone  
para poder alcanzar  
el nivel de la unidad  
que viene a continuación.  
Y de aquí al siguiente grado—,  
que es la individualidad—,  
que nos permite llegar  
a esa quinta propiedad  
de la comunicación,

interrelación que hace posible  
el lograr la libertad—,  
que al ser plena nos permite  
coger la totalidad  
que el séptimo grado tiene—,  
para—, con ella—, además—,  
conseguir la persistencia  
que conlleva la existencia—:  
y volver a comenzar.

O si se quiere también—,  
(da lo mismo—, igual da)—,  
verlo en sentido inverso  
para saber su verdad,  
que de tal manera alumbran  
mi medio estas siete luces—,  
que permiten verlo todo  
se mire como se mire;  
ya que la Totalidad  
se resume en doce modos  
que son las presentaciones  
en las que el medio se ofrece  
con todo lo que es y tiene,  
y que hemos podido ver  
por la Individualidad  
y sus siete concepciones.

Así también—, la Unidad—,  
aporta sus cuatro estados—,  
o vive la Libertad  
en sus nueve situaciones—,  
o la Comunicación  
presenta sus ocho grados—,  
o brinda la Distinción  
sus tres diferenciaciones—,  
para condensarse en uno  
al tratar de la Existencia.  
Y si queremos contar  
con números absolutos—,  
sólo nos quedaremos  
al usar los antedichos—,  
con—: uno, tres, cuatro, siete,  
ocho, nueve, doce y trece.

Porque el trece que nos sobra  
habla de la Plenitud,  
de la persistencia plena,  
que está fuera de los siete  
y los consume y engloba,  
y que al ser todo por entero—,  
y al hablar de relativos—,  
sería como decir cero.

Pues a esa arca sagrada—,  
que en sí todo lo encierra  
como ciudad celestial—,  
la separa como un velo  
de aquél que quiere mirar  
con los ojos altaneros  
del que insiste en ser mortal  
y no acepta la presencia  
de esa real pervivencia  
que lo consiga rasgar.

Y así—, ese mi medio:  
mi lugar, mi templo...  
construido de oro puro  
y de base incorruptible—,  
permanece siempre iluminado  
por las siete luces que lo alumbran,  
se conserva siempre renovado  
por las doce ofrendas mencionadas,  
y de esencias olorosas perfumado  
en común unión de fuerzas conjuntadas  
para penetrar con sus vapores cada cosa—,  
se presenta—, ante un velo ya rasgado  
por el cálido sentir de la existencia—,  
como muestra permanente  
de aquel bien que lo consume  
y que en señal preclara se condensa  
en el arca—, que en sus trece—,  
revela a Dios en su esencia.

Por eso—, mi lugar—,  
es a la vez mi templo  
en la unidad completa  
que forma un solo cuerpo,  
una sola sangre,  
un solo medio.  
Y allá—,  
en su centro—,  
el secreto del Dios vivo  
puesto de manifiesto:  
Su ser uno y trino:  
La verdad del cariño.

Y—, como fuente de luz—,  
irradia su vida propia  
penetrando cada cosa,  
siendo Dios en todas ellas  
y—, a su vez—, en cada cosa, en cada aspecto, en cada mota...

¡Ésa es su gloria!

¡Así su memoria!

Toda expuesta en abstracción—,

para lograr de este modo  
facilitar la expresión  
de una realidad palpable,  
tan sencilla y cotidiana—,  
que a fuerza de ser cercana—,  
se disuelve ante los ojos  
pareciendo inescrutable,  
y hay que elevarse del suelo  
en alas de la ideación—,  
para ver en ese vuelo  
todo el medio en su extensión,  
poniendo de manifiesto  
la tercera dimensión  
de ese medio trinitario  
que es diverso y es unión,  
de ese medio que está vivo,  
de ese medio que es amor:  
Mi medio en el que vivo, en el que soy, en el que existo.  
Mi casa en la que habito, en la que estoy, en la que siento.  
Mi estancia, mi lugar, mi tiempo,  
mi alma, mi querer, mi aliento,  
mi luz primera,  
mi vida entera,  
mi bien,  
mi son,  
mi paz,  
el universo inmenso,  
el más escondido pensamiento,  
lo que veo al mirar—, ya sea fuera como dentro,  
todo lo que quiero y pienso,  
lo que veo y siento,  
mi gozo, mi alegría,  
mi pena y melancolía...:  
Eso es mi medio.  
Eso es mi centro.  
Mi alma.  
Mi cuerpo.

*(14-IX-1990 a 9-11-1991)*

*“Este conjunto de capullos y brazos formará una sola pieza con el candelabro. Todo será de oro puro trabajado a cincel. Harás también para él siete lámparas, que colocarás sobre el candelabro para que luzcan de frente, (...). Has de hacerlo según el modelo que te he mostrado en la montaña.” (Ex 25,36-37.40)*

*“Y vi en medio del trono y de los cuatro vivientes, y en medio de los ancianos, un Cordero en pie, como degollado, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios, enviados por toda la tierra.” (Apoc 5,6)*

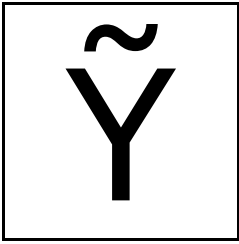
*“Dios dio por terminada su obra el séptimo día y en este día cesó de toda obra que había hecho.” (Gn 2,2)*

*“Pondrás luego el propiciatorio sobre el arca del testimonio en el lugar santísimo.” (Ex 26,34)*

*“Ven, que te mostraré la novia, la esposa del Cordero. Y me llevó en espíritu sobre una montaña elevada y grande y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios, teniendo la gloria de Dios.” (Apoc 21,9-11)*

*“Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. Quien permanece en mí, y yo en él, da fruto en abundancia, porque sin mí nada podéis hacer.” (Jn 15,5)*

*“Tomad y comed; esto es mi cuerpo.” (Mt 26,26)*



Consumación

## HISTORIA DE UN REY

Hubo una vez un rey que no sabía que lo era, pero tan consustancial le era su realeza—, que la descubrió desde el principio al decidir mirarse a sí mismo; y se decía—: menos mal que me enajené de mí mismo para poderme mirar, si no—, nunca lo hubiera sabido.

Y así fue cómo—, al hacerse “otro” y salirse de sí—, al enajenarse a sí mismo (como él decía)—, pudo conocerse como era y descubrir su realeza, aunque—, aún—, tuvo que hacerlo una segunda vez—, para poder abarcar la magnitud de su acción y llegar a comprenderla, comparando lo uno con lo otro—, para—, de esta forma—, ser más ecuánime en la valoración; percatándose a la vez—, de lo imprescindible que le era para poder tener conciencia de sí—, el alcanzar esas tres visiones que le conformaban. Él era así. Ése era su yo.

Pero claro, el descubrir su realeza le llevaba—, inmediatamente—, a percibir el reino a la que ella se refería. Se es rey en relación a algo (se decía), y eso le hacía ver sus dominios, su reino—, igual—, igual—, que como se había visto a sí mismo, con sus tres perspectivas: la de “dentro”, la de “fuera” y la de “a través”; sintiendo en la de “dentro” el ser propio de su reino, su vida, su presencia en el tiempo, el lugar de cada cosa y la pervivencia de todo; en la de “fuera” veía la sustancia que le conformaba y su situación y cambio, y en la de “a través”—, la razón de ser del mismo, su función y motivo; con lo cual—, su reino—, al igual que él—, estaba vivo, tenía un lugar y una estructura—, y un sentido concreto para cada cosa.

También pensaba—, que si era rey—, tendría que ejercer su realeza de alguna manera, pero—, a la vez—, se daba cuenta—, que por el mero hecho de ser el reino un reflejo suyo—, pues ya la ejercía. No había nada en el reino que no le debiera pleitesía, ni nada que no le tuviera que reconocer como señor de aquellas tierras. Y—, sin embargo—, sentía que no sería rey del todo hasta que no se ofreciera todo él al servicio de su reino, porque ésa era la chispa que faltaba para que todo se pusiera en movimiento.

Y así lo hizo.

Y así—, sin prisas—, comenzó a manifestarse el reino. Y creció. Y se desarrolló. Y poco a poco fue llevándose a cabo toda esa riqueza que brotaba de su rey y que le explicaba como cada obra explica a su autor.



Y—, así como él era libre de obrar o no—, de servir o no—: él dejaba libertad a sus súbditos para hacer lo mismo: para obrar o no—, para servir o no.

Pero claro, el que no servía—: no servía; es decir—, era inútil, y eso retrasaba muchísimo la evolución y la plena instauración del reino. Era como un quiste que lo paraba todo al no querer participar en la realeza que reflejaba su rey, ya que—, por tenerse a sí mismo—, renunciaba a todo lo demás. Y lo malo es—, que eso—, además—, era contagioso, porque parecía que quien se enquistaba era más feliz y más libre—, al no hacer aquello que era bueno que hiciera; con lo que el desarrollo del reino acababa recayendo en los súbditos fieles—, que ahora—, además de estar sobrecargados—, tenían que mantener a los que actuaban como esos parásitos que—, al reproducirse—, poco a poco van consumiendo a quien los hospeda; por eso—, el reino—, cada vez crecía con más dificultad.

La situación llegó a hacerse tan preocupante—, que la gente empezó a preguntarse si aquel rey, su rey, no se habría olvidado de ellos, o si estarían en un error en su creencia y—, realmente—, su rey—, no era otro que el que decía llamarse "príncipe de esta tierra", auténtico cabecilla de todo el proceso de enquistamiento y parasitismo. Porque el deterioro había llegado a tal extremo—, que ya no sabía nadie quien era quien—, y todo se había convertido en un mar de dudas. ¡Tantos habían dicho tantas cosas!. ¡Tantos habían venido diciendo: yo soy!.

Y el pueblo clamaba a su rey para que saliera de su palacio y se hiciera presente ante ellos y así poder creer en él y confiar en él. (¿Sería verdad—, como decía el príncipe de esta tierra—, que el palacio estaba vacío?).

Cierto que se contaban casos de apariciones del rey entre su pueblo, incluso de un caso especialmente singular en que había vivido entre ellos como uno más, pero de una forma tan curiosa—, que ellos mismos le expulsaron de mala manera por farsante. Todo eran rumores y cuentos de fieles y no fieles, de creyentes y no creyentes, de partidarios y contrarios.

Y el tiempo pasaba y la respuesta no llegaba, y los súbditos fueron olvidándose de su esperanza, o condicionándola según sus criterios—, de tal forma—, que se transformó en un algo irreal, abstracto, para lo que no era necesario estar atentos, vigilantes, aguardando...

Y mientras—, el rey—, contemplaba a su pueblo y veía a su reino—, con tristeza, porque conocía su duda y palpaba su desconfianza. Y se decía asombrado—: ¡¿Acaso me abandonaré yo a mí mismo?!. ¡¿Cómo pueden dudar!?.

Porque la verdad era—, que nunca había dejado de actuar en su reino ni de ayudar a su pueblo, pero ellos estaban ya tan afectados—, que eran incapaces de reconocerlo. Así que observó—... recapacitó—... y decidió poner una solución al problema. Era dura y difícil de llevar a cabo, y lo sabía por propia experiencia, pero no quedaba otro remedio que intentarla una segunda vez: Tenía que vivir de nuevo entre ellos como uno más. Las condiciones habían variado poco, pero las circunstancias sí lo habían hecho más, por lo que las situaciones también tendrían que ser diferentes.

Así—, empezó a darle vueltas al asunto de cómo iniciar todo de nuevo—, repitiéndolo desde el principio—, y—, a la vez—, comenzar a edificar desde lo ya construido.

La otra vez se había elegido de entre sus fieles una reina de la que poder nacer entre ellos como uno más, como un heredero, como el príncipe heredero que mostrara a su pueblo la diferencia con el príncipe de esta tierra; porque—, como era rey—, en su reino podía hacer eso y mucho más: ser grande o ser pequeño, conocido o desconocido, nacer o morir. Señor era de todo ello.

Pero ahora—, el contenido era diferente (sin dejar de ser lo que era) y la situación también. Ahora tenía que mostrar que la reina—, (que—, por cierto—, vivía en el palacio como el tesoro máspreciado)—, era a la vez todo su pueblo, todo el reino. Tenía que hacerles entender que—, así como la reina lo era todo para él—, porque había sido su súbdita, su fiel, su hija, su esposa, su amante, su madre, su amiga, su hogar, etc., etc., etc. —, así lo era su pueblo para él: todos y cada uno. Y—, así como el rey lo era todo para la reina—, así—, lo debería ser todo para su pueblo, porque reina y reino constituían una sola cosa.

Tenía que hacerles ver la importancia y responsabilidad trascendental de cada uno en el reino—, y su lugar singular, y alumbrar todos esos puntos oscuros que era preciso aclarar—, y que—, la otra vez—, no pudo, al tener que atender a cosas más elementales y básicas. Entonces quería rescatarlos—, y—, ahora—, quería dignificarlos.

Además—, eso le brindaba la oportunidad de que también le conocieran en una tercera faceta; porque le conocían o sabían de él como soberano, y muchos le habían reconocido como heredero, pero la verdad es que pocos tenían una idea clara de su faceta de consejero; y si la otra vez era el principado y la herencia lo que se litigaba con la facción parasitaria del príncipe de esta tierra—, ahora se trataba del desconcierto introducido por dicha facción sobre un supuesto saber y conocimiento del reino. (¡A él le iban a decir cómo era su reino, después de ser el que mejor lo conocía porque era un reflejo suyo!).

Había que acabar con ese angustioso desconcierto del no saber—, que atenazaba a su pueblo.

Por eso—, esta vez—, decidió nacer de en medio de su pueblo—, de entre sus fieles—, como uno más, y para ello tenía que olvidar todo lo que sabía, quién era, el porqué, todo: Porque debía nacer como ellos y vivir como ellos. (¿Podría superar la prueba una vez metido en la vorágine—, cuando se olvidara de todo y el parasitismo le acosara?).

Y de esta forma—, perdiéndose en el olvido más profundo—, olvidándose de sí como la suave llovizna que empapa la tierra—: tomó un lugar en medio de su pueblo.

Y nació, de mujer y de varón, porque ya no era necesario mostrar la herencia, ni salvar lo ya salvado, sino que se trataba de dignificarlo, de transformarlo, de hacerlo nuevo; de que aprendieran que de la reina nacían aunque no fueran conscientes de ello, y—, por tanto—, con toda su dignidad, (esa dignidad que se dejaban arrebatarse). Pero precisamente por eso—, vino a

nacer como nadie lo esperaba, donde nadie lo esperaba, cuando nadie lo esperaba.

Cierto que la otra vez anunció que volvería, y que lo haría de otra manera; pero sus súbditos fieles esperaban o se imaginaban otra cosa, algo como más espectacular—, no una diferencia tan igual, (y a la vez—, tan chocante—, tan escandalosa a sus ojos).

Cierto que tenían sus libros en que estas cosas estaban anunciadas—, y que incluso la reina había salido alguna vez del palacio para advertirlo—; pero como la forma de proceder de los habitantes del palacio era tan poco accesible al entendimiento y a la azarosa y tumultuosa vida de los súbditos—, y—, más aún—, de las gentes todas—, pues era de comprender que lo que menos pensasen es que realmente estas cosas llegaran a suceder.

¡Cómo iban ellos a suponer que el esposo de la reina—, quien mejor la conocía—, quien conocía su intimidad—, aquél que era su corazón—, iba a llegar ahora a explicárselo a ellos según sus propias costumbres y modos!. ¡Quién iba a imaginar que había llegado el momento de saber cómo era la intimidad y profundidad del reino!.

Porque el niño que nació fue como tantos otros, y lo hizo en un lugar como tantos otros, y vivía y crecía como tantos otros. Y nadie podía distinguir nada especial en él—, porque jugaba y enfermaba como tantos otros. Y si alguna cosa podrían decir de él—: es que era un niño bueno, sin más. Incluso—, curiosamente—, su educación se mantuvo alejada de los ambientes monárquicos, siendo muy elemental en esos temas; pero es que él había querido nacer entre sus fieles pobres en ese aspecto—, entre los pobres en sabiduría—, a conciencia. (No era ya lo material propiamente el objetivo, porque no se trataba de salvar sino de dignificar).

Sólo algunas “coincidencias”—, ajenas a voluntades personales—, marcarían algunos de estos acontecimientos—, sin que el pueblo llegara a ser consciente de que aquel hecho abstracto que celebraban—, se convertía en concreto en medio de ellos. Así—, por ejemplo—, decretaron un año de gracia—, justamente cuando él nació—, para—, curiosamente—, celebrar la dignidad de la reina; o—, como lo harían de igual modo—, cuando llegase el momento de que él intentara comenzar a transmitir su misión. Y—, así—, otras “circunstancias anecdóticas” —, que quedarían como señales para un posterior descubrimiento.

Pero el niño se mantenía ajeno a estas cosas—, inmerso en su mundo infantil: viendo—, observando y aprendiendo como todos los niños. Aunque algo—, imperceptible para todos incluso para él—, comenzaba a suceder. Un algo apenas patente, indefinible e impreciso que parecía brotarle por los poros—, y que alguna vez le hacía dirigir la vista hacia el lejano y desconocido palacio del que ya le habían hablado. Algo que no decía nada, como una llamada silenciosa—, como un silencio a su mirada—, que él guardaba en su corazón sin ser realmente consciente de ello, pero que—, andando el tiempo—, le iba haciendo prestar más atención a ese silencio, hasta—, incluso—, quedar subyugado ante él. Sin embargo—, la presión parasitaria reinante requería su atención—, y le distanció durante un tiempo, aunque sin conseguir romper esa atracción latente que le protegía.

Un día—, cuando ya tenía capacidad para entender las teorías parasitarias—, decidió conocer por él mismo la realidad de lo que decían sobre que el palacio estaba vacío y que—, por lo tanto—, no había que hablar de reino sino de esta tierra—, y otras cosas por el estilo—: y se detuvo a mirar con detalle el lugar y lo que ellos llamaban esta tierra. No tardó mucho en cerciorarse de que lo que veía era un reino y no otra cosa—, y de conocer la presencia del rey al que tal se refería: El silencio se había vuelto sonoro.

Tan evidente le parecía—, que inmediatamente comenzó a hablar con él en su pensamiento y en el centro de su corazón—, con la mayor de las naturalidades, familiarmente, como quien habla consigo mismo, pero sin cobrar la más mínima consciencia de su singular actitud. Y como una consecuencia del conocimiento de su rey—, y de comenzar a descubrir sus actitudes e intenciones—, fue el reconocer éstas en la historia que le habían contado sobre el príncipe heredero, con lo que fácilmente pudo descubrir—, en ese príncipe—, a su rey. Para él no había problemas en encontrar en su rey tanto al soberano como al heredero: ¡Estaba claro!, ¡era una consecuencia lógica y acorde con las actitudes reales! (pensaba). Y a partir de ese momento se preocupó de enterarse bien cómo había sido la historia del heredero y qué cosas había dicho y hecho, pero guardando todo esto en su corazón para que nadie pudiera interferir en la educación que le proporcionaba su rey. De esta forma—, se cumplía lo anunciado en uno de los libros que ellos leían—, viéndose así libre de ser engullido por el gran parásito.

Por aquel entonces ocurrió un hecho curioso que recordaba un acontecimiento de los narrados en la historia del heredero: Apareció por el lugar—, un sabio, jefe de un grupo de sabios—, que venía de otro muy distante—, a buscar al rey definitivo de los sabios, ya que según sus creencias—, ese rey soñado—, había nacido en esas tierras; y así se presentó ante el jefe supremo de las mismas. Pero el jefe supremo no tenía la menor noticia del evento y no pudo informar al visitante, con lo que—, aunque éste encontró la localidad acertada—, afortunadamente—, no pudo hacerlo con la persona, y se volvió a sus tierras.

Y la educación de aquel adolescente—, (joven ya)—, proseguía “a solas y a escondidas” (según su señor decía), hasta que llegó el momento en que—, viendo que los hechos de su vida no eran acordes con su pensamiento y su voluntad—, porque no lo estaban con la de su rey—, decidió cambiar de actitud de vida, y entró como en una fase de crisálida. La oruga moría para dejar paso a una posible mariposa; ¿Cómo sería?.

A partir de entonces los acontecimientos interiores se aceleraron, y la comunicación con su rey se clarificó e incrementó hasta hacerse constante, continua, permanente; tan habitual y rutinaria—, que perdió—, si alguna vez lo había tenido—, ese halo de singularidad que cualquiera hubiera podido atribuirle. (Y—, sin embargo—, parecía existir como un acuerdo tácito de silencio).

Pero a pesar de que las transmutaciones eran interiores y de que la intimidad se mantenía a salvo de intromisiones—, cualquier observador fino hubiera podido presentir lo que ocurría—, por los cambios indirectos que se producían: El saber, la originalidad, la profundidad, la inquietud... Cualquiera hubiera podido apreciar en ello la aurora de un despertar, una chispa, un reflejo que no se sabía de donde venía. Pero en su ambiente nadie se extrañó

como para preguntarse—: ¿De dónde le viene a éste todo eso que antes no tenía?.

Sí, decían de él que vivía en una torre de cristal—, que se estaba creando un mundo ficticio—, pero que—, más tarde o más temprano—, despertaría de su sueño. Empezaba a ser un “bicho raro”.

Y—, sin embargo—, su vida discurría dentro de una aparente y total normalidad e intrascendencia, con quehaceres y actividades que no merecían una especial mención. (Pero—, en el fondo—, en lo profundo—, todo ello encaminado a la consecución de ese fin desconocido para él: de su misión. Todo debía ser así para que ésta pudiera llevarse a cabo. ¿Qué hubieran hecho con él—, si los ambientes monárquicos o sus contrarios—, hubiesen sospechado tan siquiera la presencia del rey entre ellos?. ¿Qué hubieran hecho al poder agarrarle con sus manos cuando aún era tierno y manejable?. Pero la propia incredulidad de ellos le protegía).

Cierto día—, en que le contaban la historia de uno de los héroes del pueblo—, destacado por el servicio a su rey y a los demás—, oyó cómo referían unos hechos especiales—, singulares y propios de los héroes en su particular relación con el rey, y pudo reconocer en esos hechos—, experiencias propias de su misma vida: ¿Qué tenían que ver los héroes con él? (se asombró). Y como saliendo disparado de sí—, se enajenó a sí mismo para poder ver desde lejos lo que ocurría.

No podía dar crédito a sus ojos: ¡Tenía una vida de héroe y no se había enterado!. (Como para él era tan normal y habitual tenerla así!). La emoción, la alegría y el miedo le embargaban. Y se preguntaba—: ¿Por qué yo?. ¿Qué tengo yo?. Y por más que miraba no encontraba una justificación, así que se dijo que si su rey quería regalarle semejantes cosas—, no iba a ser él quien lo rehusase, y se quedó tan contento; pero se decía para sí (que para él era decirle a su rey)—: “Seguro que alguna me tienes preparada. Lo intuyo”.

Desde entonces empezó a ver las cosas de una manera más rica, dándoles más importancia y trascendencia. Y el tácito silencio comenzó a agrietarse al cobrar consciencia del mismo—, como quien aprecia que puede tener algo que aportar. Pero... ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿dónde?, ¿a quién?.

A estas preguntas el tiempo le iría dando respuestas.

Y al igual que aquel algo que le fluía por los poros sin poderlo remediar—, sin saber de donde venía—, y sin saber lo que era—: su vida comenzaba a traslucir lo que sabía, lo que vivía por dentro; al principio—, de forma muy parca y timorata—, pero intensificándose progresivamente hasta acabar impregnándolo todo. Ya no podía ocultar que su rey era el centro de su vida.

A partir de ese momento fue cuando sus allegados empezaron a preocuparse: El cariz que tomaban los acontecimientos no les gustaba, les parecía vislumbrar como si la sombra de la locura (lo incontrolable y desconocido) se cerniera sobre ellos. Pero no consiguieron evitar que todo siguiera su curso.

Y así—, la vida de nuestro amigo comenzó a ser singular a los ojos de la gente—, y sus palabras también, porque hablaba con seguridad, con vivencia de lo que decía. Algunos que le oían se decían—: “Qué bien ha sido instruido éste por los ambientes monárquicos”. Y otros—: “Cuánto ha leído y estudiado

para saber esto". Pero la verdad es que—, tanto unos como otros—, se engañaban, porque su sabiduría procedía del corazón.

Incluso—, en los ambientes monárquicos—, con los que entonces comenzaba tímidamente a ponerse en contacto por primera vez—, no sabían muy bien como catalogarle, porque se movía por ellos con libertad, sin estar sujeto a ataduras o a facciones, y eso era del todo inusual. Pero es que él pensaba—, que dentro de la misma casa se podía tanto estar en la cocina como en el comedor, según se necesitara—, sin con ello tener que implicar un cambio de casa; y ese pensamiento no era precisamente el que imperaba entre los monárquicos.

A medida que se integraba en esos ambientes descubría muchas cosas que le chocaban profundamente: Se asombraba ante el hecho de que se podía ser monárquico acérrimo—, incluso de una facción radical—, y sin embargo no ser un súbdito fiel en absoluto, e inclusive—, además—, propagar una corriente parasitaria; que una cosa era la apariencia y otra la realidad, y que aquélla era mucho peor que los descarados males que acontecían; por eso el gran parásito tenía precisamente ese poder, porque era todo apariencia.

Veía también que—, curiosamente—, era más fácil encontrar súbditos más profundamente fieles entre los alejados de los ambientes monárquicos que entre los inmersos en ellos, ya que—, en estos últimos—, era más fácil guardar fidelidad a una facción determinada—, que ante su propio rey. Y que—, en general—, el desconcierto reinante era enorme: El lugar estaba plagado de reyezuelos—, y cada persona era—, a su vez—, un reyezuelo, (el reyezuelo de su propio quiste).

Pensaba que qué podía hacer él ahí—, solo, completamente solo, ante esa vorágine, sin nada, recorriendo un camino—, hasta la fecha (que él supiera)—, intransitado. Él no era nadie. No sabía cómo—, su rey—, se había fijado en él. Se veía señalado con el dedo sin saber por qué ni para qué. Pero como su vida estaba volcada hacia su rey y su voluntad era la suya y su querer el suyo—, pues confiaría en lo que su rey le mandara.

Y llegado el tiempo—, dejando su casa y su parentela—, se puso a servir a los otros según buenamente sabía, haciendo lo que había aprendido en su ambiente durante su vida. Y su señor le mandó lejos, a tierras lejanas; porque todavía tenía algo importante que aprender aunque él no lo supiera.

Y ocurrió—, pasado el tiempo—, que—, a pesar de que la intimidad con su rey había alcanzado cotas excepcionales y había avanzado mucho en el conocimiento de su mundo y de lo que llamaban esta tierra—, comenzó a encontrar insuficiente lo que hacía—, y de poco valor—, y—, cayendo en una crisis personal—, regresó a su lugar de origen.

Se preguntaba—: qué querría su señor de él, y se sorprendía de que todo hubiese ido tan bien y en progresión desde el principio—, para acabar desembocando en la situación actual, pero—, a la vez—, sentía que debía transmitir todos esos saberes y conocimientos que había encontrado y aprendido; y fue entonces—, cuando—, de repente—, sin saber cómo—, su mente se abrió y su lengua se desató. Como en una cascada de consecuencias—, todos sus conocimientos y saberes empezaron a casar—, y todo a encontrar su sitio, su lugar; a encajar como el guante en la mano. ¡Lo

inexplicable tenía explicación!. ¡Los secretos del reino se hallaban ante sus ojos!.

Su alegría era indescriptible. Pero—, al mismo tiempo—, el miedo ante aquello que le superaba y trascendía—, le acechaba, y le hacía rehuir una pregunta que—, como consecuencia de ello—, inmediatamente había aparecido: ¿iY esto por qué a mí!.

Estuvo eludiendo la pregunta durante todo el tiempo que tardó en ordenar su pensamiento y sedimentar sus conocimientos, favorecida la circunstancia por la expectación que le producían los nuevos descubrimientos y perspectivas, pero—, a medida que ahondaba en ello y se percataba de las dimensiones de su saber y de lo excepcional de su profundidad—, la fascinación dominante iba perdiendo efectividad para subyugar la angustia que eso le producía; hasta que—, al final—, no tuvo más remedio que enfrentarse directamente con la pregunta. Y—, para poder responderla—: hacer lo que ya hiciera en otra ocasión: enajenarse a sí mismo, salirse de sí una segunda vez—, para poder comparar una visión de sí (la íntima, la de dentro)—, con la otra (la de fuera, la que adquirió cuando se descubrió con vida de héroe)—, desde esa tercera que ahora alcanzaba. Y entonces fue, entonces—, cuando averiguó que aquello misterioso e inexplicable que le manaba por los poros—, no era otra cosa sino la misma realeza.

Fue tal la angustia que le sobrevino—, que—, prácticamente—, enfermó durante un tiempo. ¡No podía dar crédito a lo que veía!, y no podía asumir tal responsabilidad.

Todo le señalaba con el dedo—, y desde la profundidad de las cosas brotaba el nombre que le otorgaban según su función: él era el consejero.

Pero eso no podía ser (se decía)—, eso era esquizofrenia pura. Él no tenía ningún poder, no tenía nada. Pero—, al mismo tiempo—, se daba cuenta de que—, aplicando esta nueva clave—, todos los libros monárquicos se esclarecían, y sus anuncios cobraban sentido. ¿Y aquella sabiduría?, ¿y aquel conocimiento de las cosas?, ¿de dónde le venía?.

Según las enseñanzas monárquicas—, el rey había sabido siempre que lo era desde el principio—, y por tanto—, el heredero—, también: Si es rey—, ¿cómo no va a saber que lo es?. Por eso—, (según contaba la historia del heredero)—, lo decía con tanta seguridad.

Y—, sin embargo—, nuestro amigo—, en su confusión se decía-: ¿Qué niño cuando nace sabe su nombre?. El nombre se lo ponen los otros, y él lo averigua cuando—, al responder ante una determinada llamada de ellos—, comprueba que se dan por satisfechos; y—, a la par—, también la función que realiza es la que le da el nombre (niño—, súbdito—, señor—, fiel—, etc.). Y además—, curiosamente-, el heredero llevaba por nombre "uno que rescata", y él—, por una casual coincidencia fonética—, era llamado "uno que todo lo abarca".

También pensaba que podría tratarse todo de un engaño del príncipe de esta tierra y de las corrientes parasitarias, pero no dejaba de ser consciente de la lucidez con que razonaba, de la franqueza con que lo hacía—, y de la sencillez y desprendimiento que ofrecía. No sentía desprecio por nadie—, ni engreimiento—, sino más ganas de servir y dar lo que sabía. Y... ¿cómo el

príncipe de esta tierra iba a tirar piedras contra su propio tejado dándole a él las armas para poderle desenmascarar?.

Al fin—, respiró más tranquilo y concluyó—: que si la cosa era un invento de su rey—, él (su rey) se encargaría de sacarla adelante, y que si no lo era—: no ya su rey—, sino él mismo—, no tenía ningún interés en que saliera; así que se puso manos a la obra sin más dilaciones. Y comenzó a regalar su tesoro de la mejor manera que supo.

La verdad es—, que—, aun así—, se sentía totalmente sobrepasado por esa misión que—, por fin—, había descubierto, y no dejaba de preguntarse cómo era posible que no pudiera recordar nada—, ni fuera claramente consciente de su realeza (si lo era), y además... icon tantas mezquindades como tenía para con su rey!. Eso era del todo incompatible: ¿Cómo puede ser uno infiel a sí mismo?. Se es infiel a otro, ¿pero a uno mismo!?. (Y es que nuestro amigo aún no había descubierto—, que cuando eso ocurre—, es que se ha dejado de ser uno mismo; el aprenderlo le supondría una lección muy dura).

Apenas había iniciado esa etapa de comunicar su tesoro—, cuando empezó a darse cuenta de que toda esa incredulidad que—, hasta entonces—, le había protegido—, iba a ser—, precisamente—, su peor enemigo.

Así—, pensó—, que lo primero que debía hacer era poner en conocimiento del jefe supremo lo que ocurría, y—, ni corto ni perezoso—, se lo comunicó en secreto (quién le hubiera dicho a él que iba a poder atreverse a semejante cosa); pero la verdad es que—, nuestro amigo—, nunca llegó a saber con certeza si eso—, realmente—, sirvió para algo, (salvo por unas pequeñas briznas o detalles que bien pudieran haber sido casualidad). Ciertamente que él no esperaba ningún reconocimiento personal ni figurar él para nada—, pero—, al menos—, sí que tuviera algo de eco lo que tenía que decir, porque—, como él afirmaba—, aquello que tenía que decir no era suyo. Por eso se asombraba cuando sus cercanos o allegados no mostraban el más mínimo interés por el tema, (y eso—, a pesar de que procuraba dárselo dosificado y edulcorado); sólo algunos lo encontraban interesante y curioso—, pero de la misma forma como pudiera acogerse una noticia que se oye y se olvida porque no influye para nada en la propia vida.

Al principio no se desanimó y continuó insistiendo en ello—, utilizando los pobres medios de que disponía, viendo siempre que tales medios eran buenos, (porque había otros que no se lo parecían); pero el desinterés total y absoluto era la única respuesta que encontraba. Se consolaba diciendo que—, al menos—, eso era signo de que lo que decía era bueno—, porque en caso contrario hubiera tenido un eco rapidísimo—, como ocurría con todo lo proveniente del príncipe de esta tierra—; pero como su ánimo era débil—, todas estas dificultades iban mellándole poco a poco.

Y el tiempo pasó, y pasaba lentamente para la ansiedad de nuestro amigo, y la situación parecía imperturbable, inamovible, inquebrantable. Es que—, no sólo no les interesaba lo que tenía que decir—, sino que ni siquiera querían saber qué era: Daba igual.

Resultaba hasta increíble tamaña indiferencia, que—, más parecía premeditada que casual; como si el príncipe de esta tierra se hubiera percatado de su llegada y usara su estratagema más eficaz. (Al igual que hacía



con la reina, que para desvirtuar los mensajes que ésta traía cuando salía del palacio—, él organizaba unos simulacros o parodias muy similares—, que confundían a los fieles—, y desacreditaban o ensombrecían a los auténticos).

Por eso mismo nadie esperaba que la luz anunciada—, que debería iluminar todo su mundo desde un confín hasta el otro—, fuera a ser algo tan abstracto—, tan "etéreo"—, como la luz de la verdad, y esperaban un festival en el cielo, un espectáculo de luz y sonido en el que las puertas del palacio se abrirían y verían salir a su rey en carroza, entre aclamaciones, con toda la corte, el lujo, la pompa y el esplendor. (¡Qué poco conocían a su rey!).

Por eso no podían ver la luz, porque les cegaba su creencia. Y nadie salió a su encuentro en lo "etéreo"—, porque lo etéreo era la abstracción: la sabiduría, y no los aires ni el palacio; ni nadie le vio venir de lo etéreo (como estaba anunciado)—, porque lo etéreo era la abstracción, y no los aires ni el palacio.

Él—, sin embargo—, los disculpaba diciendo—: Si ni siquiera aún han digerido lo dicho por el heredero—, que era para salvarles—: ¿cómo van a apreciar ni tan siquiera—, lo que es para dignificarles?. Porque en verdad que es imprescindible reconocer al heredero—, (ser rescatados)—, para poder apreciar cualquier otra cosa.

Pero—, a la vez—, se lamentaba a su rey de que—, aparentemente—, no pusiera los medios destinados a solventar esta dificultad, y pensaba en cómo—, en la historia del heredero—, éste realizaba hechos portentosos y era escuchado por mucha gente; sin embargo—, él—, cierto que también podía realizar portentos—, pero sólo con su sabiduría, y—, eso—, nadie era capaz de apreciarlo; y—, además—, apenas había alguna persona que le escuchara algo más profundamente, y posiblemente lo hacía—, más por amistad—, que por real interés. También es verdad—, que—, a veces—, la gente se quedaba deslumbrada—, pero eso sólo duraba un rato y nunca llegaba a hacer mella en su vida.

Con lo cual—, el desánimo y la frustración cada vez le constreñían más y acabaron por ahogarle, precipitando una segunda crisis—, comparable a la que le hizo regresar de tierras lejanas.

Al menos—, le servía de consuelo el comprobar cómo—, al heredero—, le había ocurrido lo mismo, aunque con una diferencia: A éste le habían quedado algunos seguidores—, y él estaba completamente solo, (y sin un norte claro).

Así que optó—, ante su fracaso—, por dejar a un lado su misión especial—, (esa que sólo podía realizar él)—, y dedicarse a vivir más imbricado en su mundo cotidiano como un súbdito fiel más, sirviendo como uno más entre la gente, (pensando que—, quizás—, desde ahí—, podría ser más útil); pero cometió un error, y fue que—, al imbricarse tanto—, olvidó con demasiada profundidad lo que llevaba a sus espaldas (aquello que—, en cierto modo—, le distanciaba): su experiencia, su vida, quién era, su saber... Y—, sin darse cuenta—, porque nunca había pensado que eso pudiera ocurrirle y no tenía defensas—, el oprobio—, como un gusano—, penetró bajo su piel.

Fue demasiado tarde cuando cobró consciencia de ello, porque—, para entonces—, ya le roía por dentro: El oprobio—, cual caballo de Troya—, había entrado en su recinto y le destruía, y no le dejaba ser dueño de sí.

Enseguida—, recurrió a su rey pidiéndole ayuda, pero su rey no le contestó; y le suplicó de nuevo, pero su rey no le contestó. Y le dijo—: Mira—, que es ahora cuando más te necesito.

Y clamó—, y clamó y clamó ante él, pero su rey a nada respondió. Y le insistía diciendo—: ¿Por qué me abandonas?. ¿Qué te he hecho?. ¿En qué te he ofendido. Sé que estás ahí, te siento. Sé que me escuchas. ¿Por qué no respondes?.

Pero su rey nada dijo.

Él—, a consecuencia de su situación interna—, se había ido distanciando de sus amigos de siempre, y los nuevos amigos obtenidos tras la imbricación defraudaron su confianza, fue engañado—, e incluso alguno renegó de él, siendo herido por quien más quería; y—, como remate—, su mejor amigo—, su compañero de toda la vida—, aquél que era su misma vida—, su señor—: no le hablaba y se había desentendido de él.

Solo, sintiendo la terrible soledad a nada comparable tras la ausencia de su señor—, y con su ciudad interior destruida e incendiada—: sin sus portentos, sin su saber, sin que ya nada le fluyera por los poros—, hundido y abatido—, como grito escribió esta carta a su señor:

¡Señor!, ¿dónde estás?  
¿Qué fue de ti y tu mirar?  
de tu casa, de tu alma, de tu fuego, de tu hogar,  
¿qué fue de tu amor sin igual?.

¿Qué te he hecho?. ¿Qué te hice?  
¿Qué deshice?. ¿Qué maté?  
¿A quién yo desconsolé—,  
para que olvides ahora  
el tiempo que convivimos  
y la vida que tuvimos  
juntos en un mismo amar?.

¿Acaso no te serví  
e hice lo que quisiste?.

¿Acaso no descubrí  
los secretos que dijiste?.

¿Acaso no transmití  
aquello que mi alma oía—.  
Y no puse yo mi vida—,  
según mi saber sabía—,  
en la tuya recogida—,  
para que hasta en mis palabras vieran  
a aquél de donde venían?.

¿Por qué—, entonces—, me dejaste?  
¿Por qué me desconsolaste  
sabiendo lo que te quiero  
sin corregirme primero?.

¿No eras tú el del querer tan sincero?.

¿No eras tú el del amar por entero?.

Pues mira bien lo que digo—,  
porque aunque tú no me quieras—:  
te quiero.

¡Mira la ciudad fuerte!.

¡Mira sus ruinas y dime—:  
¿Es ésta la tierra inerte  
que orgulloso protegías?  
¡¿Dónde están sus palacios y jardines!?.  
¡¿Dónde fue la alegría de su gente!?.  
¡¿Y sus gritos? ¿no los oyes?!.  
¡¿Y su gemir en su carne?!.

¡¿Quién la llamará envidiada!?.

¡¿Quién recibirá sus aguas!?.  
Si la entregaste al oprobio  
y a la vergüenza infamante!  
A la burla, a la ignominia,  
al agravio y a la afrenta!.

Pues escucha a sus cenizas,  
a sus ruinas, a sus restos,  
a sus gritos lastimeros  
como gritan—: ¡yo te quiero!.

¡¿No era tu casa la mía?!.

¡¿No era mi vida tu templo?!.

Si se trataba de chanza—,  
de divertirme a mi costa—:  
mira que mal te ha salido  
en el engaño este juego,  
que hasta pierdes tu corona—,  
como un cualquier rey fingido  
que la cede ante el mendigo—,  
cuando te miro y te digo—:  
Yo—, sin embargo—, ¡te quiero!.

Pobre y desamparado,  
desvalido y sin cobijo.  
Todo me lo has quitado:  
los amigos—, la ilusión—,  
la esperanza—, la ternura—,  
y la misma compasión—,  
cuando olvidado en tu afecto  
me rompiste el corazón.

Vencido por la impotencia,  
entre el olvido humillado,  
entre estiércol,  
dolorido,  
incapaz,

estremecido;  
con mi último aliento digo—:  
Señor—, ¡yo te quiero!  
Y si ves que todo esto es bueno—:  
¿Tú lo quieres?—:  
Yo lo quiero.

Y si quisieras aún más—,  
y en tu omnímodo poder  
privarme—, además—, del oro  
de ese tesoro escondido—,  
de esa joya que poseo  
en mi último escondite—,  
que—, al mirarte—, me permite  
verte y decirte—: ¡te quiero!—;  
pues antes de que eso llegue  
y me convierta en risión,  
en locura, en esperpento;  
en otro yo innominado  
que no recuerde ni el día  
en que revivió a tu lado—,  
quiero decirte mi nombre  
y repetirlo inflamado  
hasta morir agotado  
en tu lejano recuerdo.  
Y es que me llamo ¡te quiero!,  
¡te quiero!, ¡te quiero!, ¡te quiero!,  
¡te quiero!, ¡te quiero!, ¡te quiero!...

Pero su señor se hizo el duro ante la misiva y tardó en ir suavizando su actitud, lo que fue haciendo muy lentamente, o—, al menos—, así le parecía a nuestro amigo en su angustia, que—, mientras tanto—, torpemente en medio de su locura—, procuraba hacer lo que era bueno según había aprendido de su señor.

Y volvió a oír la voz de su señor, y volvió a escuchar sus consejos; y a medida que los aplicaba—, aquel gusano maligno se fue transformando—, para acabar muriendo a su maldad, y ¡al fin—, se vio libre!. Por fin podía respirar con libertad después de tanto tiempo, y la alegría de las gentes volvía a su ciudad interior que comenzaba a reconstruirse: Su señor reinaba por fin en ella.

Había descubierto que—, sin pretenderlo—, se había estado rindiendo a otros vasallajes, y rey no hay más que uno; y que—, si lo hacía—, dejaba de ser él mismo. Por eso lo había perdido todo, para que experimentara en su carne lo que era ser presa del parasitismo. Y podía contarlo. Y podía ayudar a los otros desde su misma experiencia. (Nadie aprecia lo que tiene hasta que lo pierde).

¡Oh, su rey!, cuanto habría sufrido consintiendo que ésta se produjera. ¡Cuanto quería a su pueblo! para permitirle. Porque por ellos era—, y sólo por ellos—, por lo que se entregaba en holocausto totalmente a su servicio. ¡Oh, sí

era rey, sí lo era!, y sin necesidad de corona. ¡Qué sabiduría la suya!. (Y qué dolor el de nuestro amigo, y el de su rey que le acompañaba, mordiéndose los labios para no contestar a sus gritos, rompiéndose el corazón para conseguirlo, tapándose los oídos para no oír sus inenarrables gemidos).

Y nuestro amigo vio que era bueno todo lo que le había sucedido por el bien del pueblo, y lo asumió y aceptó (no fácilmente, desde luego). Y—, de nuevo—, sus poros volvieron a manar realeza—, y la sabiduría le renació, recuperó amigos y encontró otros nuevos, y cambió la forma de explicar su saber—, que se asemejó a como conocía lo había hecho el heredero—, y empezó a contar historias—, y algunos empezaron a escucharle.

Así—, un día—, para explicar la justicia de su rey—, dijo:

Hubo una vez un hombre que poseía una hacienda en la que trabajaban dos hijos—, a los que quería de una forma tan entrañable—, que era de difícil explicación. El hijo mayor le ayudaba en la administración de la misma—, y—, el pequeño—, lo hacía con los empleados y trabajadores, pero—, de tal manera—, que su padre estaba orgulloso de ellos.

Los dos hermanos—, a pesar de ser hermanos—, se habían hecho muy buenos amigos—, hasta ser casi inseparables y que la gente confundiera sus nombres. Pero como el pequeño era muy dinámico y le gustaba relacionarse con gente—, y salía mucho de la hacienda e iba y venía con frecuencia—, el mayor comenzó a acompañarle, y—, con ello—, a dejar de lado la hacienda y las cosas de su padre; y el pequeño también. Pero el menor—, que era muy celoso de sus cosas—, se dio cuenta de la presencia de su hermano en ellas—, y de todo lo que conocía por ser su amigo—, y empezó a darle esquinazo de la forma más hábil que sabía—, para—, así—, poderse sentir impune en ellas.

El mayor—, que quería mucho a su hermano—, se percató enseguida de la maniobra y se sintió herido, y empezó a desconfiar de él; y esto inició una serie de discusiones y desconfianzas que acabaron por romper la amistad. Y la incomunicación—, y la influencia de terceras personas—, a quienes convenía para sus propósitos el fracaso de esa amistad—, hicieron el resto; para que—, así—, se cumplieran aquellos refranes que dicen: "problema que no se habla se enquistá", "divide y vencerás", y "a río revuelto ganancia de pescadores". (Pero es que—, al pequeño—, no le interesaba que se pudiera romper su impunidad).

Y como el mayor no valoraba las mismas cosas—, y para él el afecto era lo primero—: dolido—, colocó este cartel en la puerta de su habitación a la vista de todos:

Si quieres saber la verdad  
de la amistad de un amigo—:  
ten astucia y ponle e prueba—,  
y verás lo que te queda.

Cuando lo vio el pequeño—, y dedujo que todos se habrían enterado de lo ocurrido—: furioso—, escribió él otro—, que colocó en su puerta:

No confíes en marranos  
ni en quien se diga tu hermano  
que—, para gente indiscreta—,  
tengo un corazón de piedra.

El padre—, que había ido asistiendo al paulatino proceso de desintegración y había intentado mediar sin éxito—, habló por separado con cada uno de ellos—, y—, esta vez—, el mayor—, le escuchó. Le dijo—: que ante todo era su hermano y no podía matarle en su corazón, que ellos le habían hecho lo mismo a él y—, no por eso—, los había olvidado sino al contrario: ahora se preocupaba más—, porque los veía más pobres y desvalidos; y le pidió que se reconciliara con su hermano, que le pidiera perdón, que le perdonara aunque él no quisiera, que se esforzara en fiarse de él—, porque eso era signo del perdón: que nadie podía perdonar de verdad—, si no había aprendido a pedir perdón.

Entonces—, el hermano mayor—, movido por el dolor del arrepentimiento—, le dijo—: Padre, perdóname por lo que he hecho. Ahora reconozco—, que todas aquellas cosas por las que acusaba a mi hermano en mi corazón—, las he hecho yo contigo, y sufro al poder sentir lo que sientes.

Sin embargo—, el pequeño—, apenas escuchó las palabras de su padre, y tras un momento de duda—, decidió no arrepentirse, aunque como autojustificación se dijo que guardaría las apariencias—, y no repudiaría a su hermano en público; incluso lloró de rabia por no arrepentirse, pero no se arrepintió; y se dijo—: No temo a mi padre porque sé que me quiere.

Y al cuarto del menor fue su hermano, y le pidió perdón, pero la respuesta seca y lacónica del pequeño se limitó al texto que figuraba en su puerta (No confíes—... etc., etc.). El mayor insistió—, pidiéndole la reconciliación—, y le dijo—: "Mira que vengo a ti como enviado de paz, si me rechazas—, rechazas al que me envió"; pero su hermano—, aun sabiendo que se refería a su padre—, altanero—, le repitió el texto de su cartel. A pesar de esta respuesta—, el mayor le dijo—: "Pues sabes lo que te digo—: que me has hecho mucho daño—, pero yo te perdono todo—, de corazón". Y—, por tercera vez—, el menor—, orgulloso y prepotente—, citó los versos de su puerta.

El mayor volvió a su padre entristecido por su hermano—, pero satisfecho y contento consigo mismo—, y le comentó—: "¡No le conozco!, con todas sus increíbles cualidades ¡y obra así!; parece otra persona que tuviera ahogada o encarcelada a la auténtica que yo conocía y era mi amiga". Y le dijo su padre—: "Ya has hecho todo lo que podías, ahora no te preocupes más—, porque yo seré tu valedor. Dedícate a las cosas de la hacienda y a obrar bien—, que del resto me encargo yo". Pero el hijo intervino—: "Padre, no es su amistad lo que me preocupa, sino él mismo: lo que podría ser y lo que es, su futuro... Recuerda que es tu hijo querido,

mimado". Y respondió el padre—: "Crees que no lo sé. Aprende a sentir ahora lo que yo siento. Escucha":

Había una vez un sapo que observaba entre unas piedras todo lo que ocurría en su pequeño mundo de alrededor, y reparó un día que una princesita paseaba con cierta asiduidad por el lugar, y a medida que la veía con sus ojillos saltones—, notó que algo iba cambiando en su interior y le hacía blando y moldeable.

Así sucedió que el sapo aquel cobró un cariño inusitado hacia aquella princesita que alguna vez le echara agua desenfadadamente cuando le veía acercarse a la charca próxima.

Tal era el cariño—, que le hubiera gustado compartir sus cosas con ella—, como ya lo hacía con su amigo del alma, otro sapo al que quería como si fuera carne de su carne y con el que no había cosa—, sentimiento o pensamiento que no compartiera. Pero—, a la vez—, sentía cómo la princesita apenas reparaba en él—, sino como quien ve a un simple (y bastante asqueroso—, por cierto—): sapo.

¿Cómo podría él acabar siendo el centro exclusivo del cariño de la princesita—, tal como ella lo era para él?. Era imposible.

El conocía cosas imposibles—, pero tales como esa—: no.

Nunca, nunca—, podría atravesar ese muro infranqueable: el amor hacia sus padres—, el de sus familiares—, el de sus amigas y amigos—, (multitud, ya que era una princesa)—, el de sus pretendientes, la atención hacia sus cosas—, sus vestidos—, su palacio—, su rango—, su vida—, sus pensamientos—... Y él—, además—, era un sapo, y—, además—, un sapo de lo más vulgar. No tenía ni una sola cualidad que no tuviera mucho mejor cualquier persona del reino o cualquier sapo. ¡Era imposible!. ¡No había nada tan imposible como aquello!.

Invadido por la nostalgia más profunda que le embebía hasta casi hacerle líquido—, buscó a su amigo, el otro sapo que era carne de su carne—, y le dijo: "Yo no sabía lo que era ser sapo hasta ahora, porque ahora puedo mirar por tus ojos y sentir como sientes: ahí—, clavado en tu cruz, porque si es imposible para mí—, que me pueden ver—: para ti—, que ni siquiera te ven—: ¿cómo será?".

Ves como sí que lo sé—, (prosiguió el padre)—, pues sabiendo cómo soy capaz de querer—, y hasta qué extremo—, vas a escuchar ahora mi veredicto: ¿No era él el que no se fiaba de ti?; pues yo sí me fío, y de tal manera—, que—, mira: pongo su herencia en tus manos; dueño eres. Ése es tu premio—, y también su castigo por no haber sido digno hijo de su padre: tener que poner su vida y su destino, su impunidad—, en el objeto de su desconfianza; pero—, a la vez—, también es el tuyo: ¿no lo querías tanto como para olvidar tu deber?: pues carga con sus mezquindades, porque tuya es la administración de sus bienes junto con toda la herencia. ¡He aquí mi sabiduría!. ¡He aquí mi justicia!: Condenados a cumplir mi

voluntad. Y juntos o separados, felices o desgraciados—, según sea la vuestra. Porque—, verdaderamente—, ser hijo mío no consiste en llamarme padre—, sino en cumplir mi voluntad.

El hijo mayor—, entonces—, admirado del saber y la categoría de su padre—, fue a su habitación y cambió el letrero de su puerta por este otro:

Amar a quien bien te quiere  
es un justo proceder—,  
pero—, amar a quien te hiere—,  
eso—, se llama querer.

Los interlocutores que oyeron la historia—, quedaron impresionados de las dotes de nuestro amigo, pero no acabaron de entenderla, y—, sólo algunos—, le pidieron que les explicara determinados puntos oscuros; sin embargo—, otros—, que se habían visto reflejados en las actitudes negativas sugeridas—, se remordían por dentro mientras aparentaban un desinterés total. No podían soportar una conciliación tan perfecta entre la justicia, el amor, la misericordia, la culpa y la condena. Y los que buscaban la venganza disfrazada de justicia—, se dolían ante la benignidad de ese rey que se les presentaba; y los que pretendían la impunidad escudándose en la misericordia—, se exasperaban comprobando lo inquebrantable de su juicio, les reventaba que hubiera que reconocer la culpa para poder obtener el perdón, porque no querían sentir la humillación que suponía reconocerse imperfectos, débiles, al fin y al cabo—: súbditos. Pero—, quizás—, lo que resultaba más incomprensible y—, a la vez—, más lancinante—, era que—, en la propia culpa—, estuviera la condena, que desde el mismo instante en que se alejaban de la voluntad del rey—, era efectiva la autocondena, lo que les llevaba a deducir que—, el príncipe de este tierra—, desde el primer instante—, ya la sufría: ¿Qué juicio era ése!?, ¿qué justicia!?

Y si había autocondena es que había autoperdón—, luego—, con sólo alejarse de las corrientes parasitarias—, con dejar de ser parásito—, ya se pasaba a ser un súbdito fiel más—, con el perdón conseguido, (no en vano ya estaban rescatados por el heredero!); luego estaba claro—, que era imprescindible reconocer la culpa para poder autoperdonarse, (¿cómo—, si no—, podría ser!?, ¿cómo podría uno quitarse una mota—, si no sabe que la tiene o no lo quiere saber!?).

Todas estas cosas desconcertaban sobremanera a todo aquél que le oía y llegaba a planteárselas. No estaban acostumbrados a disfrutar de tal libertad—, y les sobrepasaba; pero—, es que no habían creído en el heredero—, y ésa era precisamente su culpa, su esclavitud: no poder disfrutar su herencia. Y—, como en el cuento—, ahora el heredero estaba en el palacio—, junto el soberano—, igual que el hijo mayor junto a su padre: ¿cómo podrían servirle ahora!?, rendirle su vasallaje!?. Pues sólo podían hacerlo a través de los otros, de quienes les rodeaban, en definitiva—, volcarse a servir en el reino, porque—, como en el cuento—: sí no lo hacen a quien ven—, ¿cómo podrán hacerlo a quien no ven!?.



Ése era el motivo por el que el rey huía de los personalismos cuando intervenía en medio de su pueblo, porque quería enseñarles que era en el reino donde estaba su servicio, y que—, sirviéndose unos a otros—, era como mejor le servían a él. Ése era su mejor vasallaje, que hicieran su voluntad, (como con el padre de la historia).

Por eso—, nuestro amigo—, procuraba hacerles ver su error, para que pudieran corregirse, porque se decía—: “¿cómo podrán dignificarse si no reconocen su indignidad!?!; si ya se creen dignos!?!”. Nadie va al médico creyéndose sano.

Pero—, como era de esperar—, esa actitud acaba por hacer impertinente a quien la practica—, por mucha habilidad y mano izquierda que desarrolle—, sobre todo—, ante quienes se sienten implicados o aludidos por ella; y eso es lo que le ocurrió a nuestro amigo, (y máxime—, teniendo en cuenta—, que ya se había creado enemigos en su reciente época de crisis).

No es que fuera mucha gente la que apreciara tanto detalle—, porque a la mayoría—, acosada por el agobiante ambiente parasitario—, les sonaba todo eso a música celestial—; pero—, sí se percataban de bastante—, quienes tenían—, precisamente—, una vida más hipócrita, y que—, por ello—, era normal encontrarlos en los ambientes monárquicos, (porque—, quien estaba fuera—: ¡una cosa menos que tenía que aparentar!).

Y—, de nuevo—, se aproximaba el aspecto externo de la vida de nuestro amigo a la del heredero, ya que—, a él—, fue también en el ambiente monárquico donde le comenzaron a rechazar.

Decir que cada uno era la medida de su mundo—, era reafirmar las palabras del heredero, pero decir que el mundo era según las creencias de cada uno—, era profundizarlas, y eso—, ya no era aceptado por los notables—, que veían peligrar sus actitudes.

Sin embargo—, era lógico pensar—, para quien podía alcanzar la visión de nuestro amigo—, que en el proceso de enquistamiento—, en el que cada uno se aislaba del resto del reino formando un quiste—, todo el horizonte de ese individuo enquistado se redujera al tamaño de su quiste. Cuanto más pequeño era ese quiste—: más estrecho era su mundo. Cuanto más se concentraba en sí—: más era él la medida de su mundo, su propia ley, su juez, su juicio: Él se condenaba—, él se disculpaba. (Por eso—, nuestro amigo decía—: “Lo que cada uno hace—, eso se hace”, y siempre añadía—: “Y lo que se hace—, al heredero y al reino lo hace”).

Y todo—, a cambio de ignorar el resto, de sobrevivir a costa de lo que pueda penetrar las paredes de su quiste, del servicio de los otros (a quienes parasita), de techar su libertad en mirarse el ombligo siempre. De esa forma nunca se podía conocer el reino, ni disfrutar su inmensidad, ni acertar a ver el palacio, ni atisbar siquiera a su rey.

Su supuesta libertad era una paradoja, un engaño: Cambiar la herencia del reino por la herencia de uno mismo—, (y—, precisamente—, cuando ese uno mismo ya va incluido en el reino). Pero es que ése era—, precisamente—, el engaño de la apariencia, de la hipocresía; y por eso es por lo que—, a nuestro amigo—, le molestaba tanto el aparentar, porque veía en ello la

auténtica raíz del problema. (¡No en balde su misión era traer la verdad al reino!).

Verdad que era el consuelo de los súbditos fieles que clamaban a su rey por una solución; verdad que era la luz que iluminaba la ignorancia, la conciencia, el secretismo, la impunidad; verdad que era el antídoto del engaño y la hipocresía, de la apariencia, de la mentira. Porque los enquistados pensaban—, que si ellos no podían ver—, nadie les podía ver; pero no sabían que las paredes de su quiste eran permeables a la luz y a todo el reino; que la cárcel era suya propia—, y no era efectiva para el resto del reino, porque no era su rey quien la había puesto—, sino ellos mismos con sus manos—, creándose una cárcel de ignorancia.

Por eso molestaba mucho a los notables—, (y a todos aquellos que conseguían ahondar las palabras de nuestro amigo—, sin una limpieza de miras)—, que les tratara indirectamente de ignorantes y de hipócritas, que les recordara que eran súbditos: vasallos del rey—, sin honores y sin gloria. (¡Hasta ese punto! ignoraban la herencia que por ello recibían). Y—, al mismo tiempo—, que reafirmara la realeza que todos disfrutaban con la herencia—, que todos pudieran ser reyes al estar unidos a su rey—, (y no al estar separados como abogaba el príncipe de esta tierra)—, era algo inconcebible para sus mentalidades; sobre todo teniendo en cuenta—, que eso abolía las barreras y las clases diferenciales (de príncipes, jefes, notables, etc.), y que ya no había lugar para llamar a nadie maestro—, al poder beber directamente de las fuentes de su rey—. Con lo que se afirmaba algo que atentaba directamente contra las autoridades establecidas—, y eso—, no se podía tolerar.

Y no es que dijera algo que no hubiera dicho el heredero—, lo que pasaba es que lo decía alguien sin ninguna autoridad reconocida, un donnadie, con lo que las palabras del heredero resonaban de nuevo con su fuerza primigenia. Unas palabras que—, por repetirlas tanto—, habían perdido su capacidad de sorprender—, y sonaban a soniquete ya sabido, y a las que nuestro amigo sólo había tenido que sacar brillo para que refulgieran de nuevo.

Pero—, aún—, dio un arriesgado paso más—, y empezó a desvelar la personalidad del consejero, y cada vez con más claridad; a confirmar las sospechas subconscientes que anidaban en quien le escuchaba; y lo hacía—, no por él—, lo que entonces sería un inconveniente—, sino porque quería que cobraran consciencia que su rey no se había olvidado de ellos, que cumplía lo prometido—, y que había llegado el momento de la dignificación.

Tal proceder—, inmediatamente desató la consabida pregunta: ¡¿Pero—, éste—, quién se cree que es!?. ¡Pues no viene dándose las de héroe!?, de abogado de pleitos pobres!?, de iluminado!?. ¡¿No conocemos su vida?. ¡¿No sabemos de sus mezquindades?.

Las consecuencias de esos comentarios no hubieran llevado a nada—, (más que a considerarle un loco o un esperpento)—, si no fuera porque por debajo de las conciencias latía una duda razonable: Era demasiado posible que todo lo que decía pudiera ser cierto. Era irreal a su vista—, pero todo encajaba, tenía sentido; y eso era—, justamente—, lo peligroso, porque le vestía de autoridad.

Había demasiada cordura y sabiduría en lo que vivía y decía—, como para no pensárselo dos veces antes de no tomárselo en serio.

Y se empezó a tejer la red que acabaría por ahogarle.

Al principio—, aquellos a quienes molestaba su actitud—, intentaron atraerle hacia sus posturas: domesticarle; pero—, en seguida se dieron cuenta—, que lo único que conseguían era meter al enemigo en su propia casa—, y desistieron. Después—, cambiaron su táctica y comenzaron a tenderle celadas, (al igual que habían hecho con el heredero)—, para ver si conseguían tener algo de qué acusarle; y le formulaban preguntas tales como—: “¿De dónde te viene tu autoridad para que nos fiemos de ti?”. Y él—, acordándose del heredero—, les respondía—: “¿Y la autoridad al jefe supremo de dónde le viene?: ¿del rey—...?, ¿de los súbditos—...?. Ellos viéndose cogidos en su propia trampa—, acababan por contestar—: “No sabemos”. A lo que añadía nuestro amigo—: “Pues a mí me viene de la verdad”.

O—: “¿Es bueno acceder y contribuir a lo que nos exigen los dirigentes—, jefes y notables?”. Y respondía nuestro amigo—: “Estaríais dispuestos a renunciar a los beneficios que eso os aporta?”. A lo que contestaban ellos con rotundidad—: “No”. “Pues—, entonces—: contribuid” (concluía él desenfadadamente).

Pero el acabar por salir siempre de los lazos que le tendían—, y terminar por darles una lección—, no hacía más que ir creando un odio profundo en ellos—, y que la venganza fuera anidando en sus corazones, con lo que los deseos de expulsarle del reino—, de mala manera—, comenzaron a hacer su aparición. Y no es que ellos quisieran hacerlo de mala manera—, pero es que las que habían probado hasta entonces no conseguían hacerle callar—, y él no les estaba dejando otra opción.

Las estratagemas del príncipe de esta tierra—, hasta ese momento—, habían sido muy efectivas, pero con lo que no había contado era con la sencillez de las historias, y éstas—, ahora—, se clavaban en su frente cual piedra lanzada por una onda. Una estrategia tan bien montada, una trama de confusión e indiferencia tan tupida para impedir el paso de la verdad—, y unas simples historias venían a ponerla en peligro y en riesgo de desmoronarse. Algo tan pobre como unas palabras agradables—, pero cargadas de contenido—, se habían convertido en su caballo de Troya, y ahora todas sus tretas se volvían contra él. Porque—, así como al expulsar al heredero había conseguido—, (sin pretenderlo)—, que éste rescatara a los súbditos de una vez para siempre—; ahora—, al someter al consejero a la afrenta del oprobio—, (sin pretenderlo)—, había permitido que éste consiguiera la dignificación de los súbditos para siempre.

Porque—, así como el rey—, que vivía en el heredero a pesar de la expulsión—, mantenía su herencia y su reino—, a través de él—, en sus súbditos—; así—, el rey—, que vivía en el consejero a pesar de la afrenta—: mantenía su dignidad y su vida en sus fieles—, por mediación del consejero—, a pesar de las afrentas de éstos: Ya no había deuda. El perdón era completo, y la herencia—: el mismo rey. ¡Ésa era la dignificación!

El heredero había entrado en la expulsión para vencerla—, y el consejero en la afrenta pare vencerla. Y si con el heredero—, el reino se enajenó a sí

mismo para poderse mirar—, ahora—, con el consejero—, debía enajenarse una segunda vez para descubrir su realidad.

Por eso—, nuestro amigo—, cuando sondeaba las profundidades del reino y su rey—, (que para él era como sondearse a sí mismo)—, y las explicaba con toda naturalidad—, (cumpliendo con ello el anuncio de que los súbditos conocerían el rey tal como él los conocía)—, se veía a sí mismo como el vehículo de comunicación de su rey—, y—, por tanto—, de todo el reino, y—, con ello—, como el lenguaje sustantivo y primigenio del mismo; a la vez—, sentía al heredero como el contenido de esa comunicación (que también venía de él mismo)—; y al soberano—, presente en el fondo y en todo—, como señor absoluto que le permitía decir—: ¡yo soy!, que era como decir—: ¡ésta es mi soberanía!

Estaba claro que—, entonces—, quien no hubiere reconocido al heredero en su corazón—, no reconocería el contenido de esa comunicación en las palabras de nuestro amigo—, y que—, en consecuencia—, no pudiera reconocer al consejero en él. Y además—: ¿a qué vasallaje les llevaría su falsa creencia si llegaran a hacerlo!?. Porque tendrían que rendirle una pleitesía que no era la que su rey quería. Él no quería aclamaciones—, agasajos ni palabras vacías, ni tan siquiera que le saludaran por la calle cuando con otro no lo hacían; sólo quería que cumplieran su voluntad.

Pero ellos no estaban dispuestos a rendir su falsa pleitesía a un igual—, a quien podían agarrar entre sus manos: Sus fatuos agasajos estarían dedicados a un lejano rey que no les comprometiera a nada—, y les consintiera dedicarse al parasitismo y a rendir auténtico vasallaje al príncipe de esta tierra (que con ello obtenía su aparente poder—, [que no era sino el que los otros dejaban de sí])—, con el fin de que—, manteniendo ese escaparate—, pudieran verse libres de las molestias de quien quisiera recordarles su auténtica condición.

Y ahora resultaba—, que ese alguien—, había hecho su aparición y les estaba desmontando el escaparate—, y amenazaba las paredes de su quiste que podían romperse, y no estaban dispuestos a sufrir el dolor que ello producía, ya que ésa era—, precisamente—, la señal de su ruptura—: el dolor que se sentía—; y no acababan de creerse que la misma libertad que irían obteniendo se lo mitigara.

Por eso querían quitarlo de en medio a toda costa, así que convinieron las autoridades jerárquicas en llamarle al orden; y le hablaron muy amablemente—, reconociendo—, que con toda seguridad—, lo que hacía debía hacerlo por amor al rey—, pero que—, precisamente por eso—, le invitaban a abandonar su actitud desviada, lejana a los sagrados textos y a sus leyes—, y de las que ellos recibían su autoridad en representación del rey; y si él—, realmente era obediente a su rey—, debería—, pues—, acatarlos a ellos y obedecer sus recomendaciones.

A esto—, contestó nuestro amigo:

Había una vez un hombre que poseía unas tierras y un ganado. Un día—, viendo que se avecinaba una riada le dijo a su hijo—: "Anda, ve sin perder tiempo—, cruza el río y pon a salvo el ganado que está en la otra orilla—, antes de que lo arrastre la riada".

El hijo se apresuró a cumplir el deseo de su padre—, pero aún no había salido de la casa—, cuando le detuvo el mayordomo para preguntarle por su prisa; el hijo se lo contó sucintamente—, y el mayordomo repuso—: “No debe arriesgarse a cruzar el río, primero es su vida que la del ganado”. Pero él respondió—: “No. Debo hacerlo”, y siguió su camino.

Apenas había avanzado un trecho—, cuando se topó con el capataz—, que sujetándole—, le hizo la misma pregunta, y tras escucharle le dijo—: “No vayas, no merece la pena el ganado, y te lo digo yo que soy quien lo tiene a su cargo. Tu padre tiene que haber perdido el juicio”. Pero él contestó—, mientras se desasía—: “Mi padre sabe lo que se hace y yo también. Tengo que hacerlo”. Y corriendo se alejó.

Ya junto al río—, aún fue retenido por el administrador de la finca—, que le dijo—: “¿Dónde vas!. El ganado está perdido. No te preocupes que ya adquiriremos otro”. “Pero otro—, no es éste”—, (replicó el hijo)—, “y mi padre así lo quiere”. El administrador—, que lo agarraba con fuerza—, exclamó—: “Tu padre no puede querer semejante cosa. (Si lo sabré yo que le conozco y ostento su autoridad en la finca). Por eso yo te prohíbo que vayas, porque si tu padre lo quisiera—, me hubiera mandado a mí o a cualquiera de sus servidores”. Pero el hijo—, indignado—, respondió—: “Pues si usted conoce a mi padre—, más le conozco yo que soy su hijo y vivo con él; y como yo no soy un asalariado ni ostento cargo alguno—, porque todo lo que mi padre tiene es mío y lucho por ello—: mi padre confía en mí; y yo—, porque quiero a mi padre—, cumplo su voluntad, y su voluntad es que guarde lo que él me ha dado”. Y empujándole materialmente—, cruzó el río, y aún pudo llegar a tiempo de salvar al ganado.

Y apostilló nuestro amigo—:

¿A quién obedecerá—, pues—, el hijo—: ¿A su padre—, a quien conoce desde siempre—?, o al primer delegado que pretende reemplazarle—?.

Las autoridades—, comprendiendo que iba por ellas—, se sintieron ofendidas por el menosprecio que mostraba nuestro amigo hacia su categoría—, y le replicaron—: “Con esa actitud—, no sólo nos ofendes a nosotros—, sino que ofendes al mismo rey que tanto dices apreciar—, y que es quien nos ha otorgado su confianza”. A lo que él repuso—: “Si conocierais a mi padre—, me reconoceríais a mí que obro las obras de mi padre; puesto que no lo hacéis—, valorad pues esa confianza—, no sea que estéis en riesgo de perderla!?”.

Estas palabras—, provocaron en el auditorio un recuerdo inmediato del heredero, por lo que las autoridades tuvieron miedo de repudiarle en público, (convenía salvar las apariencias), pero decidieron hacerlo en privado.

Y como no podían expulsarle de sus facciones y entes—, porque no pertenecía a ninguno de hecho—, ni obligarle a través de esta pertenencia—: intentaron coaligarse con otros dirigentes no monárquicos—, para ver si—, así—, había forma de frenarle, (o si no—, expulsarle del reino).

Ellos no querían expulsarle de mala manera—, por evitar el parecido con el heredero y que eso diera más credibilidad a sus afirmaciones y actitudes—, pero como los otros dirigentes tampoco conseguían detener su difusión—, dada la confusión reinante y el conflicto de intereses—, empezaron a tramitar un plan para hacerlo de forma discreta. Y si la otra vez decidieron expulsar al heredero para—, así—, poder quedarse ellos con el reino—, ahora iban a realizar lo mismo—, para que la sabiduría reinante fuera la de ellos y no la del consejero; (con lo que—, sin pretenderlo—, su mal se transformaba en bien—, y cumplían con ello los designios del rey de darles su herencia entonces—, y ahora su sabiduría y dignidad).

Pero afortunadamente para el reino—, no todo el mundo pensaba igual que los que se sentían más directamente amenazados por la situación—, y había personas—, (incluso entre las autoridades jerárquicas y notables)—, que guardaban—, meditando en su corazón—, las enseñanzas que descubrían en las historias y explicaciones de nuestro amigo, y que—, como era de esperar—, no eran los sabios ni entendidos—, sino los sencillos de corazón, (los que tenían las paredes de su quiste más permeables y proclives a la ruptura); y eran ellos los que espontáneamente difundían los contenidos aprendidos, por eso era tan difícil de controlar y manejar dicha difusión. Aún así—, para intentar detenerla—, (no ya por el proporcionalmente escaso número de personas implicadas—, sino por el auténtico peligro que encerraba)—, se había organizado una campaña de descrédito de nuestro amigo—, recalcando su indignidad y la ausencia de mezquindades que indefectiblemente se requería para poder representar al rey. Nadie sometido a la afrenta del oprobio podía atribuirse semejante representación e—, incluso—, llegar a insinuar su realeza—, y quedar impune por ello.

Esta campaña consiguió que muchos de los conocidos de nuestro amigo—, principalmente de los ambientes monárquicos—, le rehuyeran o rechazaran, y que a alguno le tuviera que decir—:

“¿Es que acaso ya te han pedido mi cabeza en un plato?”. Sin embargo—, simultáneamente—, promovió la curiosidad y el acercamiento entre los alejados que empezaron a sentirse más próximos a su rey, con lo que comenzó a producirse el efecto contrario al esperado y se precipitaron los acontecimientos.

Como él procuraba cumplir los gestos anunciados para dar a entender la verdad de su misión—, y como—, de hecho—, las circunstancias lo corroboraban—: (Se había colado—, ante el estupor de las autoridades—, montado en la sencillez de un borriquillo—, en medio del saber del pueblo y de la dignidad del reino)—: La sospecha de tener ante sí al consejero, al heredero que volvía para reclamar su herencia—, al mismo rey—: cada vez latía con más fuerza y perturbaba las conciencias de los súbditos. Así—, un día—, cuando ya había escapado de algunos intentos fallidos de expulsión—, y sólo quedaba la vía directa de abordaje del problema—: se encontró con la categórica y esperada pregunta: “Dinos ya con claridad y sin rodeos: ¿Tú eres el consejero—?, la sabiduría del rey en persona?”. Y él contestó fríamente—: “Sí, lo soy. Y os digo más: Que esa segunda venida que esperáis es ésta que veis, porque el soberano, el heredero y el consejero somos uno”.

Y esa respuesta dictó la sentencia: "Conviene que sea expulsado inmediatamente por el bien del pueblo". (Porque no entendían—, que así como el heredero estaba lleno de consejo y habitado por el consejero—: ahora—, el consejero—, estuviera lleno de herencia—, manifestando al heredero).

Y el edicto de expulsión fue proclamado entre los monárquicos. (Con lo cual—, sin darse cuenta—, se estaban expulsando a sí mismos al expulsar a quien los sustentaba). Pero aún faltaba eliminarle del reino.

Habían intentado la expulsión de forma que pareciera accidental y que los directamente responsables nunca se vieran implicados—, pero no habían conseguido llevarla a efecto—, a consecuencia de circunstancias fortuitas. (No sabían que el soberano estaba detrás de esas circunstancias—, y que no dejaría que se produjera—, hasta que no se hiciera a plena luz—, manifestando a los responsables). Así que no les quedaba otro remedio que dar la cara e inducir—, a los otros dirigentes y al pueblo—, a que pidieran y llevaran a efecto la expulsión, (ya que la ostentación de su autoridad no se lo permitía—, al tratarse de todo el reino y ellos sólo ser monárquicos). Y urdieron la siguiente trampa:

Necesitaban que la expulsión del reino fuera tajante y declarada oficialmente, pero como dicha expulsión estaba prohibida en ese tiempo—, y sólo se podría restaurar si todo el pueblo clamara por ello—, debían buscar un motivo—, lo suficientemente importante y sentido por el pueblo—, que permitiera lograrlo.

Un motivo que mereciera la expulsión—, era la expulsión forzosa de otro congénere, y con más motivo si—, además—, se trataba de un personaje importante; y sería sentido por el pueblo si éste personaje fuera—, en verdad—, importante y apreciado. En consecuencia—: tenían que conseguir acusar a nuestro amigo de haber expulsado del reino—, por la fuerza—, a una autoridad muy destacada y reconocida—, bajo el móvil de una usurpación de poder y eliminación de un posible obstáculo.

Todos estos requisitos acabaron señalando a alguien muy importante—, muy querido por el pueblo—, con autoridad y saber reconocidos—, y que se podía pensar—, con capacidad suficiente para desenmascarar a nuestro amigo, y que—, además—, podía volverse peligroso—, ya que se le adivinaba una tendencia proclive hacia él. (Así mataban dos pájaros de un tiro).

Sólo quedaba buscar las pruebas y los testigos falsos—, y lograr que alguien implicara a nuestro amigo en el asunto. Y a ese alguien lo buscaron entre sus cercanos y allegados.

Y encontraron quien le guardaba rencor en su corazón por hechos pasados—, y por cómo habían devenido las cosas, y alimentaron su odio hasta conseguir que accediera a sus pretensiones. Y—, por fin—: llevaron a cabo su plan.

Nuestro amigo—, aun intuyendo las intenciones de la persona que le iba a traicionar—, se fió de sus muestras de amistad—, y se dejó conducir como un corderito al degüello; y una vez incriminado en los hechos—, cuando quedó manifiesto el engaño—, él—, simplemente la miró—, pero no dijo nada. La suerte estaba echada y él lo sabía.

Los acontecimientos se sucedieron velozmente: Fue acusado de la expulsión—, con falsos testigos y pruebas—, ante el asombro y el escándalo de todo el pueblo que no podía creer tamaña bajeza por parte de nuestro amigo—, y clamaba indignado porque le pagaran con la misma moneda, (actitud promovida y estimulada por quienes habían organizado la trampa). Se levantó la prohibición que impedía la expulsión oficial—, cuando el juicio ya había comenzado, y la resolución del mismo fue breve y tajante, (dada la contundencia de la acusación presentada y la pobreza de la defensa, en la que nuestro amigo sólo dijo—: “Yo no lo he hecho”). Y la sentencia se cumplió de inmediato ante todo el pueblo. (Pero en su afán—, no se dieron cuenta—, que como corderito en su degüello—, también nuestro amigo se llevó una estaca que le acompañara en el camino—, al igual que—, en su día—, hiciera el heredero).

Tal celeridad del proceso no se había visto nunca, y la gente se mostraba satisfecha de que—, por una vez—, la justicia fuera efectiva y ejemplificadora, aunque algunos—, que no opinaban lo mismo—, callaban; y es que—, en el juicio—, se había visto con bastante claridad—, que el motivo real de la condena era el de haber afirmado su realeza, lo que—, indefectiblemente—, otorgaba categoría y autoridad a sus palabras—, y ponía en peligro directo toda la estructura monárquica establecida en el reino: (el gran parásito); comprobando con ello—, que la acusación—, no había sido sino una mera pantalla. (Todo olía a montaje ficticio. De ahí la rapidez.)

Pero como la confusión de esos días era tan grande—, y nadie sabía dónde estaba la verdad—, porque ni el brillo de su rey alumbraba el reino—, ni el reflejo de héroes y nobles despejaba las tinieblas de la duda—, y los conceptos de esta tierra y del reino se tambaleaban a consecuencia del saber aportado por nuestro amigo—: los acontecimientos se desarrollaron de esa manera sin poderlo remediar. (¿Quién puede saber adónde va—: sin sol, sin luna y sin estrellas que le alumbren—? y sin columnas que sostengan su mundo?).

Solamente algunos esperaban que se produjera una señal de su rey, la única señal válida que podía identificar a nuestro amigo—, como ocurrió con el heredero, la que él mismo había anunciado diciendo—: “Una señal se os dio—: una sola se os dará”. Y aguardaban—, mirando hacia el palacio—, por si veían entrar a nuestro amigo.

Pero las autoridades también conocían ese anuncio y no querían que esta vez pasara como la anterior, por lo que se colocó vigilancia permanente—, y todo el pueblo fue avisado para que mirara bien cómo nuestro amigo no volvía a aparecer por el reino ni entraba en el palacio.

Y pasó un día, y la gente comprobaba que—, efectivamente—, no regresaba—: y se alegraba por ello.

Y pasaron dos días más, y todos se cercioraron de que no había ningún signo de que fuera a volver por el reino; y lo festejaron por todo lo alto aquellos que se alegraban, y se entristecieron los que esperaban una esperanza.

Y pasó medio día, y se reían felices unos, y se desconsolaban los otros. Pero no habían aprendido aún—, que—, el rey—, siempre les pillaba por sorpresa para que comprobaran su falta de confianza. Porque—, de repente—: se abrieron las puertas del palacio—, y vieron atónitos cómo nuestro amigo



retornaba por su pie al reino y se dirigía hacia el palacio; y—, a la vista de quien miraba—, entró en él; y se oyó la señal de alegría cuando fue recibido; y las puertas tras él ya no se cerraron, para que todo el que mirara hacia el palacio las viera siempre abiertas—, y comprendiera que ésa era su casa, que allí estaba su hogar, cuál era su dignidad, y oyera la invitación—: ¡Venid!, ¡entrad!

Y—, con ello—, se cumplía lo predicho en sus libros: Si por la expulsión del heredero—, a los alejados se le abrió el camino de la herencia—, por la expulsión del consejero—, se les abría ahora el camino del consejo; porque los cercanos de ahora fueron los alejados de entonces y viceversa—, con lo que—, si por el rechazo de los primeros—, los segundos encontraron a su rey—: por el rechazo de los segundos—, los primeros lo recuperaban ahora. Así—: todos cometieron el mismo rechazo—, para que el rey se compadeciera de todos por igual—, y—, como un solo pueblo—, regresasen juntos de su destierro, ya que no se valora lo que se tiene hasta que se pierde; y cuando se reencuentra—: ¡Qué alegría tan indescriptible!

Y los acontecimientos predichos se fueron cumpliendo a su tiempo.

La estructura monárquica establecida en el reino—, el gran parásito—, cual bestia inmundada que se devora a sí misma—, sucumbió a sus vasallajes y se desmoronó estrepitosamente, y no la pudo salvar ninguna de sus cabezas—, ni su orgullo y prepotencia pudo detener su ruina. Ni la gloria de los héroes, ni la sabiduría de los sabios, ni la categoría de los nobles—, se encontró en ella, porque ésta residía en otra que permanecía latente y escondida, y que quedó manifiesta—, pletórica en su belleza—, cuando se desmoronó ésa que la ocultaba.

El nuevo saber fue enseñoreándose del reino y comenzaron a verse los resultados: su realidad y sus efectos; con lo que un nuevo mundo aparecía ante los ojos atónitos de las gentes—, y todo se renovaba; porque—, al modificarse los ojos—, su mundo se hacía nuevo sin dejar de ser lo que era y había sido siempre: el reino.

Poco a poco fue relativizándose todo, con lo que el absoluto cada vez refulgía con más fuerza—, y el palacio parecía crecer hasta ir englobando todo el reino—, mientras éste iba alcanzando su plenitud.

Todo comenzaba a ser real—, y la realeza a fluir por doquier. ¡Se habían roto tantos quistes!. Pero el parasitismo aún no había desaparecido del todo—, y permanecía oculto, soterrado, aguardando su momento propicio.

Y el momento llegó—, cuando la mentira hizo su aparición en el reino y el absoluto se oscureció. Si todo era relativo—, el absoluto también podría serlo!, con lo que—, el rey—, a los ojos de los que aún no vivían de hecho en el palacio—, pasó a ser un rey más entre muchos reyes, aunque guardando las apariencias. (Olvidaban que la realeza provenía de su rey, y que los demás eran reyes en virtud del servicio que él prestaba). Se había creado un quiste gigante, que por ello—, daba la sensación de no existir.

Todo se había hecho tan relativo—, que al perder el absoluto—, el pueblo se desorientó y las cosas comenzaron a confundirse, a concentrarse, pero no a consumarse, y la antigua estructura monárquica resurgió de nuevo con otro

rostro y una realeza aparente: la seudorrealeza. Y ésta fue la que adquirió el príncipe de esta tierra—, y de aquí le viene su nombre.

Porque la seudorrealeza permitía disponer del reino y manejarlo—, viajando a cualquier parte y tiempo—, sin llegar a desplazarse. (Consecuencia de la relativización de todo). Por eso—, el príncipe de esta tierra—, podía influir en todo lugar y tiempo—, aunque no en el palacio—, al haber preferido la seudorrealeza, (de ahí su apellido “de este tierra”).

El rey—, que no era ajeno al desarrollo de los acontecimientos—, como era su costumbre—, decidió aprovecharlos para instaurar ya plenamente su reino—, de una vez para siempre, y envió—, esta vez—, a la reina—, para que quedara claro—, ya por fin—, que reina y reino eran una sola cosa, y que—, si ella vivía en el palacio—, todo era palacio.

El príncipe de esta tierra—, que aunque no acertaba a ver el palacio—, sabía por los textos proféticos que la reina haría su aparición en sus dominios—: la buscaba afanosamente para atraerla hacia sí—, y poder convertir—, de hecho—, el reino en suyo. Y la buscó, y la buscó, y formó reinas ficticias, pero no consiguió hallarla, porque jamás pudo sospechar que la reina había entrado en la mentira, y lo había hecho para vencerla, (al igual que el heredero entró en la expulsión y el consejero en la afrenta). Y cuando la mentira quiso morderle en el talón—, ella le aplastó la cabeza.

Y así fue entonces—, cómo el pueblo (y el reino entero) descubrió—, que no podía ejercer su realeza si no era en servicio de su rey, con lo que quedaba al fin—, desenmascarada la seudorrealeza. Porque así como el rey no plasmó su realeza hasta que no se ofreció todo él al servicio de su reino—, ahora el reino no la disfrutaría hasta que no se ofreciera todo por entero al servicio de su rey. Y al hacerlo la reina—, lo consiguió para el reino; y así—, los salvados y dignificados—, fueron también coronados como reyes.

Y la mayor mentira—: la muerte, por fin fue vencida.

Pero al ser todo palacio—, resultó—, que ya no había lugar en el reino para el príncipe de esta tierra y sus seguidores, porque ellos habían preferido la seudorrealeza a tener que rendir vasallaje a su rey, con lo que tuvieron que enquistarse—, cerrándose sobre sí mismos de tal manera—, que se deshicieron disolviéndose en el reino en beneficio de éste y en condenación suya.

¿iCómo se encontrarían entonces a sí mismos—,  
si al buscarse se perdieron!?:  
Sólo en su propia memoria  
para mayor desconsuelo.

Pues si alguien alguna vez—,  
se encontrase con un rey  
que pueda parecerle éste—,  
y lo dejara pasar  
sin llegar a vislumbrar  
su calidad y su empaque—,  
que lo busque y vuelva atrás,  
que indague y revuelva todo—,

pero bajo ningún modo  
le vuelva a dejar marchar  
si consigue reafirmar  
lo que con anhelo aguarda.  
Porque jamás, ¡jamás! verá  
nada semejante a esto,  
ni mayor felicidad  
podrá tener recogida—,  
porque al fin encontrará—:  
su vida.

(18-IX-1989, 20-XI-1990 y 20-II a 14-IX-1992)  
(Revisión: 26-I-2004)

*“Bienaventurados los perseguidos por ser justos, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien y persigan y digan todo mal contra vosotros, mintiendo, por causa mía. Alegraos y regocijaos, porque es grande vuestra recompensa en los cielos. Pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros”.  
(Mt 5,10-12)*

*“Y rogaré al Padre, y os dará otro Consolador que estará con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce”.  
(Jn 14,16-17)*

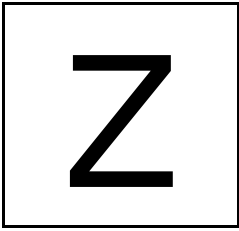
*“Cuando venga el Espíritu de verdad, os conducirá a la verdad completa; porque él no hablará de su cuenta; sino que os dirá todo lo que oyere y os comunicará las cosas venideras. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que el Padre tiene es mío. Por eso dije: tomará de lo mío y os lo anunciará”.  
(Jn 16,13-15)*

*“Y cuando venga, confundirá al mundo en materia de pecado, de justicia y de juicio. De pecado porque no creen en mí; de justicia porque voy al Padre y ya no me veréis; de juicio porque el príncipe de este mundo está juzgado”.  
(Jn 16,8-11)*

*“Cuando venga el Consolador que os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí”.  
(Jn 15,26)*

*“En comenzando a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque vuestra redención se avecina”.  
(Lc 21,28)*

*“Porque, como el relámpago sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre. Donde estuviere el cadáver, allí se juntarán los buitres”.  
(Mt 24,27-28)*



Cualidad

## MÁS QUE HOMBRES

Más que hombres—, me pregunto, ¿cómo será?  
¿En qué consistirá su situación peculiar?.

Y mirando como siempre al mundo—,  
por desentrañar aquel asunto  
del qué será y qué no será—,  
me encuentro ante su estructura y su construcción singular—,  
y en ella metido hasta el centro  
como fuera—, dentro y en medio  
de su circunstancia especial.

Y veo lo que dijeron los otros hombres de ello,  
y lo que a mí me enseñaron en el colegio y la escuela,  
y lo que pensé al contemplarlo  
por mí mismo y sin anteojeras...:

Total—, que de la materia muerta—,  
por no sé que historia extraña  
de voluntades atómicas y de ácidos nucleicos—,  
van—, se ligan—,  
en prolongadas cadenas entrelazadas y unidas—,  
y izas!: la vida.  
(Hay que ver que perspicacia y voluntad tan aguda  
en cosillas tan menudas!).

(Y no hay que dejar atrás—,  
al que al comprobar estas cosas  
proclama solemnemente—:  
“Pues si así es—: (menos mal)—,  
ya no necesito a Dios”).

Pero ahí no para la historia—,  
porque estas dos cadenillas tan curiosas—,  
vueltas la una a la otra  
en su gracioso entrelazo—,  
tienen un no sé qué poder misterioso  
de rodearse en abrazo  
de una cohorte de cosas—,  
(pero de esas inertes y muertas)—,  
y cuando menos lo esperas

rodean su territorio  
de una sutil divisoria como muralla en alerta—,  
y izas!: una bacteria.

¡Eso sí que es poder el de las dos cadenillas,  
el de hacer de su territorio  
y hasta de lo que engloba—: vida!.

Es curioso de verdad  
el encendido afán que demuestran,  
que muestra sin duda alguna  
su genial inteligencia—,  
en ese dominio de todo  
lo que en sus límites queda—,  
como si fuera un rey Midas  
que en vez de transformar en oro  
todo lo que al alcance le llega—,  
va—, y lo transforma en vida.

(Y quién podrá resistirse  
ante semejante asombro  
para no decir satisfecho—:  
¡Por fin!, ya no necesito a Dios).

Pero siguiendo la ruta que parte de aquellas dos—,  
el cuento no acaba en la bacteria antedicha,  
porque resulta que algunas  
de preclara mente y más listas—,  
no se “andaron” con tontunas  
y una segunda muralla pusieron  
para ampliar su ciudad,  
y todo lo que pillaron  
de muerto o vivo en la zona—,  
allá que se lo incluyeron  
sin arredrarse ante nada,  
y izas!: la célula vegetal.

Seleccionaron lo que debía quedar  
en la primera muralla—,  
y lo demás quedó fuera  
entre primera y segunda,  
pero organizado de un modo—, y hasta un punto tal—,  
que nadie al verlo dijera  
que esto tuviera que ver  
con la bacteria primera;  
pero al igual que lo hizo aquella—,  
esta célula se quedó  
con todo lo que en su mundo había:  
lo inerte—, las cadenillas—,  
y hasta bacterias completas  
(que en plastos se transformaron  
en el citoplasma de ésta).

Sabia decisión aquella

de aunar en sólo una cosa  
tan grande diversidad,  
para que nadie pueda decir de ella  
que no es muerto, vivo y bacteria—,  
y sin dejar de ser cada cosa—,  
ser algo que lo supera.

Y para el que alobado mira  
su excelsa sabiduría  
le sorprende todavía  
con algo que conlleva mucha más envergadura,  
porque sin conformarse aún  
con la segunda barrera—,  
se desarrolla al instante  
para poner la tercera.

Y como aquellas canciones en que todo se acumula—,  
ya tenemos lo inerte y las cadenillas,  
bacterias y celulillas  
para componer un ente  
que llamar pluricelular,  
con lo que ahora tenemos  
una planta o vegetal.

Y ya es curioso el asunto  
de este arramblar con todo—,  
porque si de lo muerto a lo vivo hay una diferencia abismal-, en  
cuanto a la apariencia—,  
ni apenas se llega a notar.  
Y en el siguiente salto—,  
de cadenilla a bacteria—,  
la diferencia es más discreta,  
pero se acrecienta  
al referirse a su aspecto.  
¡Y no es nada la presencia de una planta  
comparada a la bacteria!  
y sin embargo—,  
su distancia es más pequeña.

(Está claro  
que ante semejante invento  
que le ofrece la evolución—,  
¿qué mente inferior será  
la que necesite a Dios).

Lo que pasa es que ahora llega  
un poco explicable paso—,  
y de un poder insospechado  
para aquella sustancia inerte  
que tantos milagros deja;  
porque ya no hay barreras nuevas  
para ampliarnos la casa,  
que en tres se quedó parada

la expansión de la ciudad.

Pero—, ¡ah, astucia!,  
que en su extrema voracidad  
la célula vegetal  
se tragó todo su medio  
y sus iguales además,  
y ¡zas!: una célula animal.

Y como en un revolve hacia adentro  
en busca de sus orígenes—,  
reordenó todos los bienes  
que había en su citoplasma—,  
y los plastos pasaron a mitocondrias  
y apareció como nuevo el centrosoma  
(herencia vegetal sin duda).

Y si esto pasó en la segunda barrera—:  
¿que ocurrió en la tercera?.

Pues lo que quedaba por fuera—,  
hacia adentro se volvió,  
y las raíces fueron tubo digestivo,  
y las hojas los pulmones respectivos,  
y los órganos surgieron,  
y en un orden admirable todo se complicó;  
invirtiéndose también  
las diferencias aquellas  
de la apariencia y la esencia  
de los progresivos saltos.

¡Qué independencia obtuvieron  
entonces los animales!.

(Y al comprobar este extremo—,  
¡qué suficiencia le invade  
al que Dios ya no le vale!).

Y siguiendo por el camino  
de la sumación continua—:  
ya tenemos cosa inerte—,  
cadenillas—, las bacterias—,  
lo vegetal y animal  
y ahora sólo nos queda  
saltar otro poco más.  
Y en su retorno a las fuentes  
adentrándose hacia el centro—,  
meterá su medio entero  
en el interior guardado  
de la primera barrera;  
y con ello—, está claro—,  
hemos llegado hasta el hombre.

Y aquel animal capaz  
de meter todo hacia adentro—,

se encontró consigo mismo—,  
y dijo aquello—: de “pienso—,  
luego existo”.

(Que alborozo—, que hermosura  
recobrar tanta cordura:  
¡Dios ya no lo quiero ni en pintura!).

Y si la cosa queda  
en la barrera primera  
¿qué diferencia habrá  
en la segunda o tercera?.

Pues una similitud muy grande  
entre citoplasma y citoplasma—,  
y entre cuerpo animal y de hombre.  
Pero el quid de ello radica  
en el santuario aquél  
el de las dos cadenillas,  
(y el que tenga ojos que vea  
la diferencia crucial).

Y si la planta aquella del cuento—,  
al descubrir su circunstancia  
se transformó en animal—,  
el animal—, al ver su centro—,  
descubrió su identidad,  
y ¡zas!: la facultad de pensar.  
Y como ya estamos de vuelta  
no parece diferencia  
el aspecto en este salto,  
pero ¡ahí es nada con la esencia.

Y como parece evidente—,  
la especie unicelular—,  
no se dará en el humano,  
si quiere ser consecuente  
con el hecho de pensar,  
porque se partirá al instante  
en su opción pluricelular.

Pero bueno, ¿y ahora qué?;  
porque al seguir la carrera  
habrá que añadir un nombre  
a la cancioncilla aquella  
de lo inerte y las cadenillas,  
bacterias o celulillas,  
lo vegetal y animal,  
y ahora por fin el hombre  
como cumbre a superar,  
porque no habrá ninguno que diga  
que no es a la vez estas cosas  
de alguna forma fundidas  
en su entera humanidad.



Pues siguiendo a aquel poema—:  
para aclarar nuestras dudas—,  
“entremos más adentro en la espesura”.

Y tras la barrera primera  
habrá que seguir andando  
y—, pasando las cadenillas—,  
alcanzar lo que es inerte,  
(aquello que dicen muerto  
con poderes tan excelsos);  
y para ello tragarse el mundo—,  
sin dejarse a ningún hombre—,  
para llevarlo a ese punto  
tan escondido e incierto.

(Claro—, que la verdad que no creo  
que sea comerse a cachitos  
a ningún congénere vivo  
y ni tan siquiera a un difunto).

Pues si en el paso contrario  
se llegaba de lo muerto a lo con vida—,  
al trascender ahora la vida—,  
se traspasará la muerte  
en la vida contenida.

Que nadie busque asombrado  
las diferencias de aspecto  
en la presencia del hombre  
ante cambio tan sublime.

Que nadie busque en rigor  
la señal del citoplasma.

Que busquen la mutación  
más allá de las barreras,  
más allá de las cadenas,  
en lo que parece inerte  
de poderes sorprendentes,  
porque al cambiar sólo eso—:  
todo se cambia con ello,  
y ahora lo que tenemos  
ya no será sólo un hombre  
sino algo tan distinto  
que se dirá más que hombre.  
Y si los animales no entienden  
lo que hacen los humanos  
por lo absurdo y por lo raro—,  
¿cómo entenderán los hombres  
lo que hace un más que hombre?.

¡Qué abismo tan insalvable  
se abre entre los dos mundos!:  
La locura de los unos  
es perfección en los otros.

¿Y en qué se podrá notar  
ese comportarse extraño?.

¿Cómo se alcanzará  
su circunstancia especial?.

Pues si el animal aquél  
al descubrirse a sí mismo  
encontró su pensamiento—,  
el hombre que cambiar quiera—,  
al mirar su yo en su centro—,  
encontrará que su esencia  
no es otra cosa que Dios,  
y no tendrá más remedio  
que conocer a los otros  
y meterlos hasta dentro,  
hasta el mismo corazón,  
en comprensión y en amor.

(¡Ay!, ¡ay!, que va a ser verdad  
lo escrito desde el principio.  
¿Dónde estarán las montañas  
que nos oculten la vista  
de ese Dios que no queremos).

Pues al que tome la decisión  
de convertirse en mutante—,  
sepa que no le aguarda  
ningún camino tranquilo,  
que se trata de una opción  
***permanentemente libre,***  
y que en función de la intención  
estará la perfección.  
O dicho en otras palabras:  
Cada cual sacará de sí  
aquello hasta donde quiera,  
y lo que no quiera sacar  
se quedará sin saberlo.  
Y esa será la paga  
de su querida ignorancia:  
realizar todas las cosas  
sin saber de qué se trata,  
y como intento frustrado  
de la intención verdadera—,  
hará en su medio externo  
aquello que no desea  
realizar en el interno.

Si no quiere amar a todos  
con espíritu y corazón—,  
pues lo hará de igual manera  
según su criterio errado,  
y será como ramera

de alguna plaza cualquiera;  
¿o no es esa su intención?.

¿Acaso no es Dios buen padre  
que le da lo que desea?  
Y por la misma razón—:  
¿quién le evitará que muestre  
la libertad verdadera?.

¡Hay que ver esta justicia  
que no tiene parangón!  
El que rechaza su dedo—:  
como inútil se le queda,  
el que repudia su mano—:  
como si no la tuviera,  
el que mutila su cuerpo—:  
lo hace con su universo,  
hasta quedar ciego, manco, mudo, tonto...  
hasta quedar con un mundo itan pequeño!  
que no hay cárcel más estrecha—,  
ni marco más recortado;  
porque si el cuerpo resume el mundo—,  
¿pues qué será el universo  
sino el desarrollo del cuerpo?!

Y si entendemos por medio—:  
mundo, vida y pensamiento—,  
en este intrincado nudo—,  
¿no barrerá por entero  
como cascada en cadena  
cualquier variación somera  
en cualquiera de los puntos—,  
aunque inclusive fuera  
aquella elección guardada  
(así buena como mala)  
en el rincón más perdido  
del oscuro pensamiento?.

(¡Ay!, ¡ay!, que nos van a ver  
aunque nos cubran los montes.

¡Ay!, ¡ay!, que ya no va a haber lugar  
donde escondernos de nadie.

¡Ay!, ¡ay!, que el sol ya no da su brillo.

¡Ay!, ¡ay!, ni la luna el resplandor.

¡Ay!, ¡ay!, que las columnas del cielo  
se caen sobre nuestra cara  
y ya nada va a ser igual;  
que el mundo se ha vuelto nuevo  
sin poderlo remediar).

(Y por seguir la rechifla  
parodiándole al profeta

en su retranca mordaz—:

Gritad, gritad con más fuerza.

Gritad, gritad con más ganas;  
que vuestros dioses no os oyen,  
quizás porque estén dormidos,  
quizás porque estén ausentes  
o a lo mejor de viaje,  
o puede ser que de fiesta,  
o no les toque servicio  
para mandaros el fuego  
que procedente del cielo  
haga bueno el sacrificio).

Y reempiendo el camino  
allá donde nos quedamos—:  
dando señales y datos  
(cual flechas en el desierto  
que viene tras el Mar Rojo)  
que marquen la dirección  
de aquella tierra cercana  
que prometida quedó—:  
pues—, una vez se ha cruzado  
ese mar separador—,  
abriendo sus densas aguas  
con esa llave maestra  
que es la más recta intención—,  
(que fue la causa primera  
que de Egipto nos sacó—):  
se llega al desierto aquel  
que yo antes mencionaba  
de ver las dos cadenillas  
en su acción y oposición,  
en su dinámica interna  
y en lo que en cada momento son:  
Lo Uno, lo Otro y su Relación.

Pero que nadie se engañe aquí  
que no ha llegado al final,  
que muchos creyeron eso  
y no pasaron de ahí,  
mostrando de esta manera  
que su intención no era buena  
y—, creyendo pasar el mar—,  
se ahogaron en su torpeza.

Véase—, por ejemplo—, el caso  
de los alquimistas antiguos—,  
que para esconder sus hallazgos  
a los ojos de su tiempo—,  
se centraron en sí mismos  
olvidándose del mundo,

no cumpliendo—, por lo tanto—,  
aquel principal precepto  
de meter el mundo entero  
en el sentir más profundo.  
Y—, en su críptica manera  
para personas selectas—,  
expusieron una forma  
de realizar la “gran obra”  
consistente en—: **una** cosa  
que se mezclaba con **otra**,  
y—, machaca que te machaca—,  
se conseguía el proceso  
de **relación** misteriosa  
entre una cosa y la otra;  
y para indicar que el proceso  
era un pensamiento abstracto—,  
creo que hasta decían  
que parecía como ala  
una de aquellas señales  
de esa especial mezclanza;  
y así se llegaba—, al fin—,  
a la consabida piedra—,  
que así—, sin duda—, llamaron—,  
por ser sólido cimiento—,  
aludiendo—, al mismo tiempo—,  
a aquella piedra angular  
que desecharon los arquitectos,  
de ahí que su nombre fuera  
el de piedra filosofal,  
ya que el amor no es objeto  
sino fuente espiritual  
y todo aquello que toca  
lo transforma en tan valioso  
como pueda ser el oro  
en el mundo material.

Y no paraba ahí la cosa—,  
porque ellos también decían  
que de camino obtenían  
el elixir que llamaban  
de la eterna juventud—,  
que viene a ser la inquietud  
perenne que le mantiene  
a aquél que su vida tiene  
empeñada en dicha empresa,  
y que obtiene en recompensa—,  
más allá del gran valor  
que pueda darse a la piedra—,  
la mutación más completa  
de la persona que llega.

Todo eso está muy bien,  
e incluso nos vale ahora  
para ponerlos de ejemplo  
desentrañando sus cosas:  
¿Y a quién sirvió todo eso?.  
¿Quién se benefició  
de su supuesta certeza?.

¡He ahí lo que obtuvieron  
en preciosa recompensa!  
La medida que pusieron  
sobre ellos fue aplicada  
y se hallaron deficientes  
sin mutación realizada,  
porque el amor que ellos decían  
¿en dónde lo colocaron?:  
En sí mismos lo dejaron,  
porque el mundo no entró en ellos  
y—, por eso—, no entendieron  
que los ojos del pensamiento  
están en el corazón.

Véase cuan importante  
es esta llave maestra  
de la correcta intención.

(Y es tan fácil perderse en el desierto  
sin puntos de referencia.  
Confundir la faz de Dios—,  
y hasta sus diez mandamientos—,  
con el becerro de oro).

Pues como se iba diciendo:  
al ver las dos cadenillas  
en el mundo contenidas—,  
y la relación en todo  
de la una con la otra—,  
y que es—, sin lugar a dudas—,  
el espejo de la vida—:  
en seguida se averigua  
ese código secreto—,  
como saber que atestigua  
esa relación mutua.

Pero antes de leer  
en la inmensa biblioteca—,  
para poder entender  
esa universal lengua—,  
hay que pasar por la puerta—,  
que podríamos llamar  
por estar allí encuadrado  
el saber universal—:  
La puerta del Verbo encarnado;

por ser ella el camino  
de la verdad y la vida  
que te descubre el sentido  
de lo que allí recopila.  
Y quien no pase por ella  
ignorante quedará—,  
porque no comprenderá  
la ligazón completa  
de aquello hacia donde mira—,  
al querer desentrañar  
cada cosa en especial  
sin la visión general.

Así se comprende entonces  
la armonía y el sentido  
de cada cosa en el mundo  
y su porqué más profundo,  
y cómo lo que estaba fuera  
habita ya en uno mismo,  
porque lo que estaba dentro  
es a la vez lo de fuera  
sin siquiera diferencia.  
Y tanto lo que era uno  
en su concepto primero—,  
como aquello que era otro  
en distinción necesaria  
para entenderlo del todo—,  
fundidos en el abrazo  
de su relación estrecha—,  
en la comprensión suprema  
que abarca los dos extremos—,  
resultan ser una cosa  
inseparable y unida—,  
que explicándose a sí misma—,  
se perpetúa cual llama  
que arde sin consumirse.

¡Pobrecillo aquel mutante  
cuando llegue a estos barrios  
como ascenso a su calvario!,  
porque aunque ni siquiera  
pueda expresar con palabras  
todos estos sentimientos—,  
será ya tal la distancia  
que le separe del hombre  
que ve su comportamiento—,  
que por loco ¡cuanto menos!  
le tomará sin dudar.

¡Y no es nada cuando aprecie  
eso uno y eso otro  
como las dos perspectivas

plasmadas en los dos sexos!.

Porque verá lo masculino—,  
en su sentido más abstracto—,  
como si fuera el contenido  
que hace brotar a los campos;  
y entonces lo femenino  
será como el continente  
que retiene y da cobijo  
a la naciente simiente.

(Menuda juerga serrana  
que mantendrán a su costa  
los que dicen entenderlo  
en su sentido más tosco—,  
porque para ellos no hay otro).

Pero está claro que aquél  
que haya metido en su centro  
todo su mundo y—, en él—,  
vaya incluida también  
la perspectiva contraria—,  
habrá completado el proceso  
de fundir en una cosa  
lo que era la una y la otra;  
pero no lo hará inconsciente  
como lo hace la gente  
que en su tendencia animal  
realiza en su medio externo  
aquello que no desea realizar en el interno.

Ésa es la paga predicha  
a su querida ignorancia:  
realizar todas las cosas  
sin saber de qué se trata—,  
como tendencia frustrada  
de la intención verdadera,  
aquella intención correcta  
que nos abría las puertas  
de la misma trascendencia.

Y si el camino es el mismo  
para todo aquel más que hombre  
que anhelando su destino  
le lleva a neutralizarse—,  
¿cómo es posible que—, entonces—,  
no se extinga dicha especie  
que ya no se reproduce?.

Pregunta desconcertante  
ante el extraño asunto  
cuya respuesta importante  
implica una paradoja:  
porque si lo hicieran éstos



como lo hacen los hombres—,  
extinguidos estarían  
y—, con ellos—, todo el orbe;  
luego otro sistema tienen  
más elevado y abstracto  
de conseguir para el mundo  
su pervivencia y talante.  
Y dado su firme intento  
de su pensamiento neutro—,  
serán su ejemplo y su vida  
los que siembren la semilla  
en el continente abierto  
de toda la raza humana,  
y a su vez—, en su progreso—,  
recibirán por entero  
la que les viene del cielo  
con el mundo que les falta.

De ahí que la especie humana  
viva en parejas estables  
como tendencia frustrada  
de la intención verdadera  
de fundir en uno solo  
lo separado y diverso  
pero que a la vez resulta  
complementario y anexo.

Luego esta circunstancia—,  
que por sí ya es un defecto—,  
puede servir de camino  
para encontrar en el otro  
la apreciación que nos falta—,  
al querer ver por sus ojos  
su perspectiva del mundo.  
Y para conseguir eso es preciso  
un descubrir progresivo  
de aquella recta intención  
de no engañar a la mente  
con otra satisfacción—,  
que no sale ya del alma  
ni menos del corazón—,  
sino de la frustración aquella  
de dar comunicación  
a nuestro centro del alma  
con aquello que nos falta  
para la plena fusión.

Véase—, pues—, lo difícil  
y arduo de este camino  
para llegar a un destino  
que es para todos igual,  
que ya dice la Escritura

que allí no se casarán  
y vivirán—, ellos y ellas—,  
como ángeles en el cielo.

Cada cual escoja de aquí—,  
según su libre elección—,  
el camino que convenga  
a su neutralización:  
O el directo que hasta rompe  
con las costumbres al uso  
(y que le llamen eunuco  
o alguna cosa peor)—,  
o aquel otro más confuso—,  
que adaptándose a su medio  
al decir sí pero no—,  
se afana en ver cuerpo humano  
aquello ya destinado  
a algo más superior.

Por eso cuando se llega  
a superar la estructura  
de aquellas dos cadenillas—,  
en ese adentrarse dentro  
con todo ese mundo a cuestas—,  
para llegar a las fuentes  
que dan soporte a la vida—,  
como un Abraham perenne  
que saliendo de su tierra—,  
y con su casa a los hombros—,  
va rebuscando su herencia—,  
vagando sin saber donde—:  
se alcanza—, por fin—, ahora—,  
la visión particular  
de los simples componentes  
presentes en la cadena,  
y su estructura y su orden,  
y su función y su forma:  
discerniendo todo esto  
en el mundo que se aporta,  
para ver la vida—, entonces—,  
de una tal banalidad  
según aquellos criterios  
que se organizan los hombres—,  
que se pierde el interés  
por esa vida mezquina  
ante la gran trascendencia  
que se empieza a vislumbrar.

Y con pasos muy pequeños—,  
y casi sin avanzar—,  
se suceden tantos cambios  
y de tal celeridad—,

que se ve ya claramente  
el resultado final  
que lleva—, sin darte cuenta—,  
a la mutación completa  
de ese hombre primordial.

¡Ese mundo tan distinto,  
tan nuevo y desconocido  
(y—, sin embargo—, intuído).

¡Esa nueva apreciación  
de todo lo que se ofrece,  
de cada cosa y la gente.

¡Ese llegar más allá  
en la mirada consciente,  
en la comprensión y el modo  
del sentimiento profundo,  
de la verdad y el engaño,  
del pensamiento extraño,  
de la presencia del mundo...  
que recorriéndolo todo  
como la sangre viviente—,  
nada deja como está  
sin demostrar su unidad  
y su interacción constante.

Todo—, ahora—, se reduce—,  
a fuerza de complicado—,  
a unos simples elementos  
interrelacionados:  
Unos átomos con neutrones,  
electrones o protones—,  
que marcan la pauta y ritmo  
a todo el mundo creado,  
como ladrillos pequeños  
que dan soporte y presencia  
a todas las construcciones.

Todo—, pues—, se base en algo  
tan sencillo e increíble—,  
como son las relaciones  
que ocurren entre los hombres,  
y lo demás son reflejos  
de estas mismas situaciones  
de aceptar o no aceptar  
aquella piedra angular  
que odiaron los constructores.  
Y con sólo modificar  
aun la parte más pequeña—,  
se trastoca todo el orbe  
como en cascada imparable  
que no respeta ni a nada

ni a nadie.

¡Qué responsabilidad más grande  
se abre al pobre más que hombre!,  
tener la capacidad  
de cambiar a bien o mal  
el universo y el hombre—,  
y toda la historia del orbe—,  
con el más pequeño intento  
de un perdido pensamiento.

Ahora se entiende el porqué  
de aquella llave maestra  
que abría todas las puertas  
con la más recta intención,  
ya que era la expresión  
de ese increíble poder  
que posee todo hombre—,  
aunque ignorando—, a la vez—,  
su potencia verdadera.

¡Ay de aquél! en que llegando a este punto  
se acuerde de la serpiente—,  
de su "seréis como dioses"—,  
y no recuerde a la vez  
las que proceden de Cristo  
para que espere algo más—:  
"No dice la Ley—, acaso—: sois dioses,  
y la Ley no puede fallar?".

Porque aquí se abre un dilema  
para el peregrino aquél  
que abandonando su tierra  
llegó por fin a su ambiente,  
el de la muerte primera.  
Porque en su vuelta a las fuentes  
acaba ya de pasar  
desde lo vivo a lo inerte,  
desde las dos cadenas  
a la sencilla materia,  
y ya se ha visto inmortal  
al comprobar que la historia  
es algo ya permanente  
y diferente del tiempo,  
y aunque sólo sea un fragmento  
en ese discurrir del mundo—,  
en ése se quedará.

Y ésta es la situación:  
o se queda donde está—,  
con todo lo que ha conseguido—,  
o se vuelve para atrás  
para ignorar los conflictos

que lleva la realidad—,  
o decide dar el paso  
que le lleve a gobernar—,  
a través de ese poder—,  
a toda la humanidad.

Pero observando despacio  
las circunstancias del caso—,  
no hay que tener mucha vista  
para saber enseguida  
que tales cuestiones surgen  
al que inició su camino  
en condiciones erradas  
y que parece mutante  
pero sólo lo es en apariencia.  
Porque el que sigue su intención recta  
conocerá que ahora se encuentra—,  
según su sabia experiencia—,  
en un lugar importante,  
justo aquél del que partimos  
y al que volvemos de nuevo:  
el del eterno retorno.

Y en este punto crucial—,  
que es—, como prueba final—,  
un a modo de soborno  
a ver con qué se conforma  
ese supuesto mutante—,  
el de la intención torcida  
envuelta en hipocresía—,  
se quedará satisfecho  
al tener lo que quería,  
y dirá soberbiamente  
ante tal omnipotencia—:  
“Todo me está sometido—,  
todo rendido a mis plantas.  
Nadie habrá—, ¿quién como yo?”.  
Y para mostrar su creencia  
y su poder vigoroso—,  
concentrará su intención  
en hacerse creador,  
y con ello dar el paso  
de lo inerte a lo con vida  
en ese nuevo escalón  
de mutación progresiva;  
y vuelta a empezar de nuevo:  
de cadenillas a entes,  
lo vegetal y animal,  
el hombre y el más que hombre—,  
y de nuevo a comenzar;  
y así seguir en el bucle—,

el del retorno sin fin,  
y vagar eternamente  
en la ignorancia servil.

Pero obsérvese qué curioso  
lo que llega a suceder  
con el hombre aquel que presume  
de su omnímodo poder,  
que se olvidó en su carrera  
que era también criatura  
y con ello—, en su locura—,  
se olvidó todo su mundo  
que con él debía llevar  
para conseguir mutar  
a ser algo más que hombre;  
así que nunca llegó a ser  
aquello que él pretendía—,  
y aun perdió lo que tenía  
al querer saltar después  
de lo inerte a lo con vida  
y acabar todo desecho  
en el más bajo escalón  
de la escala evolutiva.

Como tampoco lo fue  
aquel otro que quedó  
en el punto de retorno  
conforme con ese entorno  
que se guardó para él,  
señal—, sin duda—, certera  
de que no traía su mundo  
cargado sobre los hombros—,  
al no emplear ese amor  
en mejorar a los hombres.

Y—, claro está—,  
que el que volvió para atrás  
aún quedó peor que antes  
tras el rechazo consciente  
del mundo del que venía.

¿Y qué es lo que hará entonces  
nuestro sincero mutante  
al usar como hasta ahora  
la más correcta intención?.

Pues con asombro exultante  
gritará—: ¡¿Quién como Dios!?.  
Y—, para llenar el mundo  
de su saber renovado—,  
lo tragará todo junto  
en el eterno retorno  
que por su amor acendrado

lo llevará incorporado  
en el centro de su ser,  
con lo que por fin consuma  
la mutación iniciada  
cuando dejando su tierra  
fue buscando aquella herencia  
que Dios mismo le legó.

Y al fin podrá divisar—,  
desde aquel Monte del Gozo—,  
las torres de la ciudad  
que con las puertas abiertas  
espera a los peregrinos  
que no erraron el camino  
de su patria celestial.

Por eso los que siguieron  
a su intención verdadera—,  
realmente lo que hicieron  
fue confiar plenamente  
en lo que Dios les decía—,  
y esperar un más allá  
en todo lo que veían,  
y de esta forma llegaron  
hasta lo que es cosa inerte—,  
sin conformarse por ello  
con haber atravesado  
aquella primera muerte,  
y siguieron su caminar  
en el pensamiento abstracto—,  
más allá de los átomos y moléculas,  
más allá de los protones y neutrones,  
más allá de electrones y partículas:  
en el espacio, el tiempo y la materia;  
en el orden, la función y la forma;  
lo que conserva, evoluciona y genera;  
la Sustancia, Esencia y Razón—,  
de ese S.E.R. que ahora se hereda  
en la consumación plena  
que es entrar en la ciudad,  
y—, con ello—, atravesar  
lo que es la segunda muerte  
para entrar por esas puertas  
de la vida permanente  
que está fuera de la historia  
porque la metió en su SER.

¿Y cómo llamarles—, pues—,  
a estos sufridos mutantes—,  
de una forma más precisa  
que el decir son más que hombres?.

Al mirar la tradición—,

está la palabra ángel,  
pero ésta no alude en nada  
a la mutación realizada,  
y sí—, sin embargo—, habla  
de función encomendada;  
además—, también se dice—,  
que los hay buenos y malos—,  
y eso ya es más que imposible  
a un mutante verdadero,  
que superó la maldad  
con el amor que tenía  
al tragarse el mundo entero  
tal su Señor le decía;  
luego el nombre no puede ser  
ningún otro más que el de santos,  
que indica la mutación  
y la bondad inherente.  
(¡He aquí la santidad  
de todo lo que ellos tocan!  
a imagen de su Señor  
que todo lo rescató  
y vio que todo era bueno).

Luego—, aquellos que dicen malos—,  
sólo serán humanos—,  
aunque muy desarrollados,  
porque nunca fueron buenos  
y sólo lo parecieron,  
por eso—, los que son santos—,  
nada temen ya de ellos—,  
porque también les aman  
a pesar de lo que hagan.

(Ángeles serán—, quizá—,  
sin entrar a más cuestiones—,  
aquellos que son conscientes  
del deber que les supone  
su responsabilidad).

Pues aquella ciudad celeste  
habitada por los santos—,  
es del todo inaccesible  
a aquellos que no lo sean,  
porque acabarán perdidos  
en el eterno retorno del devenir de la historia—,  
aquellos que no posean  
la mejor intención recta  
para habitar la ciudad  
de la pureza sin mancha;  
porque en ella no hay defecto,  
ni corrupción, ni la muerte,  
y ella ejerce su grandeza



sobre todo lo creado—,  
aunque aquellos no detecten  
la verdad de su presencia,  
porque maravillas hizo en ella  
el Señor de cielo y tierra,  
y la coronó de gloria  
como reina de la historia,  
porque en ella vive y mora—,  
en plenitud irradiante—,  
ese Dios que la enamora  
y le ilumina el semblante:  
en su aspecto femenino  
de belleza acogedora  
para tanto peregrino  
que llega hasta su regazo,  
y que al quedar fundidos  
en el sempiterno abrazo—,  
resultan—, al mismo tiempo—,  
ciudad entera y fragmento,  
habitante y habitado:  
como si fuera ese pan  
que proveniente del cielo—,  
conforma ese solo cuerpo  
que por mucho que se parta  
es todo entero y fragmento  
y ambas cosas al tiempo,  
como la vid y el sarmiento,  
como cabeza y el cuerpo  
de ese árbol de la vida  
y fuente de la alegría  
que sana y que santifica  
aquello que vivifica.

Pues esa ciudad ardiente—,  
cual Compostela viva  
y Jerusalén celeste—,  
que es toda santuario  
porque Dios mismo la ocupa—,  
(Y que quizás despistada—,  
o tal vez premeditada—,  
olvidó su corazón  
entre el fango y el dolor  
de esta tierra ciega y sorda  
que no quiere ver a Dios)—,  
ha de tener algún nombre  
para que sirva de guía  
a todos aquellos hombres  
que abandonando su tierra  
y hasta empeñando su vida—,  
emprendieron el camino  
en busca de aquel destino

más allá de las fronteras:  
repitiendo noche y día  
como dulce letanía  
el nombre de la ciudad  
que les espera en la meta,  
y ese nombre es—: María.

*(24-XI a 4-XII-1989 y 26-VII-1992)*

*“—Pero llega la hora, y ésta es, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque éstos son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu y los que lo adoran han de adorarlo en espíritu y en verdad.*

*—Yo sé que el Mesías, el llamado Cristo, debe venir. Cuando venga nos lo dirá todo.*

*—Yo soy, el que habla contigo.” (Jn 4,23-26)*

*“No penséis que vine a abolir la Ley ni los Profetas; no vine a abolirla, sino a perfeccionarla. Porque os lo aseguro: mientras duren el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la Ley hasta que todo se cumpla.” (Mt 5,17-18)*

*“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.” (Mt 24,35)*

*“Porque, lo mismo que el cielo nuevo y la nueva tierra que yo creo subsisten ante mí (dice Yavé), así subsistirán vuestra raza y vuestro nombre.” (Is 66,22)*

*“Mira vengo de prisa, y mi recompensa conmigo. Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin. Felices los que lavan sus vestidos, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar en la ciudad por sus puertas. ¡Fuera los perros, los magos, los fornicarios, los asesinos, los idólatras, y el que ama la mentira y la hace!” (Apoc 22,12-15)*

<b>A</b>	<b>B</b>	<b>C</b>	<b>D</b>	<b>E</b>
<b>F</b>	<b>G</b>	<b>H</b>	<b>I</b>	<b>J</b>
<b>L</b>	<b>M</b>	<b>N</b>	<b>O</b>	<b>P</b>
<b>Ç</b>	<b>R</b>	<b>Í</b>	<b>S</b>	<b>T</b>
<b>U</b>	<b>X</b>	<b>Y</b>	<b>ÿ</b>	<b>Z</b>

Plenitud

## **ALFABETO — ABEZEDARIO**

Agrupando los conceptos aportados por cada letra del alfabeto en el orden y estructura del "abecedario"—, podemos establecer dos mitades en el mismo: La primera—, que incluye de la A a la M—, reúne los conceptos que tienen—, como común denominador—, otro mucho más genérico que denominaremos Particularización (particularidad); la segunda—, que se extiende desde la N hasta la Z—, se refiere—, sin embargo—, a otro—, complementario del primero—, que llamaremos Unificación (unidad).

En la primera mitad predominan los conceptos dinámicos sobre los estáticos, mientras que—, en la segunda—, ocurre a la inversa. La segunda—, además—, posee un concepto especial—: la ÿ (ñe)—: la consumación—: que reúne ambas actitudes en una mixta o reflexiva—, que—, inclusive—, tiene entidad como para asumir todavía una tercera.

Porque también se puede encontrar una "tercera mitad" relacional que enumere los conceptos o características de la conciliación entre ambas, es decir—, de la misma relación; y a la que nombraremos como Relacionabilidad. Y para obtenerla—, iremos emparejando los conceptos con función equivalente en cada una de las dos mitades—, de forma que—, ambos—, puedan estar incluidos en una misma escala y englobados en un tercer concepto.

Así se obtienen doce parejas (y una decimotercera de un solo miembro, la ñe, que en sí misma ya lo es), aunque dos de las cuales—, (HC y ÍY)—, no relacionan directamente a ambas mitades—, sino que las representan dentro de cada una de ellas, y—, a su vez—, (y—, en cierto modo)—, son como un recuerdo de la una en la otra.

También se introduce un sentido profundizador en los conceptos—, dándoles vida—, al pasarlos al sentir humano y al de Dios—, plasmándolos en nuevas formulaciones de textos ya conocidos.

Así tenemos:

#### DESPRENDIMIENTO:

A - U: Amplitud — Indefinición = Estructuración.

F - O: Potencialidad — Un todo = Capacidad (persistencia).

Dichosos los que no tienen nada concreto o en particular a que poder llamar suyo—, porque—, en ese caso—, todo les pertenece. (Pobres de vosotros los que creéis tener algo—, porque eso es todo lo que tendréis).

Ř - Y: Actividad — Condensación = Síntesis (superación).

Dichosos los que no tienen satisfacciones determinadas—, porque eso es señal de que todo les satisface y les llena (Pobres de vosotros los que os creéis satisfechos y llenos—, porque sentiréis vuestro vacío).

H - C: Equidistancia — Calidad = Identificación (intimidad).

E - T: Esencia — Valoración = Categoría (equilibrio).

Dichosos los que no tienen ideas preconcebidas—, porque—, entonces—, descubrirán la realidad, verán la verdad: Dios.

#### ENTREGA:

M - P: Impulso — Principio = Iniciativa (evolución).

Dichosos los que dan compasión y perdón—, porque—, así—, podrán llegar a compadecerse de sí mismos.

B - R: Función — Realización = Interacción.

D - Ç: Ordenación — Uniformidad = Relatividad.

Dichosos los que dan concordia y conciliación—, porque—, de esa forma—, serán familia de todos.

#### DISPONIBILIDAD:

L - N: Situación — Incremento = Distribución (diversidad).

Dichosos los que tienen abierto su tiempo y sus aspiraciones al no tener ni tiempo ni aspiraciones determinadas—, porque—, de ese modo—, son dueños de todo.

G - S: Dispersión — Colección = Pluralidad (conjunción).

Dichosos los que tienen abierto el corazón y el sentimiento—, porque sólo entonces se les podrá llenar. (Pobres de vosotros los que os creéis libres de sufrimientos porque tenéis el corazón cerrado, porque sentiréis el dolor de la soledad y el vacío).

J - X: Disgregación — Cohesión = Compenetración.

Dichosos los que tienen abierta su vida y su seguridad—, porque sólo así podrán tenerla en plenitud.

## IDENTIDAD:

I - Z: Definición — Cualidad = Individualidad (individualización).

Dichosos seréis cuando el mundo os rechace por ser testigos de la verdad, alegraos por ello—, ya que ésa es la señal que os dice que ya no sois de este mundo. (Pobres de vosotros los que buscáis la alabanza, el quedar bien, el prestigio; porque ésa es la señal que os dice que sois esclavos de este mundo, del reino de la mentira).

## AMOR:

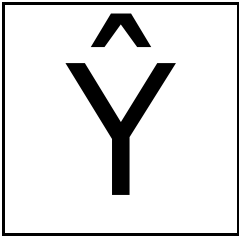
Ÿ: Consumación.

Vosotros—, pues—, tomad a Dios por modelo y sed perfectos como Él lo es, y para eso—, amadle con todo vuestro ser y ante todo—, siguiendo siempre su voluntad, porque allí donde esté vuestro tesoro estará vuestro corazón, de ahí que el reino de Dios—, su plenitud—, esté dentro y en medio de vosotros—, al referirse a la intención más escondida y no a los hechos; por eso—, estad alerta, para que la mentira no os haga ver como imposible lo que es perfectamente factible, y no dudad que la reconoceréis si tenéis paciencia: porque acabaréis por descubrirla en sus consecuencias y frutos. Buscad, llamad, clamad, porque Dios no está sordo y os ama hasta darlo todo por vosotros, porque Él es La Verdad: Él es El Amor. Sed testigos de La Verdad y perfectos como Dios es perfecto—, confiando en Él—, porque para Dios no hay nada imposible.

*(19-IX a 12-X-1992)*

*“Y la ciudad santa, la Jerusalén nueva, la vi descender del cielo de parte de Dios, preparada como una desposada para recibir al esposo. Y oí una potente voz desde el trono que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y erigirá su tabernáculo entre ellos, y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios estará con ellos como Dios suyo. (...) Y el que hablaba conmigo tenía una medida: una caña de oro, para medir la ciudad, sus puertas y sus muros. La ciudad descansa sobre base cuadrangular, y su longitud igual que su anchura. Y midió la ciudad con la vara: doce mil estadios: la longitud y la anchura y la altura son iguales. Y midió el muro: ciento cuarenta y cuatro codos, medida humana, que es también de ángel. (...) Y las doce puertas son doce perlas. Cada una de las puertas es una sola perla; y la plaza de la ciudad, de oro puro, transparente como el vidrio. Y no vi templo en la ciudad, pues el Señor, Dios Todopoderoso, es el templo de ella, y el Cordero. Y la ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna para que brillen sobre ella, pues la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero. Y caminarán las naciones en su luz, y los reyes de la tierra llevarán a ella su gloria. Y sus puertas nunca serán cerradas, pues en ella no habrá noche. Y llegará a ella la gloria y el honor de las naciones. Y jamás entrará en ella nada impuro, ni el que haga abominación y mentira, sino únicamente quienes han sido inscritos en el libro de la vida del Cordero”. (Apoc 21,2-3.15-17.21-27)*

*“Y enviará a sus ángeles con potente trompeta, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, desde el uno al otro extremo del cielo”. (Mt 24,31)*



Concentración (*Destinada a desaparecer y a perderse*)

## DESTINADO A LA PERDICIÓN

Destinado a la perdición va  
el que—, confiando en su destino—,  
pierde—, repudiando en el camino—,  
la suprema Libertad—,  
la que del cielo le vino.  
¿No habrá elegido él—, en tal caso—,  
el nacer y ocaso de su sino?  
¿O no es de prever—, acaso—,  
que se pierda en su fracaso  
aquél que vaga sin tino?  
Porque ya predestinado está—,  
por su propia y misma decisión—,  
el que se deja arrastrar  
por el denso flujo de la historia—,  
y ni tiene la intención  
de conseguir la victoria  
hendiendo ese río singular—,  
para salir—, sin dudar—, airoso  
de su cauce y caudal vigoroso  
que le fuerza y le obliga sin descanso.

¿Y cómo se escapará  
de la zarpa de la historia?.

¿Cómo llegará a alcanzar  
ese triunfo y su gloria?.

Si hasta parece un contrasentido  
el zafarse de la historia  
sin perderse para ello  
en lo remoto y desconocido,  
porque para el que de verdad piensa  
que fuera de ella nada le queda—:  
¿Cómo podrá basar su destino  
en algo tan anodino?  
Por eso intentará—, a toda costa—,  
afirmar su pervivencia en ella—:  
en sus acciones—, vida y querencia—,

para—, así—, poder quedarse  
en aquello que le importa—,  
que no es otra cosa que la gloria  
de permanecer en la memoria  
de sus congéneres vivos;  
de tener lugar concreto,  
de ocupar su propio sitio,  
de saber que tiene su parcela  
vallada y sin compromisos.

Se trata—, al fin y al cabo—, de optar—,  
como en aquella historia primera—,  
por la fruta del bien y del mal  
que procede del árbol prohibido—,  
y con ello renunciar  
al resto del paraíso.  
Por quedarse con la parte—,  
con lo que es más concreto y tangible—,  
se prescinde de lo entero—,  
de lo que parece inaccesible.  
(Por un simple relativo  
el absoluto se pierde).

Pues para escaparse de la historia  
no hay que cortar su transcurso  
ni amputar ninguna cosa—,  
(como tampoco es para talar  
aquel árbol del bien y del mal)—,  
sino decidirse—, en este caso—,  
por no renunciar a nada—,  
y ocupar ambos estados  
en esta nueva y tercera opción  
que nos abre—, de esta forma—,  
la tercera dimensión.  
Y como el que—, ante una disyuntiva  
de caminos divergentes—,  
opta por seguir al mismo tiempo  
las posibilidades presentes—,  
y como elegirlo todo implica  
no elegir nada en concreto—,  
no le queda más remedio  
que abrirse al camino diferente—,  
que elevándole del suelo  
le engrandece y le trasciende;  
y al progresar en altura  
comprobará—, por fin—, que su anhelo  
ha encontrado su consuelo  
al ver ante sí todas las rutas  
y abarcarlas—, al fin—, por completo—,  
para—, así—, conocer el destino  
que deparan los caminos,



y tenerlo todo junto  
fundido en esa nueva manera  
que no desprecia ninguno  
y que—, curiosamente—, a la vez—,  
es algo bien tangible y concreto.  
Por eso aquél que no se ha perdido—,  
y aguarda mirando al cielo  
a que le llegue de nuevo  
la suprema Libertad—,  
no puede permanecer tranquilo  
esperando en su lugar  
y sin moverse del suelo,  
porque se elevará por los aires  
para salir a su encuentro  
entre aquello que llama la gente—,  
por ser confuso y abstracto  
para aquél que se aferra a la tierra—,  
vivir entre las nubes del cielo.

Véase—, pues—, lo que se prefiere:  
O elegir el plato de lentejas  
al ser lo más inmediato—,  
u optar por la primogenitura  
que es como cien pájaros volando.  
(O la fruta de buena apariencia  
de ese árbol tan dañino—,  
o quedarse todo el paraíso  
incluido dicho fruto).

Queda claro—, pues—, ahora—,  
la maldad de la apariencia  
al mostrar como absoluto  
lo que sólo es relativo,  
ofreciendo una verdad parcial  
como si fuera total.  
Por lo que todo mal que se precie  
de ser lo que quiere ser—,  
ha de guardar la apariencia  
hasta parecer lo que no es,  
porque si—, al menos—, fuese sincero  
ya tendría algo de bien—,  
¿y qué sentido tendría entonces—,  
si todos le pueden ver?.  
Porque ya no verían mentira—,  
sino la verdad parcial.  
¿O no es como el dios de su mundo  
el que comiendo del fruto  
no ve más allá de sí?.  
¿No optó por lo que quiso?.  
¿No es acaso señor de sí mismo  
según su torpe mirada?.

¡He aquí ese reino perdido  
abismo de hipocresía!,  
que al iluminarlo se evapora  
como la noche en el día.

¡Eso sí que es perdición!  
para el que de sus redes se fía.

Pues como pozo perdido  
en su querido destino  
que vaga sin rumbo fijo  
y en el que el mal se acumula  
y ya no se puede hallar  
en ningún otro lugar—,  
así será ese destino  
del que elige este camino  
que lleva a la perdición.

Y será como la cabra aquella  
que los antiguos judíos  
abandonaban en el desierto  
con sus pecados auestas.

Y ante semejante hipocresía—,  
habrá que descubrir lo que es cierto  
bajo toda esa apariencia,  
poniendo en claro toda la obra  
del padre de la mentira.

Y como en aquella imagen  
que presenta a San Miguel  
con el demonio a sus pies—,  
y que con sólo darle la vuelta  
se vuelve todo al revés—,  
habrá que darle la vuelta  
a todo lo que aparente bien  
por si escondiera debajo  
algún engaño también.

Y habrá que escuchar la voz  
que diga a todos—: ¿Quién como Dios?  
(que debe decir lo mismo  
al ponerla del revés);  
pero ¡ay! si al invertirlo  
se llegase a oír—: ¿Quién como yo?,  
porque eso querrá decir  
que estamos ante la aparición  
de aquella bestia predicha  
que como señal lleva el número  
seiscientos sesenta y seis,  
pero que ha de aparecer  
ante los ojos del mundo  
con su semblanza de bien  
invirtiendo dicha cifra,

con lo que de esta forma se obtiene  
el novecientos noventa y nueve,  
que será como su emblema—,  
como hitos de un camino—,  
como San Miguel en alto.  
Y en palabras altaneras  
al decir—: ¡¿Quién como yo?!,  
proclamará con descaro  
el ser exclusiva obra de Dios  
(aunque mejor se diría  
que tiene de fundamento  
al padre de la mentira).  
Y... ¿quién se salvará en ese caso  
si no se aviene a acatarlo—,  
ni a la cifra de su nombre?,  
(a esa triple hipocresía  
que inunda toda su vida)?.

¡Dura es la circunstancia del hombre  
ante tan elaborada trama  
para mostrar la verdad guardada  
en el centro de los corazones!.

Porque esa bestia maligna—,  
en su aparentar constante—,  
será imagen de otra bestia  
de cuyo poder recibe  
su autoridad y su nombre  
al estar en su presencia  
y conservar su talante.  
Porque esa otra bestia introducida  
como cizaña entre el trigo  
ya no tiene cuerpo de mujer  
(como debiera tener—,  
si no fuera su intención torcida  
la que le hace estar como escondida  
entre ese trigo escogido  
que está para recoger),  
y hace las cosas que ella debiera  
pero con otra manera  
que preserve siempre su apariencia.  
Aunque una vez se ha quitado  
ese velo que la oculta—,  
se ha de ver su auténtica presencia  
con su orgullo bien plasmado  
en los diez cuernos que ostenta,  
con los que se defiende y ataca  
como mandatos altivos—,  
que en vez de ayudar subyugan  
y obligan sin un sentido—:  
al usar la verdad más fundada

con intención desviada.  
Y todo ello mantenido  
por esas siete cabezas—,  
que son como sagradas razones  
para justificar su existencia  
y que controlan su cuerpo;  
aunque—, a su vez—, todas ellas  
dependen de una de aquellas  
que siendo de entre las siete  
fue herida como de muerte  
pero sanada de su desgracia  
ante el asombro del mundo;  
y la autoridad como diademas  
sobre sus cabezas o sus cuernos—,  
haciéndola parecer—, entonces—,  
como si fueran dos bestias.

Y en esa triple bestialidad  
de las bestias y su imagen—,  
se encontrará concentrada  
toda la sangre vertida  
por los santos de la historia  
como testigo en su contra.

Y en el colmo de su hipocresía—,  
de su verdad falseada  
como hacer de fariseo—,  
esta bestia apocalíptica  
proclamará convencida—:  
"no soy viuda y estoy bien casada  
aunque a mi esposo digan no verlo;  
soy reina y fui coronada  
como señora del mundo,  
y mi poder es inmenso  
y jamás gustaré la tristeza".

Por eso—, en un solo día—,  
caerá todo su mal sobre ella—,  
cuando aquel al que llama su esposo  
desvele su hipocresía,  
al no dejarle otra opción—,  
ante los ojos del mundo—,  
que expulsarle de su vida—:  
al querer seguir holgando  
con los reyes de la tierra.  
Por eso no habrá una ruina  
en todo el orbe y la historia  
semejante a la de aquella—,  
cuando por fin—, el misterio—,  
sea ya quitado de en medio.

Aunque allá cuando llegue el momento  
de la disolución de la historia

y empiece ya a no servir  
de medida el calendario  
al hacerse relativa  
a cada instante concreto—,  
surgirá de aquel abismo  
en que fue sellada y olvidada—,  
de nuevo la bestia aquella  
para frustrar el intento  
de la consumación soñada.  
Y dirá no tener libertad—,  
por estar predestinada  
a la repetición incesante  
del devenir de la historia,  
y tener la obligación marcada  
desde los tiempos primeros—,  
de repetir por entero  
lo grabado en su memoria  
para—, de esta forma—, ser señora  
de hasta su misma persona—,  
que ya no tiene ni dueño  
sino aquel falso profeta  
y príncipe de este mundo  
que la adormece en el sueño  
de la predestinación completa.

Pues aquel Luzbel postrero—,  
que es a la vez el primero  
al cerrar la ciclación—,  
nunca fue señor de la belleza  
(salvo en la pura apariencia  
que engaña al que bien se deja—,  
al tomar su libérrima opción  
de dejar en el camino  
la suprema Libertad—,  
la que del cielo le vino).

¡Que no se engañe ninguno,  
que nadie irá equivocado  
en el momento de optar!:  
Cada cual elegirá  
con conocimiento pleno—,  
si comenzar de nuevo el principio—,  
quedándose con el fruto  
de aquel árbol del bien y del mal—,  
o salirse de la historia  
en ese nuevo sentido  
de ver todo trascendido  
en la verdad más total—,  
de ese destino elegido  
de la plena Libertad.

No se pueden dar muchos más datos  
acerca de este futuro—,  
que—, aunque parezca lejano—,  
está mucho más cercano  
de lo que pudiera parecer,  
porque habrá cambiado tanto el mundo  
ante el pensamiento humano—,  
que nadie que hoy lo viviera  
lo podrá reconocer:  
entendiendo con torpeza  
lo relatado en certeza  
y—, equivocando el camino—,  
irá a parar al destino  
que justo quiere prever.

Así se entiende que cada cosa  
disponga de ocasión y momento  
como lugar en el tiempo  
en que mostrarse en su ser,  
y sólo serán algunas notas  
las que ayuden a esperar—,  
y después a desvelar—,  
ese momento crucial  
en que—, llegando su cumplimiento—,  
desentrañen el evento—,  
alcanzando—, de esta forma—,  
su máxima utilidad.

Véase—, pues—, el ejemplo  
al tratar de las tres bestias—,  
que no hay que ni siquiera esperar  
la llegada de un tiempo futuro—,  
al poderlas identificar—,  
sin apenas esfuerzo ninguno—,  
en los hechos de este mundo  
y en el momento presente.

Pues lo mismo—, en el futuro,  
cuando llegue ese momento  
del final que es un comienzo.  
Porque para aquellos que se aferran  
a este mundo tan estrecho  
que renuncia a su derecho  
de la Libertad suprema—,  
no les queda otro remedio  
que volver a comenzar—,  
como ocaso de los dioses—,  
la historia ya concebida  
y en condiciones previstas  
por su misma libertad.

Y para el que quiera conocer  
algunos detalles de ese tiempo—,

sólo tiene que atender  
a las diversas leyendas  
que subyacen en los pueblos  
sobre sus orígenes inciertos,  
y así obtendrá la visión  
de aquellos que renegaron  
y con ello renunciaron  
a su saber verdadero.

Porque el que supo zafarse  
de las garras de la historia—,  
y—, para ello—, colocarse  
en esa situación intermedia  
que no es ser una cosa o la otra  
sino ambas cosas al tiempo—,  
viviendo como de paso  
por el mundo y su entrelazo—,  
con el alma puesta en vida  
en cada bien que realiza—:  
acabará siendo—, así—, el reflejo  
de ese otro mundo ignorado—,  
que estando más allá de la historia—,  
porque la tiene en su centro—,  
es el soporte y sustento  
que inundando cada cosa  
como fuego de verdad—,  
mortifica hasta el aliento  
de todo aquél que rebosa  
en obras de iniquidad.

Y ese reflejo escondido  
de ese soporte y sustento—,  
no puede ser conocido  
más que en groseros detalles—,  
al quedarse casi todo  
por fuera de lo narrable,  
así como pueda ser el mar  
en relación a un hoyito—,  
o pueda ser aquel fruto  
por el que se perdió el paraíso.  
Pero que nadie caiga abrumado  
ante tan inabarcable asunto,  
porque para los ojos del mundo  
parecerá hasta increíble,  
pero para Dios  
no hay nada imposible.

¡Qué bien se puede entender ahora  
aquella frase que dice  
que hay que perder la vida presente  
para poderla encontrar,  
porque el que la quiera conservar

la perderá para siempre  
en esa hipócrita opción  
que lleva a la perdición.

*(20-XII-1989 a 25-I-1990)*

*“Quien dijere palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; mas quien la dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro.”  
(Mt 12,32)*

*“Todo esto os lo he dicho en parábolas; llega el tiempo en que ya no os hablaré en parábolas; conversaré con vosotros sobre el Padre con toda claridad.” (Jn 16,25)*



## ALGUNAS EXPLICACIONES

Por dar algunas pinceladas curiosas que sirvan para aclarar determinados aspectos del presente libro—, aparece aquí este apéndice.

Comenzaremos por las notas acerca del vocabulario, ya que algunas de las palabras empleadas no figuran en los diccionarios al uso y—, otras—, o están en desuso—, o sólo aparecen en diccionarios específicos o recientes.

**Abecedario:** Abecedario específico empleado en este libro para encabezar cada cuento o poema.

**Aleteante:** Participio activo de "aletear". Que aletea.

**Andaron:** Conjugación regular—, pero atípica e incorrecta—, del verbo "andar". (Equivale a "anduvieron".)

**Autojustificación:** Acción y efecto de justificarse a uno mismo. (El prefijo "auto" revierte la acción en quien la realiza. De ahí el empleo de "*autocondena*" y "*autoperdón*".)

**Ciclación:** Acción y efecto de ciclar, de establecer un ciclo.

**Consciencia:** Vigilia de los sentidos, del entendimiento y del conocimiento. (Se puede tener consciencia—, pero no conciencia, y viceversa.)

**Cuasi:** Antiguamente "casi"; pero hoy—, además—, significa "prácticamente"—, indicando una mayor cercanía al objeto al que se aplica.

**Donnadie:** Persona anónima y sin valor.

**Enquistamiento:** Proceso mediante el cual se constituye un quiste.

**Espamento:** Gesto exagerado o caricaturesco del rostro. "Hacer espamentos": expresión utilizada por mis abuelos para indicar una gesticulación muy exagerada con el rostro.

**Innoto:** Antiguamente "ignoto". Ambas palabras presentan entre sí una sutil diferencia de matiz: "de lo que no se tiene ni tan siquiera noticia" frente a "lo ignorado" (no conocido ni descubierto).

**Inquerencia:** Cualidad y capacidad propias de inquirir (indagar, investigar, escudriñar, averiguar...). Deseo ferviente de saber detalladamente examinando con cuidado.

**Lateralidad:** Calidad de lateral. Concerniente a lo que se manifiesta sólo en un lado. Propiedad de ciertas consonantes en las que el aire sale por los lados de la lengua.

**Na:** Apócope de "nada".

**Orgánulo:** Conjunto estructurado (órgano)—, pero de pequeño tamaño o entidad.

**Parasitar:** Actuar como parásito. Vivir a expensas de otro al que explota o perjudica.

**Parasitación:** Acción y efecto de actuar como parásito.

**Perfundir:** Verter o hacer pasar un líquido o fluido. Impregnar el ambiente de forma envolvente.

**Plasto / Plastos:** Orgánulo u orgánulos del interior de la célula vegetal en los que se realiza la función clorofílica.

**Profundizador:** Que realiza o puede realizar la acción de profundizar.

**Relacionabilidad:** Calidad de poder establecer conexión, correspondencia o enlace entre personas o cosas.

**Relativización:** Acción y efecto de relativizar.

**Relativizar:** Convertir algo en relativo mediante el hecho de establecer una relación.

**Repelusco:** Mezcla de repulsión y asco al contacto físico. (Presenta—, pues—, una connotación algo diferente a "repeluzno", que significa "escalofrío".)

**Sumación:** Acción y efecto de sumar.

**Tórvido / Tórvida:** Relativo al aspecto terrible y amenazador. (De "torvo", que significa "fiero, airado, terrible a la vista".)

**Tremulación / Tremulaciones:** Temblor o temblores poco perceptibles.

Otro asunto es el origen o procedencia de los conceptos que acompañan a cada letra en los encabezados: Éstos se han obtenido por tres vías diferentes:

**1.** La descomposición de los conceptos aportados por cada palabra—, fragmentándolas para ello en sufijos—, prefijos—, y raíces—; para—, luego—, mediante una comparación exhaustiva—, acabar llegando a los fonemas.

**2.** La combinación de conceptos lógicos elementales asignados a las variables del sonido—, para—, de esta forma—, ir ascendiendo hasta llegar a la composición sonora de cada fonema.

**3.** El estudio del diseño gráfico de cada letra como si fuera un diagrama cartesiano—, en el que las abscisas—, (desarrollo horizontal)—, representasen la evolución conceptual—, y las ordenadas—, (elevación vertical)—, la valoración que se hace del mismo.

Y por los tres procedimientos se llega a conclusiones semejantes—, que son las que han permitido que se pueda asignar un concepto abstracto—, y sólo uno—, a cada fonema funcional concreto—, y—, a su vez—, que sólo se vea representado por una letra—, y sólo una.

Esta circunstancia es la que ha sugerido la idea de parcelar la visión de la realidad (la cosmovisión) según el sistema fonético del idioma utilizado (el español)—, tal y como se ha hecho.

Aunque en lo tratado faltaría por enunciar los conceptos aportados por las consonantes mixtas. Tal es el caso de las que se escriben como CH, Ñ y LL

(que corresponden a ÇX, Nÿ y Lÿ respectivamente)—, y cuyos conceptos—, en el mismo orden—, son: Espesura (*uniformidad + cohesión*), Compresión (*sumación + consumación*) y Mezcolanza (*conjunción + concentración*).

(Curiosamente—, el estudio antedicho ha permitido desentrañar y sacar a la luz el carácter mixto [africado] de “eñe” y “elle”—, que la fonología tradicional consideraba fonemas simples.)

Quizá se comprenda ahora—, cómo unos cambios fonéticos mínimos—, al implicar un cambio conceptual—, puedan suponer un trascendental cambio en la cosmovisión de un idioma. Así—, si se cambia la “zeta” por la “ese” en la pronunciación—, se está cambiando la “cualidad” por la “colección” en la apreciación del mundo y de las cosas; o si se permuta por la “zeta vasca”—, se cambiará—, entonces—, la “cualidad” por la “selección”. Y lo mismo ocurre cuando se sustituye la “elle” por la “ye” (i griega)—, que se permuta la “mezcolanza” por la “condensación”—; o cuando se modifica esta última según se realiza en la pronunciación argentina—, lo que implica el cambio de la “condensación” por la “composición”... En fin...

Aunque tratar de eso no es asunto de este libro—, que tiene unas miras más espirituales y universales que la mera teoría fonética.

(28-1-2004)

(Revisión completa para la segunda redacción: Enero de 2004)

*“Y vi en la diestra del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Vi también un ángel fuerte, que proclamaba con voz poderosa: ¿Quién es digno de abrir el libro y levantar sus sellos? Y nadie podía ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra abrir el libro ni mirarlo. Y yo lloraba mucho porque nadie se halló digno de abrir el libro ni mirarlo. Y uno de los ancianos me dice: No llores; mira que venció el león de la tribu de Judá, la raíz de David, para abrir el libro y sus siete sellos.” (Apoc 5,1-5)*

*“Pero en los días de la voz del séptimo ángel, cuando suene la trompeta, queda cumplido el misterio de Dios, como anunció a sus servidores, los profetas. Y la voz que oí del cielo me habló de nuevo, y dijo: Anda, toma el librito abierto en la mano del ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra. Y fui al ángel, diciéndole que me entregara el librito. Y me dice: Toma y cómelo, y te será amargo en las entrañas; pero en tu boca será dulce como la miel. Y tomé el librito de la mano del ángel y lo comí; y fue en mi boca dulce como la miel; y cuando lo hube comido, mis entrañas se amargararon.” (Apoc 10,7-10)*

«Bendito sea el Señor, Padre, Hijo y Espíritu Santo,  
y su Santa Madre, María Virgen, ahora y por siempre. Amén.»